

FREYA ASGARD



*Muriendo
Sin ti*



ROMANCE & LETRAS

FREYA ASGARD



E

Muriendo
Sin ti



ROMANCE & LETRAS

Agradecimientos

Nombrar una a una a todas las personas que me han ayudado, guiado, apoyado,

y llevado por este camino de la escritura sería imposible.

Hay muchas personas a las que debo agradecer, mis Presionadoras, mis

seguidores de Wattpad, mis lectores de Amazon, quienes esperan mis libros en

físico. Y a tantas personas que me apoyan desde las sombras, que aparecen

cuando tengo un problema, cuando necesito apoyo, personas que nunca me

hablan por considerarme casi una estrella y por más que les digo que no lo

soy, ellas mantienen su distancia con respeto. A todas esas personas les doy

las gracias por estar presentes en

mi vida de una u otra forma.

También debo dar las gracias a mi familia. A mi esposo e hijos que siempre

están ahí para apoyarme, ayudarme en todo lo que haga falta para que yo pueda

seguir tras mi sueño. Ellos son los que cocinan, friegan, hacen las camas,

mientras yo me quedo en el computador escribiendo, sobre todo en momentos

como ahora, cuando el tiempo me apremia. De verdad, sin ellos, sin su apoyo,

esto me sería por completo imposible.

También agradecer a Romance & Letras y Pame, por supuesto, por su conocimiento que me ayuda con toda la parte para la que soy negada y gracias

por su paciencia.

Por supuesto, tampoco puedo dejar de agradecer a Adrián Cobos y su

canción

Muriendo sin ti, que fue la que inspiró esta novela y que, desde España, ha

apoyado este trabajo.

Muchas gracias a todas y cada una de esas personas que me desean lo mejor y

me apoyan en mis proyectos, de corazón.

Un abrazo y nos leemos en un próximo proyecto. Ç

Freya Asgard

Prólogo

Luego de cerrar la carpeta que contenía los documentos, el abogado de José

Fernández miró a la única heredera legal, su hija, Victoria Fernández

Subercaseaux, una mujer de veintiséis años, tez blanca, ojos verdes y pelo

negro, no había heredado los rasgos europeos de su madre. De su padre, nada

tampoco.

—¿Usted me quiere decir que todo lo que mencionó ahí es mío?

—Todo, señorita.

—¿Está seguro que no le pertenece a alguien más?

—Seguro. Usted es la única heredera, los padres de José Fernández, sus

abuelos, ya no viven, no tenía hermanos, tampoco estaba casado. Usted es la

única heredera legal, nadie más puede reclamar lo que es solo suyo.

—¿Alguien más podría o querría hacerlo?

El abogado tragó saliva y se acomodó la corbata.

—Dígame, ¿hay alguien más que querría tener eso? —indicó la carpeta.

—Bueno, sí, algo así, pero él no tiene derecho legal alguno sobre la herencia.

—¿Quién es?

—El encargado de la hacienda, Rodrigo Montero, él aún no está informado,

mañana viajo al sur para hablar con él.

—¿Es el capataz?

—No, él es hijastro de don José, se crio con él.

Victoria se quedó en silencio, no supo qué decir; ella, que no había

significado nada en la vida de su

padre, había heredado todo, sin embargo, ese

hombre que lo había tenido todo junto a él, estaba quedando sin nada. Y eso no

le gustaba nada. Ella no era una mala mujer, por más daño que le hubiera

hecho su padre.

—Mañana a las once viajaré al sur, ¿vendrá conmigo? —consultó el

abogado.

—¿En qué posición quedará él?

—inquirió Victoria muy preocupada.

—Eso será decisión suya, señorita, usted ahora es la dueña universal y yo

que usted, me quedo con todo, es lo que corresponde, después de todo, su

padre le debe pensión alimenticia por muchos años —respondió con malicia

el licenciado.

—Ni tantos —replicó algo molesta.

—Veintiséis. Veintiséis años en los que él se gastó *su* dinero mientras usted

y su mamá pasaban hambre.

Victoria asintió con la cabeza sin saber qué decir exactamente.

—Bueno, yo me tengo que marchar, como le dije, mañana voy al fundo a

hablar con ese hombre, si usted quiere venir conmigo, me avisa.

—Muchas gracias, Roberto, yo no iré, en cuanto esté de vuelta del sur, me

avisa cómo le fue, tengo que pedir permiso en el trabajo y no sé si me darán. 3%

—Por supuesto. —El hombre se levantó—. Hasta luego, señorita

Fernández, pero debe saber que si reclama esta herencia no necesitará volver

a trabajar, con el dinero que le dejó su padre, puede vivir

tranquilamente el

resto de sus días.

—Gracias. Hasta luego —se despidió sin contestar al último comentario.

El abogado se retiró y la madre de Victoria salió del cuarto, desde donde

había escuchado toda la conversación, o gran parte de ella.

—Así que ahora eres dueña de todo —resopló con altanería.

—Así parece —asintió la joven sin más, encogiéndose de hombros.

—Ahora tendrás todo lo que te corresponde.

—¿Qué voy a hacer yo con las vacas? Yo soy una mujer de ciudad.

—Las vendes. Con los millones que puedes sacarle, viviremos el resto de

nuestras vidas como reinas y no tendremos que volver a trabajar nunca más en

la vida. Ya te lo dijo el abogado.

Recuperaremos todo lo que nos quitaron y

que nos pertenecía.

—¿Tú crees? Yo no significaba nada en la vida de José Fernández, nunca

me importó a mí nada de él tampoco, hay otro dueño en la hacienda, ese

hombre siempre ha vivido en ese lugar, debe ser su vida.

—Él te robó todo lo que te correspondía a ti y quién sabe si a

tu papá

también. La mamá de ese hombre me robó a mi esposo y él mismo te robó a tu

padre.

La joven no respondió. En cierto modo, su madre tenía razón, pero no

quería meterse en líos, algo le decía que no saldría bien parada de todo esto.

—Debes reclamar lo tuyo. Y lo debes hacer lo antes posible como

te dijo

el abogado, de otro modo, no solo nosotras perderemos todo, también esa

gente —sentenció la madre.

Victoria no contestó a pesar de que en ese momento tomó una decisión y no

era lo que su madre esperaba. Haría lo que su conciencia le indicara.

Capítulo 1

Victoria bajó de su automóvil y contempló el enorme campo que se abría

ante su vista. Había viajado desde Santiago las cuatro horas y media hasta ese

lugar y aunque el verdor de la vegetación la acompañó todo el recorrido, estar

allí y saber que todo eso le pertenecía era agobiante.

El sol, a pesar de encontrarse en pleno verano, no era un sol

abrasador, al

contrario, los árboles y la brisa de sus hojas refrescaban el ambiente, lo que

hacía un poco menos insoportable el calor. Respiró hondo el aroma que

impregnaba todo el ambiente. Olor a animales, a pasto, a tierra húmeda, a

fruta. Una extraña mezcla muy difícil de sentir en la capital llena de

contaminación, cemento y gases.

Avanzó hasta la enorme reja de entrada a la hacienda en la que se veía

claramente un letrero que decía: “Hacienda Terranova”. Era un enorme portón

de fierro forjado donde se apoyó para mirar hacia adentro. Nadie había allí

que pudiera ayudarla. Tampoco tenía la llave, su abogado le indicó que

Rodrigo se la entregaría una vez que se hiciera ella cargo de todo. No había

timbre tampoco, ¿cómo se suponía que iba a entrar? Buscó y buscó hasta que

vio una campana, quizás ese era su peculiar timbre, pero estaba en lo alto de

la reja. Maldijo para sus adentros, ella había anunciado su llegada para ese

día y a esa hora. Al parecer las

cosas no iban a ser fáciles, para ella, esa

puerta cerrada significaba que no era bienvenida en ese lugar y más, que no

debería entrar. Pero había venido con un propósito y no lo dejaría. Intentó

encaramarse, pero un ruido desconocido para ella, la hizo mirar hacia el lado

opuesto y se tiró hacia abajo, tastabillando. Un hombre a caballo

se acercaba

veloz a la puerta. Llegó en menos de dos segundos y se detuvo ante ella por

dentro de la finca.

—¡Buenos días, señorita, supongo que usted es la “nueva dueña”! —le gritó

el hombre haciendo relinchar al animal ante ella.

—Así es, ¿puedo hablar con el encargado? —preguntó ella intentando

ocultar su temor.

—Con él mismo habla.

—¿No me va a dejar entrar?

—Es su casa, ¿no?

—No tengo llave.

—Ah, es cierto, me olvidé que nunca quiso hacerse cargo de esto sino hasta

ahora, cuando viene a recibir las ganancias.

—No sabe lo que dice.

—Nunca se apersonó por acá, ni siquiera para saber cómo estaba su padre,

no vino a visitarlo ni una sola vez porque no quería venir a llenarse de tierra,

pero ahora sí que puede venir para adueñarse de lo que por derecho me

pertenece.

—No es así, yo no sabía siquiera de la ubicación de mi padre sino hasta

hace unos días, cuando me contactó el abogado.

—Y usted, ni tonta ni perezosa, viene a “hacerse cargo de todo”.

—Déjeme entrar para que hablemos —suplicó, el sol ya estaba haciendo

mella en ella, también las horas de conducción y el hambre. No era un buen

momento para discutir.

—Por supuesto, usted es la dueña, usted manda —replicó con ironía.

El hombre metió la mano al morral de la silla de montar y sacó un manojo

de llaves, las que tiró por sobre la reja.

—¡Atájelas! Yo tengo demasiado trabajo para atenderla en este momento,

una vaca está pariendo en el establo y una oveja se rompió una pata, así que

cuando entre y deje sus cosas puede ir a ayudarnos, aquí siempre hay

mucho

que hacer.

Victoria se quedó inmóvil viendo cómo el tipo se iba así, como si nada, y

tan rápido como había llegado. Buscó las llaves en el suelo, no las encontraba,

recorrió con su mirada casi todo el sector, hasta que se le ocurrió mirar debajo

de su auto y allí las encontró.

—¡Imbécil! —gritó a voz en cuello, estaba enojada y se sentía muy

humillada, sobre todo porque tuvo que ponerse boca abajo en el suelo para

sacarlas.

En el manajo de llaves había más de veinte, de todos los colores y

tamaños, y tuvo que probar una a una, dos veces, hasta dar con la que abría la

reja. La chapa tenía una *maña* y le costó saber bien cuál era la llave

correcta y

cómo abrir la dichosa reja que, para rematar, pesaba una tonelada. Logró

abrirla con dificultad, se subió a su auto y lo entró. Cerrarla no fue más fácil

que abrirla. Definitivamente, esa puerta debía ser arreglada, esas “*mañas*” no

le gustaban nada.

Se volvió a subir a su vehículo y avanzó despacio por el sendero

rodeado

de flores y árboles frutales. Era muy bello todo allí. Menos su anfitrión, que se

había comportado como un animal con ella.

La casa era blanca y enorme, de dos pisos y muchos ventanales. Se bajó de

su coche con algo de recelo y se dirigió hasta la entrada. Comenzó a buscar la

llave que abriera la puerta,

descartando las más grandes; antes de encontrar

una que se adecuara a la puerta, esta se abrió y se asomó una mujer de unos

setenta años, con rostro gentil.

—Usted debe ser la señorita Victoria Fernández, ¿no?

—Sí y usted es...

—Me llamo Norma.

—Un gusto, señora Norma.

—Pase, preparé un jugo de frutas y un pastel para recibirla.

—Alguien que me reciba bien

—murmuró y se arrepintió en el mismo

instante.

—Ya vio a mi nieto, supongo

—comentó camino a la cocina.

—¿Rodrigo Montero es su nieto?

—Así es. ¿Lo vio? ¿Él le abrió?

—Sí, recién me encontré con él, aunque no podría decirse que me

abrió la

puerta.

—¿La trató muy mal?

—¿Mal? No, para nada —ironizó.

—Él está muy dolido; esta ha sido su vida desde que nació y ahora va a

perder todo su esfuerzo y sacrificio, debe entenderlo. Eso sin contar que tendrá que empezar de cero.

—No tiene que ser así, yo vengo a

hablar con él.

—Yo lo conozco, no intente hablar con él por el momento, espere a que él

esté un poco más calmado.

—¿Eso cuándo sería?

—En una semana, no creo que su enojo dure más que eso, no es un hombre

rencoroso, solo está dolido.

—No es mi intención quedarme aquí tanto tiempo.

—¿Se irá pronto?

—Pensaba quedarme solo el fin de semana.

—¿El fin de semana? —La mujer se volvió a mirarla—. Dudo mucho que

él quiera escucharla, más todavía tomando en cuenta que el fin de semana es

cuando más trabajo tiene aquí en la hacienda.

—¿Más trabajo en fin de semana?

La mujer retomó el camino.

—Por supuesto, durante la semana, mi nieto va a la ciudad a ver a los

acreedores y clientes, pero el fin de semana se dedica a las labores propias

del campo, ya que la mitad de los peones descansan.

—Ah.

—Aquí mi nieto trabaja tanto como cualquier otro trabajador, no porque es

el hijo de José, se siente con privilegios especiales.

Victoria se quedó inmóvil, ¿hijo de José? Hijastro querría decir; la hija de

José Fernández era ella, no él, por mucho que ese hombre se hubiera criado

con él y su padre lo hubiera considerado más hijo a él que a ella misma.

Sacudió la cabeza ante su odioso pensamiento.

—No se sienta mal, señorita, José lo crio como a un hijo, prácticamente

desde que nació —manifestó condescendiente al tiempo que ponía ante ella un

trozo de un exquisito pastel y un jugo de frutas natural.

—Sí, eso lo sé —respondió con un dejo de tristeza, justo antes de probar

un bocado.

La mujer no dijo nada, ella

comprendía el dolor que significaba para esa

joven el saber que su padre la había abandonado y, en cambio, se había hecho

cargo de otro. La observó mientras comía en completo mutismo.

—La llevaré a su habitación para que se instale. —La mujer rompió el

tenso silencio que se había creado entre ambas.

—Gracias —respondió sin

emoción la joven, arrepintiéndose de haber ido,

debió dejar que el abogado se hiciera cargo de todo.

Las amplias escaleras que llevaban al segundo piso eran fabulosas, con los

pasamanos en madera tallada y los escalones cubiertos en una mullida y suave

alfombra que se podía sentir con solo mirarla. El segundo piso era dos

pasillos inmensos, con varias puertas a uno y otro lado. La abuela de Rodrigo

le indicó la primera puerta a la derecha y la abrió. El cuarto no era grande, sin

embargo, era agradable, con una hermosa vista al campo. Era un lugar

campestre, tranquilo y silencioso. Un lugar totalmente diferente a lo que ella

conocía. Victoria se crio en la

ciudad, en un lugar bullicioso, un lugar donde la

única tranquilidad que se podía esperar era por la madrugada, cuando ya los

vehículos dejaban de andar por las calles, aunque tampoco era seguro, pues si

no eran los motores rugiendo en las carreras clandestinas, eran los pandilleros

que se tranzaban a pelea. No había comparación con la paz que allí se

respiraba.

Sacó de su bolso la ropa que llevaba y la acomodó en el antiguo ropero del

dormitorio, y dejó en la cama los documentos que le había entregado el

abogado de su padre. Una vez que estuvo lista, se metió al baño, necesitaba

una ducha, el viaje y ese hombre la había dejado exhausta, acalorada y

entierrada. Después de un rato bajo

el agua caliente, más para calmar sus

nervios que para quitar cualquier suciedad, salió envuelta en la toalla y se

encontró con Rodrigo sentado en su cama, mirando con desdén la carpeta con

los documentos que la señalaban como dueña de todo lo de José Fernández.

—¿Qué hace aquí? —interrogó Victoria, entre enojada y asustada,

aferrándose a la toalla que cubría su cuerpo.

—Todavía es mi casa y puedo estar donde yo quiera —contestó con sarcasmo.

La mujer le arrebató la carpeta de las manos.

—¡Pero no revisar las cosas que no son tuyas!

—Todo lo que está en esta casa me pertenece —replicó recorriéndola de

pies a cabeza con la mirada, lo que la hizo estremecer.

—Necesito vestirme, ¿puede irse?

—contestó nerviosa.

—Una sola cosa le dejaré claro, señorita. —Se acercó mucho a ella y se

agachó hasta que su nariz casi rozó la de ella—. No le haré nada fácil la vida

aquí.

—Si está con esa actitud, lo echaré de “mi” casa.

—Inténtelo —se burló él.

—Salga de mi cuarto.

—Del cuarto de alojados, querrá decir.

—Es mi cuarto mientras esté aquí.

—No por mucho tiempo

—sentenció saliendo del

dormitorio sin cerrar la

puerta.

Victoria la cerró y se dio cuenta que el cuarto no tenía cerradura, antes no

se preocupó pues supuso que nadie entraría sin golpear, pero ya se había dado

cuenta que no sería así. Se sentó en la cama como si le pesara el alma, así lo

sentía. Sabía que no sería fácil, el abogado se lo había advertido, le había

dicho, al volver de hablar con Rodrigo, que era un hombre engreído y altanero

que no se dejaba amedrentar con

nada y que no quería llegar a
acuerdo alguno,

por lo que la única opción viable
era el desalojo. Ahora lo podía
comprobar

por sí misma. Ese hombre no
tendría piedad con ella, ni siquiera
un poco de

educación; al parecer tampoco la
dejaría hablar sobre el trato que
ella quería

hacer, trato que conviniera a los
dos, pero él la odiaba, y con razón;

pero ella

también tenía razones para odiarlo, él le había quitado a su padre y le había

dado a él todo lo que le correspondía a ella, aun así, no lo trataría mal, al

final, ella estaba consciente que quien había cometido el error era su padre y

no Rodrigo.

Se quedó encerrada en el cuarto hasta que su estómago la obligó a

bajar, lo

que hizo a regañadientes pues sentía una mala energía en esa casa y estaba

segura que era por su presencia allí.

Al terminar de bajar la escalera, vio a Norma que terminaba de tomar un té

y a Rodrigo que tomaba un trago. El ambiente se podía cortar con cuchilla.

—Ya vamos a cenar, niña

—anunció con amabilidad la abuela al verla

llegar—. ¿Quiere un aperitivo o algo?

—¿Va a comer aquí? —preguntó con descaro el nieto.

—¡Rodrigo! —censuró la anciana con voz de mando.

—No tengo hambre —respondió la mujer, mordiéndose el labio inferior

para no llorar, el hambre y el cansancio la tenían algo sensible y

cada vez lo

estaba más.

—Quédate —dijo el hombre con rudeza—, que no se diga que no somos

hospitalarios.

—Todavía no compruebo que usted lo sea —replicó Victoria.

—No esperes que sea amable si quieres robarme todo lo que me pertenece.

—No quiero robar nada. Vine para

hacer un trato que nos convenga a los
dos.

—A ti más que a mí, supongo.

—Comamos, después hablan de negocios —intervino la abuela de Rodrigo.

—Me parece bien, no es bueno tomar decisiones con el estómago vacío

—admitió el hombre caminando hacia la cocina y cuando pasó por el lado de

la joven, se detuvo un microsegundo escaneando su rostro.

Victoria no dijo nada, simplemente los siguió a ambos; Rodrigo se sentó a

la cabecera, Norma a su izquierda y la joven lo hizo en el lugar preparado

para ella, a la derecha de su anfitrión.

—Espero que no te moleste comer en la cocina —comentó Rodrigo con

sorna.

—Para nada —respondió Victoria con dureza.

La abuela los miró a ambos, la tensión entre ellos era demasiado notoria, lo

único que esperaba era que de esa tensión llena de odio no surgiera un amor

pasional, tan fuerte como su rechazo inicial.

Cenaron en silencio, a cada intento de conversación de Norma,

Rodrigo

contestaba con algún monosílabo o sonido extraño, quería hacer sentir mal a

Victoria, hacerle sentir su incomodidad al tenerla ahí en esa casa, que era suya

por derecho propio. La joven, sin embargo, no se dio por aludida, desde la

tarde anterior, lo único que había comido era el pastel de la dueña de casa,

por lo que se dedicó a comer sin pensar en nada, tampoco prestó atención a

sus anfitriones ya que tenía muy claro no la querían allí y a pesar que ella

quería llegar a un acuerdo, no querían escucharla. De todos modos, ellos se lo

perdían y más tiempo la tendrían en esa casa, donde sabía que no era bien

recibida, pero ya no le importaba,

total, esa casa era suya y si Rodrigo no

quería ceder, era su problema no de ella, por lo que si no le gustaba, quien

tenía que irse era él y ya no aceptaría más humillaciones.

—Me voy a dormir, aquí en el campo hay que levantarse muy temprano, no

es como en la ciudad donde la gente es floja y aprovechadora —dijo Rodrigo

de mal modo, apartándola de sus determinaciones mentales.

—Buenas noches, hijo —se despidió la abuela.

—Buenas noches —respondió Victoria por inercia.

—Usted debería irse a dormir también, mal que mal, si quiere quedarse

aquí, debe aprender su funcionamiento y a trabajar la tierra y los animales.

—De eso quería hablar con usted,

pero a usted no le interesa escucharme.

—Tiene razón, no me interesa escucharla. Buenas noches.

El hombre salió raudo de la cocina y subió las escaleras rumbo a su

habitación. Victoria se volvió a mirar a la abuela de su anfitrión y le hizo un

gesto de contrariedad.

—Yo le dije que él no la escucharía, no por el momento, al menos.

—Sí, pero tampoco es que yo me quiera quedar mucho tiempo aquí, yo

tengo cosas que hacer en la capital. Y sé que para ustedes tampoco es agradable tenerme aquí.

—Entonces, ¿qué hará?

—No sé, intentaré hablar con él lo antes posible, tengo permiso para faltar

el lunes, después de eso tengo que volver sí o sí, y si no logro conversar con

él antes de irme, no sé, yo tengo que tomar posesión de esto, de otro modo se

perderá y se lo llevará el fisco. Si él no quiere llegar a ningún acuerdo, tendrá

que irse.

—Tendríamos —aclaró la mujer—, si él se va, yo también me tendría que

ir.

—Es lo que quiero evitar, señora Norma, yo no creo que sea justo

que se

vayan, pero tampoco que él se quede con todo, mi papá nunca se preocupó por

mí, ni siquiera pude estudiar en la universidad por ser pobre, no me pida que

ahora no exija lo que me corresponde. —La joven se levantó, no quería

discutir.

—La entiendo, pero mi nieto tiene tanto derecho como usted.

—Lo sé, señora, y lo entiendo y es precisamente eso lo que quiero

conversar con él, llegar a acuerdo, no creo que eso sea tan difícil de entender,

un arreglo entre los dos sería lo mejor...

—Lo que pasa, señorita, es que yo no quiero ningún arreglo con usted, para

mí usted es una ladrona que quiere quedarse con todos mis años de trabajo.

Victoria se dio la vuelta, él estaba parado justo detrás de ella, a escasos

centímetros, con sus negros ojos más oscuros que antes, mirándola fijamente.

—Pues entonces tendré que hacerme cargo yo de la hacienda, legalmente

tengo todos los derechos, usted es quien quiere robarme lo mío.

—Si mi padre hubiese no hubiese muerto tan drásticamente...

—Si hubiese sido así, le aseguro que solo le correspondería la cuarta parte

de todo, la cuarta de libre disposición, no crea que le hubiera podido dejar

más.

—Él quería venderme la hacienda, no alcanzó, murió antes, de otro modo,

señorita, usted no estaría aquí ni tendría nada qué reclamar.

Victoria sostuvo su mirada, sabía

que eso era cierto, su padre jamás le

habría dejado nada si hubiese previsto que le iba a dar un infarto que

terminaría por matarlo.

—Pero no lo hizo, así que esto me corresponde.

—Es usted una piraña que quiere aprovecharse del trabajo ajeno.

—Hijo, ¿por qué no la escuchas? Tal vez te convenga...

—No, abuela, no. Yo no tengo nada que hablar con esta mujer.

—Deberemos hablar en algún momento.

—No ahora.

—Mientras antes, mejor.

—No, no, no quiero escuchar nada de usted, señorita.

Salió hacia afuera y se sentó en el balancín de la entrada de la casa y

encendió un cigarrillo. Ella también salió, la noche estaba cálida, y se

sentó en

el sillón frente a él.

—¿Me va a seguir?

—También es mi casa, puedo estar donde yo quiera.

—¿Y tiene que estar frente a mí?

Ella sonrió con ironía, ese hombre no sabía con quién se había metido,

ahora que tenía las cosas más claras, ya no le pasaría por encima.

—En realidad, no —respondió, se

levantó con delicadeza, se deslizó como

una bailarina y se sentó en el balancín, al lado de él—. En realidad, prefiero

sentarme aquí —dijo dedicándole una amplia sonrisa, dejando al hombre

helado.

Capítulo 2

Rodrigo no se movió de su sitio, aquel era su lugar predilecto para

descansar las noches de verano y esa mujer no lo movería de allí, aunque

tuviera que compartirlo con ella.

Ella sacó un cigarrillo de la cajetilla de él y se lo puso en la boca.

—¿Tienes fuego? —preguntó con liviandad.

—¿Fuego?

—Sí, los cigarrillos no se prenden solos.

—No —respondió con obstinación.

Ella lo miró con la sonrisa pintada en la cara y tomó el cigarrillo que él

tenía en la boca y se lo quitó, con ese encendió el suyo.

Él miró el cigarro, que ella le estaba devolviendo, con desdén en sus ojos.

—Ya no lo quiero —espetó de mal modo.

—Bueno. —Ella se encogió de hombros y tiró el cigarro en un

cenicero

cercano.

Las narices del hombre se abrían y cerraban como las de un toro a punto de

atacar.

—¿Has pensado que tú y yo somos algo así como hermanos?

—consultó

ella.

—Ni lo digas —replicó el hombre.

—¡Es cierto! Tú eres el hijo adoptivo de mi papá y yo soy la biológica.

Somos hermanos. Hermanastros, mejor dicho.

—Sí, puede ser, pero tú eres la de la herencia.

—Eso porque no me has querido oír, te tomaste una imagen de mí sin importarte saber la verdadera razón de mi llegada aquí, sin siquiera tomarte la

molestia de preguntar qué es lo que

pensaba yo acerca de esta herencia
y de

esta hacienda. Simplemente
pensaste que venía a usurpar tu
puesto y con esa

idea te quedaste, eres como todos
los hombres, lo que piensan lo
toman como

realidad y no hay quien los saque
de eso.

—¿Y a qué viniste? Dime lo que
tienes que ofrecerme. ¿Cuál es el
famoso

trato que quieres hacer, *hermanita*?

El tono sarcástico que usó, molestó a Victoria y sumando a ello la tensión

que sentía al estar junto a él, la hizo cerrarse como una ostra.

—No, Rodrigo, yo esperé todo el día por ti, esperaba que al menos tuvieras

la caballerosidad de recibirme, sin embargo, me tiraste las llaves como si yo

fuera un perro y me dejaste allí, sin

saber cómo entrar, con un portón
que pesa

toneladas; luego, entraste en mi
pieza sin permiso mientras yo me
estaba

bañando, tuve que estar aquí sola
casi todo el día...

—Estabas con mi abuela y según he
visto ella te ha tratado muy bien, no
sé

de qué te quejas.

—Sabes a lo que me refiero.

—¿Querías estar conmigo?

—preguntó irónico.

—Quería *hablar* contigo.

—Dímelo ahora.

—No. Ya no. Me has humillado todo el día y no tengo por qué aguantarlo,

esto es mío y si quisiera, tú y tu abuela se marchan inmediatamente de aquí

—terminó elevando un poco el tono de su voz.

Rodrigo apretó los dientes y tensó la mandíbula sin contestar.

—¿Qué? ¿Te quedaste sin palabras?

—preguntó burlona levantándose del

sillón.

—¿Qué quieres, Victoria? ¿Cuál es tu fin? ¿Quieres darte el placer de

expulsarme a mí y a mi abuela tú misma en persona? Ya el abogado nos había

informado que el viernes debemos dejar la casa, no hacía falta que

vinieras tú

para ver mi derrota —reprochó
sacando otro cigarrillo.

—¿Mi abogado dijo eso? ¿Cuándo?
—interrogó sorprendida dejándose

caer de nuevo en el balancín.

—¿Me vas a decir que no lo
sabías? —cuestionó con
agresividad.

Victoria se quedó en silencio, no
entendía por qué Roberto había
hecho eso

ni quién le había dado la autoridad para decir aquello, cuando él lo único que

debía hacer era ver la situación en la que estaba la hacienda y ellos mismos,

cuánta gente vivía en la casa y cuántos los empleados, no que los echara.

—¿No lo sabías? —insistió el hacendado.

—Yo no di esa orden —replicó ella.

—¿Ah, no?

—No, y no vine para ver cómo se van.

—Entonces...

—Yo quiero hablar contigo en persona y no a través de un abogado, ya ves

que luego hacen lo que se les antoja, pero tú no me quisiste escuchar en todo el

día.

—No estaba de humor.

—Es que al parecer nunca estás de humor, ahora entiendo por qué no estás

casado —repuso con sorna.

Le lanzó una mirada de odio que la congeló.

—No te he dado la confianza para que hables de mi vida personal.

—Disculpa —respondió lacónica.

—Me voy a acostar, es tarde y mañana hay que madrugar.

Se levantó y comenzó a caminar

hacia la casa.

—Rodrigo... —lo llamó ella y él se volvió.

—¿Qué quieres ahora?

—No, nada.

Él mantuvo su mirada un momento en la de ella y luego, al ver que ella no

hablaba, se encogió de hombros y entró a la casa.

Victoria miró al cielo lleno de estrellas, no había contaminación

lumínica,

la única luz artificial que había era un pequeño farol a la entrada de la casa,

que se apagó en ese momento, dejándola completamente a oscuras. Ella

aguantó la respiración, no le gustaba nada aquello, mucho menos porque no

conocía el lugar y quizás no encontraría la puerta.

Se levantó y tanteó la pared hasta

encontrar la puerta que estaba

semiabierta. Adentro, la casa estaba completamente a oscuras y pensó por un

momento que la corriente se había ido, pero se percató que la luz de la cocina

estaba encendida, por lo que se dirigió hasta allí, no sabía dónde estaban los

interruptores, estaba recién llegada a esa casa. Sacó un vaso de agua, estaba

frustrada, ella quería conversar con Rodrigo, pero a él no parecía importarle

lo que ella quería decir.

—Niña, ¿qué hace aquí? —La abuela de Rodrigo apareció en la cocina.

—Estaba tomando un poco de agua.

—Está todo oscuro y no se ve nada, ¿por qué no ha prendido las luces?

—Es que... yo estaba afuera...

Le dio vergüenza admitir que no

tenía idea de dónde estaban las cosas en

esa casa.

—No me diga que mi nieto le apagó las luces antes que usted entrara.

Se encogió de hombros, queriendo restarle importancia.

—Discúlpelo, niña, pero tiene miedo de perder todo por lo que ha luchado.

—Él no me quiso escuchar, yo no quiero quitarles nada, yo quería llegar a

un acuerdo con él —respondió algo culpable, porque cuando él la iba a escuchar, fue ella la que no quiso hablar.

—¿Qué clase de acuerdo?
—preguntó, pero se arrepintió al instante—.

Disculpe, sé que no debo meterme.

—Está bien, también la incluye a usted. Yo no quiero que ustedes se vayan,

mal que mal esta ha sido su casa toda la vida, pero creo que yo

también tengo

derecho, sobre todo porque mi papá jamás me dio nada a mí y con mi mamá

pasamos hambre y trabajo para tener algo que llevar a la mesa.

—Lo entiendo, su padre no debió dejarlas a ustedes a su suerte, él debía

cumplir con su responsabilidad para con usted al menos. Yo no sabía que él

tenía otra hija, de haberlo sabido,

le aseguro que yo hubiera sido la primera en

recriminarle su abandono.

—Muchas gracias, señora Norma.

—Un padre nunca debería abandonar a un hijo.

—¿Qué pasó con el papá de su nieto?

—Él nunca supo que tuvo un hijo.

—¿Y eso?

—Mi hija nunca se lo quiso decir.

Murió sin saberlo.

—Ah. —No supo qué decir.

—Bueno, ya es tarde y a juzgar por el comportamiento de hoy de mi nieto,

me temo mucho que mañana no será mejor y seguro la despertará antes del

alba, como él pretende que usted trabaje como él...

—Sí, será mejor que me vaya a dormir.

—Yo la acompaño, sé que no conoce la casa todavía y está oscuro.

—Gracias.

La actitud de la abuela, Victoria la agradecía, de no ser por ella y su

carácter, seguro ya hubiera habido una tragedia entre ella y Rodrigo.

Subieron juntas al segundo piso y la mujer dejó a la joven en la puerta de su

cuarto.

—Yo duermo en la de ahí —indicó y le apuntó a la puerta siguiente a la suya—, cualquier cosa que necesite, me avisa.

—Muchas gracias, señora Norma.

—Rodrigo duerme en la del fondo —le informó innecesariamente.

La puerta del cuarto de Rodrigo era ancha, de dos hojas talladas, y su cuarto, al parecer, medía el ancho de la casa.

Se despidieron las dos mujeres y

cada una entró a su habitación.
Victoria

se acostó en su cama y se durmió
sin darse cuenta en qué momento
hasta que

un ruido seco la despertó
sobresaltada. Se sentó en la cama
intentando

comprender qué era lo que había
sido. Pero otro sonido, uno más
conocido, se

hizo sentir. Unos pasos
apresurados, los pasos firmes de

Rodrigo, que se

alejaban. Miró su celular y vio que apenas eran las cuatro y media de la

mañana, así que se volvió a acostar para dormir, pero en nada, otro sonido

igual de fuerte la alteró: su puerta era golpeada de un modo salvaje. Se levantó

y salió al pasillo.

—Por fin —murmuró Rodrigo a la salida de su cuarto.

—¿Qué se supone que está haciendo, por qué tanto ruido?

—Es el ruido del trabajo. Usted quiere esta hacienda, pues esfuércese por

ella.

—¿Qué se supone que haga?

—Lo que tendrá que hacer si se hace cargo, trabajar.

—Pero yo no...

—Usted quiere esta hacienda, yo la dejaré adiestrada para manejarla.

La

espero abajo para desayunar e
irnos.

Victoria sintió que se derrumbaba
por dentro, pero se mantuvo
inmóvil por

fuera. Vio alejarse al dueño de casa
y se metió a su pieza; a desgano, se
vistió

y bajó.

—Buenos días —la saludó él con
sorna.

Ella no contestó, simplemente se sentó en el mismo lugar del día anterior,

donde ya había una taza lista. Cogió la leche y se la sirvió con café, se preparó

un pan con mermelada y comenzó a comer, sin darse cuenta que Rodrigo no le

quitaba los ojos de encima. Solo se percató cuando alzó la vista y se encontró

con esos negros ojos penetrantes.

—¿Qué pasa? —interrogó de mal modo, más por nerviosismo que por enojo.

—No está acostumbrada a levantarse tan temprano, ¿verdad?

—Yo he trabajado noches enteras, incluso he tenido que trabajar turnos de

veinticuatro horas, no me asusta levantarme temprano.

—Vamos a ver al final del día qué dice. Vamos.

—No he terminado de tomar desayuno.

—Entonces después me sigue.

Se levantó dispuesto a salir, ella se levantó presurosa.

—Espere, me voy con usted. Ojalá hoy podamos conversar.

—No lo dé por hecho. Si no soy yo, es usted la que no está dispuesta a

hacerlo —respondió con una sonrisa perversa, pero no recibió réplica alguna

de la mujer.

Rodrigo la esperó unos segundos mientras ella se colocaba una chaqueta y

luego salió a toda prisa.

El frío, a pesar de ser verano, hizo estremecer a Victoria. Todo estaba muy

oscuro, apenas se veían las ramas de las copas de los árboles que brillaban

con el titilar de las estrellas que parecían millones en ese momento.

El hombre caminó a paso veloz, ella apenas podía seguirlo y, al cabo de un

rato, fue quedando atrás sin poder evitarlo. Por más que el espectáculo fuera

hermoso, no dejaba de ser tétrica tanta oscuridad. A lo lejos, vio lo que pensó

eran las caballerizas y decidió seguir más lentamente, no al paso de Rodrigo,

pues al verse segura, tomó valor y

no iba a permitir que ese hombre la *mandoneara* como quisiera, mal que mal, ella era la dueña de todo eso y si

decidía compartirlo con él, era solo por buena voluntad, pero si él no lo apreciaba, no era su culpa.

—¿Se va a apurar? —preguntó él con un grito, deteniéndose un poco más

adelante.

—No —respondió ella con altanería

intentando no resoplar por el cansancio

de tratar de seguir su paso.

Él se molestó, se le notó en la cara. De dos zancadas llegó hasta ella con

celeridad y la enfrentó.

—Es hora de trabajar.

—Yo no tengo que trabajar.

—Si pretende hacerse cargo de esto debe saber que no será fácil y que

tendrá que trabajar como todos los demás.

—Pues yo no vine a trabajar.

—Si usted no trabaja, todo esto, por lo que *yo* he trabajado toda mi vida, se

va a ir a la cresta.

—¡Rodrigo!

—¿Qué? ¿Me va a decir que le da miedo la palabra “cresta”?

—No, pero yo soy una mujer y me respeta.

—Pues no le he faltado el respeto, más me la ha faltado usted con esto de

que se viene a instalar a mi casa cuando todavía ni se ha enfriado el cuerpo de

mi padre.

—¡Era mi padre!

—¡Usted nunca lo quiso! Ni siquiera le importó su muerte.

Eso no era verdad. Por más que quisiera negárselo, la ausencia de su padre

le afectó siempre y su muerte le trajo una tristeza que no se atrevía a exteriorizar. Su madre no se lo perdonaría.

—Tengo razón, ¿verdad? —insistió.

—Él nunca se ocupó de mí, nunca me escribió una carta, nunca me llamó

por teléfono, nunca nada... ¿Cómo podía quererlo?

—Pero sí que quiere su dinero y sus cosas.

—Quiero lo que me corresponde,
nada más.

—¿Lo que le corresponde?

—¡Sí! Es lo justo.

—Si fuera lo justo, entonces tendría
que ser mitad y mitad, ¿no le
parece?

—Usted no me ha querido oír.

—Ni quiero hacerlo, no quiero sus
limosnas.

—Me devuelvo a la casa. —Giró
sobre sus talones, pero él la detuvo

del

brazo.

—No sabrá llegar —expresó con un gesto extraño.

—¿Por qué no? Es un camino en línea recta.

Él entrecerró los ojos, se dio cuenta que ella de orientación sabía menos que del campo.

—Vamos a las caballerizas, quiero presentarle a los trabajadores —dijo

bajando la voz.

Volvió a retomar el camino a paso un poco más lento, ella dudó un momento

si seguirlo o no.

—Le agradecería que se apurara, usted puede tener todo el día, pero yo no

—habló el hombre sin detenerse.

Ella, sin contestar, se apresuró un poco, a decir verdad, tampoco le gustaba

quedarse tan atrás, la noche se hacía cada vez más oscura y poco se veía, solo

la linterna que él llevaba alumbraba algo el camino. Un pájaro que sobrevoló

su cabeza con un ruido muy raro la hizo estremecer y dar un pequeño grito.

Corrió un poco para llegar al lado de su anfitrión. Él no dijo nada,

simplemente se detuvo para esperar a que llegara a su lado, la miró de

reajo y

siguió su camino, alentando un poco más su paso para impedir que ella quedara atrás.

En el establo se encontraban los peones listos para el día que comenzaba.

Se quedaron mirando a Victoria con gesto desconfiado y serio. Y muy lascivo.

—Buenos días, ella es Victoria Fernández, la hija del patrón, ella quiere

quedarse con la hacienda, así es que le mostraremos el trabajo que tenemos

aquí —dijo con un tono sarcástico.

Los hombres dirigieron sus ojos a la mujer con mirada burlona y

desagradable, al parecer sabían bien la historia, pero contada por Rodrigo.

—Buenos días, señorita, yo soy Hernán Montes, el capataz del fundo

—dijo con un tono distintivo—,

aquí le enseñaremos muy bien el trabajo, si es

eso lo que usted quiere.

Ella simplemente lo miró sin contestar.

—Creo que a la señorita no le gusta trabajar —indicó Rodrigo.

—Yo no vine precisamente a trabajar —aclaró.

—¿Ah, no? —inquirió el capataz—. ¿Y quién se hará cargo de esto cuando

el patrón no esté? Esto no se maneja solo, señorita.

—No, no, yo vine a otra cosa, pero no he sido escuchada —respondió mirando de soslayo a Rodrigo.

—Es que aquí las mujeres no están para ser escuchadas, están para protegerlas, para cuidarlas, para que se hagan cargo de los niños, de la casa y

esas cosas, si las escucháramos estaríamos todos locos. ¡Como en la capital!

—se burló el capataz y todos se echaron a reír.

Victoria se sintió muy incómoda con la situación. El anfitrión puso su mano

en el hombro de su rival, ella no entendió si era en señal de apoyo o qué. Ni él

mismo lo comprendió.

—Déjenla en paz, recuerden que, aunque no queramos, es la nueva y única

dueña de este lugar y si quiere

echarnos a todos de patitas a la calle, lo puede

hacer ahora mismo si quisiera.

—Disculpe entonces, dama, no queríamos molestarla —siguió el capataz

con el mismo tono de burla.

—Me devuelvo a la casa —le murmuró a Rodrigo—. No estoy para esto.

—No puedes irte, tienes que interiorizarte del manejo de esta hacienda.

—No quiero hacerme cargo de esta hacienda, ¿cómo quiere que se lo diga?

Rodrigo tomó del brazo a la mujer y la sacó afuera.

—Escúchame, Victoria, esta hacienda era la vida de tu papá
—le murmuró

enojado—, es mi vida y tú no la vas a mandar a la ruina por tu falta de interés

y ambición.

Ella lo miró con los ojos muy

abiertos, tenía dos opciones:
gritarle a la

cara que no quería eso o ponerse en
el mismo plan odioso de él y
comportarse

como lo que él decía que era. Optó
por lo segundo.

—Pues si esto se va a la ruina, no
será mi culpa. Yo no vine a
trabajar,

¿acaso tengo pinta de granjera?
¿Me veo como una mujer que cuide
de vacas y

caballos?

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Estoy aquí para tomar lo que es mío, nada más.

—¿Y qué se supone que es eso?

—Lo que me corresponde. Mal que mal, todo esto es mío.

—Pero no quieres trabajar la tierra.

—No es lo que me corresponde.

—Yo trabajo como cualquier empleado.

—Pues ese es usted, yo, en cambio, pagaré para que hagan el trabajo que

hay que hacer. Yo no me ensuciaré las manos con plasta de caballo.

Él sonrió con cinismo.

—Consideras indigno este trabajo.

—Indigno, no.

—Muy poca cosa para ti.

Ella apartó la mirada. No era nada de lo que él pensaba. A ella le daban

miedo hasta los perros de la calle, jamás se acercaría a una vaca o a un

caballo. Pero eso... Eso jamás se lo reconocería a él, no le daría ni un motivo

para parecer vulnerable ante él.

Capítulo 3

Rodrigo miró al suelo, se sentía frustrado, tenso. A fin de cuentas, Victoria

tenía razón, mal que mal, ella era la dueña y señora de ese lugar y tenía

todo el

derecho a manejarlo como ella lo quisiera. Pero debía admitir que le dolía

saber que para ella trabajar la tierra era una ofensa.

—Bueno, si no quiere ensuciar sus lindas manos, puede volver a la casa, la

enviaré con alguien —mencionó con frialdad.

—Puedo irme sola.

—Si quiere perderse...

Ella tragó saliva.

Él entró de vuelta a la caballeriza y la empujó suavemente con él.

—Necesito alguien que acompañe a la señorita Fernández a la casa

—anunció en voz alta.

—Yo la llevo si quiere —ofreció un trabajador que parecía más simpático

que el resto y al que parecía no molestarle la presencia de la joven

en ese

lugar.

—Está bien, Marcos, llévala y luego te vas al río, arreademos al ganado

hasta los pastizales.

—Sí, patrón. Vamos, señorita.

La joven lo siguió sin despedirse de nadie, la ponía nerviosa estar entre

tantos hombres. Escuchó a Rodrigo dar unas órdenes de ir no sé a

dónde, los

peones se pusieron en campaña de inmediato, le seguían como perritos

falderos.

—¿Quiere irse caminando o a caballo? —le consultó el joven que la

llevaría.

—Caminando —respondió de inmediato.

La noche seguía oscura y el joven no tenía linterna, Victoria pensó en

si él

se sabría bien el camino o se perderían, aunque, claro, tampoco era tan difícil

llegar.

—Señorita, ¿le puedo hacer una pregunta? —le habló él con algo de

timidez, interrumpiendo sus temores.

—Claro.

—¿Es verdad que usted va a echar al patrón de aquí?

—¿Quién dijo eso? —preguntó.

—Son las cosas que se dicen por aquí, usted sabe que en lugares como este,

todo se sabe.

—No es verdad, al menos no es ese mi propósito.

—Entonces, ¿a qué vino?

—No creo que eso sea de su incumbencia —replicó ella con tono

autoritario.

El hombre, más alto que ella, de brazos fuertes y pelo rizado, asintió con la

cabeza y desaprobó con su gesto.

—Lo es, pues de eso depende mi trabajo y quiero saber a qué atenerme

—afirmó él.

—Nadie se va a quedar sin trabajo, así es que quédese tranquilo, Marcos.

Si su patrón me escuchara todo se solucionaría mucho más rápido.

Continuaron el camino en silencio.

—No me di cuenta que había una bifurcación —comentó ella a medio camino.

—Es que de allá no se ve —le indicó el lugar hacia donde se dirigían—. El

camino puede parecer recto, pero no lo es.

En esas oraciones se basó la conversación. Ambos parecían incómodos con

el otro.

—Muchas gracias —agradeció ella cuando llegaron—. Y no se preocupe,

que no es mi intención echar a nadie de aquí, pero creo que tampoco me puedo

quedar sin nada, igual me toca parte de esto. Y eso es lo que su jefe no quiere

entender.

—Nadie va a entender que le quieran quitar sus cosas, su vida.

—Ya le dije que no es esa mi intención.

—Hasta luego, señorita —se despidió en tono seco, quitándose el

sombrero.

Se dio la vuelta para irse, pero se devolvió de inmediato.

—Entiéndanos, esta es nuestra vida, aquí crecimos, esto es todo lo que

tenemos. Yo soy un poco distinto a los demás en el sentido en que me gusta

escuchar las dos versiones, pero ellos creen que usted quiere sacarnos a

patadas de aquí —explicó el joven con sinceridad.

—Creen que soy una desalmada.

—Una ladrona —aclaró con cierta culpa.

—No lo soy —se defendió ella con tristeza, bajando la mirada.

Un corto silencio se hizo hasta que él puso su enorme mano callosa en el

hombro femenino.

—No se sienta mal, todo sale a la luz y pronto todos podremos ver sus verdaderas intenciones.

—Ojalá.

—Mañana hay una fiesta en el fundo vecino, dígame al patrón que la lleve y

si no, me avisa y yo la paso a buscar.

—Gracias, lo haré —mintió sarcástica, ¿de verdad creía que

ella quería ir

a una fiesta con Rodrigo?

—¿Usted conoce la trilla?

—No, la verdad es que no.

—Mañana la conocerá.

—Gracias.

Trilla. ¿Qué era eso? Se preguntó. En alguna oportunidad había escuchado

algo así, pero ni recordaba de dónde ni de qué trataba. De todas

maneras, le

dio curiosidad por saber y conocer cómo lo festejaban en ese lugar, pero no le

diría nada a Rodrigo, si él le ofrecía asistir, aceptaría, aunque dudaba mucho

que lo hiciera.

A media tarde, después de almuerzo y mientras la abuela de Rodrigo

dormía la siesta, salió a dar un paseo por los alrededores para conocer el

lugar. Era una hacienda grande, hermosa, con mucha vegetación. El sol no

quemaba, pero daba un agradable calor. Llegó a la orilla de un río, caminó por

el sendero aledaño hasta ver a los hombres que trabajaban el campo y un poco

más lejos, otros que cuidaban de los rebaños. Allí estaba Rodrigo. Caminó

hacia él, pensó que allí, en su

trabajo, en lo que lo apasionaba, podía estar un

poco más receptivo a lo que ella pudiera decir, sin embargo, él, en cuanto la

vio, se acercó y tomándola de un brazo, la sacó de allí y la llevó aparte, donde

unos árboles los cubrían de los demás.

—¿Y usted? —espetó él casi con furia.

—Andaba dando una vuelta y

llegué hasta aquí.

—¿Quería ver el tamaño de su propiedad?

—No, yo solo... quería conocer.

—Por primera vez, sintió que ese hombre

la intimidaba y se asustó, se veía más molesto que en la mañana.

Él suavizó su expresión.

—Ahora ya conoce, ¿qué más quiere?

—Hablar con usted y llegar a un

acuerdo con respecto a la herencia
de mi

papá.

—¿Aquí?

—¿Qué tiene de malo?

—De acuerdo. Hable.

—Quiero llegar a un acuerdo que
nos deje satisfechos a ambos.

—Dudo mucho que usted pueda
dejarme satisfecho —respondió en
un

doble sentido que la estremeció.

—Si no quiere llegar a acuerdo conmigo, sabe que tendrá que irse.

—Yo no voy a ser su empleado si eso es lo que quiere.

—No se trata de eso.

Unos hombres gritaron porque una de las vacas se había caído al río.

Rodrigo corrió a ayudar a sus hombres a levantar el animal. Ella se sintió

fuera de lugar. No sabía qué hacer,

si irse o quedarse. Se afirmó de un árbol y

lo miró trabajar junto a los hombres. Era una ardua labor y ella presumió que

él ya no volvería para hablarla. Cuando lograron sacar el enorme animal, lo

dejaron en el pasto y lo atendieron. Rodrigo se quitó la camisa y se volvió a

agachar a ver a la vaca. De pronto, miró en la dirección de la nueva

dueña que

miraba embelesada el espectáculo,
se levantó y caminó con decisión
hacia ella

con una mirada que la atemorizó
más si era posible.

—Ya ves, no tienes idea del trabajo
del campo, no tienes idea de
animales,

de tierras, de nada. No deberías
estar aquí, si lo estás fue solo por
un error de

mi papá, de lo contrario, todo sería

mío.

—Pero no lo hizo y esto ahora es completamente mío.

—Anda a atender la vaquilla, entonces, a ver si sabes lo que hay que hacer.

Victoria respiró hondo, sentía que ese hombre lo único que quería era humillarla.

—Para eso hay gente ¿no? Gente especializada que sabe del trabajo.

—Claro, y tú vienes a eso, ¿no? A

que la gente trabaje para ti mientras tú

recibes el dinero sentada en tu escritorio.

—La mayoría de los empresarios lo hacen así.

—Pues no aquí, aquí todos somos iguales y todos trabajamos a la par.

—Bueno, pues usted lo hará así, no yo.

—Mire, Victoria, si usted no vino a ayudar, será mejor que se largue, no la

quiero cerca de mí, mucho menos cuando tengo que concentrarme en hacer mi

trabajo.

—Pues no me moveré, usted no es mi dueño y esta hacienda es mía, aquí

hago lo que quiero y si quiero vigilar el trabajo que hacen, nadie puede

impedírmelo. Y si a usted no le gusta, la puerta es bien ancha para que se

largue de aquí.

—Su abogado me dijo que el próximo viernes debía abandonar mi

hacienda, falta una semana todavía, así que no me moveré antes de eso.

—¿Quiere que lo saque por la fuerza?

—Inténtelo —dijo y se estiró, pareció crecer más todavía, amedrentándola

con ese cuerpo esculpido a base de trabajo y sacrificio.

—Puedo llamar a la fuerza pública
—logró articular con dificultad.

Él esbozó una sonrisa irónica.

—La fuerza aquí, por si no lo sabías, soy yo, Victoria.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que tú pesas menos que un paquete de cabritas en este lugar,

si quieres echarme, tendrás que hacerlo tú personalmente.

Se acercó mucho y quedó con su

cara casi pegada a la de ella, con
sus

labios casi unidos a los femeninos.
Victoria no se movió, no quería

demostrarle que era una cobarde
que nunca había sabido enfrentarse
a nadie,

aunque supuso que su respiración
agitada la delataba.

—Acepte un consejo, váyase de
aquí, y no hablo de este lugar, hablo
de

este fundo, hablo de esta ciudad y

de esta región. Vuélvase a su capital, a sus

comodidades, a su internet, a su vida virtual, a su novio...

¡Novio! No había llamado a Misael desde que llegó, ni siquiera se había

acordado que tenía novio y ese era un momento muy malo para recordar.

—Aquí la vida es real, el trabajo es real, la gente es real, no como allá de

donde usted viene.

Alzó su mirada hasta la de Rodrigo y luego la bajó hasta sus labios que estaban semiabiertos y exhalaban un aroma a café y menta y sus pensamientos

se fueron en otra dirección muy distinta a la conversación que sostenían,

imaginando que en vez de odiarla, la protegía con su fuerza.

—Debe irse —susurró él con voz ronca.

—¿Y si no quiero? —replicó ella con un nudo en la garganta.

—No respondo por lo que vaya a pasar.

—Yo... Yo solo quería llegar a un acuerdo con usted y... —jadeó, ese

hombre exudaba testosterona por todos los poros.

—Te vas a ir a la casa y espero que no te vuelvas a aparecer por aquí,

puedo soportarte en la casa, un rato, pero no voy a aceptar que vengas a

vigilar mi trabajo.

—No vine a eso —dijo como en un ruego.

—Así me siento y a mí nadie me controla, menos tú, que no tienes derecho

de estar aquí.

—El orgullo te ciega, Rodrigo, esto no debería ser así.

—¿Así? ¿Cómo debería ser según tú?

—Deberíamos poder conversar

como dos personas civilizadas.

—Pues contigo me cuesta mucho comportarme como una persona

civilizada, despiertas en mí todos los instintos animales que ni sabía tenía

antes de conocerte.

Su garganta se apretó y todo su ser se agitó.

—Ándate de aquí, Victoria, antes que cometa una locura; si quieres hablar,

lo haremos, pero en otro momento.
No ahora.

Ella respiró con dificultad.

—¿De verdad? ¿Hablaresmos? —en
su voz sonó la esperanza.

Rozó sus labios con los de ella y
los ojos de la joven se cerraron

automáticamente, sintiendo y
esperando...

—No debiste venir —susurró antes
de separarse de la mujer y caminar
de

vuelta donde sus empleados.

Ella abrió los ojos y se sintió estúpida, ese hombre quería humillarla y ella

se entregaba en bandeja para que lo hiciera.

Marcos fue el encargado de llevarla de vuelta a la casa. Otra vez.

Ella se quiso negar, si había llegado hasta allí, de seguro podía devolverse,

sin embargo, no hubo pero que

valiera, la llevaría de vuelta a la
“casa

grande”, como la llamaban allí, tal
como su patrón lo había ordenado.

—¿Va a ir mañana? —preguntó a
mitad de camino.

—No sé todavía —respondió de
mal modo.

—Seguro que lo pasará muy bien,
habrá mucha comida y vino
navegado,

además de bailoteo, obvio.

—Claro, me imagino.

—Vaya, si quiere yo la paso a buscar, a las cinco nos vamos a ir todos para

allá.

—¿Sabes qué? Bueno, te espero a las cinco, ¿queda muy lejos?

—No, si es el fundo de al lado, una cuadra más allá. En todo caso, tengo

una moto, ¿le gustan?

—¿Las motos?

—Sí, no es lo más moderno y seguro en la capital hay mejores, pero aquí

sirve.

—Bueno, mañana te espero. Nunca he andado en moto, así que será toda

una experiencia.

—Tiene que ir con ropa abrigada, sí, porque en las noches hace frío por

acá y más en la moto.

—Está bien. Gracias.

Ya habían llegado a la casa y Victoria se alegró por ello.

—Nos vemos mañana, señorita.

—Se sacó el sombrero y le hizo una reverencia con la cabeza antes de retirarse.

—Muchas gracias, Marcos, por la molestia.

—De nada, no me molesta ser su “niñero” —bromeó.

—No necesito niñero —replicó

ella en el mismo tono.

—No es lo que piensa el patrón.

—¿Crees que alguna vez se le pase lo “cabezotas”?

El hombre rio con genuina diversión.

—Jamás señorita. —Se sacó su sombrero—. Nos vemos cuando vuelva a

estar en peligro de perderse otra vez.

Victoria lo observó al marcharse.

Marcos era un tipo muy atractivo,
para

qué decir una cosa por otra, aunque
si era sincera con ella misma, todos
allí

eran lindos, o casi todos, además
de fortachones, hombres
acostumbrados al

trabajo duro. Y Rodrigo...

Se tocó los labios, solo los había
rozado, ni siquiera fue un beso,
pero sus

labios los sintió calientes, dulces.

Sacudió la cabeza, necesitaba sacarse a ese hombre de la cabeza, no se

suponía que fuera así, ella tenía un novio y no podía, nada más haber llegado,

pensar en otro hombre. Misael no se lo merecía. Decidió que Rodrigo no se

volvería a acercarse a ella de ese modo, por más que fuera atractivo, fuerte,

macho. No. Ella estaba con Misael,

él era quien le gustaba. No Rodrigo, un

tipo arrogante y que se creía dueño de lo que a ella le pertenecía por ley y por

sangre. En ese momento se prometió no aguantar más sus desplantes y se haría

dueña de todo. De todo. Y si él y su abuela se querían quedar, pues que se

aguantaran su presencia, ella era la dueña y ellos unos allegados a los

que

permitía que se quedaran. Revisaría las cuentas, cada peso le tendría que ser

informado. Ahora, Rodrigo Montero sabría quién era Victoria Fernández

Subercaseaux.

Capítulo 4

La decisión ya estaba tomada. Ella había ido a ese lugar a conversar con

Rodrigo y proponerle un trato donde él le diera mensualmente una pequeña

cantidad y ellos podrían quedarse con todo, incluso, ella se podría haber

hecho cargo en la ciudad de algunos negocios para alivianarle el trabajo, pero

si él no había querido escucharla, no seguiría rogándole, ahora ella tomaría su

lugar como dueña y él, o se

quedaba como un empleado más,
como el capataz

de la hacienda, o se iba. Así de
simple.

Cuando Rodrigo llegó, ella se
encontraba en el pórtico sentada en
el sillón

balancín, donde habían estado la
noche anterior. Se detuvo un
instante y la

observó, pero ella siguió fumando
su cigarrillo sin voltear a mirarlo.

—Victoria...

—¿Sí?

—Creo que debemos conversar.

—Sí, debemos —contestó en tono seco.

—Lo que pasó hoy...

Se levantó, apagó su cigarro y se paró cerca de él, no tan cerca para que su

altura no la cohibiera y sus hormonas no se alteraran.

—Debemos hablar de esta hacienda, de la herencia

—sentenció con

firmeza—. Me cansé de rogar un poco de atención, una conversación

civilizada. Yo sabía, cuando recibí la noticia que mi padre había muerto y que

por no dejar testamento yo era la heredera de todo lo suyo, que había otra

familia, que había un “hijastro” —recalcó la palabra a propósito para hacerlo

sentir mal—, un hombre que había

pasado toda su vida aquí,
trabajando codo a

codo con mi padre y no iba a ser yo
quien le quitara todo, pero usted no
quiso

escuchar mi propuesta, yo lo único
que quería era que me ayudara con
algún

dinero mensual para costear los
medicamentos de mi mamá, que se
enfermó de

tanto trabajar por culpa de mi padre
ausente. Nada más. Yo no quería

sacarlos

de aquí ni quitarles lo que les corresponde por derecho propio. Pero ahora...

—Ahora ¿qué?

—Ahora, como me aburrí, como usted en un solo día echó por tierra todos

mis buenos propósitos, no seré tan benevolente.

—¿A qué te refieres?

—A que ahora me haré dueña de

esta hacienda, seré la administradora...

—¿Administradora?

—Soy contadora, bien puedo hacerme cargo de todo esto.

—Usted no tiene idea de manejar un fundo.

—Puedo aprender.

—Este siempre fue tu fin, ¿verdad? Viniste a adueñarte de lo que no te

corresponde, de todo lo que no es tuyo —apostilló de mal modo.

—No es así, si tomé esta decisión fue porque tú no me hiciste caso y desde

que llegué no has hecho otra cosa que humillarme.

—Así es como lo ves.

—Así es como es.

Rodrigo asintió lentamente con la cabeza de modo amenazante.

—Yo no quería que las cosas terminaran así —se justificó ella sin saber

bien por qué.

—Siempre quisiste que terminaran así.

—No, yo llegué con una buena actitud —replicó—, usted fue quien no me

abrió la puerta, quien no me recibió como lo esperaba, anoche apagó todo

sabiendo que yo no conocía la casa, no sabía dónde estaban los interruptores,

no conocía este lugar, ¡era mi

primera noche! Ni siquiera le importó si a mí me

da miedo la oscuridad, simplemente me dejó sola en un lugar extraño

Él bajó la cabeza, avergonzado.

—Sí, me equivoqué en eso, lo siento.

—En eso y en todo. Ahora no sirven sus disculpas, ni siquiera está

arrepentido, por la mañana usted se comportó muy mal conmigo también, ni

siquiera fue capaz de despertarme como la gente, simplemente hizo unos

ruidos horrorosos que me hicieron despertar sobresaltada, me obligó a ir con

usted, me llevó con un montón de hombres que me miraban como si hubieran

salido recién de la cárcel y...

Se acercó a ella y puso sus manos en sus hombros.

—Lo siento, sé que no debí

hacerlo.

—Ya le dije que sus disculpas ya no sirven.

—Entonces no vale la pena que me disculpe.

La soltó y ella se sintió vacía por un momento.

—Ya veremos qué hará para manejar esto —espetó y se metió a la casa.

Victoria se volvió a sentar en el balancín. Tal vez su madre tenía razón y no

debía involucrarse con esa gente, al contrario, Rodrigo era su enemigo, era

quien le había robado todo y quería seguir haciéndolo.

Ese día no se volvieron a ver. En la noche, Rodrigo no bajó a cenar y la comida se le volvió amarga a Victoria. Su personalidad no era así, no le

gustaba estar mal con los demás. La abuela de Rodrigo estaba callada, triste

quizás, tal vez su nieto habló con ella acerca de sus nuevos propósitos.

Terminada la comida, la joven se levantó y lavó la loza a pesar de las

protestas de la abuela y al terminar, miró a la mujer que tenía su mirada en la

nada.

—Buenas noches, señora Norma
—se despidió sin saber qué decir.

—Niña, quiero hablar con usted.

—Claro, dígame.

—¿Quiere un café?

—Está bien. —Al parecer esto iba para largo y difícil.

La joven se ofreció a prepararlo.

—Usted dirá —dijo cuando ya se sentaron con sendas tazas en sus manos.

—¿A qué viene de verdad?

—consultó la abuela sin rodeos.

—Señora Norma, yo no quería quitarles nada. Yo tengo mi trabajo

en la

capital, pedí el día de hoy y el lunes libre, mientras antes llegara a un acuerdo

con ustedes, era mejor para mí. Si él me daba solo un poco de dinero mensual

para los remedios de mi mamá, ustedes se quedaban con todo lo demás, yo no

iba a pedir nada más, los remedios son caros y con mi sueldo, aunque no nos

falta, se hace pesado todos los meses costearlos, de hecho, yo iba a vender mi

auto...

—¿Qué tiene su mamá?

—Ella tiene cáncer.

—Cáncer...
sorprendida.

—murmuró

—Sí, por eso quería hablar con él, por eso no puedo quedarme más tiempo

aquí, por eso quería ese acuerdo,

pero su nieto es un cabeza dura y no quiere

nada.

—¿Qué va a hacer?

—Él no me deja otra alternativa, tendré que tomar mi puesto de dueña, yo

necesito el dinero, necesito salvar a mi mamá.

—Entiendo.

—Yo no quiero que ustedes se vayan, de verdad, yo no quiero

tampoco que

ustedes pierdan todo por lo que han trabajado, juro que no era mi intención

llegar a esto.

—Lo sé, sé que mi nieto no se ha comportado de la mejor forma con usted,

pero entiéndalo, por favor, él tiene miedo de perder todo de la noche a la

mañana. Él estudió agronomía, es cierto, pero este ha sido su único

trabajo, él

mantiene esta hacienda como si fuera propia y siempre se imaginó terminar sus

días en este lugar, que sus hijos siguieran su camino, como él siguió los de su

padre.

—Padraastro —corrigió sin pensar.

La anciana la miró con lástima.

—Su vida es este lugar —insistió con calma.

—Ya le dije, yo no quería que esto pasara.

—Pero pasó —dijo con tono de censura.

—¿Qué quiere que haga?

—Intentar hablar con él.

—¿Otra vez?

—Yo le dije que esperara, que él no estaba dispuesto a hablar todavía, que

debía esperar a que él se calmara.

—Pero yo no puedo atenerme a lo que él disponga, una cosa es que yo pueda esperar, pero usted bien sabe que él no solo no me ha querido oír, también me ha humillado, hoy delante de todos esos hombres me dejó en

vergüenza dos veces. Yo no puedo aceptar que él me trate así. Además, yo

debo volver a mi casa con mi mamá, ella está sola.

—Lo sé, yo tampoco estoy de

acuerdo en lo que él hace. La verdad es que

me da mucha pena ver cómo se tratan, no me gustan los enfrentamientos y mi

nieto es un hombre justo; aunque lo entiendo, no puedo comprender que reaccione de esta manera. Mucho menos con usted, una mujer.

Victoria no supo qué decir, al parecer era cierto que él no era del tipo

maltratador y cuando él quiso

hablar, ella no quiso, no aceptó,
parecían dos

niños, cuando uno quería, el otro
no, y si continuaban así se formaría
un

círculo vicioso de nunca acabar.

—Piénselo, Victoria, tal vez no
necesitará seguir trabajando si
llegan a un

buen acuerdo con mi nieto, pero él
necesita tiempo, tanto para digerir
la

muerte de su padre como la pérdida

de todo lo que consideraba suyo.
Tome en

cuenta que aunque no fuera hijo legal de José, él lo amaba como a un padre y

su muerte está muy reciente y ha sufrido mucho por ello y ahora, más encima,

tiene que lidiar con la pérdida de su hogar. Piénselo, niña, por favor.

La abuela se fue a acostar dejando a una pensativa Victoria en la cocina, En

eso la abuela tenía razón y Victoria lo entendió. La muerte de su papá había

sido hacía apenas unas semanas y, aunque Rodrigo no fuera su hijo legal y

sanguíneo, se había criado con él. Pensó en sí misma y Juan Carlos. Conocía

la sensación. Pero...

Salió de allí y se fue al pórtico. Se sentó en el balancín y encendió un

cigarrillo. Las estrellas brillaban

con fuerza en el cielo, no había luna, o no la

veía, sin embargo, las copas de los árboles se iluminaban como si fueran

perlas que habían caído suaves en sus ramas. El lugar era precioso con su

aroma a vegetación, a tierra, a fruta; sus colores, matices en verde que no tenía

idea que existían, las rosas y flores de lindas tonalidades...

En su cabeza dio muchas vueltas a lo sucedido en el día y en todo lo que

estaba sucediendo en su vida, en lo mal que la recibió y trató Rodrigo; en su

madre, que quería que lo dejara en la calle y ella pensó en más de una

oportunidad hacerlo, pero sabía que no sería capaz; en Rodrigo, comprendió

que la razón del enojo de su anfitrión era miedo, miedo a perder

todo por lo

que había luchado toda su vida y por una extraña que ni siquiera conoció a su

padre, que por el simple hecho de llevar su apellido se había hecho dueña de

todo. Ella lo comprendía muy bien, solo que no le gustaba el modo en que la

trataba; pensó también en Misael, era un buen tipo con quien lo pasaba muy

bien, no salían mucho ya que la enfermedad de su madre no le dejaba mucho

tiempo, en realidad, la mujer no estaba mal ni postrada en cama, pero a veces

se sentía tan mal que Victoria tenía que quedarse con ella y no salir pues no

podía quedarse sola, por lo que muchas veces, Misael se quedaba con ellas,

aunque de vez en cuando le

reclamaba que siempre que iban a salir, su mamá

se enfermaba misteriosamente, lo cual ella ya lo había notado, sin embargo,

desechaba aquellas ideas, nadie juega con la salud y nadie, en su sano juicio,

usa una enfermedad para manipular a otra persona. Eso, para Victoria, lo

hacían solo las personas locas y su mamá no lo estaba, claro que no.

Su mente saltó a Marcos, el hombre que había hecho de niñera de ella dos

veces en un solo día. Era una vergüenza que Rodrigo la haya expuesto ante

esos hombres, que la haya ridiculizado frente a todos sus trabajadores. No

podía ni debía seguir aguantando ese trato. Ese hombre no podía creerse

dueño de todo y de todos, incluso

de ella misma. Ella había ido a hacer un

trato, si él no quería, entonces no lo habría y ella se adueñaría de todo.

Una

extraña ráfaga de viento suave le provocó escalofríos en su columna vertebral

al pensar aquello.

—Creo que a mi papá no le gustó que pensara esto —musitó casi

inaudiblemente y con algo de susto.

—¿Se quedó aquí toda la noche?

—La voz de Rodrigo la hizo saltar de su

asiento—. Lo siento, no quería asustarla.

—No me asustó, solo me pilló desprevenida —mintió—. ¿Qué quiere?

—¿Podemos conversar?

—¿De qué?

—De nuestra situación.

—Usted dirá.

—Victoria, podemos llegar a un acuerdo.

—Eso quise desde el principio.

—Aún hay tiempo.

Victoria suspiró. Eso quería, ella no quería robar lo que no le pertenecía,

por más que la ley le dijera que todo aquello le pertenecía, ella sabía que no

era cierto. Su padre jamás hubiera compartido con ella ese lugar. Si no lo hizo

en vida, ¿lo querría en muerte? ¿Le
agradaría la idea de que su
verdadero hijo,

su hijo nacido del corazón, fuera
echado o despojado de sus bienes?
No lo

creía. Una nueva ráfaga de viento
rozó su pelo, sin embargo, esta vez,
fue más

suave y sin temor incluido.

—Victoria... —la habló como si la
hubiese estado hablando desde
antes, lo

que la hizo despertar de sus pensamientos y al mirarlo, se dio cuenta que

estaba arrodillado frente a ella.

—Yo quiero un acuerdo con usted, siempre lo he querido —musitó la joven.

—Hable, diga lo que usted tiene para ofrecer.

—Mi mamá tiene cáncer.

Él quedó de piedra.

—¿Qué necesita?

—Dinero para su tratamiento, era todo lo que esperaba, los medicamentos

no son baratos y mi sueldo ya no alcanza, he tenido que hacer un hoyo para

tapar otro y ya no puedo seguir endeudándome más. Para mí sería fácil tomar

mi herencia y vender todo para salir de mis deudas, pero no creo que sea justo

con ustedes. Si mi papá se hubiese hecho cargo alguna vez de mí o de mi

mamá...

—¿Cuánto es lo que necesitas?

—Mucho.

—¿Cuánto es mucho?

—Tengo una deuda de dos millones en un banco y de uno en otro. Ya no

puedo seguir pagando, no sé cuánto debo de esos préstamos, ya ni quiero mirar

los recibos, sigo pagando, pero un mes pago uno y al siguiente el otro... Ya no

puedo seguir costearlo el tratamiento. El problema es que mi mamá cada día

empeora más.

Una lágrima bajó por su mejilla. Rodrigo la atrapó con su dedo.

—No es tanto; dinero tenía tu papá en el banco como para pagar esas deudas y más.

—No quiero que ella se muera, es lo único que tengo.

Ya no quiso ser valiente, ya no quería seguir manteniendo esa imagen,

pensar en perder a su mamá la hacía fuerte, pero también era su máxima

debilidad.

—Son las dos solas.

—Sí, somos amigas, compañeras, ella es mi todo.

Rodrigo entrecerró los ojos y una nube de tristeza pasó por ellos. El mismo

sentimiento y relación compartía él con su padre.

—Yo no voy a dejar que mi mamá se muera por falta de dinero. Yo no quiero que ella se muera —sentenció la joven.

—Nadie quiere que se muera su mamá —replicó él, molesto ante las palabras de Victoria.

Capítulo 5

Rodrigo se levantó y caminó rumbo a las cuadras. Victoria lo vio alejarse

con el corazón en un puño. ¿Por qué no podían llevarse bien? ¿Qué había

hecho ahora, acaso decir que no permitiría que su mamá se muriera era algo

malo?

La joven miró la hora en su celular. Apenas daban las cinco de la

mañana.

Allí no tenía señal, por lo que no podía llamar a su mamá ni a su novio. Por la

mañana le preguntaría a Norma de dónde podía hacer una llamada. Al venir le

pareció ver un pueblito, pero no estaba segura si allí habría algo de

modernidad. Se puso en pie, pero se mareó y tuvo que volver a sentarse y

respirar hondo. Se sintió mal de

pronto sin explicación.

—Maldito estrés —farfulló
enojada.

Una vez recompuesta, se levantó y
entró directo a la cocina, Rodrigo
había

dejado un trozo de pan preparado,
así que se sirvió un café y se comió
el

sándwich. Al terminar, dejó todo en
la mesa, tal cual, se fue directo a su

habitación, se sentía rara, esperaba
no enfermar. Eso sí sería

humillante.

Rodrigo volvió a la casa cerca de las tres de la tarde.

—¿Y Victoria?

—No la he visto y no quise ir a molestarla, creo que anoche las cosas no

terminaron muy bien.

—¿Por qué? ¿Discutieron?

—No, no, es solo que ella quiere un acuerdo y usted no la ha escuchado,

además, me dijo que usted la humilló públicamente delante de los peones y

eso no se hace.

—Sí, me equivoqué —admitió sin culpa.

—¿Y qué hará al respecto?

—Hablaré con ella.

El hombre salió de la cocina y corrió escaleras arriba.

Victoria despertó con el sonido de los fuertes y firmes pasos de

Rodrigo.

Luego, tres golpes en la puerta.

—Pase —dijo levantándose.

El hombre abrió y se quedó en el umbral, desconcertado. Su invitada estaba

con un diminuto pijama. Una pantaleta corta y una camiseta sin mangas, casi

transparente.

—Victoria —articuló con dificultad.

—¿Qué desea?

El hombre tragó saliva.

—Quiero hablar contigo.

—Escucho.

—Será mejor que bajes, te espero en la sala.

—Si quiere —respondió ella encogiéndose de hombros.

El hombre la escaneó de pies a cabeza.

—La espero abajo.

—Claro. Me quito esto y bajo.

La mujer jugaba con él y él lo sabía, aun así, no podía evitar caer en sus

redes y la imagen en su cabeza de ella sin ropa, lo dejaba sin aliento.

—¿Quiere que me desvista delante de usted? —consultó ella con descaro.

—Por supuesto que no —repuso él con molestia y salió del cuarto antes

que se abalanzara sobre ella para

quitarle la ropa él mismo.

Victoria se dejó caer en la cama. Su respiración era agitada y las piernas le

temblaban como gelatina. Sonrió. Si ella se sintió incómoda, él no lo hizo

mejor. Fue muy notorio su desconcierto al verla así. Bajó y en la cocina

escuchó las voces de Rodrigo y su abuela y se dirigió hasta allí.

—No lo sé, abuela, espero que no.

Victoria se ve una buena chica —lo escuchó decir.

—Gracias —respondió la aludida entrando a la cocina, parecía relajada.

—¿Estaba escuchando detrás de las paredes? —soltó él.

—No, escuché lo último que dijiste de mí a pito de no sé qué. Tengo hambre, ¿puedo comer algo?

La anciana se levantó y sacó del horno un plato listo, todavía

caliente.

Victoria se sentó a comer sin importarle nada.

—Bueno, yo voy a ir a arreglarme

—informó la abuela, saliendo de la cocina.

—¿Se puede saber qué hablaban de mí?

—Nada importante.

—¿Qué querías decirme?

Ahora, Rodrigo se sentó frente a

ella y la miró fijamente.

—¿Qué es eso de que vas a ir a la trilla con Marcos?

—Él me dijo que podía llevarme si tú no querías.

—Yo no he dicho que no quiera.

—Tampoco me invitaste.

—Di por hecho que irías con nosotros.

—No me preguntaste si quería ir.

—¿Te quedarías sola?

Ella guardó silencio. Claro que no se quedaría sola en esa inmensa casa.

—Puedo decirle a Marcos que siempre te lleve si no quieres ir conmigo.

Victoria alzó la vista para encontrarse con la del hombre.

—¿No te molesta?

—No —contestó con sequedad.

—¿Ustedes van a ir los dos solos?

—Elsa nos llevará —contestó

Rodrigo.

—¿Quién es Elsa?

—No la conoces.

—¿Tu polola?

—¡No! Es como mi hermana.

El alivio se notó en el rostro femenino.

—¿Vas conmigo o le confirmo a Marcos?

—No. Voy con ustedes. ¿Está bien si voy así?

—Cualquier cosa será mejor que ese diminuto pijama que usas —bromeó

con una sonrisa irónica.

—Estaba en mi pieza y venía despertando, ¿qué querías? No suelo dormir

con traje de fiesta. ¿Voy así o me cambio?

Rodrigo la miró de pies a cabeza. Tenía unas zapatillas de lona, un jeans

ajustado, demasiado para su gusto,

o mejor dicho, para que otros la miraran, y

una blusa delgada de colores.

—Tienes que llevar algo de ropa de abrigo, una chaqueta será suficiente.

—Obvio, soy friolenta.

—El resto está bien.

Ella siguió comiendo en silencio. Rodrigo no apartó la mirada de ella, que

parecía no darse cuenta de la

presencia masculina, aunque no se podía pasar

por alto la descarga de testosterona de parte de ese hombre. Al terminar, alzó

la vista y se encontró con la fija de él.

—¿Hay algún lugar por aquí cerca que tenga teléfono? Tengo que llamar a

mi mamá y a mi pololo y no tengo señal en el celular.

—¿Pololo?

—Sí, ¿por qué? ¿Crees que no puedo tener alguien que me quiera?

—Precisamente...

—Bueno, lamento decepcionarte, pero sí, en la capital los hombres se pelean por mí —mintió.

—Me imagino —murmuró con sorna.

—Bueno, ¿hay o no? Cuando llegué me pareció ver un pueblito cerca, pero

no estoy segura.

—Sí, efectivamente hay un pueblo cerca, pero no se preocupe, aquí hay

teléfono, en el despacho de mi papá y en la sala está el anexo, puedes ocupar

cualquiera de los dos. Supongo que llamarás a tu mamá primero.

—Por supuesto, pero la llamaré después que termine de arreglarme.

—La llama y nos vamos.

Ella esbozó una sonrisa, los celos del hombre estaban a flor de piel y

se le

notaba.

—También quiero hablar con Misael.

—Mañana habla con él, no creo que sea tan importante.

—Si está tan apurado, debería decirle a Marcos...

—Ya dijo que se iría con nosotros
—recordó él con sorna.

—Está bien. Solo llamaré a mi mamá, mañana llamo a mi pololo

cuando no

estés y pueda explayarme por completo con él.

Él apretó la mandíbula y entrecerró los ojos.

—Voy a buscar mi chaqueta —dijo con una sonrisa sarcástica y caminó con

paso coqueto hacia las escaleras.

Rodrigo no pudo evitar desearla, sin embargo, al verla bajar, no pudo

evitar que la mandíbula casi se le

desencajara, se había aplicado un poco de

maquillaje, pero sus labios se los había pintado con un brillo que los hacía

parecer más grandes y húmedos, más... besables.

—¿Vamos? —preguntó ella con liviandad, pasando por su lado.

—¿Y tu mamá? —consultó él.

—Me llegó un mensaje de texto avisándome que iba a salir, así que no la

puedo llamar.

—Entonces, vamos.

Afuera los esperaba una camioneta y sobre ella, una mujer un poco mayor

que Rodrigo al volante.

—Menos mal, Rodri, toda la vida atrasado, debía saber que hoy no iba a

ser distinto.

—Deja de retarme y vamos, que una trilla nos espera.

La pareja se subió en el asiento trasero, la abuela ya estaba instalada en el

asiento del copiloto.

Las cuadras de campo son mucho más largas que las de ciudad. El vecino

no era tan vecino después de todo. Estaba bien alejado.

Rodrigo miraba de vez en cuando a la joven sentada a su lado, que también

lo miraba a ratos. En un momento,

ambas miradas se cruzaron y una luz de

entendimiento cruzó entre ellos. Él alargó un poco su mano en el asiento y rozó

sus dedos con los de ella. Ella no quitó su mano, al contrario, sus dedos se

enlazaron a los de él. Se miraron. No necesitaron decir nada. El resto del

camino lo siguieron así, de la mano, como dos adolescentes que se

debían

esconder de sus padres. De pronto, él apretó la mano femenina y ella buscó su

mirada, le pareció que él quería decirle algo, pero se calló.

Al llegar, la fiesta estaba en pleno apogeo, las mujeres preparaban mucha

comida y los hombres, o estaban en el campo de trigo o bebiendo algún vino y

conversando. Marcos se acercó a

los recién llegados, saludó a Rodrigo que se

fue de inmediato, a la abuela y a Elsa, que se fueron a ayudar a unas mujeres

con la comida.

—Yo creí que ya no vendría —le dijo Marcos a Victoria.

—Estuve a punto de no venir.

—Me alegra que se haya decidido a acompañarnos. ¿Quiere comer algo?

—No, no, gracias, recién almorcé.

—Aquí hay que venir sin comer.

—Sí, ya me di cuenta —respondió algo divertida al ver la enorme cantidad

de comida en el lugar.

—Más tarde se viene la fiesta, ¿bailas?

—Algo.

—¿Me guardas un baile?

—Claro. —Victoria le sonrió

condescendiente.

De reojo, ella vio a Rodrigo caminar hacia otro sector y lo siguió con la

mirada. Iba muy bien ataviado con un traje de huaso elegante. Se subió de un

salto a un hermoso caballo negro y lo hizo cabalgar hasta donde se

encontraban varios caballos sin jinete y unos pocos con hombres montados.

Ellos comenzaron a arriarlos en

medio de aplausos y gritos. En un minuto, las

miradas de Victoria y Rodrigo se cruzaron y él le sonrió haciéndole un saludo

con su sombrero. Ella le correspondió con una débil sonrisa y sus mejillas

llenas de color.

Al pasar la tarde, Victoria tuvo que admitir que aquel era un espectáculo

digno de contemplar, no solo por

los hombres a caballo, que eran cuento

aparte, sino por todo lo demás también. Las personas alegres que compartían,

los niños que jugaban a ser vaqueros y las niñas que no quedaban atrás y

competían con los niños de igual a igual. Las jóvenes que se juntaban en

grupos para admirar a los hombres y coquetear tímidamente con ellos.

Y ellos

que se lucían ante ellas como pavos reales mostrando sus plumas.

—¿Aburrida? —Rodrigo llegó por detrás y le habló al oído.

—No.

—¿Segura?

—Segura, no estoy aburrida, al contrario, es muy lindo todo.

—Te lo dije, hay que vivirlo, contarlo no es igual.

—Nada de lo que se diga podría representar lo que es esto realmente.

—Ya va a empezar el baile, espero que me concedas la primera pieza.

Ella se volvió y quedó muy cerca de él.

—¿Es idea mía o me estás coqueteando? —preguntó de frentón, sin enojo.

—No podría, eres mi hermana —respondió divertido.

—Ni lo menciones —replicó ella

recordando sus propias palabras.

—¿Vas a bailar conmigo o no?

—¿Y no se enojarán las chicas que andan detrás de ti?

—¿Qué chicas?

—Hay varias que están embobadas contigo.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —enrojeció suavemente.

—¿Estás embobada conmigo?

—Acercó sus labios a los de ella.
Ahora sí

Victoria enrojeció.

—No digas tonterías.

—¿Son tonterías? —Rozó su nariz con la de ella.

—Rodrigo... no —articuló con dificultad con la respiración entrecortada.

Él apoyó su frente en la de ella y resopló.

—Debo ir por un trago.

—Yo también necesito uno.

—Rodrigo, lo busca Teresa, está esperándolo de hace mucho rato —habló

Norma con desagrado, apareciendo junto a ellos.

—¿Qué quiere ahora?

—Quiere estar con usted, es lo que corresponde —sentenció la abuela.

—No, abuela, no es lo que corresponde.

—Lo es. Esto está hablado y

sacramentado. Vaya y no ande haciendo cosas

que no le corresponden a un verdadero hombre.

—Esto es lo que no corresponde.

—Usted debe estar con ella y punto.

—Ya lo verán, usted y todos, Teresa no es lo que aparenta.

—Pero es la madre de su hijo y merece respeto.

—Claro, la madre de mi hijo.

Sin decir más, se fue donde la mujer que en cuanto lo vio, se abrazó a él,

sin embargo, él no correspondió a su abrazo. Victoria no entendía nada. ¿Por

qué no le dijo que iba a tener un hijo? ¿Acaso quería jugar con ella?

De pronto, la ampolleta se le encendió. Lo que Rodrigo quería era

conquistarla, quitarle todo, y luego botarla como un traste viejo. Ese

era su fin.

Por eso tan preocupado de ella, tan dócil. Lo único que quería era aprovecharse de ella.

—Ustedes no pueden estar juntos —comentó la abuela.

—Nunca estaría con él —respondió.

—No fue lo que yo vi.

—Dígale eso a su nieto que me persigue, a mí no me interesa estar con él.

Marcos se dio cuenta de la expresión de enojo de las dos mujeres y se

imaginó de inmediato lo que estaba ocurriendo, por lo que en dos zancadas

llegó hasta donde ellas.

—¿Quieres bailar? —habló a la joven.

Victoria se afirmó del grueso brazo masculino y caminó alejándose de la

abuela de Rodrigo.

—No sé bailar esto —respondió ya lejos del oído de la anciana.

—¿Qué quieres hacer?

—¿Quiero fumar y caminar?

—¿Es una pregunta o un deseo?

—Un deseo.

Marcos le ofreció un cigarrillo y se lo encendió, luego, le ofreció su brazo

de nuevo para que ella se tomara de él.

—¿Qué pasó? ¿Te enteraste de lo del hijo del patrón?

—Sí, me enteré.

—¿Eso te puso triste?

—No estoy triste.

—Te cambió la cara.

—Pero no por eso.

—¿Entonces?

—Es la abuela de Rodrigo, el primer día que llegué parecía muy amable,

incluso me trató mejor que su nieto,
pero ahora...

—Ahora está molesta porque el
patrón no quiere hacerse cargo del
hijo que

le encajó Teresa.

—¿Que le encajó?

—Sí, todos sabemos que ella se le
ofrecía en bandeja y él nunca quiso

acostarse con ella. A él no le
gustaba. Fue el único que no se la
llevó a la

cama.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que el hijo puede ser de cualquiera de los que estamos aquí.

—Guau.

—Menos del patrón. Yo no creo que ese hijo sea de él.

Ella resopló.

—¿Estás enamorada de él?

—¡No!

—No parece que sea verdad.

—¡Claro que no estoy enamorada de Rodrigo! Primero, apenas lo conozco;

segundo, no me gusta; tercero, yo tengo pololo.

—¿En la capital?

—Así es.

—¿Llevan mucho tiempo?

—La verdad es que no, casi dos meses.

—Eso no significa nada.

—¿A qué te refieres?

—A que si recién llevan poco más de un mes, pueden terminar en cualquier

momento.

—Yaaaaa...

—Y que si te llegas a venir, él no será competencia.

—¿Competencia?

—Y que puedo entrar en carrera

para ganar un espacio en tu vida.
Ahora

que el patrón no está, más posibilidades tengo de ganar.

—Hablas de mí como si yo fuera un trofeo.

—El premio mayor, ¿nunca te han dicho lo linda que eres?

—Sí, todos los días —ironizó.

—Es verdad, eres muy linda.

—Tal vez, pero eso no significa que yo sea un premio o un trofeo a

competir.

—Por supuesto que no, pero cualquier hombre estaría orgulloso de estar

contigo.

Victoria no contestó, no quería ser grosera, pero no le había gustado nada la

forma en la que se había referido a ella.

—Así somos aquí. Las mujeres se ganan —explicó Marcos.

—En la capital se conquistan
—replicó ella—. Me dio hambre,
¿volvamos?

Se levantaron a un tiempo, el pie de ella se hundió en la tierra y casi cae,

Marcos la tomó de ambos brazos con fuerza, para sostenerla.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, gracias.

—Eres linda, Victoria, con razón el patrón se enamoró de ti.

—No digas tonterías, Marcos.

—Y tú de él. Siempre él se lleva las de ganar, ¿no? Es él el de la estrella

ganadora.

—Marcos...

—Está bien, no te preocupes.

El hombre le dio un beso en la frente. Victoria no comprendió la actitud de

su acompañante y no quiso darle importancia. Se encaminó de vuelta

a la

fiesta, Marcos se quedó atrás. No la siguió. Solo que Victoria no se dio cuenta

de aquello.

Capítulo 6

Victoria se dirigió a la mesa donde estaban las bebidas.

—¿Probaste la chicha de manzana?

—Rodrigo apareció a su lado, de la

nada.

—No.

Él le extendió el vaso.

—¿Y Marcos? Creí que estabas con él.

—Yo también.

—¿Qué pasó? Pareces enojada.

—No.

—¿Intentó sobrepasarse contigo?

—¿Y si así fuera?

—¿Quiso pasarse de listo?

—insistió.

—No.

Intentó apartar su brazo, pero él apretó un poco más, solo un poco, pero

ella se quejó.

—¿Qué te pasó?

—Nada.

Sin importarles sus protestas, él levantó la manga de la blusa que tenía

puesta y vio un incipiente moretón.

—¿Qué pasó?

—Nada.

—¿Marcos lo hizo?

—No.

—¿Segura? ¡Son dedos! —exclamó al fijarse mejor en los cardenales.

—Soy muy delicada de piel y se me marca todo enseguida.

—No te creo.

—Cree lo que quieras. ¿Por qué no estás con la madre de tu hijo?

—Se fue a acostar.

—¿Y no te fuiste con ella o ya no te interesa acostarte con ella?

—Nunca me acosté con ella.

—¿Eres el Espíritu Santo?

—Entiendo que no me creas
—contestó frustrado.

—No te preocupes, todo tu séquito de seguidores cree a pies juntillas en ti.

—Y eso te molesta.

—No me molesta. Me da lo mismo.

En ese momento sonó un bolero.

—¿Quieres bailar? —ofreció
Rodrigo en voz baja.

—No sé bailar esto.

—Solo déjate llevar. Es de tres
tiempos, no es tan complicado.

—Rodrigo rodeó con una mano la
cintura femenina y la otra la
entrelazó a

la mano de Victoria. Ella cerró los ojos para sentir la canción y dejarse guiar

tanto por la música como por los fuertes brazos de su acompañante de baile.

—Lo haces muy bien —le susurró Rodrigo en el oído a Victoria.

—¿Qué dirá la gente al vernos bailar juntos?

—Me da lo mismo lo que la gente diga.

—¿Y tu abuela? No parece muy

feliz de verte cerca de mí.

—Me da lo mismo. No estamos haciendo nada malo, ¿o sí?

—No.

—Entonces, no te preocupes.

Victoria no contestó, siguió bailando al son de la música hasta que terminó

el segundo tema y cambiaron el estilo musical.

—Muchas gracias —agradeció él apartándose sin soltar su mano.

—Nunca había bailado esto.

—Lo hiciste muy bien.

—Gracias. —Le dedicó una sonrisa feliz—. En realidad, valía la pena venir.

—Te lo dije.

—Sí —admitió con timidez.

—¿Ahora sí quieres bailar conmigo?

Marcos, total y absolutamente borracho, se acercó a la pareja.

—Marcos...

—Para qué pregunto, ¿cierto? Si estás con el patrón. Aunque te trate mal, él

es el jefe y eso lo hace mejor partido que un simple peón de fundo.

—No digas eso.

—Marcos, no estás en condiciones —encaró Rodrigo.

—No me hables de condiciones.

—Estás borracho —señaló el jefe.

—Sí, porque siempre, todo lo que he querido, me lo quitas tú.

—¿Qué te he quitado? Llegaste aquí sin nada y aunque mi papá no quería

recibirte, lo convencí y desde entonces has ganado mucho, ¿qué tienes que

recriminarme ahora?

Marcos sonrió con amargura y luego miró a Victoria con mayor tristeza.

—Espero que no se descueren

vivos, porque de esto de ustedes no saldrá

nada bueno y todos saldremos perdiendo.

Se dio la vuelta y se fue directo al lugar donde estaban repartiendo el vino

navegado.

—¿Qué pasa con él? —se atrevió a preguntar Victoria a Rodrigo.

—Cada vez que se emborracha se pone así. Y peor. Nunca me ha dicho qué

es lo que en verdad sucede, pues cuando está sobrio dice que no recuerda lo

que ha dicho con alcohol en el cuerpo.

—Y tu papá, ¿por qué no lo quería recibir? —Solo después que lo dijo, se

dio cuenta, cuando él hizo un gesto al oírla llamarlo “tu papá”, pero ambos lo

dejaron pasar.

—No sé, sencillamente no lo quería

cerca, tal vez porque venía de otro fondo, no sé.

—Qué extraño. ¿Era así solo con él o con alguien más también?

—No. Era así solo con Marcos. Varias veces traté de encarar a mi papá con

respecto a ese muchacho, pero no me decía nada. Y Marcos decía no saber. Lo

único que me hace dudar, son las reacciones de Marcos cuando se

emborracha. Claro que eso fue solo al principio, después ellos se llevaban

muy bien y papá llegó a quererlo mucho, incluso pensaba dejarle una parte de

la hacienda para él.

—¿Y no has tratado de hablar con Marcos así, borracho?

—No dice nada tampoco. Siempre queda así, como ahora, herido y culpándome de su desgracia.

—Qué raro. Bueno, los borrachos son raros.

—Sí.

—¿Y tu abuela? No la he visto.

—Se fue con Elsa, ninguna de las dos dura mucho en estas fiestas, por eso

mi amiga no ha conseguido pololo.

—A diferencia de ti, que hasta te harán padre —se burló la joven.

Él la miró serio, pero al ver sus traviesas pupilas, se echó a reír.

—Claro, algo es algo, ¿no?

—De más. —Lo siguió en su risa—. ¿Qué hora es?

—Las once y media —respondió mirando su reloj de cuero.

—¡Qué tarde! No pensé que había pasado tanto tiempo.

—Pues sí, ¿quieres irte?

—Sí, mañana hay que levantarse temprano igual.

—Así es.

La tomó del codo y la condujo hasta una enorme camioneta.

—¿Y esta?

—Esta es la mía.

—Pero...

—Lo que pasa es que los hombres del fundo se vinieron en esta, pero como

de vuelta se va cada uno por su lado, me la llevo yo de vuelta.

Ella se subió con dificultad al asiento del copiloto.

—Para la próxima te traeré una escalera —se mofó él.

—¡Pesado! Esta cosa es enorme.

Él no contestó. Hubo una pausa sin tensión.

—Así que, María Victoria, ¿pololeas?

—Sí, con Misael, un compañero de trabajo, allí lo conocí.

—¿Te dejó venir sola?

—No le pedí permiso, él no manda en mi vida.

—Ah, eres una de esas chicas independientes.

—Soy una chica de ciudad, allá no dejamos que un hombre nos domine a su

antojo.

—Difícil va a ser para ti acostumbrarte a la vida del campo.

—No me quiero acostumbrar a la vida del campo, esto no es lo mío

—respondió pensando en que ella no sería capaz de hacerse cargo de todo ese

trabajo y ni a él, ni a su abuela ni a la madre de su hijo les gustaría tenerla a

ella como intrusa en la casa.

—Disculpe, por un momento me olvidé que somos poca cosa para usted.

Solo en ese momento Victoria se dio cuenta de lo que dijo. Iba a explicar su

postura, pero él la interrumpió.

—En la capital las personas son más civilizadas, con su internet, sus

celulares, su automóviles último modelo... Siento mucho haber pensado que le

podría ser cómodo vivir aquí con nosotros.

—Rodrigo...

—No. No. No diga nada —cortó.

Victoria debatió en su mente si seguir con su postura de vanidosa y

orgullosa mujer o demostrarle lo que realmente era. Decidió por lo primero.

—Está bien, me alegra que se dé cuenta que yo no soy parte de esto, donde

las mujeres son trofeos y se la disputan a ver quién la gana, sin importar la

decisión de ella; o donde hay que levantarse a las cuatro de la mañana para

trabajar como un bruto bajo el sol o la lluvia; o donde los hombres andan

regando hijos para luego

abandonarlos, como si fueran un estorbo.

—¡Cállese! —casi gritó.

—¿Te molesta que te diga la verdad? Tú mismo eres uno de esos. La pobre

mujer ahora tiene que lidiar con un hijo del que no quieres hacerte cargo.

—Si fuera mío, te aseguro que no le faltaría nada.

—¿Y cómo estás tan seguro que no es tuyo?

—¡Porque nunca me acosté con ella!

—¡Se te ofrecía en bandeja! ¿Me vas a decir que no aprovechaste?

—Nunca me gustó ella.

—¡Mentiroso! Te vi con ella.

—¿Y qué viste? Ni siquiera me acerqué a ella más de lo necesario.

—No quiero discutir ese tema, es algo que no me importa. Lo que me interesa es esta hacienda.

—Tengo muy claro que lo que te importa es el provecho que puedes sacarle

a esta situación, a la muerte de mi padre.

—No era tu padre, era el mío.

—Pues poco te ha importado su muerte, ni siquiera has preguntado dónde

está enterrado.

—Porque me da lo mismo donde se está pudriendo —espetó con el corazón

en la mano, no sabía cuánto más iba a aguantar mantener esta postura de

intransigente, sentía el corazón dolido, nunca le gustó pelear y el rumbo de

esta, le gustaba menos.

El hombre se puso lívido y la miró con rabia y dolor en sus ojos.

—No vuelvas a decir una cosa así.

—Si no, ¿qué?

—Victoria...

—¡Cuidado! ¡Rodrigo! —gritó la mujer espantada.

El hombre miró al frente y detuvo la camioneta con brusquedad justo antes

de chocar contra el enorme portón, lo que provocó que Victoria se cayera

hacia adelante; de no ser por Rodrigo que la afirmó y la tiró hacia atrás se

habría golpeado la cabeza contra el vidrio del parabrisas

—¿Y tu cinturón de seguridad? —le preguntó él, alterado y preocupado.

—Se me olvidó —respondió ella en un hilo de voz.

Rodrigo se quitó su cinturón y se volvió hacia ella que estaba

conmocionada.

—¿Estás bien?

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Dime, ¿te lastimaste?

Ella lo miró, él escaneaba su rostro. Quiso besarlo. Y se enfureció.

—¿Estás loco? ¡Pudimos matarnos!
—le gritó.

—Victoria... —dijo poniendo su palma en la mejilla femenina.

—Déjame... —Apartó su mano con brusquedad—. ¿Eso quieres?
¿Quieres

matarme para sacarme de tu camino?

—¿Cómo se te ocurre decirme eso?

No soy un asesino.

Ella intentó abrir la puerta, pero no pudo y eso la encolerizó todavía más,

si es que eso era posible.

—No te bajes —suplicó él.

—No me digas nada, no quiero oírte, no quiero verte, no quiero nada de ti,

¿me oyes? Mañana mismo me voy a la capital para hacerme cargo de todo esto

y sacarte de aquí.

—Tú me provocaste.

—Yo no te hice nada. ¿Acaso no sabes discutir civilizadamente? Ah, no,

claro, se me olvidaba que eres un huaso bruto que...

—Cuidado con lo que dices, Victoria.

Por fin pudo abrir la puerta y se lanzó, literalmente, de la camioneta.

Tastabilló, pero se enderezó lo más

digna que pudo. Eso de enojarse y no

poder abrir una maldita puerta o caerse, no era motivo de orgullo.

—Sube, ¿quieres? —ordenó él.

—No quiero.

Rodrigo resopló y se bajó. Dio la vuelta para encontrarla.

—Victoria, por favor, sube.

—No.

—No seas niña, compórtate como

una adulta.

—¿Yo soy niña? Casi nos matas ¿y soy yo la que no me comporto como adulta?

—Por favor, basta.

—¡No! Me cansé, Rodrigo, me cansé de que me digas que lo que tengo o no

tengo que hacer, que me humilles y te burles de mí. Yo no soy un monigote

como la madre de tu hijo para que

me trates así.

—Basta, Victoria, sabes que yo no estoy esperando ningún hijo.

—Eso es lo que tú dices.

—Eso es lo que es.

—Ábreme.

—No. Sube a la camioneta.

—No voy a volver a subirme a ese monstruo. Ábreme.

—Por favor, nos quedan dos minutos para llegar a la casa. Ya

estamos a la

entrada.

—No me importa, ya no quiero volver a subirme contigo a esa cosa.

Rodrigo recorrió con su vista el rostro y cuerpo de la joven y se percató

que sus ojos tenían lágrimas retenidas y un miedo escondido.

Caminó unos

pasos hasta llegar a ella.

—No, Rodrigo —suplicó casi sin voz.

—Vamos, Victoria, lo siento, me descontrolé, hace un par de semanas murió

mi papá, el hombre que yo conocí como mi papá —corrigió—. Él era mi

amigo, mi guía, mi... Él era todo para mí... —explicaba con dificultad—. Y tú

me dices que no te importa dónde está pudriéndose... No es justo

para mí. Yo

sé que él nunca se ocupó de ti y no entiendo por qué, pero eso no quita que

para mí fue un buen padre.

Victoria lo miró con fijeza. Rodrigo no hizo nada. Esperó. Estaba

demasiado herido para querer un acercamiento más con ella, a pesar que lo

único que anhelaba era tenerla entre sus brazos.

—Perdóname —rogó ella—, no quise decir eso. Si no he preguntado dónde

está es porque no creí que tú quisieras que lo fuera a ver. Para ti soy una

intrusa, como para él fui una basura.

Rodrigo acortó el espacio entre ellos y la abrazó a su pecho, abarcando con

sus brazos casi toda la espalda de la joven que, una vez segura en el

regazo

del hombre, soltó su llanto. Su amargo llanto.

Capítulo 7

Mucho rato después, Victoria se calmó y alzó su rostro, él también tenía

huellas de lágrimas en sus mejillas.

—¿Vamos? —preguntó él con dulzura.

Ella asintió con la cabeza al tiempo que alzaba su mano para tocar los

surcos que había dejado su llanto.

—Siento mucho la muerte de tu padre —expresó con sinceridad.

—También lo era tuyo.

—Sí, pero solo de nombre.

—¿Nunca quisiste saber de él?

—Toda mi vida.

—¿Tu mamá nunca te dijo nada?

—Mi mamá siempre me dijo que él nos había abandonado y no tenía idea

de dónde se había ido.

—¿Quieres ir a verlo?

—¿Ahora?

Él sonrió.

—Mañana, no creo que quieras ir al cementerio de noche, con lo asustadiza

que eres...

—¿Yo? En realidad, no le tengo miedo a los cementerios ni de día ni de

noche, pero ahora debe estar cerrado.

—No, es un cementerio que no cierra.

—Pero tú estás cansado, no creo que quieras ir.

—No, no estoy cansado.

—Pero yo sí, mejor vamos mañana.

Él se rio con una mezcla de diversión y ternura.

—Te da miedo, reconócelo.

—No —respondió indiferente.

—Mentirosilla. Vamos a la casa.
Sube a la camioneta.

—Cuesta tanto subirse a esa cosa
—protestó.

—Eso te pasa por ser tan pequeña.

Rodrigo la ayudó a subir.

—Ponte el cinturón —advirtió.

El hacendado abrió el portón y
entró la camioneta. Se bajó a
atracar,

momento que aprovechó Victoria de descansar los ojos que le dolían. Los

abrió al notar que su anfitrión tardaba demasiado en volver a andar. Rodrigo

estaba a su lado, contemplándola.

—¿Qué pasa? —preguntó incorporándose un poco.

—¿Estás cansada?

—Me duele un poco la cabeza y los ojos.

Él afirmó con cabeza sin dejar de observarla.

—¿Qué pasa?

—Nada, solo pensaba.

—¿En...?

—En lo que hubiese pasado si nos hubiésemos conocido en otras circunstancias.

—¿Ya?

Él se quedó en silencio unos segundos y luego sacudió la cabeza

como

queriendo apartar sus
pensamientos.

—Eso habría sido imposible
—comentó con amargura.

—¿Por?

—Porque yo no voy mucho a la
capital, más que para hacer algún
negocio

especial y tú no te habrías venido a
meter a este mugroso lugar.

—Rodrigo. —Su voz fue un ruego.

—Vamos, tienes que dormir.

Echó a andar y lentamente condujo hasta la casa. El silencio que se formó

fue tenso, como un elástico a punto de romperse.

—Buenas noches, Victoria —se despidió él a la entrada de la casa grande,

sin bajarse.

—Buenas noches, Rodrigo —respondió ella abriendo la puerta que,

desgraciada, abrió de inmediato.

Victoria entró a la casa mientras Rodrigo echó a andar a toda prisa,

derrapando incluso, por salir apresurado.

La joven entró a la casa y subió directo a su habitación, se tiró a la cama

sin cambiarse ropa. Hizo un balance de aquella noche: vivió en una montaña

rusa. A ratos bien, a ratos mal, a ratos parecía que todo iba a

comenzar a

marchar bien, pero algo lo echaba a perder y todo se iba a la... cresta. Sonrió.

Cresta. Esa palabra ya nunca sería igual para ella.

Sintió los pasos de él en el pasillo y se detuvo fuera de su cuarto. Ella

aguantó la respiración y las ganas de salir a hablar con él. De pronto, el fuerte

pisar del dueño de casa retumbó hasta su dormitorio. Victoria cerró

los ojos y

recordó la primera mañana que pasó en esa casa y él la despertó con el ruido

de sus botas en el pasillo.

En su mente, se hizo la misma pregunta de Rodrigo: ¿Qué hubiese pasado si

se hubieran conocido en otras circunstancias? No estarían con este tira y

afloja, no serían enemigos, podrían haber sido algo más. Pero dadas las

condiciones, no podía pasar nada entre ellos. Eran contrincantes en el asunto

de la herencia. Él, a pesar de mostrarse más amable, mantenía esa postura

intransigente de que ese lugar era suyo y no quería compartirlo con nadie. Ella

entendía que no pertenecía allí, que no merecía nada de lo que había tenido su

padre y si no fuera porque

necesitaba el dinero, se lo hubiese dejado todo. A

ella no le gustaban las limosnas, demasiado tiempo había pasado necesidades

y viviendo de la lástima de los demás, ya no quería eso. Desde que tuvo edad

para trabajar, lo hizo para que no les faltara nunca más nada, sin embargo, por

el mismo tiempo su madre se enfermó y las cosas mejoraron muy

poco en su

casa, aunque ya no vivía de la caridad ajena, de todos modos, el dinero no

alcanzaba para todo lo que quería o necesitaba.

Apartó esos pensamientos y cerró los ojos. No quería pensar. Aprendió en

la vida que si le daba muchas vueltas a un asunto, entonces ese algo se

convertía en un fantasma que

rondaría en todo momento, en cambio, si dejaba

de pensar, si dejaba de preocuparse, entonces podía encontrar una solución, o

al menos olvidarse de aquello.

Se quedó dormida de inmediato.

Rodrigo, en cambio, no podía dormir. Pensaba y pensaba en esa joven que

estaba tan cerca y tan lejos. Hacía mucho tiempo que no sentía así por una

mujer. En realidad, nunca antes se sintió así. Las pocas novias que tuvo antes,

eran chicas que le gustaban como un pasatiempo, jamás, ni al principio y

mucho menos después, se proyectó con ellas como lo hacía con Victoria. Con

ella se imaginaba viviendo allí, como marido y mujer, con hijos revoloteando

en el lugar, felices.

Sacudió la cabeza con fuerza. No podía siquiera imaginar eso. Ella jamás

viviría allí. Victoria era una mujer de ciudad, no de campo.

La frustración y la rabia llegaron de nuevo a instalarse en su pecho. ¿Por

qué, de tantas mujeres en el planeta, incluso en ese pueblo, tenía que fijarse en

Victoria?

« ¿Cómo llegar a un acuerdo con ella para que se vaya pronto y deje

este

lugar para olvidarme de ella? >> .
Se preguntó al final, justo antes de
dormir, lo

que no trajo descanso pues tuvo
pesadillas toda la noche. Soñó con
su papá,

con Victoria, con su madre... Las
tres personas que deberían traerle
felicidad a

su vida, eran las personas que
ahora le agobiaban, le tenían así,
dolido,

frustrado... triste.

Se levantó a las cuatro en punto. Ya no podía seguir en la cama, aunque lo

quisiera. Pasó por fuera de la habitación de Victoria y se detuvo ante la puerta.

Quería, no, necesitaba verla. Abrió la puerta con cuidado y asomó la cabeza:

estaba dormida. Sin pensar, entró y se detuvo ante la cama. Parecía que tenía

frío, estaba sobre las tapas y estaba un poco fresco. Sacó una manta del ropero

y se lo colocó encima. Ella se movió un poco para arroparse, pero no

despertó.

—¿Por qué, Victoria? —preguntó en voz baja—. ¿Por qué no puedes, al

menos, tolerar este lugar? Sé que te gusta, pero eso no es suficiente para ti, en

cambio para mí...

Acarició con delicadeza el rostro dormido y le dio un beso en la frente.

Ella abrió los ojos despacio, no se alteró, tampoco se asustó. Simplemente lo miró.

—Voy a trabajar, nos vemos más tarde —le dijo como si fuera su costumbre.

—Cuídate mucho.

—Sí.

Rodrigo se dio la vuelta para irse, pero ella lo detuvo tomando su mano. Él

se giró para mirarla.

—¿Ya no estás enojado conmigo?

—No puedo enojarme contigo
—respondió él apretando la
pequeña

extremidad.

—Yo no creo que esto es poca cosa, poca cosa es lo que yo tengo

en la

ciudad. Siempre he sido pobre. Solo quería lastimarte, defenderme.

—Pues lo lograste.

—Lo siento.

Él se sentó en la cama y acarició el cabello desordenado de la joven.

—Duerme, hablemos más tarde.

—Tú no has dormido nada.

Él negó con la cabeza.

—Lo siento tanto.

—Y yo más —respondió él tragando saliva con dificultad. Apretó la

delgada y pequeña mano y la acarició con los pulgares—. Nos vemos más

tarde.

La soltó y salió del cuarto con paso firme.

Victoria se sentó en la cama y quedó por largos minutos mirando hacia la

puerta donde desapareció Rodrigo.
¿Qué debería hacer? No sabía
cómo hacer

para reparar el daño que había
hecho y que él pensaba quería
hacerle.

Además, no sabía cómo lidiar con
los cambios de humor del hombre,
que un

rato estaba bien y al siguiente
pareciera que lo hubiera poseído un
demonio. Y

lo entendía, claro que lo entendía,

pero no podía adivinar cuándo estaría de

buen o mal humor.

Se tiró hacia atrás, cerrando los ojos. Todo esto estaba mal. Su cabeza era

un caos, donde los pensamientos, sentimientos y emociones no daban tregua y

querían aparecer todos al mismo tiempo. No debió venir. Eso era lo único

claro en su cabeza. Tal vez debió

dejar todo en manos del abogado.
Aunque si

eso hubiera sido así, Rodrigo y su
abuela hubiesen tenido que dejar la

hacienda el viernes. Menos de una
semana para dejar toda su vida
atrás. No.

Ella no permitiría que él se fuera.
No lo merecía. Si su padre se había

equivocado al dejarla botada, eso
no era culpa de Rodrigo, él ni
siquiera

sabía que ella existía.

Despertó a las nueve. Se levantó sobresaltada. No se dio cuenta en qué

momento se volvió a dormir. Se duchó y bajó a la cocina, donde la abuela de

su anfitrión se encontraba tomando desayuno. La quedó mirando unos segundos.

—Buenos días —atinó a decir la joven.

—Buenos días —respondió la mujer de un modo extraño.

Victoria se sentó y se sirvió un vaso de leche.

—¿Qué pasa entre usted y mi nieto?

—preguntó la anciana con franqueza.

—Nada, señora Norma, entre él y yo no hay nada.

—No me mienta, Victoria, yo los vi.

—Sí, pero lo que usted vio es nada. Él siente una especie de amor-odio por

mí, él jamás estaría conmigo

porque yo soy la ladrona que quiere quedarse con

todo lo suyo, soy quien él piensa que detesta a su padre, al que él ama con el

corazón... No, señora Norma, entre su nieto y yo no hay nada y nunca podrá

haberlo. Además, somos polos opuestos. Él es de campo y yo soy de la ciudad

—dijo eso con un nudo en el estómago, mal que mal, esa era una

máscara que

quería que él creyera para que no
tuviera peros en quedarse con la
hacienda.

—A usted no le gusta el campo ni
los *mugrosos* campesinos
—aseguró la

mujer, mirando a través de Victoria.

Ella no contestó de inmediato. No
quería seguir mintiendo, pero no
podía

hacer nada más, para que Rodrigo
no se sintiera presionado a

compartir algo

que le pertenecía por derecho propio.

—Contesta, Victoria.

La muchacha miró a la abuela, ella sabía que él estaba detrás de ella, por

eso había dicho aquello.

—Si los campesinos me hubieran tratado bien, podría pensarlo, pero aquí

la gente es bruta, malintencionada y

no, gracias, pero prefiero a la gente honesta de la capital que a la gente cínica del campo. Permiso.

Se levantó, pasó por el lado de Rodrigo y corrió escaleras arriba. Se tiró a

la cama. ¿Por qué la abuela la odiaba tanto? ¿Por qué, después de haberla

recibido tan bien, ahora no la quería cerca? En realidad no la quería cerca de

su nieto.

Sintió el peso de un cuerpo sentarse a su lado y escondió la cara en la cama.

—¿Crees que cerrando los ojos te podrás esconder de mí? —le preguntó

con su típica ternura.

—Me iré esta tarde —fue su respuesta.

—¿Por qué?

—Porque sí, porque ya no quiero estar aquí.

—Y yo que te venía a buscar para ir al cementerio.

Ella se volteó, se sentó con celeridad en la cama y lo miró.

—¿De verdad?

—Sí. ¿Quieres ir?

—Sí.

Rodrigo alzó sus manos y secó las lágrimas del rostro de la joven.

—No llores, no le hagas caso a mi abuela.

—Eres tú el que le hace caso.

—No. Mi abuela no quiere que me acerque a ti, no sé por qué.

—Por la madre de tu hijo.

—No, no creo que sea por eso.

—Entonces, ¿por qué sería?

—No sé y, para serte sincero, no me importa.

—¿De verdad?

—De verdad. ¿Vamos? Anda a lavarte la cara. Pasamos a tomar

desayuno y

nos vamos al cementerio, queda un poco lejos.

Ella asintió con la cabeza.

Se levantaron de la cama al mismo tiempo. Se miraron por un extenso minuto.

—Anda, que si sigues mirándome así, no respondo por mis actos

—murmuró él con la garganta seca.

Ella afirmó con un gesto y caminó

hasta el baño, se lavó la cara, se hizo una

cola de caballo en el pelo y salió.

—Estoy lista.

Él suspiró y cerró los ojos. Ya quisiera que estuviera lista para él.

Pero no. Solo estaba lista para salir al cementerio. No era una cita muy romántica.

«Algo es algo», se dijo a sí mismo en su mente.

El cementerio era un hermoso parque, donde los árboles crecían frondosos

y su sombra era muy refrescante. Rodrigo y Victoria caminaron lado a lado,

sin tocarse, el largo trecho hasta la tumba que estaba muy bien cuidada.

En un momento, el hombre se detuvo y se pasó la mano por la cabeza.

—¿Algún problema? —consultó ella.

—No encuentro la tumba —confesó sincero y algo confundido.

—Tal vez no quiere que la encuentres —respondió la joven.

—No creerás en esas cosas.

—Pues sí. Quizás no quiere verme.

Rodrigo se giró por completo hacia su acompañante y posó ambas manos

en los hombros de ella.

—No sé por qué te abandonó, pero te aseguro que hubiese sido un buen

padre para ti.

—Prefirió dejarme —replicó ella con tristeza y bajó la cabeza—. ¡Aquí es!

—exclamó ella, a sus pies, se encontraba la tumba de José Fernández.

—Quería que tú lo encontraras —expresó él con un dejo de sorna.

Ella se agachó y apartó un poco la tierra que la cubría. En su lápida se podía leer: “Fuiste el mejor padre que pude tener”, en medio de flores

y

fotografías de los dos.

—Hola, papá —saludó Rodrigo al llegar al lugar donde estaba enterrado su

padre—. ¿Ya viste quien está aquí?

—Indicó a Victoria—. Es tu hija.

—Hola —dijo con timidez la joven.

—Yo vengo aquí varias veces por semana —contó el hombre mirando al

frente, como si hablara para sí mismo.

—¿Lo extrañas mucho? —Más que una pregunta fue una afirmación.

—Demasiado. Su partida tan abrupta dejó un inmenso vacío en mi vida.

—Lo siento.

—Gracias —respondió él y se hizo el silencio.

No fue un silencio tenso. Fue un silencio respetuoso, el que se forma en los

lugares sagrados, meditando cada cual en su propia vida, en su propia relación

con ese padre que fuera tan bueno con uno y que olvidó a la otra.

—Si estuviera vivo nos podría explicar el porqué de su abandono —habló

Rodrigo al rato.

—Solo dejó de amar a mi mamá, o quizás nunca la amó, y no quiso hacerse

cargo de una hija no deseada.

—Él no era así —aseguró el hacendado.

—No encuentro otra explicación y no sería el primer hombre que abandonó

a sus hijos.

—Él anhelaba una niña.

Victoria lo miró directo a los ojos, suplicando una explicación.

—Siempre decía que si hubiera una niña en la hacienda...

—La tuvo y no le importó —lo

interrumpió ella.

—Por eso digo que algo no me cuadra e toda esta historia. Estoy segura que

tú hubieses sido su princesa, su niñita, la luz de sus ojos. Él se ponía muy

triste cuando pensaba en ello.

—Pero nunca confesó que ya tenía una. Siempre era planeando tenerla.

—Una vez le dije que quizás él hubiera preferido una niña en vez de a mí

y...

—¿Qué te dijo?

—Que un hijo no reemplaza a otro. Yo era el que seguiría su legado en el

fundo y que no se había arrepentido ningún día de haberme adoptado, pero que

si existiera su niña, sería la más amada por los dos.

—Bueno, no es que tú me ames mucho tampoco —se atrevió a reprochar

ella.

Rodrigo clavó sus negras pupilas en ella.

—No sabes lo que dices.

—Digo la verdad.

—Tu verdad —aclaró él.

—¿Me vas a decir que sientes algo más que resentimiento por mí?

—No te hubiese traído hasta aquí si fuera así —contestó con rudeza.

—Pues sí, claro, pero eso fue un

acto de humanidad, no porque realmente

quisieras que yo estuviera aquí. Es tu padre. No el mío, ¿verdad?

Él se agachó frente a la tumba de su padre y comenzó a mover los labios

como si hablara en voz demasiado baja o como si estuviera orando.

Ella, por su parte, se sintió una tonta por su reacción, sintió que se había

comportado como una histérica. Así, nunca se pondrían de acuerdo

y seguirían

en un constante tira y afloja en medio de unos y otros malentendidos.

Rodrigo sintió la suave mano de Victoria en su hombro y bajó la cabeza.

Quería, no, necesitaba calmarse. ¿Es que acaso ella no se daba cuenta de lo

que provocaba en él? ¿De que todo su antagonismo no era más que una

máscara porque él sabía que no

podía sentirse atraído hacia ella,
una mujer de

ciudad que no solo odiaba el
campo, también quería dejarlo en la
calle?

—Lo siento —la oyó decir.

Él se enderezó y la miró de frente.

—¿Qué dijiste?

—Lo siento —repitió la joven—.
No debí decir eso.

—Yo también lo siento, tampoco
me he comportado muy bien

contigo.

—¿Amigos? —ofreció ella su mano.

El hacendado la estrechó con firmeza y suavidad.

—Amigos —aceptó.

Victoria sonrió y él se quedó embelesado.

—¿Qué pasa? —preguntó ella un poco incómoda con la insistencia de su

mirada.

—Nada. —Se dio la vuelta—.
¿Vamos?

—¿Sigues enojado? —volvió a
preguntar.

—No, no, para nada.

—¿Entonces?

Él negó con la cabeza, ¿cómo era
posible que no se diera cuenta de lo
que

le pasaba?

—Vamos, se me hace tarde y tengo
que volver al fundo.

Ella dio dos pasos y se tropezó,
Rodrigo la afirmó presuroso y la
pegó a su

pecho. Jadeó al sentir su cuerpo
adherido al suyo.

—Gra... Gracias —tartamudeó
ella, roja como un tomate.

—Victoria... —resopló él y soltó
una mano de su cintura para
levantar el

rostro de la joven, quería
contemplarla, besarla...

—Es tarde —gimió la mujer.

—Quiero besarte... —murmuró él, lleno de deseo.

Capítulo 8

Victoria cerró los ojos y una vez en calma, se soltó del agarre del hombre y

caminó de vuelta a la salida del cementerio. No podía caer en los brazos de

Rodrigo. Por más que le gustara, por más que él se mostrara agradable, sabía

que entre los dos, mientras no se

aclarara el tema del testamento, no podían

estar juntos. Y ese tema estaba a años luz de solucionarse.

El camino de vuelta fue en completo silencio. Incómodo silencio. Tenso

silencio. De esos silencios cargados de esa energía que a la vez que une a dos

personas, al mismo tiempo las separa.

Rodrigo la dejó en la puerta de la

casa grande, donde la esperaba Marcos,

cosa que al patrón puso de peor humor, pero no dijo nada, simplemente la dejó

allí y se fue a toda prisa.

—¿Y tú?

—Vine a verte.

—¿Ya?

—Quería disculparme por lo de anoche.

—¿Por qué le dijiste eso a Rodrigo? ¿Qué te quitó él?

—No tiene importancia.

—La tiene, de otro modo no le hubieras dicho nada y, según tengo entendido, no es la primera vez.

—Es un problema mío. No me hagas caso.

—Pero también te enojaste conmigo.

—No me enojé contigo. Simplemente a veces me pregunto

por qué hay

personas que parecen haber nacido
con una estrella sobre su cabeza y
otros

con una nube negra.

—Sí, muchas veces me lo he
preguntado, también soy la de la
nube negra.

Victoria se sentó en el balancín y
Marcos lo hizo frente a ella.

—¿Me perdonas? —insistió él.

—No te preocupes, ya pasó, espero

que no vuelva a suceder, no me gustan

los borrachos.

—Lo entiendo.

—No, no lo entiendes —respondió fijando sus ojos en los del hombre.

Él hizo un gesto de no entender.

—Dos de mis padrastros eran alcohólicos, no era lindo vivir con ellos y

soportar sus desplantes y agresiones.

—Lo siento —expresó él con sinceridad y extendió sus manos hacia ella.

—Gracias —respondió la joven entregando sus manos a las de Marcos.

—Victoria... Yo sé que tú no viniste a robar nada a este lugar, me lo dijiste

el primer día, cuando fui tu niño la primera vez, pero debo admitir que no te

creí, pero ahora... No entiendo,

¿por qué no llegan a acuerdo con el patrón de

una vez?

—Porque él no quiere.

—¿Y eso?

—La verdad es que es difícil ponernos de acuerdo.

—Siempre están discutiendo.

—Algo así —admitió ella.

—Pero eso es porque se gustan, no por otra cosa.

—No digas tonteras —replicó ella soltando las manos de Marcos.

—No lo niegues, a ti te gusta el patrón.

—Es insoportable, me odia, odia lo que represento y lo que se supone debo

hacer, cree que odio el campo y a su gente, intenta llevarse bien conmigo, pero

no le resulta, ¿cómo podría gustarme?

—¿Te diste cuenta que ni siquiera

te acordaste que tienes pololo en algún

lugar?

Victoria se levantó y caminó dándole la espalda. Marcos la siguió y puso

una mano en su hombro, abrazándola.

—No es malo que te hayas enamorado de él, es un buen tipo después de

todo.

—¿Después de todo?

—Sí, él no tiene la culpa de...

—¿La culpa de qué?

—De nada. De esto. De nacer en cuna de oro. O de que lo hayan traído

hasta aquí.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Tú debiste tener todo esto, ¿no? A ti te pertenecía.

—No fue lo que mi papá pensó.

—Exacto. No es culpa del patrón que don José lo hubiese criado como a

hijo mientras que a ti te abandonó.

—¿Qué pretendes, Marcos?
¿Quieres abuenarme con Rodrigo o pretendes

que lo odie?

—Ni una cosa ni la otra. Simplemente quiero que veas la realidad tal cual

es. Ustedes se gustan, pero no quieren acercarse por el modo en el

que se

conocieron, si se hubieran conocido en otras circunstancias, ten por seguro que

las cosas no serían como lo son hoy.

—Eso mismo dijo él —musitó ella.

—Tenemos una conexión especial —dijo con sorna, elevando una ceja.

—Eres un loco, Marcos, a ratos parece que odiaras a tu jefe con todo tu ser

y al otro pareciera que lo amas.
¿No serás tú el enamorado?

Marcos la miró entrecerrando un poco los ojos, no comprendiendo las

palabras de la joven. Se echó a reír en el momento en que entendió.

—No estoy enamorado de él, Victoria, soy bien hombre y además... ¡No!

¡Qué asco!

—¿Eres homofóbico?

—Noooo, para nada, pero es que...

—titubeó—. Hay cosas que no

entiendes.

—Explícamelas.

—Algún día, niña... Algún día

—respondió y se despidió con un gesto con

la mano.

Aquel día no hubo más novedades.

Rodrigo volvió a la casa tarde, no se

topó con Victoria, lo cual ambos agradecieron. No querían verse. Es decir, sí,

claro que querían, pero los dos

estaban dolidos.

El día lunes, como cualquier otro lunes, Rodrigo se fue temprano al campo.

Victoria se levantó a las seis y al ver la cocina vacía todavía, se sentó a

desayunar. Como no quería encontrarse con la abuela de Rodrigo, salió de la

casa a seguir conociendo el lugar. Esta vez se fue por el lado opuesto al que

había salido los días anteriores. Detrás de la casa grande, se encontró con una

casa más pequeña, aunque más grande que la suya de la capital, en el mismo

estilo de la casa grande. Blanca, con enormes ventanales por todos lados.

Parecía vacía. Se acercó y sí, efectivamente, dentro no había nada. Era

extraño. ¿De quién sería ese lugar?

Siguió avanzando y atrás de esa casita, un jardín de hermosas rosas y

claveles ocupaba gran parte del terreno. Era un hermoso y fragante vivero al

natural. Acarició los pétalos de las flores, suaves y delicados al tacto. No eran

como las flores que vendían. Se notaban distintos para Victoria que tuvo que

contenerse de las ganas de arrancar

una.

Prefirió seguir caminando. Solo en ese momento se dio cuenta que la casa

se encontraba situada en lo alto de una colina, pues a pocos minutos pudo ver

la sima donde se encontraban unos pastizales, en los que comían varios animales.

Sin bajar, caminó rodeando la hondonada, observando todas las maravillas

de la naturaleza alrededor. A lo lejos vio una especie de bosque, muy tupido,

con árboles gigantescos. Sin pensarlo dos veces, se internó en él. Era como un

cuento... de terror. Adentro el sol no brillaba. Parecía que la noche había

caído de repente y una negrura espesa la rodeó. Giró para salir, pero no halló

la salida. Por más que caminó y

caminó, no se veía luz por ninguna parte.

Decir que se aterró es un eufemismo. ¿Cómo saldría de allí? ¿Serviría de algo

gritar si en todo lo que caminó, no se encontró con nadie? Decidió que lo

mejor era no malgastar energías y seguir caminando, en algún minuto daría con

la salida y podría llorar, gritar, patear y hasta darse la licencia de

echarse a

los brazos de Rodrigo, pero, mientras tanto, debía mantener la calma e intentar

salir de allí lo más pronto posible.

Caminó lo que imaginó fueron horas. O tan solo minutos que se le hicieron

eternos.

—¡Victoria! —Oyó gritar a lo lejos—. ¡Victoria!

Sí, lo volvió a oír.

—¡Ayuda! —gritó ella de vuelta—.
¡Auxilio!

—¡Victoria! —La llamada se escuchó más lejos.

—¡Aquí estoy, en el bosque!
—gritó a todo pulmón.

Se quedó quieta escuchando, pero nada. Tal vez no la escucharon y se fueron a buscarla a otra parte.

—Aquí estoy —musitó dejándose caer al suelo, rendida.

Dejó escapar una lágrima. Y otra. Y

otra. Y muchas más.

—Rodrigo... Por favor... Ven a buscarme —lloró con todas sus fuerzas.

—Aquí estoy, pequeña —dijo él abrazándola por detrás.

—¿Estoy delirando?

—No, ya estamos aquí y te vamos a sacar de este lugar.

—Pero... Pero se estaban alejando.

—No, estábamos por el oeste y no hay entrada por allí, tuvimos que

darnos

la vuelta. Vamos.

Ella se levantó y tomó la mano de él con fuerza, como si tuviera miedo que

se escapara y la dejara allí sola de nuevo.

—Todo está bien ahora, ¿puedes caminar?

—Sí, sí.

Salieron abrazados y solo entonces, se dio cuenta que quien llevaba la

luz

era Marcos.

—Gracias —expresó con sinceridad a ambos hombres.

—Nos diste un buen susto, niña —reprochó Marcos con cariño.

—Lo siento, no pensé que pudiera perderme.

—No vuelvas a salir sola —ordenó Rodrigo con firmeza.

—Para eso me tienes a mí que soy tu niño personal —se burló con

ternura el otro.

—No me meteré en más líos. Lo juro.

Rodrigo, sin meditarlo siquiera, la aferró a él con fuerza.

—No vuelvas a hacer esto. Agradece que el jardinero vio el rumbo que

tomaste, de otro modo, quizás no hubiésemos dado contigo en mucho tiempo

y...

No pudo continuar. El solo pensar en perderla... ¿Por qué se sentía de ese

modo con ella? Apenas la conocía un par de días. No podía estar enamorado,

esas cosas no pasaban en la vida real, solo en las novelas.

—Perdón, solo quería dar una vuelta, no quería estar en la casa
—susurró

ella.

—Buscaremos la forma de que te

sientas más cómoda.

—Tengo que volver a la ciudad. Mi trabajo me espera, si es que hoy no me

echaron.

—Con el dinero que tienes ahora, no necesitas trabajar.

—Yo no soy una mantenida.

—No digo que lo seas.

—Y no me voy a aprovechar del trabajo ajeno.

—Es lo que te corresponde. Si quieres que lleguemos a un acuerdo

debemos poner las cartas sobre la mesa y saber, ambos, a qué atenernos.

—Sí, estoy de acuerdo, pero eso no significa que me vaya a quedar, lo sabes.

—Sí, lo sé —contestó con molestia el dueño del fundo.

Echó a andar sin preocuparse más de Victoria. Marcos, que se había

mantenido al margen de la discusión, se adelantó un par de pasos y, de forma

galante, ofreció su brazo a la joven, quien aceptó aquel gesto.

—Tranquila —susurró Marcos—, ya se le pasará. Él quiere que te quedes.

Con él.

—No puedo hacer eso. Esto se convertiría en un infierno para todos.

—Él cree que lo puede solucionar.

—Pues no será así. Su abuela me tiene entre ceja y ceja; ustedes, bueno, no

tú, tus compañeros, me tienen rabia y recelo; está esa mujer, la que dice que

está esperando un hijo de Rodrigo, que estoy segura no me hará nada la vida

fácil aquí; mi madre, que lo único que quiere es que deje en la calle a Rodrigo

y a su abuela. No puedo quedarme

aquí.

—Otra vez te olvidaste de tu novio.

—También por él. Lo extraño.

—Sí, no sabes cuánto se te nota
—se burló.

—¡Pesado!

—Admite que ese tipo es en quien
menos piensas y solo lo recuerdas
cuando yo te lo hago recordar.

—No es verdad.

—¿No?

—¡No! —exclamó ella demasiado alto.

Rodrigo se dio la vuelta y miró a la pareja con expresión interrogante.

—No pasa nada, esta niñita es un poco *alharaca* —explicó Marcos.

—No soy *alharaca*, tú me molestas.

—Solo digo la verdad, eso no es molestar.

—Ya estamos llegando —fue el

único comentario del hacendado,
que

siguió andando rumbo a la casa.

Parecía más molesto.

—Está celoso —cuchicheó Marcos
con diversión.

—Ridículo.

—¿Por qué? Es la verdad. Lo matan
los celos.

—Mentira.

—¿Quién lo conoce más: tú o yo?

—Tú.

—Ya. Si yo te digo que está celoso, es porque está celoso —afirmó con convicción.

Victoria no contestó, le parecía insólito que Marcos pensara así de su jefe.

Sí, tal vez había una atracción, se notaba, es más, en algún minuto él quiso

besarla, pero de ahí a que sintiera algo más, había mucha diferencia, mucha

más, si se hablaba de celos. Eso sí que era imposible que Rodrigo lo sintiera.

Primero, porque no tenía ningún derecho y dos, ¡se venían recién conociendo!,

era imposible sentir celos de alguien por quien solo se siente un gusto, una

atracción.

—Bueno, ya estás sana y salva en tu casa —dijo Marcos deteniéndose ante

la puerta.

—Gracias —respondió ella con una sincera sonrisa.

—No te vuelvas a perder. Si quieres conocer, estoy seguro que el patrón se

hará cargo —aseguró.

—Te lo he dicho repetidas veces, pero no quieres obedecer, esta hacienda

es grande y no es fácil conocerla, necesitas un guía, por lo menos los primeros

días —regañó Rodrigo.

—Lo siento.

—Me voy, nos vemos mañana

—interrumpió Marcos.

Le dio un beso en la mejilla a Victoria y le hizo un gesto a su jefe.

—Chao —respondieron a la vez la joven y el hacendado.

Rodrigo esperó a que Marcos desapareciera de su vista y se paró frente a

Victoria.

—¿Cómo te sientes?

—Bien.

—¿Pasó el susto?

—Sí —respondió por completo avergonzada, bajando la cara.

—A mí no —confesó él, muy serio.

La joven alzó la vista.

—Ese lugar es muy peligroso, pudimos no haberte encontrado nunca.

¿Tenía que ponerse tan cerca de

ella?

—Ya te pedí disculpas.

—¿Y crees que una disculpa habría bastado si te hubiésemos encontrado en

una o dos semanas?

—No creo que sea para tanto.

—¿No lo crees? Según mis cálculos estabas andando en círculos. Estabas

en medio del bosque y de allí es muy difícil salir.

—Ustedes lo hicieron sin dificultad.

—¿Sin dificultad? Estabas en shock, Victoria, no viste nada. Tuvimos que

entrar con linternas, pues ese bosque es oscuro, la única hora a la que entra el

sol es al mediodía; Marcos ató una cuerda a un árbol a la salida, de otro

modo, nos hubiéramos perdido también, necesitábamos la guía que

nos

condujera hacia afuera y, por si fuera poco, el miedo de no encontrarte...

Victoria...

Puso ambas manos en los hombros femeninos y los apretó, parecía desesperado.

—Pero no pasó nada —lo tranquilizó ella.

Rodrigo cerró los ojos.

—El papá me ayudó a encontrarte.

—¿Qué?

—Él... Vas a pensar que estoy loco.

—Dime.

—Él me llevó por donde habías ido, pude hablar con el jardinero y guio

mis pasos hasta donde te pudimos escuchar, gritando, pidiendo ayuda. No

sabes lo que sentí al escuchar tus

llamadas.

—Yo los escuché primero, por eso grité, yo no lo haría hasta estar segura

que alguien pudiera oírme.

El hombre frunció el ceño.

—Yo no te llamé. Marcos tampoco.

—¿Qué?

—Eso. No pensamos que habías entrado al bosque, íbamos a pasar de

largo, pensamos que estabas perdida en algún cerro, a campo abierto.

—Yo sentí que me llamaste, por eso grité.

—¿El papá? —sugirió él.

—¿Tú crees? A lo mejor él hizo que me perdiera para que no volviera a

molestar a su hijo favorito.

Rodrigo hizo un gesto de desagrado.

—Perdón —dijo ella con celeridad.

—Él no era un hombre malo.

—Lo sé, lo siento, es que...

—Te abandonó, lo sé, pero te aseguro que algo no está bien en esa historia,

él jamás hubiera dejado a un hijo, mucho menos a ti y, como te dije antes, él

nos ayudó a encontrarte. Yo creo que eso es muestra suficiente que él te quería.

—Por favor, Rodrigo, no puedes creer en esas cosas, son fábulas de la

gente ignorante.

El rictus de la boca del hombre se contrajo más todavía.

—Bueno, tú cree lo que quieras.

El hombre pasó por el lado de la joven para entrar a la casa. Victoria lo

detuvo del brazo.

—Discúlpame, no debí decir eso.

—¿Sabes cuál es el problema, Victoria? Que tú siempre largas las cosas y

luego te arrepientes. Deberías empezar a pensar antes de hablar —increpó él

con disgusto—. No me gusta que hables mal de mi papá ni de mi gente. Si a ti

no te gusta, la puerta es bien ancha para que te vayas, si quieres dinero, puedo

dártelo, si quieres esta hacienda, la

pelearé, porque no permitiré que la lleves

a la ruina.

—¿Me estás echando?

—Tómalo como quieras.

Ella tragó saliva y soltó el brazo masculino de forma brusca.

—Eso es lo que siempre has querido... Sacarme de aquí.

—Piensa lo que quieras, tú eres la civilizada aquí, yo soy un simple,

mugriento e ignorante campesino. No estoy a tu altura —reclamó él, entrando a

la casa y dejando a Victoria allí con el corazón apretado.

Capítulo 9

Luego de varios minutos en los que se quedó en el balancín pensando en

todo y en nada, Victoria se dirigió a la cocina, tenía hambre. Solo entonces se

dio cuenta que estuvo más de seis

horas perdida. No estaba segura de sacar

cosa alguna. Aun sabiendo que era la dueña de todo, no podía dejar de sentirse

una extraña, una intrusa que no tenía derecho a nada.

—Tienes que comer. —La voz de Rodrigo a su espalda la sobresaltó—. Lo

siento, no quería asustarte.

—Está bien. ¿Tú vas a comer?

—Sí, tengo hambre.

—¿Y tu abuela?

—No bajará.

—¿Está enferma?

—No, yo le pedí que no lo hiciera.

—¿Y eso?

—No quiero que te moleste mientras tú estés aquí.

—Yo me puedo ir esta noche.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque tenemos que aclarar los detalles de tu “arreglo”.

—Yo te dije lo que esperaba y lo que necesitaba. Si tú estás de acuerdo,

entonces no hay nada que conversar.

—Yo estoy de acuerdo, pero debemos dilucidar el tema de cómo y cuánto

dinero quieres.

—Ya te dije las cifras, ahora todo depende de ti. Yo tengo que irme,

mañana debía volver al trabajo, me debería haber ido hoy, espero que me

reciban de vuelta el martes.

—Sabes que no necesitarás seguir trabajando.

—No soy ni una vaga ni una mantenida.

—No he dicho que lo seas, tampoco lo pienso.

Victoria bajó la cara y Rodrigo pasó por su lado para llegar al horno de

microondas, lo echó a andar y cuando se detuvo, sacó una fuente con la comida

preparada. La dividió en dos platos y los puso sobre la mesa.

—Siéntate a comer, no has comido nada en horas —indicó él sin enojo.

La muchacha se sentó en su lugar a la mesa, sin decir nada, y comenzó a

comer en silencio. Rodrigo hizo lo mismo. El mutismo entre ambos era difícil

de romper, pues ninguno de los dos creía que el otro quería hablar.

—¿Piensas irte esta noche?

—consultó él con un nudo en la garganta.

—Me voy a ir mañana en la mañana, tengo un poco de sueño y no sé si sea

conveniente manejar de noche luego de lo ocurrido hoy.

—Tienes razón, mañana nos vamos juntos, si quieres quedarte allá, te

quedas, pero quiero que el tema del banco quede solucionado lo antes posible.

—Está bien, como quieras.

—Como debe ser —afirmó él.

Ella asintió con la cabeza.

—También debemos resolver el tema de la herencia.

—Tenemos que hablar con el abogado acerca de eso, yo no tengo

idea de

cómo se debe resolver.

—Todo es tuyo, no hay nada más que resolver —replicó Rodrigo con una

cuota de rencor.

—Sabes que yo no quiero esto.

—Lo tengo claro, no te gusta el campo ni su mugrienta gente —aseveró con

peor humor.

—Rodrigo, por favor.

—Por favor, ¿qué? No digo nada más que la verdad.

—Pues si la gente de aquí me hubiese tratado bien, podría tener otro tipo de

opinión, sin embargo ya ves, aquí nadie se ha comportado como gente civilizada conmigo.

—¿Estás segura?

—Tú mismo has sido muy maleducado conmigo.

—¿Y qué hay de la autocrítica? ¿O me vas a decir que tú has sido muy educada conmigo?

—Lo mío ha sido reacción a tus pesadeces.

—Lo mío ha sido reacción a tus humillaciones. Yo no soy un pelele como

los hombres de la capital, que se dejan pisotear por las mujeres, los hombres

de campo como yo no permitimos que nadie, mucho menos una mujer,

nos pase

a llevar.

—Rodrigo... Yo no quiero seguir discutiendo —rogó la mujer.

—No soy yo quien no mide sus palabras ni anda ofendiendo cada cinco

minutos —replicó el hacendado.

—Lo sé —admitió ella al fin.

—Si tú haces un esfuerzo en morderte la lengua, creo que las cosas entre

ambos pueden marchar mucho mejor.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro.

—¿No saldrás con tus pesadeces de macho dominante?

—Si tú no sales con tus ofensas de niña mimada.

—Haré un esfuerzo, aunque no te prometo nada.

—Con tu esfuerzo me basta
—aseguró el hombre, ya sin enojo.

Ella le regaló una sonrisa de gratitud y él le correspondió con una de

esperanza.

—Bueno, me voy a acostar
—anunció ella, rompiendo la burbuja en la que

se había metido Rodrigo.

—Mañana saldremos a las ocho, ojalá antes, el viaje es largo y debemos

llegar antes de mediodía para alcanzar a hacer todos los trámites.

—No hay problema.

Victoria se levantó y él hizo lo mismo.

—Buenas noches, Rodrigo.

Él extendió su mano y ella se la estrechó sorprendida.

—Buenas noches, Victoria, si necesitas algo, lo que sea, no dudes en

llamarme, ¿está bien?

—¿Por qué lo dices?

—Porque mañana no seré capaz de despedirme de ti, sé que mañana,

cuando terminemos los trámites y te quedes en la capital, nos pelearemos

—¿Y eso por qué sería?

—Porque es nuestra costumbre.

—Podría no serlo.

—Lo es, y quiero que sepas que aunque estemos peleados y aunque te diga

pesadeces y me comporte como un

cavernícola contigo, siempre
podrás contar

conmigo.

Ella se quedó meditando unos segundos en las palabras de su anfitrión.

—Está bien, si necesito algo, te buscaré, pero ¿dónde? No tengo ningún

número telefónico tuyo y no creo que si estuviera en una emergencia pueda

manejar cuatro horas hasta aquí.

—Mañana te lo daré, no te preocupes.

—¿Por qué no ahora?

—Porque te podrías ir sola sin esperarme.

La mujer ladeó la cabeza en un gesto de reproche y salió a la sala.

—No me mires así, es la verdad, tú te querías ir esta noche —dijo él, siguiéndola.

—Bueno, pero ya no lo iba a hacer. Quedamos de acuerdo en que nos

íbamos a ir juntos.

—Sí, es cierto, pero no confío en ti

—confesó con una sonrisa de falsa

inocencia.

Ella meneó la cabeza sin enojo.

—A propósito de teléfono, voy a llamar a mi mamá para avisarle que

llegaré mañana en la tarde, después de almuerzo —le indicó.

—¿Después de almuerzo?

—Sí.

—Llegaremos antes de mediodía a la capital.

—Sí, pero iremos a los bancos a hacer los trámites y supongo que después

me invitarás a almorzar No creo que te quieras devolver con el estómago

vacío.

—Tienes toda la razón, “hermanita”, almorzaremos juntos mañana antes de

volver a la rutina de nuestras vidas.

Llama a tu mamá, si quieres usa el teléfono del despacho.

—¿No puedo ocupar el de aquí?

—Obvio, pero no me moveré de este lugar, así que si no te importa tener

espectadores...

—No, no me importa, no tengo secretos.

Victoria se acercó al aparato y marcó el número de su casa.

—¿Mamá? —habló cuando la mujer contestó.

—¿Y tú? Te acordaste que tenías madre.

—Mamá. —Su voz fue un ruego.

—¿Los echaste por fin?

—No.

—¿Cómo que no?

—No, mamá, no lo hice ni lo haré.

—Pero si a eso ibas —protestó la mujer en voz demasiado alta.

—No, mamá, no vine a eso.

—Entonces, ¿a qué?

—Tú sabes que mi intención siempre ha sido llegar a un acuerdo.

—¡No tienes por qué llegar a ningún acuerdo con esa gentuza!

—gritó la

madre a través del auricular.

Rodrigo lo podía escuchar todo.

—Basta, mamá, por favor

—suplicó la joven, una vez más.

—¡Escúchame bien, María Victoria Fernández Subercaseaux! Si tú no

expulsas a esos campesinos inmundos de tu hacienda, será mejor que no

vuelvas. No te quiero ver.

El pitido del teléfono le indicó que la madre había colgado.

—Ahora sé de dónde salió tu odio a los campesinos como yo —comentó

Rodrigo con algo de lástima.

—Lo siento, de haberlo sabido, hubiera llamado de algún lugar más privado.

—No lo lamentes, no es tu culpa. ¿Qué harás?

—No sé. Creo que me quedé sin casa. —La voz se le quebró, pero no llegó a llorar.

Rodrigo, presuroso, se acercó a Victoria y la abrazó de los hombros. Ella

rodeó con sus brazos la cintura masculina y se quedaron así, abrazados, mucho

rato.

—Todo va a estar bien —susurró él en su oído y besó su cabello.

—No. Nunca más nada estará bien —aseguró ella con un nudo en la garganta.

Los trámites en los bancos tardaron la nada misma y antes de las dos, ya

habían resuelto los problemas financieros de Victoria.

—¿Dónde vamos a ir a almorzar?

—preguntó él a la salida del último

banco visitado.

—No sé, donde quieras.

—Tú eres la ciudadina aquí, tú conoces mejor que yo la ciudad.

—Pues estamos perdidos, yo no conozco mucho tampoco —confesó ella

algo avergonzada.

—Tendremos que buscar, no debe ser tan difícil.

—Supongo que no.

Caminaron lado a lado media cuadra, hasta que Rodrigo se percató de un

tipo que miraba a su acompañante de un modo extraño, por lo que le tomó la

mano y la acercó a su costado, abrazándola de los hombros. Algo malo se traía

entre manos ese hombre, pues en

cuanto vio que Rodrigo protegía a la mujer,

se dio la media vuelta y se fue.

—¿Qué pasó?

—Nada. No me gusta la capital.

—¿Por eso buscas refugio en mí?

—se burló ella.

—Así es. Necesito que me protejas.

—¿Y no que eras tan macho?

—Es más fácil serlo en mi rancho.

—Cobarde —escarneció ella,
divertida.

—No me importa que me lo digas
aquí en la ciudad —aceptó al
tiempo que

la apretaba más contra su cuerpo.

Victoria se dejó abrazar. Sintió que
era lo mejor. A ella no le gustaba
andar

sola por las calles, se sentía
incómoda con las miradas lascivas
de varios

hombres que pasaban por su lado.

Y no solo aquel día, sino que de siempre.

Llegaron a un mall y se dirigieron al patio de comidas.

—¿Qué quieres comer? —consultó él, abarcando con la mirada, la enorme

cantidad de restaurantes.

—Papas fritas y una hamburguesa gigante —respondió en tono infantil.

Rodrigo detuvo su mirada en el rostro de la joven.

—¿No te gusta? —preguntó ella, mordiéndose la comisura del labio, por

dentro.

—Me encanta —contestó él sin dejar de observarla.

Avanzaron hasta el local en el que iban a comer y pasado un rato ya se encontraban sentados en la terraza del centro comercial.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Dónde te vas a quedar? ¿Qué piensas?

Ella clavó sus pupilas en las de él sin decir nada.

—¿Quieres volver al campo conmigo? —ofreció.

—No quiero molestar, sabes que a tu abuela ya no le agrado para nada.

—Yo hablo con ella, mal que mal, esa es tu casa.

—Esa casa es de ustedes —afirmó ella.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Crees que tu mamá te reciba?

—Supongo, no creo que haya hablado en serio.

—Yo la escuché muy segura de lo que te gritaba.

—Estaba enojada.

—Aun así, no debió gritarte de ese modo.

Victoria no contestó, siempre discutían de ese modo con su madre y luego

se les pasaba y volvían a ser tan amigas como siempre. Claro que él no lo

entendería, como no lo entendían sus compañeras del liceo, ni de la

universidad y menos las de su trabajo; todas insistían en que su mamá la

manipulaba, pero eso no era cierto, su mamá estaba enferma y esos cambios de

humor eran normales. Ella así lo entendía y así la quería.

—Victoria. —La remeció él para que le hiciera caso—. ¿Qué pasa,

pequeña?

—Nada. Todo está bien.

—Te quedaste pensativa.

—Sí, es que... No lo entenderías.

—Explícamelo.

—Es que con mi mamá siempre las cosas han sido así, nos enojamos, nos

gritamos, luego se nos pasa y como si nada. Eso. Esta es una más de tantas

peleas.

—No es tan difícil de entender, ahora dime una cosa, ¿siempre te echa de la

casa?

Ella negó con la cabeza y la bajó, buscando huir de la mirada inquisidora

del hombre.

—Entonces esta es una pelea más fuerte.

—Sí, pero de todas formas, estoy segura que no es de verdad. Ella no me

dejaría en la calle.

—¿Quieres que te vaya a dejar a tu casa?

—¡No! Si me ve llegar contigo, ahí sí que no me deja entrar más. —Rio de

nervios.

Se levantaron y se dirigieron de vuelta al estacionamiento donde habían

dejado sus vehículos uno al lado del otro.

—Bueno, yo tengo que volver al campo, si necesitas algo, ya sabes, solo

tienes que avisar. —Rodrigo le extendió una tarjeta con su nombre y teléfono

fijo y móvil.

—Gracias —respondió ella mirando la tarjeta—. ¿Tienes celular?

—Claro, no soy tan incivilizado como crees.

—Pero allá no tienen señal.

—Hay ciertos lugares de la casa y de la hacienda que sí tienen.

—¿Por qué no me dijiste?

—¿Para qué? ¿Para que hablaras con tu noviecito todo el día?

—Ah, eso era, estabas celoso.

—¿Yo celoso? No. Pero mi casa no es un ciber café para que te entretengas

todo el día en internet.

—Por eso sabías que íbamos a terminar peleando, sabías que te iba

a

reprochar que, teniendo internet, yo no pudiera usarlo.

—No, la verdad, eso fue lo que menos se me pasó por la cabeza.

—¿Entonces?

—¿No te has dado cuenta que siempre terminamos peleando, por una u otra

cosa?

—Es verdad.

—Esto se veía venir, discutiremos, me iré y... —El hacendado tomó aire

con fuerza—. Y ya no estamos en el campo para verte más tarde y arreglar las

cosas.

—Bueno, si mi mamá me echa, tendré que volver al campo.

—Serás bienvenida.

Ella se echó a reír.

—Claro, me imagino.

Él, al ver la risa de ella, también se rio.

—Ya entiendes, seguiremos peleando, seguiremos reconciliándonos para volver a pelear.

—Gracias por esto.

—Gracias a ti por no echarme de patitas a la calle.

—Yo no soy una mala persona.

Los ojos de la muchacha se aguaron y él, como solía hacer, la abrazó de

los

hombros.

—Claro que no lo eres.

Ella se afirmó de la solapa de la chaqueta del hombre, había decidido

vestirse formalmente para que lo tomaran en serio los ejecutivos de los

bancos.

—¿Estarás bien? —inquirió él con la voz llena de preocupación y

ternura.

—Sí. Si no, te llamo. Tienes celular, ¿no?

—Sí.

La joven se apartó de él y le regaló una dulce sonrisa.

—Bueno, “hermanito”, nos vemos, igual no podemos dejar de vernos, por

lo menos hasta arreglar todo lo relativo a la herencia.

—Es verdad. Bueno, nos vemos,

entonces. Llámame en cuanto estés segura

en tu casa y sobre todo si estás en problemas, ¿lo prometes?

—Sí. No tengo a quién más acudir, así que no dudes que te voy a llamar si

estoy en problemas.

El hombre no pudo evitar una sonrisa socarrona.

—¿Qué?

—Que me alegra que no pienses en

tu noviecito para que te saque de apuros.

Ella se incomodó, lo mismo le decía Marcos: ella siempre se olvidaba de

su pololo.

—Es que él no puede ayudarme —justificó.

—Claro, me imagino —ironizó.

—Ya. No quiero que terminemos peleando —ordenó ella.

—Nos vemos. Espero que sea muy pronto.

—Cuídate y dale mis saludos a Marcos. A tu abuela no, porque seguro no

quiere nada mío.

—No te preocupes de mi abuela, ya veré yo qué es lo que le pasa, ella no

es así.

—Ella quiere que tú estés con la madre de tu hijo.

—La que dice ser la madre de mi hijo —corrigió.

—Eso. Bueno, se te va a hacer tarde para volver.

Se dieron un beso en la mejilla, pero demasiado cerca de los labios, y se

quedaron allí largos segundos.

—No te olvides de llamar
—susurró él sin apartarse.

—No lo haré.

Victoria movió un poco la cara y

rozó sus labios en los de Rodrigo
antes de

apartarse. Se miraron con
intensidad otro tanto rato.

—Que tengas buen viaje —articuló
ella, nerviosa.

—Gracias. Que te vaya bien con tu
mamá.

—Gracias.

—Nos vemos.

—Sí. Te llamo.

—Puedes mandarme mensaje también. Es más fácil.

—Claro. Nos estaremos comunicando.

Él, sin poder soportarlo más, la cogió de la cintura y la apretó contra su

cuerpo y, sin decir palabra, subió una mano hasta su nuca para acercarla y la

besó con dulzura y pasión.

—No te olvides de llamar —señaló él cuando la soltó, jadeante y

ansioso.

—No me olvidaré —gimió ella con falta de oxígeno.

Sabiendo que si se quedaba volvería a besarla, Rodrigo se dio la media

vuelta y se subió a su camioneta. Ella se subió a su automóvil y se fue de allí,

estremecida por la sensación de haber sido besada por ese hombre que

destilaba testosterona por todos y

cada uno de sus poros.

Capítulo 10

Victoria llegó a su casa cuarenta minutos después. Esperaba que a su mamá

se le hubiera pasado la rabia y pudieran conversar. Sin embargo, la cerradura

de la puerta estaba cambiada, era nueva. Resopló frustrada.

Golpeó y su madre se asomó por la ventana con cara de pocos amigos.

—Mamá, ábreme, por favor
—saludó de forma poco
convencional.

—¿Lo echaste? —espetó.

—No, mamá, ya te dije que no lo
iba a hacer, pero llegamos a un
acuerdo y

nada nos faltará.

—No me interesan esos acuerdos.
Tu padre se suponía que siempre
iba a

estar con nosotros y nada nos iba a
faltar... Y mira en lo que

terminamos.

—Mamá, por favor.

—No, ya te dije, no entrarás a esta casa hasta que esa gentuza se haya ido

de mi hacienda.

—¿Tu hacienda, mamá?

—Es mía por derecho propio. Por más que esté a tu nombre.

—O sea, ¿tú quieres que yo reclame la herencia para dejártela tú?

—Es lo justo, yo me he sacrificado todos estos años por ti.

—¡Eso no es verdad! —se exaltó la joven—. Más de la mitad de mi vida

he tenido que trabajar para ayudarte, ¿o se te olvida que era yo la que te tendía

la ropa y la doblaba para llevarla a las casas de los vecinos? ¿Te acuerdas qué

edad tenía? No más de diez.

—Con tu deber no más cumplías.

—¡Mentira! No era mi deber. Y no recibirás ni un peso de esa herencia si te

vas a poner así.

—No me interesa nada que venga de ese infeliz que te abandonó en cuanto

vio que eras una niña. Él quería un hombre que siguiera su legado. ¿O crees

que alguna vez te hubiera querido?

—No quiero oírte.

—¿Por qué crees que quiso y crio a ese tipo? Porque era el hombre que le

secundaría. Una niñita no era de ningún valor para él.

—Cállate, mamá, y déjame entrar, las vecinas están mirando.

—Que miren lo que quieran y que se enteren de la clase de hija que tengo,

una hija que traiciona a su madre no merece llevar ese título.

—Mamá...

—Ándate. Mientras ese tipo ocupe nuestro lugar, no te quiero volver a ver.

Victoria, desconcertada, triste y muy desilusionada, se apoyó en el capó de

su automóvil e intentó que no se escaparan las lágrimas que amenazaban salir

de sus ojos.

—Niña, ¿quiere ir a mi casa un ratito? —consultó una vecina, la señora

Hilda, encargada de la iglesia del barrio.

—No, no se preocupe, me voy.

—¿A dónde irá?

—Tengo donde irme, gracias.

Se subió con celeridad a su vehículo y echó a andar, pero como las cosas

no siempre salen como uno quiere, no quiso andar y quedó muerto.

Frustrada, marcó el celular de Rodrigo, no tenía más opción.

—Dime —respondió de inmediato.

—Mi mamá me echó —dijo sin poder aguantar más el llanto.

—¿Dónde estás? ¿Te voy a buscar o quieres que nos encontremos en otra

parte?

—Mi auto se echó a perder. No anda. Estoy afuera de la casa de mi mamá.

No quiero que te devuelvas, ya debes ir lejos.

—Sigo en la capital. Esperaba que me llamaras para decirme que estabas

bien o mal. No te iba a dejar sola.

—Gracias —entre hipidos le dio la dirección.

Rodrigo tardó menos de veinte minutos en aparecer con su enorme camioneta roja. Ella seguía en el auto y, al verlo, salió de él y corrió hasta allí.

—Sube —le indicó Rodrigo con voz de mando, abriendo la puerta

del

copiloto.

La joven dio un salto para poder subir, se colocó el cinturón de seguridad y

él echó a andar el vehículo.

—¿Cómo estás? ¿Qué pasó?

Ella no contestó. Se largó a llorar al tiempo que se cubrió a cara con las

manos. Rodrigo no dijo nada. Simplemente la dejó llorar, él

entendió que

aunque no quería dar rienda suelta a su llanto, lo hizo en cuanto se encontró

segura. Cuando cesaron los sollozos, él alargó su mano y tomó la de ella.

—¿Mejor? —se interesó sinceramente.

—Sí, gracias.

Detuvo la camioneta ante una posada del camino.

—Vamos, tienes que comer algo
—le ordenó bajando del vehículo.

—¡Ay, no! —exclamó frustrada.

—¿Qué pasa? —El hombre llegó a
su lado, la tomó de la cintura y la
dejó

en el suelo sin soltarla del todo—.
¿Qué pasó? —insistió.

—Es que se me quedó el bolso con
toda mi ropa en el auto.

—¿Tus documentos los tienes
contigo?

—Sí, menos mal que saqué la cartera, si no, me quedo sin nada.

—No te preocupes, pasamos por ahí a comprar algo de ropa.

—No es necesario.

Él la miró con gesto divertido.

—Yo creo que sí, si no lo haces por ti, al menos hazlo por los demás, no será muy agradable que no te cambies de ropa por días.

—¡Pesado! —Le dio un manotón y rio aún con la tristeza pegada en sus

ojos.

Él agarró su brazo y la atrajo a su pecho.

—Deja que te cuide, que me preocupe por ti, yo lo quiero hacer y estoy

seguro que es lo que querría el papá.

—¿Crees que él me hubiera querido?

—Ya te dije que sí, deliraba por una niñita.

—Mi mamá me dijo que me abandonó porque era mujer y que por eso te

crio a ti, porque tú eras hombre, el que seguiría su legado.

—Mentira. No sé qué pasó, pero te aseguro que él jamás te hubiera dejado.

Al contrario, habrías sido su tesoro máspreciado.

—¿De verdad lo crees? —Alzó la mirada, esperanzada.

—Estoy seguro, pequeña, hubieses

sido la más amada de todo el mundo

mundial.

Ella sonrió y se apoyó en el pecho del hombre.

—Me trató muy mal —contó con la voz rota.

—No pienses en ello.

Ella asintió con la cabeza y se apartó de él para volver a mirarlo.

—Tienes razón. No vale la pena pensar en eso, mucho menos llorar.

¿Vamos? Quiero tomarme un café aunque se estén cayendo los patos asados.

—Vamos por un café.

De los hombros la llevó al interior de la posada y se sentaron al lado de la

ventana, donde se podía ver el paisaje y recibir el aire fresco sin que les

molestara el sol.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—preguntó él una vez más.

—Pasar a comprar ropa y algunas cosas que necesito para mi uso personal,

ya me dijiste que no me querrás si soy una pordiosera.

El hombre largó una risotada.

—Yo no dije pordiosera.

—Pero eso quisiste decir.

—No pongas palabras en mi boca que yo no he dicho.

—Entonces, ¿qué quisiste decir?

—Dije que no te quiero ver con la misma ropa día tras día —alegó con

sorna.

—¡Mentiroso! —Rio ella ahora.

Él tomó la mano femenina y apretó con suavidad sus dedos.

—Prefiero verte reír —comentó con suavidad—. Aunque sea por

humillarme.

—Yo no te he humillado.

—Lo haces a diario, a cada minuto, cada vez que me miras con esos ojitos

que pareciera que taladraran mi alma.

—Eres poeta... —se burló nerviosa.

—No, digo lo que siento. Me humillas, tú eres mucho más que yo, más

educada, con más mundo y la heredera universal de todo y yo soy un simple...

No sé... No sé siquiera lo que soy
o en qué posición quedaré.
¿Albacea?

—Yo debería sentirme humillada.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Porque sí, porque soy una
aparecida sin derecho a nada y
cada vez que

me meto en problemas tienes que
llegar tú a salvarme.

—Es lo que hacen los hermanos
mayores, ¿no? Sacan de los líos a
sus

hermanos pequeños.

—Tú no quieres ser mi hermano...
Ni aunque te pagaran.

—La verdad es que no —admitió
sin culpa.

—¿Lo ves? Ni tú me quieres en tu
familia.

—No, porque yo no te quiero en mi
familia, yo te quiero en mi vida, ¿no
lo

entiendes?

—Rodrigo, apenas me conoces.

—Pero me gustas. Desde el primer instante en que te vi, me gustaste.

—Sí, uff, te enamoraste de mí, se notó a leguas tu amor.

—Es la verdad. Yo iba dispuesto a conversar, pero te vi y... me descoloqué,

no supe qué hacer, me sentí perdido. Me mirabas con esa carita de niña

mimada que tienes y... y me dije a mí mismo que si me dejaba impresionar por

ti, perdería hasta las ganas. Por eso me fui, por eso te dejé como si no me

importaras.

—¿Pensaste que yo quería que tú cayeras en mis brazos para quitarte todo

lo que tenías?

—Para serte franco, sí. Pensé que no solo venías a quitarme todo, porque

eso es tuyo de todas maneras, estaba convencido que querías

burlarte de mí,

humillarme en venganza del abandono de tu padre y por yo haber usurpado tu

lugar.

—Nunca pensé que usurpaste mi lugar. Me daba pena, tristeza, pensar en

que él había preferido a otro hijo en vez de a mí, pero no creo que hayas

tomado mi lugar, pues tú mismo lo has dicho, un hijo no reemplaza a otro hijo.

¿Por eso te comportabas tan troglodita conmigo?

—Sí, porque tenía miedo.

—¿Ya no?

—No. No eres una mala mujer. No andas por la vida haciendo daño.

—No podría.

—Yo fui sincero contigo, ahora dime tú lo que piensas de mí. No, no —se

apresuró a decir—. Mejor no, yo sé muy bien lo que piensas de mí.

—No lo sabes, Rodrigo.

—¿Ah, no? ¿Entonces no has sido lo suficientemente clara?

—Tú mismo dijiste que no era una mala mujer.

—Eso no quita que pienses que somos ignorantes, mugrosos...

—Basta, por favor —interrumpió ella con un ruego.

—Dime, entonces, lo que realmente piensas de mí.

—Si yo decía todo eso era porque

no quería quedarme en el campo, no por

ti, tampoco por su gente... Yo sé que no soy bien recibida allí, que mi

presencia, a pesar que sepan que yo no quiero quitarles el campo, les

incomoda. Y no quería que se sintieran obligados conmigo, por eso prefería

decir que no me gustaba el campo, que no me gustaba su gente, así podía irme

y no se sentirían culpables por echarme de mi propia casa.

—¿Te quedarías en el campo por voluntad propia y no por obligación como

ahora?

—Me encanta ese lugar. Me gusta mucho.

—¿Y yo? —Ella ladeó la cabeza—. ¿Qué piensas de mí ahora?

—Que eres un buen hombre, leal y fiel a sus principios y educación. No

como pensé al principio que eras un orgulloso y terco animal.

Victoria cerró un ojo, culpable.

—Así me comporté —aceptó él, acariciando sus dedos.

—Creo que esta vez no terminaremos peleados —comentó ella acariciando

también los dedos de él.

Rodrigo atrapó la pequeña mano femenina que se perdió en la suya.

—¿Volvamos a casa?

¿A casa? Esa frase le sonó a paraíso, a seguridad, a paz. Sonrió llena de

felicidad.

—Sí. Volvamos a casa.

Se levantaron a un tiempo y antes de subir a la camioneta, él la tomó de la

cintura. Ella se dejó y lo miró expectante. Ninguno de los dos se apartó, al

contrario, poco a poco fueron acercándose, sus labios a punto de

rozarse, sin

llegar a besarse.

—Rodrigo... —susurró ella.

—No digas nada —replicó él de igual forma justo antes de besarla.

El beso fue largo, apasionado y profundo. Ni Rodrigo ni Victoria querían

separarse, habían esperado demasiado ese beso entre el tira y afloja en el que

llevaban viviendo esos días. La

pasión se sintió entre ambos desde el primer

instante y solo ahora se daban la licencia de demostrar, en un solo beso, todo

lo que se habían guardado.

Se separaron y el hombre apoyó su frente en la de ella, jadeando.

—¿Te quedarás conmigo?

—inquirió él todavía sin respiración.

—No quiero que nadie sepa de esto

—expresó ella.

—¿Qué? —Se sorprendió él, apartándose de ella.

—No quiero que nadie se entere de esto.

—¿Por qué? ¿Te avergüenzas de mí?

—¡No! Por supuesto que no.

—¿Entonces?

—Mira, no te lo tomes a mal, pero no es que me quieran mucho en el fundo.

A tu abuela no le caerá nada bien

que tú y yo estemos juntos. A los

trabajadores tampoco les hará mucha gracia... Y qué decir de la mujer que está

esperando un hijo que dice que es tuyo.

—Nada de lo que ellos digan me importa.

—Pero a mí sí. Escucha, tú sabes lo que la gente piensa de las mujeres de

la capital, sabes la opinión que tu gente tiene de mí... Si saben que

estamos

juntos a pesar de que una mujer espera un hijo tuyo, imagínate lo que dirán. Yo

no quiero andar en boca de todos y quedar como una roba hombres. Yo no soy

así.

—Lo sé, pequeña, y tienes razón, voy a arreglarlo todo para que podamos

estar juntos de cara al sol, mientras tanto, ocultaremos esto que

sentimos el

uno por el otro. Pero, ojo, esto es solo porque yo tampoco quiero que estés en

boca de nadie y no quiero que nadie te moleste.

—Gracias.

Él le dio un dulce beso en contestación.

—Vamos a casa, pequeña.

Se dieron un último beso antes de subir a la camioneta para salir

rumbo a la
hacienda.

Capítulo 11

El trayecto que les quedaba hasta llegar a la hacienda lo hicieron en silencio, tomados de la mano. Solo se soltaban para que él pudiera cambiar las marchas.

Antes de llegar, a unos diez minutos de la casa, Rodrigo se desvió unos

metros y detuvo el vehículo en medio de la nada.

—¿Qué pasa? —consultó ella.

—Quiero besarte una última vez esta noche —le respondió de forma natural—. Después ya no sé cuándo podré volver a hacerlo.

—Espero que no pase mucho tiempo.

Él desabrochó su cinturón de seguridad y luego quitó el de ella. La besó

intensamente, sabía que quizá pasarían días antes de volver a tenerla en sus

brazos. Quería amarla, entregarse por completo a ella, pero él no era de esos,

él era más tradicionalista y, de todas maneras, si lo hicieran, no sería en una

camioneta como si ella fuera cualquier cosa, como si la hubiese encontrado en

la calle. Se apartó de Victoria con

dificultad, para recobrar el control.

—No quisiera tener que esconder esto que siento por ti —confesó Rodrigo

con tristeza—. Yo no soy de los que se esconden. Mi papá me enseñó a ir

siempre de frente por la vida, con la mirada en alto, sin mentiras ni secretos.

—Pues eso no lo puso en práctica cuando se olvidó de mí y me negó.

El torció el gesto.

—Disculpa.

—Escúchame bien, María Victoria, algún día, no muy lejano, averiguaré

qué fue lo que pasó en realidad —sentenció—, por qué José Fernández

abandonó a su hija sin explicación alguna, estoy seguro que las cosas no son

como te las contó tu madre.

—¿Estás diciendo que mi mamá me mintió?

—Digo que, tal vez, no te dijo toda la verdad. Tal vez ella tiene una versión

distinta, no necesariamente como ve uno las cosas, es como son. Algo hay ahí,

pero te aseguro que él jamás se hubiera olvidado de ti.

Una lágrima bajó por la mejilla de la joven y él la atrapo con su boca justo

cuando la gota llegaba a los labios de la muchacha.

—¿Qué pasó, pequeña?

—Tengo sentimientos encontrados.

—¿De qué? ¿De nosotros?

Ella negó con la cabeza.

—De mis padres.

—No entiendo.

—Si mi mamá dice la verdad y mi papá en realidad me abandonó y nunca

le importé, será un duro golpe a la imagen que tú tienes de él. Y si es

así, en

ese caso yo sería una intrusa, una mujer de la que él nunca quiso saber y a

quien él jamás le hubiera dejado nada.

—Eso no es así —aseguró con firmeza.

—Es que si no es así, entonces sería yo la que recibiría un duro golpe y mi

mamá me tendría que dar muchas explicaciones acerca de sus

mentiras, porque

aunque tú digas lo contrario, si la historia no es como ella me la contó, es una

mentira, por más que uno tenga una versión de los hechos, eso no quita que me

haya criado con la idea de que mi papá no me quería, que me abandonó en

cuanto nací, que jamás se preocupó por mí, que nunca quiso saber nada y que

se fue de donde vivían para que no lo encontráramos.... Y con eso, dudaría de

cada palabra que me haya dicho hasta hoy, pero... pero eso significaría que mi

papá si me hubiera querido.

Rodrigo, por respuesta, la besó con dulzura, con ternura, sin pasión. En ese

momento era una niña buscando la aprobación y el cariño de sus padres, pues

estaba seguro que si uno la abandonó físicamente, la otra no lo hizo mejor en

sentido emocional.

—No te tortures, ya verás que todo se aclarará. Todo. Y tú y yo seremos

felices, comiendo perdices
—aseguró acariciando con su pulgar los suaves

labios de la mujer.

—Gracias.

—Deja de darme las gracias por todo, me importas y haré lo que sea para

verte feliz.

—Te diría que eres perfecto, pero no pienso inflar tu ego —bromeó ella.

—No necesitas decírmelo, lo sé —se burló de sí mismo.

—Por lo menos eres humilde.

—Sencillo y modesto, como dice la antigua canción.

Se echaron a reír y entre risas, se volvieron a besar. Les gustaba hacerlo.

Se acoplaban tan bien que parecían ser hechos el uno para el otro.

—Consulta antes de que me olvide, aunque sé que tú ya te olvidaste.

—¿Qué quieres preguntar?

—¿Cuándo piensas terminar con tu noviecito de la capital?

—¡Misael! —exclamó ella, alterada.

—Sip, ese mismo.

—Si yo pudiera usar el internet de la casa, podría terminar con él

—ironizó

ella.

—Solo para terminar con él, yo te conecto tu celular.

—¿Celoso?

Él la besó de un modo posesivo.

—Tú eres mía ahora y ningún hombre vendrá a robar tu atención, ni

siquiera por un segundo
—sentenció con voz extraña. .

—No me gustan los hombres celosos —replicó ella.

El largó una risotada muy alegre.

—Es broma. Ya no quiero hacerte la vida imposible en un idiota intento de

que te fueras y deseando que te quedaras.

—¿Por eso lo hiciste?

—¡Claro! ¿Por qué más? No soy

celoso, si tú te quisieras ir de mi lado lo

harías con o sin mis celos y es más probable que sea “con”; los celos espantan

a cualquiera.

—Pero sí te has puesto celoso de Marcos —acusó ella, con diversión.

—Sí, debo admitirlo, pero eso fue porque tú no estabas conmigo. Ahora

estamos juntos y aunque Marcos, o

cualquier otro, te coquetee o te moleste,

supongo, y espero, que seas fiel y leal.

—O sea, ¿te pusiste celoso porque no estábamos juntos?

—Lógico. Tú eras libre para decidir estar con él... Y yo quería que

estuvieras conmigo.

—Tenía pololo en la capital —le recordó.

—Noviecito del que te olvidaste en cuanto pisaste esta tierra —repuso él

con un beso—. Nunca lo amaste ni lo amarás. Para ti no fue más que un refugio, un compañero, alguien en quien sostenerte en la vida amarga que

llevabas. Nada más.

—Qué bien me conoces.

—No hace falta conocerte tanto —indicó—. Estoy seguro que Marcos

piensa lo mismo y era fácil de adivinar: nunca nombrabas a tu noviecito, a

menos que uno de nosotros te lo hiciera recordar, ¿o me equivoco?

—No —respondió bajando la cabeza.

Rodrigo puso su dedo índice bajo el mentón y levantó su cara con suavidad.

—No te avergüences.

—Es que tú confías en que yo te seré fiel y leal y mira, yo tengo un

novio

que...

—No, no lo digas. Tú nunca perteneciste a ese hombre, solo era tu novio de

palabra. Tal vez allá parecía que tus sentimientos eran verdaderos porque no

había nada mejor, porque no conocías nada mejor y estoy seguro que sus besos

no eran iguales a los míos.

—Creo que ninguno lo es
—respondió con sinceridad.

—¿Te das cuenta que somos el uno
para el otro?

—Así parece —admitió ella ya sin
timidez.

Se volvieron a besar, parecían
hambrientos de besos, de
sentimientos.

—¿Vamos? Se nos hace tarde.

—No quiero llegar —se quejó ella.

—¿Por qué?

—Porque no sé si pueda fingir.

—Tú lo quisiste así.

—Sabes que es lo mejor.

—Ambos lo sabemos y lo haremos hasta que pueda solucionarse todo y

seamos libres de demostrar nuestro amor, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Se dieron un corto beso antes de que él echara a andar la camioneta de

nuevo rumbo a la hacienda. Allí la detuvo frente a la puerta de la casa grande.

—Buenas noches, pequeña, nos vemos mañana.

—Buenas noches, y gracias por traerme de vuelta —respondió ella.

—Quiero besarte.

—Aquí no se puede.

—Lo sé, pero lo deseo demasiado.

—No digas eso, que yo también quiero.

—Buenas noches, que amanezcas bien.

—Tú también, que descanses.

Ella se bajó del enorme vehículo y lo vio alejarse hacia los

estacionamientos. Sabía que no sería nada fácil ocultar esos sentimientos, esas

ansias, por mucho tiempo, pero debían hacerlo... por el bien de todos.

Una vez en su dormitorio se dio cuenta que no tenía ropa. Se la

había

llevado toda en la mañana,
pensando que no regresaría y se le
quedó en el

bolso en el maletero del auto.

Entró al baño y se percató que
había dejado allí su pijama en la
mañana, no

lo había guardado con el resto de
cosas. Suerte la de ella.

Se metió a la ducha y bajo el agua
tibia pensó en los besos de
Rodrigo, en

sus manos... ¿Cómo sería hacer el amor con él? Sus manos no eran suaves, al

contrario, eran grandes, gruesas y callosas, pero a la vez eran duces y tiernas,

cuidadas. Su cuerpo era firme y musculoso, pero no de gimnasio, sino de

puro trabajo duro. Sus labios eran calientes, con una mezcla de menta y

cigarrillo. Y él, él olía a hombre, a

tierra, a campo. Sus pensamientos y el

agua, la llevaron a excitarse de tal forma que tuvo que buscar el alivio con sus

propias manos.

Luego, vino la culpa. Las mujeres no hacían esas cosas.

Rápidamente se secó y se vistió. Se secó el pelo lo más que pudo con la

toalla y se metió a la cama. Ya no quería pensar en Rodrigo, a pesar de que sus

labios y todo su cuerpo lo recordaban. Y eso que no habían hecho el amor aún.

Si así, con unos cuantos besos, lo sentía grabado a fuego, ¿cómo sería después

de que estuvieran juntos?

Respiró hondo varias veces para calmar su ardiente cuerpo, lo cual logró

una hora más tarde, no obstante, despertó envuelta en sudor, jadeante y agitada

por sentir dentro suyo a Rodrigo. Fue tan real el sueño que podía sentir que se

había entregado a él.

Abrió los ojos lo vio a él sentado allí, observándola con ojos inquisidores.

Ella se sentó en la cama sin dejar de mirarlo y sin decir nada, la culpa le

brotaba por cada poro de su húmeda piel.

—¿Y tú? —articuló al fin con

mucha dificultad.

—Creí que tenías una pesadilla
—respondió con una expresión
extraña.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro y media, ya me iba a
trabajar cuando te escuché gemir y

nombrarme. Golpeé, pero no recibí
respuesta, así que entré para ver
qué te

pasaba.

Victoria bajó la cara, Rodrigo

estiró su mano y con su dedo índice acarició

el labio de la joven que se abrió casi por instinto y lo atrapó entre sus dientes.

Al parecer seguía insatisfecha y lo deseaba. Sus ojos semicerrados denotaban

una gran pasión que se le estaba desbordando.

—¿Con quién soñabas? —interrogó él con la voz ronca de deseo.

—Contigo. Desde que nos

separamos... —Sus mejillas
enrojecieron.

—¿Me deseas? —preguntó
directamente.

—No sabes cuánto —admitió llena
de vergüenza.

—Somos dos —afirmó él—. Tengo
que encontrar pronto una solución a
esto. Quiero que estemos juntos,
pero no quiero que se hable mal de
ti,

tampoco quiero apresurar las cosas.
En la capital puede que las cosas

sean así

de rápidas, pero aquí no. Y yo no. Yo te quiero bien y quiero que esto termine

bien.

—Nunca me había pasado esto —confesó—, al revés, llegué a pensar que

tal vez sería frígida.

—Debo admitir que me alegra que no sea así.

—Pues parece que no lo soy, así

que mejor me voy a bañar.

—Yo vuelvo a las nueve para que vamos al pueblo a comprar ropa, ¿te

parece?

—Está bien.

—Cuídate —le dio un beso corto y salió de la habitación.

Verla allí, con ese diminuto pijama, tampoco ayudaba a la libido del hombre.

Victoria, en tanto, se duchó con agua fría y se vistió. Se fue a la cocina y se

servió una taza de café, la que llevó al porche, donde se sentó en el balancín a

pensar en todo lo que se le venía encima y en lo que haría para ponerse en la

buena con su mamá y volver a su casa. Debía conversar con Misael acerca del

término de su relación. También,

ponerse de acuerdo con el abogado
para

arreglar lo de la herencia.

—¿Puedo hablar con usted, niña?

La voz de la abuela la hizo dar un respingo a Victoria.

—Claro, claro, siéntese.

—Gracias —contestó la anciana,
sentándose.

—Usted dirá —instó la joven.

—Voy a ser franca con usted, yo no

tengo nada en su contra, al contrario,

creo que es una buena joven, educada y sensata.

La muchacha asintió con la cabeza en señal de agradecimiento.

—Veo como la mira mi nieto, como le brillan los ojos cada vez que se encuentran sus miradas. A los dos. Ustedes están enamorados.

—Enamorados es una palabra muy grande, señora Norma, si mal que mal,

su nieto y yo apenas nos conocemos.

—Eso no es impedimento. El tiempo solo dirá si son compatibles o no, si

funcionará su relación, y eso, niña, no tiene nada que ver con el amor.

—Yo sé que a usted no le gusto para su nieto.

—No es eso. Si las cosas no fueran con son, le aseguro que yo sería la más

feliz. Ustedes harían una linda

pareja si no discutieran tanto.

—Nuestras discusiones eran por la herencia, pero eso ya está arreglado.

—Claro, si así fuera, sería perfecto, el problema es que la perfección no existe.

—Ya le dije que no estamos peleando.

—No hablo de sus altercados, no, hay cosas peores, secretos que tendrán

que salir a la luz si ustedes siguen juntos.

—No entiendo lo que quiere decir.

—Niña...

—Mire, señora Norma, yo no sé qué pasó, si es por esa mujer que dice

estar embarazada de su nieto, pues él asegura que ese hijo no es de él y, según

Marcos, podría ser de cualquiera de los hombres de todo el pueblo. Rodrigo

dijo que en cuanto nazca el bebé, le hará un examen de ADN, por lo que no

debe preocuparse, si ese hijo de es él, se hará responsable, si no, nada lo atará

a él con esa mujer.

—Victoria, niña, tampoco estoy hablando de eso, aunque sí es mi deber

decirle que antes de que se aclare ese asunto, ustedes no pueden tener nada, no

creo que quiera quedar estigmatizada como la capitalina que viene a robarse a

los hombres.

—Eso lo tengo claro, señora Norma, pero dígame de qué está hablando,

porque no entiendo nada. Si no son nuestras discusiones, si no es la mujer que

dice esperar un hijo de Rodrigo, tampoco creo que el problema sea Marcos.

—No, no.

—Entonces, señora Norma, dígame y sea muy franca conmigo, ¿por qué,

según usted, su nieto y yo no podemos estar juntos?

—Es mejor dejar las cosas como están y no remover el pasado.

—¿Qué tiene que ver el pasado con su nieto y yo?

—Eso. Si ustedes insisten en estar juntos, el pasado los aplastará y saldrán

muy malheridos. Ambos.

Antes que Victoria pudiera reaccionar, la abuela se fue, dejando a la joven

con mil preguntas que no querían ser contestadas.

Capítulo 12

Poco antes de las nueve de la mañana, apareció Marcos.

—¿Y tú? —preguntó ella.

—Me mandó el patrón, está resolviendo un problema ahora y no

podrá

venir sino hasta las diez, dice que lo esperes lista para ir al pueblo y que no te

olvides del mensaje que debes enviar.

—Gracias, Marcos, pero dudo que pueda enviar el mensaje.

—Dijo que si decías eso, que te dijera: “María Victoria, así, todo junto”.

—¿Qué?

—Eso. “María Victoria, así, todo junto”.

—Tu patrón es muy extraño
—comentó ella con una sonrisa.

—No me digas —replicó
socarrón—. Bueno, me voy, porque
solo fui

enviado a ver cómo estabas y a
avisarte del atraso del patrón.

—Gracias, Marcos.

—No hay de qué. Nos vemos, niña.

—Sí.

—Mañana es el cumpleaños de don Eleazar, el dueño de un fundo cercano

y va a hacer una gran fiesta celebrando sus sesenta años, si quieres ir...

—Lo veré con Rodrigo —aceptó la joven—, él no me ha dicho nada aún.

—Recién nos enteramos todos, hoy en la mañana vino el cartero a dejar las

invitaciones, así que ahora que

vayan al pueblo, seguro te invitará.

—Seguramente.

Marcos se dio la media vuelta, pero volvió sobre sus pasos casi al mismo

tiempo.

—¿Pasa algo?

—¿Algo? —Victoria temió que él se hubiese dado cuenta de lo que pasaba

entre su patrón y ella.

—Te noto extraña, como preocupada.

—Ah —respiró tranquila—, sí, es que no sé, de hace un rato siento una

opresión en el pecho, como si algo malo fuera a suceder y no sé qué.

—Espero que te equivoques, nunca son buenas las malas noticias.

—Es verdad. —Sonrió ella.

—¿Y no te imaginas de qué pueda ser?

—No, tal vez por mi mamá.
Discutimos y...

—Llámala, las mamá nunca se pueden enojar mucho tiempo con uno.

—Ella me echó de la casa.

El rostro del joven demostró la sorpresa sin tapujo.

—Eso es fuerte, ¿por qué? Si se puede saber.

—Porque no he puesto a Rodrigo y a ustedes de patitas en la calle todavía.

Ella quiere que los saque de aquí.

—Y tú no quieres.

—No lo voy a hacer.

—No me gustaría estar en tu lugar.

—No puedo hacer nada. A mí tampoco me gusta nada esta situación.

—Me imagino. Espero, niña, que las cosas se solucionen pronto.

—Gracias.

—Y que te vaya bien en el pueblo

con el patrón. Apóyate en él, estoy

seguro que él está deseoso de ayudarte.

Ella lo miró con algo de desconfianza.

—Yo también, pero seguro no soy tan bueno como él, ¿no? —declaró sin

molestia.

—No es eso.

—Lo sé, niña, créeme que lo sé. Nos vemos. Cuídate y que les vaya

bien,

no se apuren en volver, yo me hago cargo de todo. Cuidaré de este rancho

como si fuera mío.

El hombre se fue con la sonrisa pintada en la cara. Victoria se quedó

confundida con la actitud de este, su nuevo amigo.

Rodrigo llegó poco antes de las diez de la mañana. La mujer no le hizo

comentario alguno de las palabras de su abuela ni de Marcos, si al final, ni

ella comprendió bien lo que habían querido decir y, en todo caso, tampoco

quería crear más conflicto entre Norma y él, ya suficiente era que las cosas

estuvieran tensas para encima meter más cizaña. Quizá no fuera nada más que

el deseo de la abuela de que se

separaran. O no se juntaran.

Luego de comprar algunas cosas y de recorrer el pueblo para que Victoria

lo conociera, Rodrigo la llevó a un río donde se estacionó alejado de todos, en

la cima de una pequeña colina.

—Quiero besarte —le indicó él.

—Yo también —admitió ella.

No dijeron más, se besaron con profundidad y dulzura, lento, suave,

aunque

no menos intenso. Fue un beso largo, uno que no quería terminar. Pero todo

tiene un fin y con mayor razón un beso, el que Rodrigo acabó con muchos

besos cortos.

—Vamos, que no quiero que piensen mal de ti —le dijo él con ganas de

llevársela a su casa y a su cama como su mujer, ante todos, sin

escondarse; sin

embargo, él sabía que aún no era posible, que si quería protegerla, debía

esperar. Y él estaba dispuesto a esperar el tiempo que fuera necesario.

De vuelta en el pueblo, se dirigieron a una fuente de soda para almorzar.

—Aquí no hay tanta variedad con en la capital —le indicó él con un poco

de vergüenza, enseñando el local con la mano.

—Está bonito, es muy hogareño

—halagó ella de verdad.

—¿De verdad te gusta?

—Sí, de verdad.

Comieron hablando del pueblo, de su gente, sus costumbres. El tiempo pasó

rápido, entretenido, entre conversación y conversación.

—Ahora todo estará cerrado hasta

las cuatro o cinco, ¿qué quieres hacer

ahora?

—No sé. Si quieres volvamos a la casa, ya no tenemos nada que hacer aquí.

—¿Estás segura?

—Digo yo, no sé, tú sabes más de este lugar que yo, tú eres mi anfitrión.

—En ese caso, podemos ir al río, compramos algunas cosas para comer y

pasamos la tarde allí.

—Debería haber traído traje de baño —protestó ella.

—Podemos comprarlos.

—Pero tú mismo dijiste que ya está todo cerrado.

—Ven.

Se levantó presto con ella y se apresuró a llegar a una pequeña tienda que

estaba por cerrar.

—Doña Tato, ¿puede atendernos, por favor, antes de que cierre?

—Claro, mijo, dígame, ¿qué necesitan?

—Trajes de baño para ambos, ¿tiene por ahí?

—Vengan por aquí.

La mujer les vendió lo que necesitaban y, rápidamente, se fueron al

emporio donde él compró algunas cosas para comer, subió todo a la camioneta

y enfiló hacia el río. No había mucha gente, solo unas cuantas familias y un par

de grupos de jóvenes. Ellos se quedaron un poco aparte de ellos, no por

mucho tiempo, ya que pronto estaban conversando y bromeando con los

demás. Todos se conocían allí y, aunque al principio la gente miraba con

recelo a Victoria, Rodrigo les

explicó que ella no venía a cambiar nada, que

ella no supo de su papá hasta ahora que él había muerto y que no venía a

adueñarse de todo. Aquello hizo que la gente se relajara y poco tardaron en

incluirla en el grupo.

Rodrigo la miraba a ratos, conversando y jugando con unos niños, lo que

aumentaba sus ganas de besarla, de

contarles a todos que ellos estaban juntos y

que él quería algo serio con ella, que no era una simple aventura.

Pasadas las siete de la tarde, las familias con hijos pequeños comenzaron

a irse, empezaba a refrescar y pronto iba a oscurecer. Quedaron pocas

personas, entre ellos la pareja, que se sentó uno al lado del otro mirando el

agua que corría sin prisa y en su lecho se reflejaban los rayos de sol que

estaban prontos a desaparecer.

—Así que era verdad —.Teresa, la mujer que decía estar embarazada de

Rodrigo, apareció al lado de ellos como si fuera a reclamar algo de su propiedad.

—¿Qué haces aquí? —interrogó enojado el hombre.

—Me dijeron que andabas con esta por aquí, pavoneándote.

—¿Cuál es el problema?

—El problema es que yo estoy esperando un hijo tuyo y merezco un poco

de respeto, algo que ella no conoce, claro.

—No hables así —advirtió el hacendado.

—Hablo como quiero. Después de todas las promesas que me hiciste, de

todo el amor que me jurabas...
Apareció ella y... —Se echó a
llorar y no pudo

seguir hablando.

—Nunca te prometí ni te juré nada,
es más, nunca quise siquiera ser tu
amigo.

—Tienes razón, nunca quisiste ser
mi amigo porque querías ser algo
más.

—¡Mentira!

—¿Mentira? ¿Y este hijo? ¿Es hijo

de una mentira?

—Ese hijo no es mío y tú lo sabes muy bien.

—Lo que yo sé que es que este hijo es tuyo y eres tú el que lo sabe muy bien.

—Nunca me he acostado contigo, por favor, ándate.

—¿Nunca? ¿Qué pretendes, Rodrigo? ¿Tienes miedo que tu nueva conquista

se entere de la verdad?

—No hay ninguna verdad que saber.

—¿No? ¿Estás seguro? —ironizó ella.

—Estoy seguro. Ándate.

—No quieres que se entere que sí estuviste en mi cama, ¿cierto? Como

tampoco quieres que sepa de tus múltiples conquistas. Yo fui la desafortunada

que quedó esperando un hijo. Lamentable que lo supe muy tarde.

Las demás

solo se quedaron con la humillación.

—No mientas, Teresa, las cosas no son como las estás diciendo.

El hombre se veía descompuesto, enojado; en tanto Victoria se veía confundida.

—Escúchame, Rodrigo, en cuanto nazca este hijo iré a la capital a hacer un

examen de ADN y ahí verás tú y

todos que este hijo sí es tuyo. Estoy dispuesta

a pasar esa humillación para demostrarte mi verdad.

—Lo veremos. Claro que lo haremos, no te quepa duda.

—A ver si entonces recuerdas que sí te acostaste conmigo y dejas de lado

la excusa de la borrachera.

—¡Cállate! —espetó.

Teresa sonrió con sarcasmo.

—Ella no lo sabe, ¿cierto? No sabe que pasaste, no una, sino varias noches,

en mi casa. En mi cama.

—Eso no es verdad.

—No le contaste que las noches en la que te emborrachabas llegabas a mi

casa jurándome amor eterno.

—Miró ahora a Victoria—. Dicen que los niños

y los borrachos dicen siempre la verdad.

—Yo no recuerdo nada de eso.

—Bueno, admitiendo que tú no recuerdes cómo llegabas a mi casa por tu

condición, no puedes negar que por las mañanas te vestías y te ibas de mi casa

para volver a la tuya. Ahí ya no estabas borracho.

—Eres una arpía.

—Este hijo es tuyo, Rodrigo Montero, y pronto todo el mundo lo sabrá.

La mujer se dio la media vuelta y se fue a paso lento por sus casi ocho meses de embarazo.

Victoria clavó sus pupilas en el hombre esperando una explicación.

—No le creerás, ¿o sí? —soltó enojado.

—No lo sé, dime tú lo que debo creer.

—Lo que dijo no es verdad.

—¿No es verdad que pasaste varias noches con ella?

—No fueron varias.

—¿Cuántas?

—Tres —admitió él con pesar.

—Varias —acusó ella.

—Pero yo no tuve nada con ella.

—Pasaste la noche en su casa, la fuiste a buscar porque estabas enamorado

y dices que no pasó nada con ella, ¿qué quieres que piense?

—Yo no estuve ni estoy enamorado

de ella. No sé por qué dice eso. Es imposible que la haya ido a buscar, mucho menos por eso.

Victoria no dijo nada. Miró hacia el río, como buscando una explicación.

—No me crees —farfulló él.

—No te conozco, no puedo saber si dices la verdad o no.

—Me conoces; así como me ves, así es como soy.

—Quiero volver a la casa.

—No así.

—¿Así como?

—Así, enojada. Aclaremos las cosas primero.

—No hay nada que aclarar.

—¿Cómo que no? Tú le creíste a Teresa, ella está mintiendo, yo no la amo

y nunca la amé.

—Eso no fue impedimento para que te acostaras con ella.

—¡No me acosté con ella, por la cresta! ¿Cómo quieres que te lo diga?

—No te acuerdas de nada, no puedes estar seguro. Además, lo siento, pero

no quiero estar con un tipo alcohólico.

—Victoria
descorazonado.

—musitó

—Si eres de los que toma hasta que no saber de nada... No. Lo siento, pero

ya tuve demasiado de eso, no quiero un tipo así a mi lado. Llévame a casa, por

favor.

—Victoria, por favor, escúchame, mírame... Yo bebo muy poco alcohol, por

eso me extraña la historia de Teresa, jamás pierdo el control y si lo perdí en

esas oportunidades... —Le costaba articular las palabras—. Déjame decirte

que me parece muy extraño y estoy casi seguro que me mi bebida tenía algo.

Es más, la tercera vez, pedí una bebida sin alcohol y me deben haber engañado

porque volví a amanecer en la casa de Teresa, por eso estoy convencido que

no pasó nada entre ella y yo. A mí, de esas fiestas, me sacaron en calidad de

bulto.

—Cuando nazca ese niño podrás comprobar todo lo que dices.

—Sigues sin creerme.

—Quiero irme a la casa.

—Esto cambiará todo, ¿cierto?

—¿Qué cosa?

—Lo nuestro.

—¿Lo nuestro? ¿Qué es lo nuestro?
¿Un par de besos?

—¿Eso es para ti?

—¿Es algo más para ti?

—Tú sabes que sí.

—¿Lo sé? —contestó irónica—.
¿Me lo has dicho?

—Victoria...

—Esto es nada. Unos besos no
significan nada. No hay
compromiso, no hay
amor, nada.

—Yo te quiero.

—Me conoces menos de una

semana, Rodrigo, ¿cómo puedes quererme?

No confundas calentura con amor.

—¿Calentura? ¿Para ti es solo eso?

—interrogó dolido.

—¿Qué más? Eres un tipo guapo, fuerte, un verdadero macho, derrochas

testosterona por todos los poros.

—¿Eso soy para ti?

—Sí, como yo para ti soy el juguete nuevo. ¿Qué esperas?

¿Embarazarme y

botarme, o tener la suerte de no preñarme?

—Basta, Victoria, cállate.

—¡Ah, no! Ya sé. Lo tuyo era un plan, ¡claro!, idiota de mí que no se dio

cuenta antes.

—¿De qué hablas? —Rodrigo ya estaba de muy mal humor.

—Del plan que tanto temiste al conocerme.

—No entiendo. Vamos, no quiero seguir discutiendo.

—No, yo sí entiendo todo ahora. Me conquistabas para que te dejara todo y

luego tú me botabas como un perro, tal como lo hizo mi padre. Tu abuela lo

sabía por eso no quiere que estemos juntos.

—No digas estupideces.

—Por eso estabas tan interesado en que dejara a mi pololo.

—Cosa que no hiciste.

—No, y me alegro por ello, espero que nunca se entere de este desliz.

Rodrigo se levantó y comenzó a recoger todo. No quería seguir

escuchándola. Tiró todo atrás en la camioneta y se subió al asiento del chofer.

Victoria se sentó a su lado.

—Ponte el cinturón —ordenó él, antes de salir a toda prisa por el empedrado camino.

Capítulo 13

Rodrigo bajó un poco la velocidad, respiraba hondo intentando calmarse.

Al fin, se orilló en el camino.

—Entonces, Victoria, supongo que las cosas volverán a ser como antes

—habló con dificultad.

—¿A qué te refieres? —respondió sin dejar su actitud anterior.

—A que volveremos a ser enemigos en disputa por una

estúpida herencia.

—Lo de la herencia no tiene nada que ver en esto.

—Eso quiere decir que... —Dejó la frase inconclusa a propósito para que

ella la terminara.

—Quiere decir que lo de la herencia sigue igual, no cambiaré el trato,

buscaré un lugar para irme y eso. Seguiremos siendo hermanastros.

—¿Quieres terminar conmigo?

—Terminar qué, Rodrigo, si nunca empezamos —replicó irritada.

—Yo soy un huaso bruto, Victoria, no veo las cosas como las ven en la

ciudad y necesito entender. ¿De verdad para ti no significó nada lo que pasó

entre nosotros? ¿A ti te da lo mismo besarte con cualquiera? Conoces a

alguien, te gusta y lo besas, ¿es así de simple en la capital?

—No se trata de eso, Rodrigo, pero yo no quiero estar con un hombre que

se emborracha hasta perder la razón, que olvida sus obligaciones, que tiene un

hijo al que no quiere... No quiero eso para mi vida, ya te lo dije, he tenido

demasiado de eso.

El hombre asintió, comprendiendo y cerciorándose que ella no le creía ni

una sola palabra. ¿Qué más podía hacer? Volvió a tomar el camino a la

hacienda, con la desilusión estampada en el alma.

El resto del camino, un silencio absoluto llenó el ambiente. Parecía que una

lápida sepulcral había caído sobre ellos. Daba la impresión que ninguno

respiraba.

Antes de llegar al enorme portón de

entrada, vieron un automóvil.

—Parece que tienes visita

—comentó Victoria con desdén.

—Yo no espero a nadie.

Rodrigo puso las luces altas para ver mejor y la mujer emitió un gemido. Él

se giró para mirarla.

—¿Conoces el auto?

—Misael —musitó sorprendida.

El hacendado frenó de golpe.

—¿Qué hace ese tipo aquí? —le preguntó a la mujer.

—No sé, se suponía que no vendría, ni siquiera me avisó —respondió ella

entre molesta y sorprendida.

—¿De verdad? ¿Qué hacemos?

—No se puede quedar aquí afuera.

Rodrigo le dedicó una mirada asesina.

—Tampoco se quedará contigo en tu habitación, esto no es un motel

—la

recriminó.

—No estamos en el siglo XII.

—Aquí somos tradicionalistas, la mujer se entrega a un hombre solo cuando se casa.

—Pero yo no soy de aquí.

—No quiero a ese hombre en tu cuarto. Tú decides, o lo dejo entrar y

duerme en otro lado o se queda

afuera.

—¡No puedes hacer eso!

—Puedo y lo haré. Promete que no se quedará contigo. Hace unas horas me

estabas besando, no quiero verte en otros brazos, al menos no todavía.

La mujer lanzó un suspiro resignada.

—Misael y yo no dormimos juntos, recién estamos pololeando, llevamos

poco más de un mes.

—Un mes ¿y ya se cree con derecho a venir a buscarte?

—Y si así fuera, ¿qué? No tienes ningún derecho a sentirte celoso

—expresó con firmeza.

Él la miró con el rostro contraído y volvió a avanzar, hasta que llegó a la

puerta y detuvo la camioneta para enfrentar al novio de su “hermana”, la que

también se bajó y Misael la abrazó como si no hubiera un mañana y en cuanto

el citadino la besó, fue interrumpido por Rodrigo.

—Será mejor que invites a tu amigo a entrar, ya es tarde y mañana hay que

levantarse temprano —habló enojado.

Victoria lo miró con cara de pocos amigos.

—Espero que el reloj despertador

no moleste muy temprano
—ironizó.

—No lo des por hecho —respondió
Rodrigo muerto de celos y
despecho.

El recién llegado se acercó al
dueño de casa, era un poco más
bajo que el

hacendado, aun así, no se amilanó.

—Espero que no estés molestando
a mi novia —advirtió en tono
amenazante.

—¡Yo te conozco! —exclamó Rodrigo, sorprendido.

—Sí, yo también a ti, por eso estoy aquí, entre otras razones, claro está.

—¿De dónde se conocen?

—Ayer, cuando estábamos en la capital, vi a este tipo mirarte de un modo

que no me gustó y te abracé, ¿lo recuerdas? Él se dio la media vuelta y se fue,

creí que era uno de esos tipos abusivos de los que hay tantos en la

capital.

—¿Por qué no me hablaste? —lo interrogó ella.

—Porque estabas con otro.

—Él solo me estaba ayudando con lo de los bancos y si me abrazó fue por

los viejos verdes que nunca faltan, eso tú lo sabes bien —explicó ella.

—Yo no lo sabía en ese momento, me imaginé lo peor.

—No debiste haberte ido.

—¿Qué querías que hiciera? No podía rebajarme a hacerte una escena de

celos en la calle. Anoche fui a tu casa y por tu mamá supe que estabas aquí.

—Y ahora viniste a hacerle la escena de celos aquí —intervino Rodrigo.

—No, hombre, si ella me asegura que no pasa nada contigo, yo le creo, no

tengo por qué no hacerlo. Ella es mi

polola y no tengo por qué desconfiar de

ella, ¿verdad, cariño? —le preguntó con ternura y le dio un corto beso—.

Vicky es una buena mujer y es mía, ¿qué más puedo pedir?

—Que te sea fiel —farfulló Rodrigo yendo a abrir el portón.

—¿Cómo están todos? Yo no he podido irme, hay muchos asuntos que

resolver —se quedó conversando

la mujer con su novio.

—Lo sé, cariño, yo te he extrañado mucho, todos te extrañan, hasta el jefe,

todavía aguarda a que regreses a trabajar.

—Yo creí que me había despedido.

—¿Estás loca, cariño? Eres su agente estrella, desde que dejaste las cajas

para dedicarte a la venta, la empresa subió en un cien por cien, así que dudo

mucho que te despida. Es más, me encargó que te dijese que te tomes el tiempo

necesario para realizar tus trámites y que no te olvides que tu puesto te espera.

—Eso es un alivio, creí que ya estaría cesante.

—Ya ves que no, cariño.

Misael se acercó para darle un beso, pero ella, para no ser tan obvia, se

abrazó a él.

—Vamos, Misael, yo te indico el camino a la casa —dijo ella camino al

vehículo de su novio, en el que se subió.

Misael le dedicó una sardónica sonrisa al dueño de casa, dejando a

Rodrigo echando humo por las narices.

Rodrigo volvió a subirse a la camioneta y entró su vehículo. De mala gana

cerró el portón, hubiese preferido

que Misael se quedara afuera.

Estacionó su automóvil fuera de la casa grande, no le dio la gana de

llevarla a guardar. Se sentó en el sillón balancín y encendió un cigarrillo.

Pensó en Victoria y en ese tipo. Juntos. Sacudió la cabeza para apartar esos

desagradables pensamientos.

Como si la llamara con el pensamiento, ella apareció allí.

—¿Y su novio? —le preguntó él sin interés, sin mirarla.

—Se está dando una ducha... En mi cuarto.

Él apretó los dientes con furia.

—No sé cuál es la habitación que va a ocupar él. —Se encogió de

hombros, restándole importancia.

—Vamos, le indico. —Hizo un ademán para levantarse, en cambio, ella se

sentó, él se quedó en el lugar—.

¿Qué pasa? —inquirió extrañado.

—Nada. Está calurosa esta noche.

—¿Calurosa? —Levantó una ceja.

—Sí, ¿tú no sientes calor?

—Creo que no tanto como usted. ¿Y le dijo a qué venía? —Con su mentón

indicó la casa.

—No, me dijo que luego hablaríamos.

—Eso significa que vino solo a

verla después de haberla visto
conmigo en

la capital.

—No sé, en realidad me preocupé
cuando lo vi, pensé que algo le
había

pasado a mi mamá.

—¿No ha vuelto a hablar con ella?

—No. Esta mañana la llamé, pero
no contestó, a lo mejor no quiere
hablar

conmigo.

—Siento mucho esto que está pasando.

—Era cuestión de tiempo.

—¿Qué quiere decir?

—¿Cómo era tu mamá? —preguntó ella en contestación.

El hombre se acomodó en el balancín de tal modo que la podía mirar de

frente.

—La mía hizo conmigo lo que tu padre hizo contigo.

—¿Te abandonó?

—Sí, me dejó por irse con otro hombre, pero siempre hacía lo mismo,

¿sabes? No duraba mucho tiempo con el mismo hombre.

—Tu papá te cuidó como a un hijo, ¿aun sin estar con tu mamá?

—Sí, ella volvía por días, semanas, pero luego volvía a irse.

—Eso debió doler.

—Mi abuela siempre estaba

presente, así que no me hacía tanta falta,

aunque no por ello era menos doloroso.

—Me imagino, una abuela puede ser muy buena, pero no suple una madre.

—¿Tú tuviste alguna figura paterna?

—No. Tuve varias.

Él hizo un gesto de no entender.

—Mi madre cambiaba de pareja

como quien cambia de camisas.

—Ufff...

—Sí, uff. No fue fácil, pero sigue siendo mi madre.

—Una cosa no desecha la otra.

—Es cierto.

—¿Ahora tiene pareja?

—No, ahora ya no, y menos mal, el último que tuvo era un idiota.

—No lo querías.

—No.

—¿Alguna vez quisiste a alguno?

—Sí, a uno, fue con el que más duró, se llamaba Juan Carlos y estuvo

cuatro años con mi mamá hasta que se murió, tuvo un extraño accidente,

¿sabes? Se le cortaron los frenos a su auto último modelo, recién sacado de

paquete —bromeó con tristeza.

—¿Tú crees que se los cortaron?

—No encuentro otra explicación.

—¿Quién crees que haya sido?

—No tengo idea, quizás alguno de sus socios, él era empresario y supongo

que tenía muchos enemigos.

—Lo siento. Entiendo esa situación...

—Yo sufrí mucho por él.

—Tu mamá también debe haber sufrido mucho.

Victoria sostuvo la mirada masculina un eterno momento. Hablar de Juan

Carlos no era fácil para ella y no quería llorar, mucho menos que se le

quebrara la voz. Una vez más tranquila, sonrió de medio lado.

—Ella estaba con otro antes de una semana.

Él alzó las cejas, eso le dio una vaga idea de quién podría haber sido el

causante del fatal accidente.

—¿Cáncer a qué tiene tu mamá?

—Cérvico-uterino.

—¿Muy avanzado? ¿Se puede operar?

—Sí, pero tiene que tener un tratamiento previo. Por el momento tiene

quimioterapia, pero dice mi mamá que no quiere someterse a una posible

operación —terminó bajando la voz

y enfocando la vista en el horizonte.

—¿Por qué?

—Porque no quiere quedar vacía.

—Va a quedar muerta —replicó él.

Ella giró la cabeza y lo miró con los ojos llorosos.

—Lo siento —se disculpó él.

—Es la verdad —admitió ella con tristeza, encogiéndose de hombros

—No solo lo siento por lo que dije.

—¿Entonces?

—Debí contarte todo, tal como había sucedido todo, esto no estaría pasando.

Ella se quedó en silencio.

—¿Victoria?

—Voy a ver si Misael terminó de bañarse y a llamar a mi mamá.

Rodrigo la miró entrar a la casa, su primer instinto fue seguirla. Luego de

pensarlo un rato, al ver que ella no volvía, lo hizo.

Llegó al dormitorio justo en el momento en el que Misael estaba solo con

una toalla amarrada a la cintura, mojado, intentando darle un beso...
Y algo

más.

—No, Misael, por favor, aquí no
—rogó ella queriendo apartarse.

—¿Por qué no? Somos pololos,
¿qué hay de malo?

—Que esta no es mi casa.

—Lo es, tú eres la dueña, no ese tipo. Vicky, te deseo y ya te he esperado

demasiado tiempo.

Volvió a intentar besarla, pero ella se apartó de él.

—No, Misael, no —protestó cuando él la volvió a agarrar y a pegar a él—.

Suéltame.

—Ya escuchaste a Victoria, déjala.

—Es mi novia, no tienes por qué meterte.

—Si tú no la respetas ni aceptas su no, me voy a meter, lo quieras o no.

—Esta no es tu casa —espetó el recién llegado.

—Esta es y seguirá siendo mi casa —afirmó.

—Pues no, esta casa es de la Vicky y yo, que estoy con ella, tengo más derecho.

—No peleen, por favor —rogó

Victoria.

—Dile que me deje de molestar
—reclamó Misael.

—No te preocupes —respondió
Rodrigo—. ¿Vas a llamar a tu
mamá?

—Sí, pero tengo un poco de miedo
—admitió bajando la cabeza—.
Voy a

mandarle un mensaje.

Tomó su cartera y sacó de dentro su
teléfono sin siquiera mirarlo. Y
salió.

Rodrigo la vio alejarse unos pasos y se volvió a Misael.

—Nunca, jamás, vuelvas a obligarla a estar contigo, si lo haces, te mato.

—¿Me estás amenazando?

—Sí.

—Ella es mi novia, yo la conozco, decía “no” cuando quería decir “sí”.

—No fue eso lo que vi. Ya estás advertido.

Y se fue tras la mujer que iba saliendo al pórtico.

—No me dijiste cuál iba a ser su habitación —reprochó ella en cuanto lo

vio a su lado.

—Usted será la que se cambie.

—¿Y eso?

—El cuarto en el que está no tiene llave, la chapa está rota, prefiero que se

vaya a un cuarto que tenga

cerradura.

—¿Me diste un cuarto que no tenía llave a propósito para entrar cuando

quisieras?

—Las veces que entré fue por necesidad, jamás lo hubiera hecho para

aprovecharme, si la puse en ese cuarto fue porque quería tenerla lo más lejos

posible de mí, ahora quiero lo contrario.

—Misael no es un abusador, él me quiere y me respeta.

—No fue lo que vi.

—No hubiera hecho nada en contra de mi voluntad.

—Estaba semidesnudo, obligándola a besarlo, ignorando sus súplicas, si

eso no es abusivo, ¿qué es para usted?

—No creo que haya llegado más lejos.

—¿No lo cree?

Victoria bajó la cabeza, a decir verdad, Misael estaba bastante

sobrepasado, pero de ahí a querer... No, no lo creía posible. ¿O sí?

Victoria se quedó en silencio y encendió su celular, pero no tenía batería.

—Debió cargarlo —comentó él como al pasar.

—Se me olvidó, en la mañana estaba casi sin batería. Estuve todo

el día sin

teléfono.

—Si quiere llamar a su mamá,
puede hacerlo en el despacho...

—No tengo secretos.

—No lo digo por eso, digo que no
es cómodo hablar con alguien más a
las

espaldas de uno y dudo que su
novio quiera dejarla sola.

—Eso es cierto —aceptó la mujer.

—Por eso le digo que puede hablar desde el despacho.

—Gracias.

—Aunque, claro, esta es su casa, ¿no?

Ella lo miró entornando los ojos. Él sonrió.

—No te enojés —suplicó con sinceridad y le regaló una dulce sonrisa.

Ella le devolvió la sonrisa, la que se disolvió al ver aparecer a Misael.

—Te estuve llamando mucho tiempo, ¿por qué no contestaste tu celular?

—le reprochó el joven.

—No lo saqué de la cartera, estaba resolviendo problemas aquí, no me

acordé y se me descargó. ¿Qué pasó, a qué viniste?

—Vine porque tu mamá está hospitalizada.

—¡¿Qué?!

—Eso, a tu mamá la hospitalizaron

anoche con una descompensación

generalizada. Cuando la fui a ver para preguntar por ti, tuve que llamar a la

ambulancia.

—Pero ¡Misael! ¿Por qué no me dijiste altiro?

Victoria se levantó y entró corriendo a la casa. Rodrigo y Misael la

siguieron. Ella subió las escaleras a paso veloz y entró en su habitación. Tomó

su cartera y empezó a buscar algo.

—¿Qué buscas? —preguntó Rodrigo.

—Las llaves de mi auto, tengo que ir a ver a mi mamá. ¡No las encuentro!

—gimió desesperada.

—Vamos mañana —dijo Misael—, yo estoy cansado para manejar de vuelta a la ciudad—. Será mejor que nos quedemos, durmamos y salimos

temprano.

—¡No! Está en el hospital y...

—No dejaba de revolver su cartera.

Rodrigo se acercó a ella y detuvo sus manos. Le quitó la cartera con

tranquilidad y la tiró a la cama. Luego, tomó su mano que la tenía en un puño y

la abrió. Ahí estaban las llaves. Ella se mostró frustrada.

—Vamos, yo te llevo.

—¿De verdad? —Lo miró
ilusionada.

—Por supuesto, no puedo dejar que
vayas sola. No estás en condiciones
de

manejar ni tienes tu auto aquí.

Ella hizo un gesto de frustración.

—Gracias —dijo finalmente.

—Abrígate para que nos vamos.

Rodrigo la observó unos segundos,
parecía a punto de llorar, miró al
tipo

que estaba sin hacer nada. Negó con la cabeza y salió directo al dormitorio de

su abuela y golpeó la puerta.

—¿Qué pasa, hijo? Escuché discusiones.

—Abuela, llevo a Victoria a la ciudad.

—¿Qué pasó? ¿La vas a echar a la calle? —preguntó alarmada.

—No, abuela, ¿cómo se te ocurre? Lo que pasa es que llegó el novio de

ella porque su mamá está hospitalizada y, por supuesto, Victoria no puede

esperar hasta mañana para volver, necesita verla, saber de ella.

—Claro, claro, por supuesto, cuídense.

—Abuela, el tipo ese se quedará aquí esta noche, está cansado

—ironizó—, pero mañana a primera hora lo quiero fuera, dile a Hernán o a

Marcos que lo echen a patadas si es

necesario.

—Bueno.

—Chao, te aviso cualquier cosa.

Se dieron un beso en la mejilla y él volvió al dormitorio de la mujer.

—¿Lista?

—Supongo —respondió.

—¿Sus documentos?

—En mi cartera. Supongo.

Rodrigo tomó el bolso de la mujer

y lo revisó para asegurarse que llevara

sus documentos.

—Espérame abajo, voy enseguida
—le dijo devolviéndole la cartera.

Misael quiso salir detrás de su polola, pero Rodrigo le puso una mano en el

pecho para detenerlo.

—Mañana a primera hora te quiero fuera de esta casa —advirtió de modo

amenazante.

—Yo me voy con ella ahora

—replicó el otro.

—No, tú no quisiste llevarla ahora porque estabas cansado, ni siquiera le

avisaste enseguida lo de su mamá y eso era más importante que tu cansancio.

—No dejaré que vaya sola contigo.

—Va a ir. Sola. Conmigo —marcó las palabras.

—¿Y yo?

—Quédate aquí esta noche, pero a las ocho te quiero fuera.

—¿Y si no me quiero ir hasta que la Vicky vuelva?

—Mañana a las ocho y media vendrá uno de mis hombres a sacarte a

patadas si es necesario.

El hombre asintió con la cabeza. Rodrigo salió de allí cerrando la puerta.

Se encontró con Victoria abajo, que lo esperaba fumando un cigarrillo sentada

en el balancín con la mirada perdida.

—¿Vamos?

—Sí.

Se levantó y apagó su cigarro. Caminó hacia Rodrigo, pero tropezó antes de

llegar, él la sujetó y la abrazó. Así la llevó hacia su camioneta y la hizo subir.

En silencio echó a andar y salió a toda prisa. Ella no supo cómo fue que el

enorme portón estaba abierto, pero tampoco le importó mucho. Pensaba en su

mamá y en lo que pudo haber sucedido para que se agravara de esa forma si

cuando la echó de su casa, estaba bien. Se sentía culpable ya que pensaba que

la discusión entre ambas había

gatillado esta descompensación.

Capítulo 14

El silencio en la camioneta era roto por los sollozos de la mujer. Rodrigo,

perturbado por la situación, sacó su mano de la palanca de cambio y la extendió para tomar la de Victoria.

—Tranquila, pequeña, ya vas a estar con ella y verás que todo estará bien.

—Tengo miedo —confesó ella.

—Lo sé, pero desesperarte no solucionará nada, es mejor que te

tranquilices, pues a ella no le hará nada bien verte así.

—¿Crees que quiera verme?

—No creo que siga enojada contigo en un momento como este.

Ella hizo un puchero. Él detuvo su vehículo a un costado del camino.

—No te pongas así, pequeña —le dijo y agarró sus dos manos—. Todo

estará bien, se pondrán en la buena y tú podrás volver con ella. Hasta puede

que ella quiera irse a la hacienda a vivir.

—No lo creo, eso sí que no, ella es muy rencorosa.

—Cálmate, ¿sí? Ya veremos, por lo pronto, lo importante es que tú estés tranquila, ¿está bien?

Ella asintió con la cabeza, secándose la cara con un pañuelo desechable. Él

la besó en la frente y se quedó con sus labios pegados en ella.

—¿Más tranquila? —preguntó en un susurro.

—Sí, gracias.

Rodrigo volvió a echar a andar la camioneta, sin soltar la mano de Victoria

en todo el camino, hasta llegar al hospital donde se encontraba la mamá de la

joven, la que entró a urgencias como impelida por un huracán.

Pero no querían

dar información ni dejar entrar a Victoria, ella lloraba por no poder saber de

su mamá y no ganaba nada con suplicar y decir que venía viajando del sur, de

todos modos no la dejaban entrar, por lo que Rodrigo, nervioso por la chica,

hizo un par de llamadas y muy pronto llegó un médico que permitió a la mujer

pasar a ver a su madre. Salió rato después con los ojos rojos con el llanto y se

abrazó al hombre como si fuera su tabla de salvación.

—¿Qué pasó, pequeña? —preguntó con ternura.

—Está muy mal, no saben cuánto tiempo más podrá...

Se largó a llorar de nuevo y Rodrigo ya no dijo más, la entendía, él había

perdido a su madre y a su padre,

aunque no biológico, sí del corazón, y no fue

fácil.

—Perdona, no debí, tú y yo... —Se apartó de él, pero él no la soltó por completo.

—Tranquila, si estoy aquí contigo no fue solo como chofer, estoy para acompañarte y apoyarte.

Victoria no supo qué decir. Rodrigo la tomó de los hombros y la llevó a

sentarse en una de las sillas del recinto.

—¿Quieres comer algo?

—No tengo hambre.

—Un café o algo así, estás temblando y necesitas comer algo.

—¿Cómo hiciste para que me dejaran entrar?

—Este país se mueve a *pitutos*, ¿por qué no usarlos para bien?

—Gracias.

—No me agradezcas.

—Debo hacerlo, de no ser por ti, no la habría podido ver.

—Si pude ayudarte, para mí eso es suficiente. ¿Pudiste hablar con ella?

¿Con algún médico?

—Ella está en coma —gimió—, el doctor que me dejó entrar vio la ficha y

dice que no le da más de dos o tres días. —Volvió a llorar.

—Lo siento —atinó a decir,

sintiéndose un tonto.

—No debí irme.

—No es tu culpa.

—Pero la dejé sola.

—Ella te echó y tú no tenías cómo saber lo que iba a ocurrir. .

—¿Te das cuenta que yo estaba disfrutando, paseando, mientras ella lo

estaba pasando mal?

—No te tortures, tú querías

llamarla y no te pudiste comunicar.

Tu novio

debió avisarte antes.

—No me hables de él —cortó enojada.

El doctor amigo de Rodrigo salió en ese momento del interior de los boxes.

La pareja se levantó y se acercó al médico. Rodrigo abrazó a la joven por los

hombros. El profesional le entregó una bolsa a Victoria con las cosas

personales de la madre, las que no necesitaba en ese lugar.

—Rodrigo, ¿cómo estás? —saludó el profesional.

—Bien, bien, gracias por ayudarnos.

—No hay de qué. La van a subir al quinto piso, esperan hacerlo antes de las

ocho. Tu suegra está muy mal, hablé con el médico de turno y vi su ficha, pedí

su historial clínico y me lo enviaron

por intranet...

—Ella tiene cáncer —interrumpió Victoria.

El doctor miró a la joven con gesto contrariado.

—Ella no tiene cáncer. Tuvo un tumor, pero era benigno, se le removió hace

un par de años y quedó sana, hasta el momento no había vuelto a reaparecer.

Victoria agradeció seguir en los brazos de Rodrigo, de otro modo

hubiera

caído,

—Lo que pasó ahora fue que una vena se le tapó, por decirlo así, una vena

mayor. La operaron esta mañana para drenar, pero no respondió bien. Algo

impide que reaccione bien.

—¿Un medicamento innecesario tal vez? —consultó la joven con algo de

molestia.

—¿Qué tomaba?

—Remedios para el cáncer.

—Pero ella no...

—Ella decía que sí y tenía recetas con los medicamentos que le debía comprar cada mes...

Victoria se mostraba frustrada, confundida y muy, muy triste.

—Puede ser eso, voy a corroborar qué medicamentos tomaba, aunque

según

la ficha, ella tomaba solo un inductor del sueño. El problema es que el coágulo

va directo al corazón y no podemos detenerlo.

—¿No hay nada que se pueda hacer? ¿Y si se traslada a una clínica?

—interrogó Rodrigo.

—No hay médico ni tratamiento en el mundo que pueda revertir su estado.

La verdad, Rodrigo, me hubiese gustado hacer más y lamento decirte que

humanamente es imposible.

—Gracias, Miguel Ángel.

—Lleva a tu novia a su casa, necesita descansar, no sacan nada con

quedarse aquí, cualquier cosa te llamarán, me tomé la libertad de dar tus

datos, ya sabes, dije que eras amigo de la familia.

—Sí, sí, está bien, no sabes cuánto te lo agradezco.

—No hay problema, pasa por casa uno de estos días, Romina te mandó saludos y Susy extraña a su “amigo”.

—Claro, claro, dale mis saludos y dile a Susy que iré a verla en cuanto pueda.

Se despidieron con un fraternal abrazo.

—¿Vamos? —le habló Rodrigo en el oído a Victoria.

Ella aceptó apenas con un gesto.

Ya casi amanecía cuando llegaron a la casa. Entre las cosas que le

entregaron de su mamá, estaban las nuevas llaves.

Rodrigo buscó café y algo para comer, en tanto ella se había quedado en el

sofá mirando la nada.

—Toma —le dijo entregándole una

taza.

—Gracias.

—Yo no... Sé qué decir

—tartamudeó él.

—No digas nada, con que estés aquí me basta.

—Quisiera poder hacer más.

—Ya has hecho más que suficiente.
De no ser por ti, yo no habría
podido

verla ni hablar con nadie.

—Igual. Me siento impotente.

—¡Qué ironía! Toda la vida tuvimos problemas económicos, solo cuando

yo salí de cuarto y me puse a trabajar como corresponde, las cosas cambiaron,

no de inmediato, por supuesto, pero cuando lo económico se arregló nos

enteramos del “cáncer” de mi mamá. Ahora, que al fin iba a tener el dinero

para costear el tratamiento... pasa

esto. Bien dicen que el dinero no compra la

felicidad.

—Solo hace más llevadera la vida.

—Si mi mamá se muere... —La voz se le quebró y tomó un sorbo de café

para deshacer el nudo de su garganta—. Nunca sabré por qué mintió de esa

forma tan cruel.

—No pienses en eso.

—Tengo que pensarlo.

—No ahora.

—Yo te dije que si no estuviera de por medio la enfermedad de mi mamá,

yo te vendería la herencia.

—Y yo te dije que no tengo el dinero para hacerlo.

—No sabes el precio.

—¿Cuál es?

—El dinero para cubrir mis deudas.

Nada más. Una vez sola, puedo

arreglármelas bien con mi sueldo.

—¡Eso no alcanza ni para pagar un caballo de la hacienda y ya está

arreglado! —objetó él.

—Voy a dormir un rato. Una hora. Después voy a ir al hospital. Tu amigo

me dijo que a las diez el doctor de turno sale a hablar con los familiares, que

no se saca nada con ir antes. Yo

duermo en la pieza de mi mamá, tú en la mía.

—Yo puedo irme a un hotel y volver para ir al hospital...

—No, quédate, por favor.

—Pero sí te acompañaré al hospital, no dejaré que vayas sola.

—Salió el macho protector —se burló ella con tristeza, levantándose del

sofá.

—Así es —admitió él sin culpa—.

Además, eres casi mi hermanita menor,

no puedo dejarte sola.

Ella entre sonrió e hizo un puchero. Él se levantó y no supo qué hacer.

—Perdóname —dijo ella sin más.

—¿Por qué?

—Por irrumpir en tu vida así, como si... Yo no soy ladrona y no soy una cualquiera —sollozó.

—Claro que no lo eres —afirmó y

la tomó de los hombros con ganas de

abrazarla y no soltarla.

—Pero eso es lo que tú y todos en la hacienda piensan.

—No, eso fue antes de conocerte.

—No quiero quedarme sola.

—No estás sola, yo estoy contigo.

—Después. No tengo a nadie.

—Yo no te dejaré sola.

—Tú tienes tu vida en el campo y yo no tengo cabida en ese lugar.

—Ese campo es tuyo.

—No, es tuyo, aunque un papel de mierda diga lo contrario.

—No hables así.

—Rodrigo, no puedo con esto. No puedo.

Sin poder contenerse más, se abrazó al pecho del hombre. Todo su mundo

se estaba derrumbando y no sabía

qué hacer para no derrumbarse junto con él.

Rodrigo no sabía qué decir, tampoco qué hacer, solo atinaba a intentar

tranquilizarla y contenerla. Era un momento duro para ella y si era así como le

había contado, entonces sí estaba sola, pues ni amigos tenía. Solo Misael, que

era peor que estar sola.

Rodrigo la apartó un poco y la

miró, parecía ida, distraída, lo cual era

lógico, mal que mal, por estar en la hacienda, con él, su madre se había

enojado con ella y tal vez ni siquiera podría despedirse porque era muy difícil

que saliera del coma. Comenzó a caminar con ella donde supuso estaban los

dormitorios y ella terminó el recorrido. La dejó allí y salió.

No sabía cuál era el dormitorio en

el que le tocaría dormir, así que abrió la

puerta inmediata y se encontró con el baño. La siguiente sí era la de Victoria,

se podía sentir su presencia. Se tiró a la cama, ese lugar tenía impregnado el

aroma de esa mujer. Y su almohada, más. En ese momento dudó que pudiera

dormir sabiendo que ella estaba tan cerca y él durmiendo en su cama.

Más de

media hora después, supo que tenía razón, no había pegado ojo. Dos golpes en

la puerta lo sorprendieron. Iba a levantarse a abrir, pero la puerta se abrió

primero y Victoria asomó la cabeza.

—¿Puedo pasar? —consultó en voz casi inaudible.

—Claro, claro. —Rodrigo saltó de la cama, como impulsado por un

resorte—. ¿Pasa algo?

—No puedo dormir.

Él tragó saliva, tampoco podía dormir, pero suponía que por razones muy

diferentes a las de ella.

—Tengo miedo —confesó ella y Rodrigo la vio mucho más pequeña de lo

que normalmente era, pues no medía más de uno sesenta—. ¿Puedo quedarme

aquí?

El hombre no atinó a nada, no sabía qué hacer, quería abrazarla, pero no para consolarla precisamente, o sí, pero también la pensaba como hombre.

—La otra pieza tiene muy pasado el olor a mi mamá —indicó. El hombre

solo atinó a asentir con la cabeza—. ¿Puedes quedarte un rato conmigo? Un

rato, hasta que me duerma... aunque

no sé si pueda. —suplicó.

—Claro, claro —aceptó sin dudar.

Ella terminó de entrar en el dormitorio y se acostó en la cama, bajo las

tapas. Él la miró sorprendido. Victoria se acostó de lado, de espaldas al lugar

donde él debería acostarse. Él se sentó en la cama, en el espacio libre que

quedaba.

“Ahora sí tu aroma impregna todo”, pensó Rodrigo.

Se acomodó al lado de ella y le hizo cariño en el pelo. Poco rato después

ya estaba durmiendo, Rodrigo se dio cuenta de eso, pero no dejó de contemplarla, de acariciar su cabello y, sin darse cuenta se durmió.

—Rodrigo. —Lo movió ella para despertarlo en la mañana, pero él no

hacía caso—. Rodrigo —insistió.

El hacendado abrió los ojos con dificultad al principio, pero al darse

cuenta del lugar en el que estaba, se despabiló de inmediato y se sentó en la

cama.

—Lo siento, me quedé dormido.

—No te preocupes, estabas cansado y fui yo quien te vino a molestar.

—No fue molestia.

Ella sonrió, lo que a él le pareció encantador y también esperanzador.

—Yo... yo voy a ir al hospital...

—¿Tomó desayuno?

—No, no quiero nada.

—Pero no ha comido desde ayer en la tarde, debe comer algo.

—Allá me tomo un café. Quedas en tu casa.

—¡No! —respondió con

celeridad—. Espérame, voy contigo.

—No hace falta.

—Sí que la hace, no te voy a dejar ir sola. No me demoro nada.

Rodrigo saltó de la cama y se metió al baño con su bolso, allí se dio una ducha rápida y se cambió la ropa en menos de diez minutos.

—¿Vamos?

—¿No vas a tomar desayuno?

—Allá tomo un café —contestó remedando sus palabras y le sonrió—.

Vamos.

En el hospital tuvieron que esperar casi una hora antes que el médico

saliera a hablar con ellos. La mujer todavía no había sido trasladada y en ello

estaban cuando llegaron.

Rodrigo se iba a alejar en lo que el profesional hablaba con Victoria, pero

ella le tomó la mano, no quería quedarse sola.

—Su mamá está estable dentro de su gravedad —explicó el médico—, su

estado es muy crítico y posibilidades de sobrevida, poca. Dudo mucho,

incluso, que despierte del coma. Anoche le hicimos nuevos exámenes y un

scanner, el daño no es reversible.

—¿Qué pudo provocar esto,

doctor? —preguntó Victoria.

—Por instancia de Miguel Ángel Bustamante, hicimos unas pruebas y

descubrimos un medicamento que les sirve a los pacientes con cáncer, pero no

a su mamá que no lo padece, le dio un infarto cardiovascular y parte de su

cerebro ya no funciona, lo que está produciendo la muerte de otros órganos, si

despierta, lo cual dudo mucho, no

sabemos con qué secuelas quedará.

La mujer se escondió en el pecho de Rodrigo para llorar.

—Doctor, ¿podemos trasladarla a una clínica? —inquirió el hombre, con

preocupación.

—No se puede mover de aquí, con mucho esfuerzo la subimos hasta aquí.

Las máquinas trabajan por ella, si la sacamos, le aseguro que no alcanzaría a

llegar al ascensor, así que no, no puede ser trasladada.

Rodrigo resopló frustrado al no poder ayudar más a Victoria y no le gustaba

verla así, tan desolada.

“Doctor Lombardo, se le solicita en UTI, cama ocho, urgente”, se oyó por

el altoparlante.

—Su mamá —musitó y se apresuró a acudir a la llamada, dejando a

Victoria más desesperada todavía y a Rodrigo más frustrado que no atinaba

más que a mantener abrazada a Victoria y a besar su cabello.

—Señorita, su madre está despierta, puede pasar a verla unos minutos,

luego debe descansar —le anunció una enfermera a Victoria, que se aproximó

con celeridad a la pareja.

Miró al hombre con esperanza en

sus ojos.

—Ve. Yo espero aquí.

No tuvo que decírselo dos veces, casi corrió hasta la cama de su mamá que

la esperaba ansiosa.

—Hija...

—Mamita, no se agite.

—No, hija... —respondió con dificultad—. Este... es el... momento.

—Mamita...

—¿Hizo... Hizo... lo que... le pedí?

—Creo que llegaremos a un acuerdo, tendremos nuestros gastos pagados.

—¡No! —casi gritó y un acceso de tos la obligó a detenerse.

—¿Qué pasa, mami? Tiene que estar tranquila.

—No, ¡no!... Tú tienes... que reclamar... lo que es... tuyo...

—Pero, mami...

—No... Promételo...

—Mamá...

—Quítale... todo... Siempre fue...
tuyo...

—Mamá, no puedo, él...

Su madre apretó la mano de su hija
con rabia.

—No me digas que te gusta —dijo
jadeando.

—No, mamá.

—Sí... Se te nota... en los ojos...
Misael te vio...

—Mamá.

—Me... traicionaste...

—¿Que?

—Tu... tu padre... me abandonó...
te dejó... y ahora tú... Tú estás de
su

parte.

—No es eso, mamá.

—Sí...

—Mamá, por favor —rogó la joven.

—Jamás... nunca... creí... que... te pusieras... de... su... parte...

—Cada vez

hablaba con más dificultad.

—No es eso, mamá, por favor, entiende.

—No... No... Si no les quitas... todo... Olvídate... de mí.

—¡Mamá!

—Tu papá me... traicionó... una

vez... no lo hagas... tú también...

—No, mamá, pero entiende, yo no...

—No hay... pero...

—Mamá, no puedo, no lo haré, un acuerdo es lo mejor.

La respiración de la mujer se aceleró a niveles peligrosos.

—Tra... icio... ne... ra... —jadeó apenas y un ruido ensordecedor llenó toda

la habitación.

Una enfermera entró y detrás de ella un montón de gente.

—Salga, señorita, su mamá está en una crisis y tenemos que atenderla.

—No, mamá... ¡Mamá! —sollozó.

—Salga, por favor. —La empujó con suavidad un enfermero hasta la puerta.

—Mamá... No, mamá, yo no soy traicionera, yo solo quería lo mejor para

las dos —lloró sin moverse de la

puerta.

Rodrigo, desde afuera, vio a Victoria parada sola en el pasillo, con los

brazos cruzados al pecho, se veía más desolada que nunca. Algo había pasado,

varios funcionarios habían entrado a la sala y ella había salido. Sin pedir

permiso, entró.

—Victoria, ¿estás bien?

La joven lo miró hacia arriba, clavó sus ojos en sus negras pupilas y,

aunque quería abrazarse a él para desahogar su pena, sentía que si hacía eso,

estaría traicionando a su mamá.

—¿Qué pasa?

—Nada que le importe —espetó.

Él hizo un gesto de extrañeza, ¿qué había pasado?

—Señorita Fernández... —la habló

el médico que se quedó callado,
pero

con su sola mirada lo dijo todo.

—No —lloró la joven.

—Lo siento, no pudimos hacer
nada.

Rodrigo tomó a Victoria del brazo.

—¡Suéltame! —gritó—. Por tu
culpa se murió pensando que yo...

Entró corriendo hasta la cama
donde estaba su mamá y se abrazó a
ella.

—No se preocupe, es una reacción lógica por la pérdida.

Rodrigo no quedó convencido de ello, algo le había pasado a Victoria que

la hizo reaccionar así, su mirada fue la misma que tenía unos días antes cuando

había decidido hacerse la dueña de todo, una mirada determinante, fría y

calculadora. Muy diferente a su mirada clara y transparente que lo

había

enamorado.

Capítulo 15

Pasados largos minutos para Rodrigo, una enfermera apartó a Victoria de su

madre y la sacó afuera. Él la recibió gustoso en sus brazos.

—Con este documento debe ir a Recaudación para que hagan los trámites,

ahora la vamos a llevar a la morgue

para que puedan sacarla pronto de aquí

—les indicó la enfermera.

—Gracias —respondió el hombre a la profesional y luego bajó su cara—.

¿Vamos?

Ella se apartó con furia de él.

—¿Qué pasa, Victoria?

—Esto no está bien, tú seguro estás muy satisfecho con esto, ¿no? De verme

así, hundida en mi dolor.

—¡No! Sabes que no, si estoy aquí es porque quiero acompañarte.

—Tú y yo somos enemigos.

—No es momento de pensar en eso
—reprochó Rodrigo con enojo.

—Es el momento preciso para pensar en eso, mi madre se murió y yo estoy

con nuestro enemigo, con el hombre que nos robó todo, no solo el dinero,

también a mi padre.

—Yo no robé nada, ni siquiera sabía que tú existías.

—¿Hubiera cambiado en algo saberlo?

—¡Por supuesto! Él jamás me dijo que tenía una hija, de hecho, siempre lo

negó.

—Da lo mismo. Tú y yo somos enemigos por una herencia.

—¿Quieres que me vaya?

—Sí.

—¿Te quedarás sola haciendo todos los trámites de entierro de tu mamá?

Un espasmo involuntario contrajo el pecho de la joven.

—No podrás sola. Déjame ayudarte, después volvemos a ser enemigos. Te

lo prometo.

—Si somos enemigos, ¿cómo puedo aceptar tu ayuda?

—Porque es lo que se necesita en este momento, punto. Ya después puedes

decirme todo lo que quieras con respecto a la herencia y la lucharemos frente

a frente, pero no en este momento cuando estás con esta pérdida tan grande.

—Rodrigo, tú no entiendes.

—Entiendo más de lo que crees.

—¡Vicky! —Escuchar a Misael era lo último que esperaba Rodrigo.

El alivio se notó en Victoria, pues su relajó fue evidente. ¿Qué más tenía

que hacer allí? Menos mal que había sacado sus cosas de la casa y las había

puesto en su camioneta, de otro modo tendría que volver con ella.

—Bueno, ahora que está bien acompañada, la dejo —le dijo el hacendado

a la mujer con enfado—. Toma. —Le extendió los documentos, que

le había

entregado la enfermera, a Misael—. Acompáñala a hacer los trámites para que

retiren el cuerpo. Espero que te comportes a la altura y no como un patán.

Sin despedirse, salió del hospital totalmente frustrado. ¿Enemigos? ¿No que

habían llegado a un acuerdo? ¿O es que ella pensaba que al morir su madre, él

se iba a olvidar de su promesa? ¿O acaso el hecho de no estar juntos los

convertía en rivales? Él sabía que ella no quería quitarle todo, pero ella

también estaba consciente que él no quería dejarla en la calle, simplemente

quería una división justa de todo. Aunque no lo hubiese demostrado así desde

un principio. También sabía que si

no estaban juntos era porque ella no lo

quería, no él. Él la quería de vuelta, pero no la obligaría. Esa era su decisión y

él la respetaría, pero eso no significaba que la odiaba.

«¿Qué mierda te dijo tu mamá?», se preguntó en voz alta al momento de

subirse a la camioneta. Apoyó su cabeza en el volante. Sentía que esto que

estaba pasando lo apartaría de Victoria, y no quería, quería estar con ella. La

quería como mujer, como amante, como amiga. Pero eso no podía ser. Aun así,

esos ojos verdes lo volvían loco y no podía negárselo a sí mismo.

Se dirigió a una cafetería y se sentó allí a pensar. Necesitaba decidir qué

hacer. No sabía si irse o quedarse, si volver a la hacienda o esperar a

que

pasara todo esto para asegurarse que Victoria estuviera bien. Aunque claro

que debería estar bien, había llegado el idiota ese, ¿no?

Su enojo y molestia iba in crescendo, ¿qué le había pasado a esa mujer

ahora que lo había tratado de esa forma? Eso era lo que más le molestaba, el

no entenderla. Se suponía que

habían cambiado muchas cosas,
pero ella sabía

que podía seguir contando con él y
eso quedó demostrado cuando ella
llegó al

cuarto en busca de contención. De
hecho, cuando el médico iba a
hablar con

ella y él se iba a retirar, ella no lo
dejó ir. Y de repente, todo cambió.
De la

nada. Como si él fuera el culpable
de la muerte de esa mujer. Ni

siquiera la

conocía. Sin meditarlo, volvió al hospital. Quería ver, aunque fuera una sola

vez, a la ex de su papá, a la mujer que lo acusaba de robo, a la que, por odiar

a su padre, lo odiaba a él también y quería que también su hija lo odiara. ¡Eso

era! Victoria se sentía traicionando a su mamá si estaba con él.

Dejó su café sin probarlo y se

devolvió al hospital. Entró al edificio en el

preciso momento en el que se llevaban a la madre de Victoria a la morgue. La

joven iba sola, lloraba desconsolada tras la camilla.

—¿Y su novio? —interrogó Rodrigo.

—Fue a... Salió —contestó ella, conmovida.

—¿La dejó sola?

—Él tenía hambre... No había tomado desayuno.

Ingresaron a la mujer al depósito de cadáveres y no dejaron entrar a la joven.

—No... Mi mamá...

Rodrigo la abrazó para inmovilizarla, se estaba poniendo histérica. Ella se

dejó y se abrazó a él.

—¿Hicieron los trámites para retirar el cuerpo? —consultó,

hablándole en

el oído, si el tipo se había ido a tomar desayuno, quizás no había hecho nada

de lo que debía hacer.

Ella se apartó de él y lo miró con gesto culpable.

—Si los trámites no se hacen, no podrá llevarla a casa, ¿dónde la va a

velar?

—No sé, no sé —respondió muy

confundida.

—¿Dónde están los papeles que entregó la enfermera?

Victoria metió la mano dentro de su cartera y sacó los documentos.
Rodrigo

se los quitó con suavidad.

—Venga, vamos, no puede quedarse sola aquí, está demasiado helado y usted no se encuentra bien.

Sin chistar, dejó que la llevara de la mano a realizar todos los

papeleos por

la muerte de su madre, aunque ella estuvo abstraída todo el tiempo. No

necesitaron buscar servicios funerarios ya que allí estaban los hombres como

pirañas esperando a los familiares de los fallecidos. Luego, se dirigieron a la

capilla cercana a la casa para solicitar el tanatorio. Victoria se dio cuenta que

no podría haberlo hecho sola y

agradeció que Rodrigo no se hubiera ido. Sin

embargo, no se lo diría.

—Ya está todo listo, volvamos al hospital —le informó el hombre.

—Sí, claro —aceptó ella con voz sombría.

—Sé que esto es difícil y quisiera hacérselo más llevadero...

—No debería ser así, usted y yo...

—Usted y yo nada, Victoria, somos dos seres humanos que nos tocó

estar

juntos en un momento duro para usted, y yo estoy aquí con usted, solamente

acompañándola. Después, cuando usted esté un poco mejor de su pérdida,

cuando su ánimo haya mejorado, volveremos a lidiar con el asunto de la

herencia, del supuesto robo y de lo nuestro; por ahora le pido, por favor, que

usted me deje ayudarla y apoyarla.

Ella lo miró y movió la cabeza en señal de asentimiento.

—No es tan difícil, ¿lo ve?

Ella le dedicó una amarga sonrisa. Él se la correspondió de igual forma. A

él le dolía tener que darle explicaciones de por qué estaba allí con ella, si,

según él, ella debería tenerlo claro.

Llegaron al hospital donde se

encontraron a bocajarro con Misael.

—Vicky, te andaba buscando como un loco —la recriminó su pololo, tomándola con fuerza del brazo para acercarla a él.

El gesto de desagrado en la cara de Rodrigo no pasó desapercibido para

ninguno de los otros dos.

—Vamos a ir a Informaciones a ver qué es lo que hay que hacer —le dijo

con dureza el novio de Victoria.

—Ya está todo listo —informó Rodrigo.

—¿La vas a velar en tu casa?
—preguntó haciendo caso omiso al otro.

—No, no, ahí no —respondió Victoria con tristeza.

—Ya, ¿y dónde? Vamos a tener que conseguir una sede o algo.

—También está arreglado —afirmó Rodrigo.

—O sea, te adueñaste de todo, parece que estás acostumbrado a adueñarte

de lo ajeno —replicó el ciudadano con molestia.

—No, simplemente era algo que había que hacer y no podía esperar. Ya

están por entregar a la mamá de tu polola y no se puede esperar a último

momento para pensar en esas cosas.

—Yo no iba a esperar a última

hora, pero tenía que tomar desayuno.

—¿Le preguntaste a tu novia si había comido algo?

—Ella no tenía hambre.

—Claro —dijo con sorna el hacendado.

La enfermera llegó en ese momento a avisar que podían retirar el cuerpo de

la mujer. El hombre de la funeraria apareció también en ese momento, que

venía detrás de la enfermera.

—Ya arreglé todo, señor. La vamos a llevar ahora mismo a la dirección que

nos dio —le informó a Rodrigo.

—Gracias.

Rodrigo se volvió a la pareja.

—Hay que irse para recibirlos.

—¿A dónde se van a llevar a mi suegra? —preguntó Misael.

—A la capilla de la esquina de mi

casa —susurró Victoria un poco avergonzada.

Rodrigo meneó la cabeza, ese hombre no sabía ni donde estaba parado, no tenía idea de nada.

—Me voy, la dejo en “buenas manos” —se despidió Rodrigo con molestia.

La mirada suplicante de ella provocó que por poco él se quedara, pero si

ella prefería estar con ese tipo que con él...

Se fue.

Sin embargo, por más que se lo dijera a ella y a sí mismo, no la iba a dejar

sola. No podía. Llegó hasta la capilla y con Hilda, la mujer que cuidaba el

lugar, ordenaron las bancas y mesas para dar el espacio al féretro y a las

personas que acudirían, que

suponía la mujer, iban a ser muchas,
pues Victoria

era muy querida en el barrio. Le
sorprendió que dijera que la joven
era la

querida y no su madre.

—¿Usted es algo de la Vickicita?

—le preguntó mientras ordenaban.

—No, bueno, en realidad, algo,
pero no sé qué, una especie de

hermanastro.

—¿Hermanastro?

—Sí, el papá de Victoria me crio a mí como un hijo, yo no sabía que ella

existía hasta que él murió y ahí supe que él tenía una hija legítima.

—¿Usted es hijastro del José?

—¿Lo conoció? —Se sorprendió el joven.

—Claro, pues, nosotros nos criamos de chicos juntos, lo que pasa es que yo

me vine para la ciudad cuando me casé y mi marido se quiso venir,

éramos un

lote como de diez cabros chicos que le hacíamos salir canas verdes al patrón.

—¿Sí?

—El papá de la señora Victoria se enojaba con nosotros, pero al final, siempre terminaba riéndose de todas las embarradas que hacíamos.

—Ahí se conocieron ella y mi pa... José.

—Sí, el José estuvo muy

enamorado de ella, pero era la hija del patrón y

usted sabe, la diferencia de las clases sociales no importan sino hasta cuando

el pobre se quiere casar con la niña rica.

—Pero ellos tuvieron una hija de la que él no quiso hacerse cargo.

La mujer respondió con un casi imperceptible “sí”, que dejó a Rodrigo algo

confundido. Esa historia tenía algo

más que esa mujer no había querido contar.

La funeraria llegó y de Victoria y Misael no había señales, por lo que fue

Rodrigo quien tuvo que recibir el servicio. Casi media hora después llegó la

pareja.

—¿Y usted? —lo interrogó la hija con un tono de censura.

—Recibí el servicio, si dependiera de usted o de su noviecito, todavía estarían esperando afuera. ¿Qué

pasó?

—Nada. Nos retrasamos. Había mucho taco.

—¿De verdad? —inquirió, algo en su rostro le indicó que no había sido un

simple taco, pero ella no contestó—. No abrí el cajón, porque no supe si usted

quería dejarlo abierto o cerrado, aunque según el encargado, la maquillaron.

No sé si quiere verla o...

—¿Me acompañas? La voy a ver para tomar una decisión.

Rodrigo miró a Misael que conversaba tranquilo con unas personas fuera

de la iglesia. Tomó del codo a Victoria y la condujo hasta el ataúd. Lo abrió y

ella miró dentro. La conmoción de la mujer, se mezcló con la sorpresa de él.

Recién en ese momento la vio, y claro que conocía a la madre de

Victoria, la

conocía demasiado bien. Solo cuando sintió la cara de la joven hundirse en su

pecho, volvió a la realidad.

—Se ve bien, ¿quiere dejarla abierta para que quienes la conocieron

puedan despedirse de ella? —habló intentando acallar el encogimiento de su

pecho.

—Sí, sí, yo creo que es lo mejor.
Gracias.

Victoria miró hacia su madre y amargas lágrimas cayeron por sus mejillas.

—Ya, mi amor, ya está bueno de llorar, tienes que superarlo.
—Misael la

abrazó por detrás, como si estuvieran solos—. No te puedes pasar la vida

llorando.

—No puedo, Misael —hipó la

joven.

—Tienes que poder, imagínate entonces cómo vas a estar mañana cuando la

entierren.

Victoria se volvió y lo miró con recriminación.

—¿¡Cómo puedes decir eso!?

—Es la verdad, Vicky, estás dando un espectáculo delante de toda esta gente.

Rodrigo se acercó y tomó al hombre de la solapa lo más disimulado que

pudo.

—Sal de aquí, imbécil —le señaló en voz baja—, y no vuelvas a

presentarte por aquí a menos que sepas comportarte a la altura de lo que

merece Victoria.

—¿Cuál es tu problema ahora?

—Ándate, porque no respondo lo

que te voy a hacer. Este no es momento ni

lugar para tratar mal a tu polola, que espero muy pronto deje de serlo.

Rodrigo hablaba en voz baja para que nadie pudiera oírlos.

—Misael, tú estabas cansado con el viaje, anda a tu casa a descansar, ya

todo está arreglado aquí, puedes irte —habló Victoria también en un murmullo.

—Vuelvo mañana —respondió su

novio.

Ni Rodrigo ni Victoria contestaron, simplemente lo vieron alejarse, en parte aliviados.

—¿Por qué se demoraron tanto?

—insistió una vez más Rodrigo.

—Ya le dije, un taco...

—No hay taco a esta hora.

¿Pelearon?

—Sí.

—Por mi culpa.

—No, porque se hicieron las cosas sin él.

—Por mi culpa —confirmó él.

Ella se encogió de hombros.

—¿Te maltrató?

—No, solo discutimos.

—¿Segura?

—Segura —afirmó.

Se quedaron en silencio un rato mientras algunas vecinas se acercaron a la

joven a darle el pésame. Cuando volvieron a quedar solos, él se acercó al

oído de la joven.

—¿Por qué nunca buscó a su papá?

—Tú lo sabes, no sabía dónde buscarlo.

—¿Su mamá nunca le habló de él?

—Ella lo odiaba, los únicos pensamientos que tenía acerca de él era de

rencor por habernos abandonado a

nuestra suerte, porque dejó embarazada a

mi mamá y cuando mi abuelo la echó de la casa por quedar embarazada

soltera, él se hizo a un lado y nunca se preocupó de nosotras.

Rodrigo frunció el ceño.

—Pero él la reconoció legalmente —apuntó él.

—Es cierto —meditó la mujer a esas palabras que nunca las había pensado.

—¿Su mamá le dijo que las abandonó cuando usted todavía no nacía?

—La verdad es que no sé cuándo fue exactamente, pero de que nos dejó,

nos dejó, él se fue y nunca más supimos de él.

—Nunca —ratificó él.

—Nunca —reafirmó ella.

Rodrigo no dijo nada, él estaba seguro que esa mujer sí sabía muy bien

dónde estaba José Fernández, él la vio en la hacienda desde siempre y cada

vez que aparecía, su padre quedaba muy deprimido, de hecho, la última vez

que apareció fue el día que él muriera. Algo, que Rodrigo no sabía qué, le

había dicho esa mujer para que él quedara tan mal como para llevarlo a la

muerte, porque, aunque con Victoria

frente a él no quería aceptarlo,
Ignacia

Subercaseaux había matado a su
padre, provocando todo este
entuerto del que

sabía no saldría nada bueno.

Aquella tarde no hubo un solo
momento en que la capilla estuviera
vacía.

Rodrigo se hizo cargo de comprar
cosas para los acompañantes, para
que

comieran y bebieran. Victoria no se

veía tan mal, pero él sabía que su cabeza

estaba perdida en su dolor. Estaba sola y ahora se sentiría más sola todavía. Y

su novio era menos que un cero a la izquierda.

Ya oscurecía cuando un hombre de edad entró a paso lento, apoyado de un

bastón, acompañado de dos hombres que parecían guardaespaldas, mirando a

todas partes, como buscando algo. Rodrigo se dio cuenta y buscó con su vista

a Victoria, pero ella miraba al hombre extrañada, como si no lo conociera. A

Rodrigo, en cambio, se le hacía cara conocida. Se acercó a él para preguntarle

a quién buscaba.

—Busco a mi nieta, María Victoria Fernández Subercaseaux.

Capítulo 16

Rodrigo condujo al recién llegado hasta donde se encontraba la joven.

—Este caballero te busca —le indicó a la joven.

—¿Quién es usted? No lo conozco.

—No, y debo admitir que eres diferente a como te imaginé.

—¿Cómo que me imaginó? ¿Quién es usted? —interrogó incómoda.

—Te imaginé más parecida a tu madre, pero no. A tu padre...

—Claro, si lo hubiese conocido,

sabría si me parezco a él o no. Sé que no

me parecía a mi mamá.

—Tienes sus rasgos.

—¿Quién es usted? ¿Desde cuándo conocía a mi papá y a mi mamá?

—Desde siempre.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Enrique Subercaseaux.

Si esperaba alguna reacción de la

joven, no la obtuvo, al parecer, aparte de

la coincidencia de apellidos, no le llamó la atención el nombre del anciano.

—¿Tu madre no te habló de mí?

—No. Apenas me habló de mi abuelo muerto. No me habló de otro pariente.

—¿Muerto? ¿No te dijo su nombre?

—No. Le tenía mucho rencor, así que solo lo llamaba “el viej...”

—Detuvo

su explicación en el momento en el que Rodrigo le tocó el brazo para que se

diera cuenta de lo que estaba diciendo y vaya si se dio cuenta—. ¿Usted es

mi... abuelo?

—Así es, soy viejo, pero no estoy muerto —respondió con un brillo de

diversión en sus ojos.

—Lo siento —se disculpó ella.

—No lo sientas, para ti soy un verdadero extraño. ¿Puedo verla?

—indicó

al ataúd.

—Claro, es su hija, ¿no? Aunque tarde se acordó que tenía una.

—Nunca me olvidé.

—Pero la dejó botada.

El hombre la miró frunciendo las cejas y luego miró a Rodrigo con rostro

interrogante. Rodrigo lo miró con significativa expresión.

—Hay cosas que tú no sabes
—indicó el anciano algo confuso.

—Hay cosas que las sé porque ella me las dijo, si no tengo la otra parte de

la versión, es porque no había nadie que me la contara.

—Sé que es tarde para tu mamá, pero no para ti.

—Si espera que yo lo perdone así como así, siéntese, porque no será

fácil,

si mi mamá ahora está muerta es por su culpa, por la culpa de todos los que la

abandonaron.

—¿Y no piensas que es un poco raro que todos la hayamos abandonado?

¿Nadie se interesaría ni un poquito por ella, por saber cómo estaba, por

buscarla?

—Nadie la buscó.

El hombre negó con la cabeza con una gran tristeza. Rodrigo tomó del codo

a Victoria.

—Vamos a la cocina, Victoria, debe calmarse.

La joven miró a su abuelo.

—¿Quiere un café?

—No, gracias, no te preocupes.

—Yo voy a tomar uno, permiso. Y

pase a verla, no hay problema de mi

parte.

Se tomó de la mano de Rodrigo y caminó con paso vacilante hasta la cocina.

—¿Por qué tiene que aparecer justo ahora? —preguntó ella retirando una

silla del camino con violencia.

—Tal vez se enteró de la muerte de tu mamá.

—Es que no debió venir, ¿a qué, a ver, a qué? Si no le importó su hija en

vida, ¿qué tiene que venir a meterse ahora aquí? No tiene nada que hacer aquí.

Nada.

Decía al tiempo que sacaba una y otra taza, uno y otro plato, una y otra

cuchara, uno y otro cuchillo, sin detenerse, molesta, enrabiada, casi enajenada.

—Cálmate —le dijo Rodrigo, intentando tomarla para que dejara el

incesante y desesperante paseo por la pequeña cocina.

—No puedo, ¿por qué tenía que venir a meterse justo hoy día?

—Cálmate.

—Él no nos quiere, nunca nos quiso.

Rodrigo la afirmó de ambos brazos con firmeza para detenerla.

—Basta, Victoria —ordenó con voz firme.

Ella alzó su mirada hacia la del hombre.

—Yo soy una traidora. Tú eres mi enemigo. Tú no puedes, no debes estar

aquí. Esto es una afrenta a la memoria de mi mamá. Ustedes nos robaron. Tú,

mi padre y ese señor que está afuera mataron a mi mamá. Le hicieron

demasiado daño.

—Al parecer todo el mundo le hizo daño a su mamá.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, solo fue un comentario. Sus abuelos le hicieron daño, su padre le

hizo daño, yo mismo le hice daño sin siquiera conocerla... ¿Quién más?

Se quiso zafar de las manos del hombre, pero él no la soltó.

—¿No se da cuenta que su mamá le envenenó el alma?

Victoria abrió mucho los ojos y se puso roja. Soltó una mano con la cual le

iba a dar una bofetada pero él la detuvo antes de que llegara a su mejilla. Ella

se soltó y se llevó la mano a la boca, asustada por la mirada gélida que le

devolvió el hombre.

—Lo siento —musitó la mujer.

Rodrigo recorrió con sus ojos todo el rostro congestionado y asustado de la

mujer y la besó. No lo pensó, tampoco le importó que hacía dos segundos él

ofendió a su mamá y ella lo había querido golpear. No. Solo le importaban sus

labios dulces, suaves, calientes. Ella le correspondió con hambre, con ganas,

con pasión.

—¡Vicky!

La pareja se separó y se miró con culpa.

—Misael, no pensé que volverías hoy —dijo la mujer sin voltear a mirarlo.

—Sí, ya me di cuenta que no esperabas que viniera —replicó con

censura—. Por eso tu amante no quería que volviera —recriminó.

Entonces Rodrigo reaccionó y soltando a la joven se acercó a

Misael.

—Si te dije que no volvieras fue porque eres un idiota, no te importa lo que

ella está viviendo, cuando más te necesitaba, tú te fuiste a tomar desayuno;

después, le hiciste un escándalo por celos y más encima le reprochaste que

sufriera por su pérdida. No la ayudaste en nada, no estuviste con ella, no la

apoyaste, ¡ni siquiera la entendiste!

—Eso es algo mío y de ella

—respondió el otro.

—No, puede ser algo tuyo y de ella en otra ocasión, no ahora, porque ahora

te necesitaba, no ahora porque es un caso especial, no ahora porque si no lo

hacías tú, lo iba a hacer yo, y no quieres eso.

—¿Saben qué? Me da lo mismo. Quédate con este tipo que tiene más

condiciones que yo para estar contigo, es tan rústico como tú.

—Misael —habló algo cansada Victoria.

—Me voy. No me vuelvas a buscar.

Se fue con aire dramático. Victoria apretó los labios para no reír, en

cambio Rodrigo sonrió
abiertamente.

—Puedes correr tras él si quieres

—sugirió él con sorna.

—Es un idiota.

—¿Recién te diste cuenta o ya lo sabías?

Ella lo miró con reproche.

—No es gracioso.

—No te enojés.

—Voy afuera, no creo que esté bien quedarnos aquí.

—Victoria...

Tomó su mano y la atrajo hacia él.

—No, Rodrigo, tú y yo somos enemigos, que no se te olvide,

porque yo no

podré olvidarlo.

—No pareció así recién mientras me besabas.

—Imbécil.

—No más que tu ex.

—Suéltame.

—No.

—Suéltame.

—No.

Se acercó para besarla, pero antes de rozar sus labios ella le dio un empujón.

—No te me vuelvas a acercar, imbécil, tú y yo somos enemigos, y voy a

hacer lo que tenga que hacer para recuperar todo lo que le robaron a mi mamá,

lo que no pudo disfrutar en vida, yo la vengaré en su muerte, porque si ahora

está muerta es por culpa de todos

ustedes que le quitaron todo, hasta las ganas

de vivir.

Rodrigo se puso rígido ante las palabras de Victoria.

—Así que ahora voy a volver afuera y aquí no ha pasado nada, usted y yo

somos rivales. A no ser que quiera devolverme todo lo que me pertenece.

—Eso nunca —sentenció el hombre.

Ella asintió con la cabeza.

—Muy bien, usted lo pidió. Guerra quiere, guerra tendrá.

—Se declara la guerra entonces, porque yo no voy a ceder ni un centímetro

de *mi* tierra.

—Usted así lo quiere.

—No. Así es como *usted* lo quiere y como siempre lo ha querido

—cortó y

salió de la cocina, más frustrado

que nunca.

Rodrigo no podía creer la última reacción de la mujer. ¿Qué había pasado?

¿No se suponía que estaban bien? ¡Hasta se habían besado! Eso, seguro, era

obra de la mamá. Esa mujer fue oscura, mala, había ido por la vida haciendo

daño a quien se le cruzara por enfrente, lo peor de todo es que ante su hija se

hacía la víctima como si todos fueran los culpables de su desgracia.

El abuelo de la joven se acercó a Rodrigo.

—¿Puedo hablar contigo, por favor? —suplicó el anciano.

—Claro, claro —respondió de modo automático

Salieron a la calle. El joven encendió un cigarro y el anciano lo imitó.

—Veo que tú y mi nieta se conocen

muy bien.

—No. La verdad es que nos conocemos hace poco y no de muy buena

forma.

—¿Qué dices?

—Digo que ella y yo somos enemigos, somos rivales, el padre de ella me

crio como a un hijo y ahora ella tiene todos los derechos legales sobre todo lo

que pertenecía a mi padre, y por consecuencia a mí, y ella quiere quitarme

todo lo que construimos con esfuerzo simplemente porque un papel lo dice.

—Es como su madre —replicó con tristeza.

—No. Su madre le envenenó el alma, pero Victoria es buena, no se parece

en nada a esa mujer.

El abuelo bajó la cabeza.

—Lo siento —se arrepintió Rodrigo, había olvidado que la madre de

Victoria era la hija de ese hombre.

—No, es la verdad, mi hija no era una buena mujer, pensé que con los años

podría haber cambiado, pero me doy cuenta que no, siguió toda su vida igual.

Hasta el final.

—Y lo peor es que en esa mentira y en esa maldad arrastró a su hija

—Rodrigo bajó la cabeza y la meneó frustrado—. La señora está muerta...

—Eso no quita lo que fue.

—Es cierto, pero hay que respetar su memoria, al menos por Victoria.

—Pensé que eran enemigos, ¿o escuché mal?

—No —respondió frustrado el joven.

—¿Entonces?

La mirada asesina de Rodrigo hacia

el viejo, hizo sonreír a este último.

—Son enemigos, pero tú quisieras que no fuera así, ¿me equivoco? A ti te

encantaría ser algo más que amigos con ella.

—Sí, pero ella no quiere, no puedo obligarla y si pretende quitarme todo lo

que tengo, me obligaré a olvidar que me gusta, porque no permitiré que todo

por lo que he trabajado toda mi

vida, se vaya a la ruina por una mujer que de

campo no sabe nada.

—Se supone que es lo que le corresponde.

—Puede ser, pero mi papá jamás habló de ella, incluso la negó, porque

cuando su hija fue a hablar con mi papá, él me dijo que ellos habían sido

pareja en algún momento, que se habían casado, pero no habló que

tenían una

hija en común, nada. Es más, dijo que a ellos nada los unía, y no sé qué quería

esa mujer porque volvió varias veces, la última, justo antes de que le diera el

infarto que lo mató.

—¿No sabes a qué iba?

—No. Mi papá nunca me lo quiso decir.

El hombre tragó saliva.

—¿Usted tiene algo que ver con que ella hubiese ido a mi casa?

—No, no tengo nada que ver, pero sí creo saber a qué fue, por lo menos la

última vez.

—¿A qué?

—No es el momento ni el lugar; te lo diré, pero no ahora, nos podemos juntar otro día.

—Yo me vuelvo al campo.

—No te preocupes, yo tampoco soy de aquí, vivimos mucho más cerca de

lo que crees.

—Esperaré su visita entonces.

—Ya tendrás noticias mías. Ahora voy a hablar con mi nieta, permiso.

—Claro.

El hombre caminó un par de pasos y se volvió.

—Ah, una cosa, si no quieres nada serio con ella, no andes por ahí

besándola, es mi nieta y la defenderé de cualquiera que quiera lastimarla.

—Yo no quiero jugar, si ella me dijera que siente lo mismo que yo, le juro

que hasta matrimonio le propondría, no soy de jugar con las mujeres ni soy un

adolescente para no saber lo que quiero, en este caso es su nieta la que juega

con fuego, señor, no yo.

El hombre asintió con la cabeza no muy convencido, o tal vez sí, su rostro

denotaba muy poca expresión.

Rodrigo estaba indeciso entre irse o quedarse. Por un lado, esa mujer lo

exasperaba, a ratos sentía que la odiaba, pero a la vez... A la vez sentía que no

podía dejarla sola, la carga de perder a una madre y estar sola, era demasiado.

Él sabía de sobra el sufrimiento que se sentía por una madre cuando se iba

para siempre, aunque la diferencia era que cuando eso le ocurrió a él, él

estaba con su padre y con su abuela. Y su padre no mencionó ni una sola vez lo

tóxica que era, mal que mal, le había dicho después, era su madre y eso le

daba motivo a él para no odiarla,

darle a él como hijo era el mejor regalo y

compensaba todas sus faltas.

Se sentó en un muro que había en el antejardín.

—Disculpe, ¿usted es hijo de José Fernández? —Una mujer estaba parada

frente a él y lo miraba con curiosidad.

—Algo así, ¿por qué?

—¿Algo así?

—Él me crio.

La mujer entrecerró los ojos y sonrió.

—¿Cómo está él?

—No... Él... Él murió hace unas semanas.

—Lo siento.

—Gracias.

—No sabía que estaba enfermo.

—No lo estaba, fue un accidente vascular, le dio un infarto, murió a

las

pocas horas.

—Oh.

La mujer no supo qué decir, se le notó.

—¿Usted lo conocía?

—Sí, soy hermana de Hilda, la encargada de la capilla.

—Ah, si ella me contó que se conocían de niños.

—Sí, nuestros padres trabajaban en

el mismo fundo.

—Y se toparon aquí con la hija del dueño.

—Sí —respondió con algo de fastidio.

—No parece caerle muy bien —lanzó el hombre.

—La verdad, no, nunca le creí su “desgracia” y con los años me di la razón.

—Su hermana tiene una opinión distinta.

—Ella le perdonó todo lo que nos hizo.

—¿Y qué les hizo que no le perdona?

—Ella está muerta, ya no vale la pena.

—Disculpe, señora...

—Marta —completó la mujer.

—Señora Marta, yo necesito saber quién y cómo era ella, tengo un

problema en este momento con la hija de esa mujer y saber cómo fue

ella en

vida, me servirá para enfrentarme mucho mejor a esto; estoy seguro que

Victoria es buena, pero está envenenada por su madre. Y de algún modo

separó a padre e hija.

—Sí, la Vickycita es buena, tiene buen corazón, a su madre no salió, pero

seguro que ella tiene el mismo veneno que su madre y ha de

haberle enseñado

que toda la culpa fue del José y de don Enrique.

—Ese hombre la echó de su casa.

La mujer apretó los labios para no reír.

—Agradezca que estamos en un velorio, porque de otro modo mi risa se

hubiera escuchado hasta en su fondo.

—¿Qué quiere decir, su padre no la

echó?

—Que la echó como un perro a la calle, sí, lo hizo, la echó un día de

invierno, estábamos todos allí, todos la vimos partir, y no niego que en ese

momento odié al patrón, pero luego lo pensé mejor... Cuando supe la verdad...

—¿Cuál verdad? —preguntó Rodrigo interesado.

—Si quiere saber la verdad, espere, ya le dije que yo iba a ir a

su casa.

—¡Don Enrique! —exclamó la mujer, avergonzada.

—Marta, tanto tiempo, ¿y tu hermana? —saludó el hombre sin una gota de

malhumor.

—Anda por ahí.

—Dale mis saludos y vayan a vernos, se han puesto muy ingratas con su

padre y conmigo, un día de estos no

vamos a estar y ustedes se van a arrepentir

de haberlo dejado solo.

—No queremos molestar, usted sabe que no somos bien recibidas...

—No se preocupen, Gabriela se fue.

La mujer asintió con la cabeza.

—Bueno, Rodrigo, nos vemos. Chao, Marta, las esperamos, ¿tienes mi

teléfono por si necesitan algo?

—Sí, don Enrique, gracias.

El hombre caminó hasta su auto y se fue. Rodrigo buscó la mirada de la mujer.

—¿Qué pasó?

—Mejor que le cuente él.

—No, quiero que usted me cuente, después ya veré si él me dice la verdad.

La mujer, arrepentida de haber

hablado más de la cuenta, lo
enfrentó con su

mirada.

—Esto no es algo que me incumba,
no debí decir nada, si le pregunté lo
que

le pregunté fue por pura curiosidad,
el resto, averígüelo usted mismo,
yo no

voy a decir nada más de lo que
dije, solo que la historia no es ni
como se la

contó su papá ni como se la contó

la señora Ignacia a la niña Victoria.
La

verdad, señor, es mucho más
truculenta que todo lo que pueda
imaginar. Y

recuerde, la realidad muchas veces
supera a la ficción.

—¿Qué quiere decir?

—Nada. Averigüe, investigue, es lo
único que le puedo decir —dijo
antes

de darse media vuelta y marcharse,
dejando a Rodrigo frustrado y

confundido.

Victoria salió de la capilla con los ojos rojos, encendió un cigarrillo y se

sentó en el mismo muro en el que antes se había sentado Rodrigo, que la

miraba desde una esquina del lugar. Cedió ante su impulso de acercarse.

—¿Se encuentra bien? —No le gustaba no tutearla, pero ante los últimos

acontecimientos, prefería mantener

las distancias.

—No —respondió con sinceridad.

—¿Algo en lo que la pueda ayudar?

—No, gracias.

Rodrigo resopló y se dio la media vuelta.

—Eso no quiere decir que quiero que se vaya.

Él se volvió y clavó su mirada en la de ella.

—¿Se ha sentido solo alguna vez?

—preguntó ella como autómata, con la

vista perdida en la nada.

—Sí, aunque en realidad nunca lo he estado.

—¿Cómo? —La mujer no entendió.

—Me he sentido solo en el sentido que he querido o necesitado una

compañera, pero nunca he estado solo, mi abuela siempre ha estado conmigo,

mis amigos, José... Solo me he

sentido solo en sentido amoroso.

—Dichoso usted —replicó con un cierto dejo de rencor.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué no me dice lo que siente, lo que piensa, lo que le

pasa? No soy adivino, por si no lo había notado —respondió con dureza.

Ella lo miró con los ojos brillantes e hizo unos pucheros que doblaron a

Rodrigo y se agachó frente a ella.

—Ya, perdón, tranquila, no está en un buen momento, pero le aseguro que

no está sola.

—Lo estoy.

—Yo estoy aquí.

—Sí, pero usted y yo...

—Usted y yo ¿qué, Victoria? ¿Por qué no se saca ese desagradable

pensamiento? Usted iba al fondo a hacer un trato, lo habíamos conversado, si

quiere más, si necesita algo más, solo debe decirlo, podemos hacer otro

acuerdo.

—Habíamos hablado por los remedios de mi mamá.

—Victoria... —Tomó sus manos—. ¿Usted cree que yo solo le iba a dar dinero para los remedios? ¿Cree que porque ahora no tiene ese gasto, yo la

voy a dejar sin nada?

Ella se tapó la cara con ambas manos, él se las quitó con suavidad.

—¿Es eso? ¿Crees que soy tan miserable que piensas que te voy a dejar en

la calle, sola?

—Es lo que merezco, ¿no?

—¡No! Eres tú la que no quiere ver lo evidente frente a tus ojos. Yo jamás

te abandonaría si me dieras la oportunidad de demostrártelo.

—No fue lo que viví en el campo.

—No, me comporté como un idiota, lo admito, tenía miedo de ti.

—No puedo... —Lloró la joven con ganas.

Rodrigo la abrazó y se levantó con ella, le gustaba sentirla así, pequeña,

con su cabeza apoyada en su pecho. Ella lloraba y lloraba y lloraba como si su

llanto no se fuera a acabar nunca. Rodrigo no sabía qué hacer o qué

decir. No

sabía bien por qué lloraba, aunque obviamente la muerte de su madre debía

afectarla, entendía que su llanto no era por ella. No era llanto de tristeza, era

llanto de frustración, de miedo, de algo más.

—¿Qué pasa? —susurró en su oído.

—No sé, tengo ganas de llorar, de gritar, de dejar todo botado, de irme a la

mismísima cresta.

Él tomó su cara entre sus manos para ver sus ojos.

—¿Qué pasó, ya no tienes miedo de la palabra “cresta”? —se burló con ternura.

—Soy tan idiota.

—No digas eso, ¿qué pasó? Te dijo algo tu abuelo.

—No necesitó decirme nada de mi mamá para darme cuenta que lo que me

dijiste es cierto. —Apartó su mirada de la de él

—¿Qué cosa? Mírame.

Ella elevó sus ojos para encontrarse con la mirada de comprensión del

hombre.

—Creo que mi mamá no era lo que yo pensaba, creo que viví toda mi vida

engañada.

—No es bueno escarbar el pasado.

—Es que yo no quiero escarbar el pasado, es el pasado el que se está

desenterrando solito y yo... yo no quiero. —Volvió a llorar—. Tengo miedo de

lo que pueda salir de ahí. Y lo peor es que mi mamá no está y yo no tengo las

respuestas a todo lo que saldrá a la luz.

—¿Y qué saldrá a la luz?

—No sé. Pero sí sé que algo malo saldrá de esto.

—No pienses en eso, ven, vamos para que te laves la cara, tomes un poco

de agua y te calmes.

—¿Por qué te sigues preocupando de mí con todo lo que he hecho?

—¿No lo sabes? ¿De verdad no lo sabes?

Ella no contestó y él simplemente la guio hasta el baño donde ella se lavó

la cara y luego se dirigieron a la cocina donde él sirvió un vaso de

agua y se

lo extendió. Ella miró el vaso dudando entre tomarlo o no.

—Tome, le hará bien.

—Prefiero un café.

—Yo le preparo uno, pero tómese el agua primero.

Ella lo recibió y rozó sus dedos con los de él.

—Gracias —musitó apenas.

El hombre sirvió dos cafés.

—Voy a ir a fumar, ¿me acompañas? —preguntó ella.

—Claro.

Ella se sentó en el muro y le dejó espacio para que él también hiciera lo

mismo.

—¿Mejor?

—Sí, todo esto se me está haciendo demasiado difícil, tengo sentimientos

encontrados, por un lado veo que

todo en lo que creía era mentira y por otro...

Ella es mi mamá... Y está... muerta.

—No se torture, cada cosa tiene su momento, este no es momento para

pensar en lo que era o no su mamá o en lo que pasó, ya llegará el tiempo para

que cada cosa se ponga en su lugar.

—¿Por qué me tuteas y a veces no?

—preguntó como si hasta ese momento

hubiesen estado hablando del tiempo.

—Porque a veces debo mantener las distancias y me es más fácil si la trato

de usted.

—Ah. —Le dedicó una triste sonrisa—. Cuando quieres besarme me tratas

de usted.

—Siempre quiero besarte, solo que a veces sé que no puedo.

—¿Por qué no puedes?

—Porque no es el momento, porque no es el lugar, porque no se da la situación. O porque tú no me lo permitirías.

Ella apoyó su cabeza en el hombro masculino.

—Mi mamá me dijo que si me enamoraba de ti la estaría traicionando a ella.

—Uno no elige de quien se

enamora.

—Me dijo que para vengarla debía dejarte en la calle, que no había acuerdo que valiera.

—Tenía mucho rencor en su corazón.

—Sí. Ella supo que algo había entre los dos, se enojó mucho y en ese

momento... Ella quería que le prometiera que te quitaría todo. Lo último que

me dijo fue: “traicionera” —contó con dificultad.

El hombre se quedó en blanco, esa mujer no podía ser así, estaba en una

cama, muriendo y ¿se enojó con su hija por querer hacer lo justo?

—Ella se murió por mi culpa, soy un monstruo —señaló.

Rodrigo la apartó con algo de brusquedad y la miró.

—¿Qué dijiste?

—Ella murió por mi culpa, si yo le hubiese prometido...

—Tú podrías haberle prometido el cielo y la tierra, y nada habría

cambiado, ella ya estaba mal, el doctor lo dijo, él no daba esperanza ni

siquiera que despertara.

—Pero se fue enojada conmigo.

—Contigo y con medio mundo.

Ella no contestó.

—Tú no eres la culpable, ella era así, le echaba la culpa a todo el mundo

de su fracaso.

Ya no dijeron nada más, se quedaron en silencio y ella volvió a apoyar su

cabeza en el hombro de él, hasta que llegó Hilda a avisarles que cerrarían la

capilla.

Victoria se fue adentro a buscar sus cosas, pasó a despedirse de su

mamá y

salieron justo al tiempo que las dos hermanas a cargo de la iglesia terminaban

de cerrar todo el edificio, solo quedaba la reja exterior. Se despidieron y

camminaron a paso lento hasta la casa de Victoria.

—Quédate conmigo esta noche —suplicó ella.

—No te voy a dejar sola —aseguró él.

Luego de comer algo liviano, se fue cada uno a una habitación, pero no pasó mucho tiempo antes que Victoria llegara a golpear el cuarto de Rodrigo.

Él sonrió al verla allí.

—Ven —solo dijo eso y la abrazó de los hombros y la hizo acostar.

Se acostó a su lado y pasó su brazo por debajo de su cuello. Ella se acomodó en su pecho y lo rodeó con su brazo.

—¿No puedes dormir? —le preguntó él.

—Estoy cansada, tengo sueño, pero no puedo dormir, mi cabeza da mil vueltas.

—Es normal, no es fácil lo que estás viviendo.

—Puede ser, ¿tú sentiste esto con el papá?

—Sí, me dolió mucho su partida, él lo era todo para mí y no estaba preparado para su partida tan

abrupta.

Ella alzó la mano y acarició la mejilla del hombre.

—Ojalá yo también lo hubiera conocido.

—Sí, no sé por qué te dejó, él no era así.

—No me quería, así de simple.

—No, no creo que haya sido por eso. Él te hubiera amado, siempre quiso

una niña, ya te lo he dicho.

—Pero a otra, no a mí.

—No sé, para serte muy franco, no sé por qué él te abandonó. No lo

entiendo. Siempre dijo que no tenía hijos y que hubiese sido feliz con muchos

hijos a su alrededor. Y una niñita que fuera sus ojos.

—Ni siquiera quería pensar en mí. Yo no signifiqué nada para él.

—No digas eso. Algo debió pasar allí para que él te dejara. De todas

maneras, no es momento para pensar en ello.

—Quisiera no hacerlo, pero no puedo, cierro los ojos y...

El hombre la apretó más contra sí mismo, no sabía qué decirle para aliviar

su dolor, era un duelo que debía vivir en cada una de sus fases, con sus

propios tiempos, solo esperaba que no se fuera en su contra cuando estuviera

“mejor” y quisiera vengarse, tal como se lo pidió su mamá en su última

voluntad.

Decidió no pensar en ello, ya lo arreglaría cuando llegara el momento. Por

ahora, debía concentrarse en el día de mañana, el peor día en este proceso,

esperaba que no se lo tomara muy mal, porque él no sabía qué decir en esos

casos y mucho menos con ella, que ante cualquier cosa, sentía que las palabras

y las ideas se le escapaban como pompas de jabón.

—Hay que dormir —comentó ella de pronto.

—Sí.

—Mañana será un día largo.

—No pienses en eso.

—Terminado el funeral, ¿podemos volver al campo?

—Claro, por mí no hay problema.

—Voy a entregar esta casa.

—¿No es tuya?

—No, es arrendada.

—Le diré al abogado que se encargue.

—Pero debo dos meses de arriendo
—advirtió con culpa.

—No hay problema, quédate tranquila.

—¿No estás enojado conmigo?

—Ella alzó su cara y quedó justo frente a la

de él.

—No.

—¿Ni siquiera porque te traté tan mal?

—No.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por seguir conmigo a pesar de todo.

—No me des las gracias por algo que yo quiero hacer.

Ella rozó sus labios y la cama se empezó a encoger para Rodrigo que sentía

cada milímetro del cuerpo de la mujer pegado al suyo.

—No hagas eso, Victoria.

—¿Por qué? ¿No te gusto?

—preguntó fingiendo inocencia, mientras su

mano acariciaba el cuello del hombre.

—Al contrario, pero sabes que no me voy a detener si insistes.

—No quiero que te detengas.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿No te arrepentirás mañana?

—Me siento sola y no quiero sentirme así.

—No creo que esté bien, Victoria.

—El hombre se salió de la cama—.

No

quiero hacer el amor contigo para quitar tu dolor.

—¿Me vas a decir que esperas que me enamore de ti?

—Al menos debo gustarte, y me parece que para ti soy un bastón, nada más.

—No es verdad.

—Si lo es, tú te acercas a mí cada vez que tienes problemas, te sientes sola,

cuando no sabes qué hacer, cuando me necesitas.

La mujer tragó saliva.

—Bueno, si eso es lo que piensas, no te quiero aquí en el cuarto.

—Me voy a un hotel.

—¡No! —exclamó presurosa—. No tienes que irte a esta hora, basta con que duermas en la otra pieza.

Rodrigo sonrió incrédulo.

—Y luego dices que no me utilizas.

—Si quieres irte a un hotel, ándate, yo lo decía para que no manejaras a

esta hora, nada más —respondió con indiferencia.

Él se acercó a la cama y se puso encima de ella sin aplastarla.

—Creo que ya voy conociéndote un poco, Victoria Fernández, eres

orgullosa, malcriada y cobarde...

Te voy a tener un día en mis brazos, en mi

cama, pero ese día llegará cuando te quieras entregar a mí porque lo quieres,

no para pagarme el hecho de estar

contigo toda la noche haciéndote compañía.

Ella lo miraba con los ojos muy abiertos. Él recorrió con su vista el

hermoso rostro femenino sin decir nada. Se agachó y la besó con pasión,

deseando estar con ella, tocarla, acariciarla, hacerla suya. Ella también lo

deseaba, la podía sentir jadear bajo su cuerpo. Pero sabía que no era el

momento.

—Buenas noches —se despidió y la dejó allí con su cuerpo pidiendo a

gritos hacer el amor.

Capítulo 17

Al día siguiente, las ojeras en su rostro, Victoria no las pudo disimular ni

con maquillaje. Rodrigo tampoco había podido dormir mucho. Se encontraron

en el comedor.

—Tengo lista el agua para tomar desayuno —indicó él.

—No tengo hambre.

—Tienes que comer, no puedes irte así, no sabemos a qué hora vamos a volver.

—Como por allá algo.

—¿En el cementerio? —consultó con un gesto raro.

—Ahora no voy a poder comer nada, además, ya van a abrir la capilla.

—Falta media hora.

Victoria se sentó en una silla del pequeño comedor, amurrada.

Rodrigo

medio sonrió y se fue a la cocina a traer los panes que puso sobre la mesa y

sirvió las tazas de café ya preparadas.

—Come aunque sea un poco.

De mala gana, Victoria sacó un pedazo de pan y comió con el café, por

obligación. Rodrigo, por su parte, le untó palta al pan y comenzó a comer sin

dejar de mirar a su acompañante.

—¿Se te pasó el enojo? —preguntó al rato.

—No estaba enojada.

—Si tú lo dices.

—No estoy enojada, hoy será un día duro, por favor no me molestes.

—Como digas, si quieres me aparto de ti por completo.

—Haz lo que quieras —respondió encogiéndose de hombros.

—Sabes que no lo haré.

—No me importa si lo haces o no.

—Sí, te creo —se burló.

—Me voy, tengo que llegar a la capilla antes de que abran.

La joven se levantó de la mesa y Rodrigo la vio alejarse por el pasillo

hasta el baño, le dio una mordida a su pan y cerró los ojos, ¿alguna vez

ella

daría su brazo a torcer y reconocería que no solo lo necesitaba, también que se

sentía atraída a él y que todo ese odio no era más que miedo a amar por el

rechazo que había sufrido toda su vida por los seres que debieron amarla más

que nadie?

En tanto él se lavaba los dientes, ella fue por su cartera y su abrigo,

es

cierto que era verano, pero el día parecía de pleno invierno, aunque,

obviamente, no con el frío de esa estación.

El funeral estaba programado para las doce del día, por lo que quedaba una

hora antes de la misa y el rosario, para después partir hacia el cementerio

parque que había gestionado Rodrigo.

Victoria saludó a varias vecinas que ya se encontraban allí que venían de

parte de la Junta de Vecinos a entregar una corona y un dinero recolectado.

Rodrigo la seguía desde atrás, esperaba; en el momento en que ella lo

necesitara, ahí estaría él.

La joven entró y lo primero que hizo fue ir hasta el féretro. El hombre se

quedó un poco más atrás y, en vez de seguirla, se fue por el lado contrario del

ataúd para poder observarla de frente. Su rostro estaba contraído, parecía que

iba a llorar en cualquier momento, que le iba a hablar a su mamá, pero no hizo

ni una cosa ni la otra. Alzó los ojos al hombre que tenía en frente.

—Todo el tiempo que ella estuvo enferma, yo hice todo lo que estaba

a mi

alcance para que no muriera...

—Estaba fuera de sus manos

—respondió el hombre.

—Y me fui...

—Tenía que hacerlo.

—Yo no quería esa maldita herencia.

—Usted es la heredera.

—Sí, ¿y de qué me sirve? Me hubiera sido mucho mejor ni

enterarme, mal

que mal, eso empeoró la salud de mi mamá, eso la mató.

—No diga eso.

—Es verdad, desde que nos enteramos de eso, todo el rencor y el odio que

sentía mi mamá por mi papá se acrecentaron, parecía un volcán a punto de

estallar, cada día era peor, creo que si hubiese sido posible, lo vuelve a matar.

—¿Y usted?

—¿Yo? Yo solo quería corresponder a todo lo que ella hizo por mí, todo lo

que se sacrificó para darme una buena vida. O lo mejor que pudo.

—Usted también dejó su vida por ella.

—No es lo mismo. Ella sacrificó todo por tenerme y yo no pude hacer nada

por ayudarla.

—No se torture, nadie podía hacer nada.

—Y Misael que no me avisa...

—Meneó la cabeza, frustrada.

—Eso es otro tema —replicó el hombre.

—Fue mi culpa.

—No, no lo fue.

—Sí, si yo no hubiese viajado, si yo le hubiera prometido lo que quería, si

no me hubiera... —Apretó los

labios para no seguir hablando.

—Nada de lo que hubiera hecho o dejado de hacer le habría salvado la

vida a su mamá, simplemente llegó su hora.

—Se fue enojada conmigo.

—No piense en eso.

—Debo pensarlo, porque quien ella consideraba era mi enemigo es quien

ha estado a mi lado en todo este

proceso.

—No piense en eso, ya se lo he dicho, no es el momento para esas estupideces.

—Es que... ¿Qué habría pasado si esto hubiera pasado antes de viajar y conocerlo?

Rodrigo no contestó, pero el rostro se le contrajo notablemente y sus mandíbulas se apretaron.

—Estaría sola. Sola. Sin nadie
—se respondió a sí misma.

—Pero no fue así.

—Quiero que esto termine pronto
—sollozó ella.

Rodrigo dejó su lugar para ir a abrazar a Victoria. No le gustaba verla así.

Ella se echó a llorar en cuanto estuvo en sus brazos.

—No sé qué hacer —se quejó.

—Nada, no tienes que hacer nada.

Deja pasar el tiempo, ya veremos luego

lo que hacemos.

—No quiero que me gustes, mi mamá me debe estar odiando.

“Tu mamá te odió toda la vida, preciosa”, replicó él en su cabeza.

El funeral fue corto, la lluvia se dejó caer justo al iniciar, lo que provocó

que gente que acompañaba se fuera, otra permaneció un rato más, pero la

lluvia incesante y demasiado copiosa, terminó por hacer que el sepelio

terminara rápido.

El vehículo proporcionado por la funeraria para los familiares, llevó a la

pareja de vuelta a la casa.

—¿Qué hará ahora? —preguntó él.

—Irnos, volvemos al campo, dijiste que podía hacerlo, ¿no?

—¿Enseguida?

—Sí, ¿para qué esperar?

—Hay que almorzar antes.

—Pasamos por ahí, en todo caso no tengo hambre.

—¿Y esta casa?

—Le dejé una copia de la llave a la señora Hilda para que venga de vez en

cuando a prender luces o a verla, hasta que la devuelva.

Él estuvo de acuerdo. Volvían al campo. El trayecto que

generalmente

duraba poco más de cuatro horas, tardó seis y media aquel día, pararon a

comer y Rodrigo tuvo que hacer varias paradas más para lograr que Victoria

se calmara cuando le venían ataques de histeria. Al final, llegaron cerca de las

ocho de la noche. Rodrigo se bajó a abrir el gran portón y cuando volvió a la

camioneta, ella ya no estaba. Hizo un gesto de desagrado y se bajó a buscarla.

—Victoria —la llamó, parecía un ánima buscando el camino de flores que

llevaba a la casa.

El hombre corrió hasta ella y la detuvo del brazo. Ella lo miró con los ojos

muy abiertos.

—¿Qué pasó? ¿Por qué te bajaste de la camioneta?

—Porque ahora estoy en territorio enemigo.

—Otra vez con eso. Déjalo, ¿quieres? Vuelve a la camioneta, no somos

enemigos y tú no quieres serlo.

—Mi mamá...

—Tu mamá tiene que entender que no te puedo dejar sola aquí.

—¿Y quién me va a hacer algo? ¿Hay ladrones, violadores?

—Por supuesto que no, pero hay

animales, hay perros, está oscuro,
no

puedes andar sola.

—Me estoy comportando como una
idiota, ¿cierto?

—¿Quieres la verdad o una mentira
piadosa? —preguntó con sorna.

—Ahora mismo, quiero una mentira
piadosa —admitió ella con pesar.

—No, estás actuando como una
niñita malcriada y caprichosa que
se enojó

porque no tiene el dulce que quiere.

—Menos mal que era una mentira piadosa.

—Vamos, no seas tontita, para pelear tendremos toda la vida. Ahora es

momento de descansar, de digerir y vivir tu duelo.

El hombre la abrazó y así se la llevó a la camioneta. Al llegar a la casa

grande, la abuela de Rodrigo los esperaba ansiosa afuera de la casa.

—¿Cómo está, niña? —la saludó con un abrazo.

—Bien, mal... No sé —respondió con la garganta rota, no le importó que

hasta el día anterior, no la quisiera allí.

—Lo siento tanto, perder a la madre es uno de los grandes dolores de la

vida.

—Sí, así parece. —Se apartó de ella—. Me voy a acostar.

—¿No vas a comer?

—No tengo hambre.

—No has comido nada desde el almuerzo.

Victoria miró a Rodrigo con cara de pocos amigos.

—Patrón, hay un problema

—Hernán, el capataz de Rodrigo;

Marcos y

otros dos hombres que lo acompañaban, llegaron a todo galope.

—¿Qué pasa?

—Es que tiene que venir.

—¿Es muy urgente?

—Es necesario.

—Está bien —aceptó de mala gana y miró a las dos mujeres—. Vuelvo en
en

un rato. Abuela, cuidala, por favor, no está nada bien.

La anciana asintió con la cabeza.

Se subió a la camioneta y se fue

siguiendo a sus empleados, menos a

Marcos, que se quedó allí.

—Siento mucho lo que le ocurrió, señorita —le dijo quitándose el sombrero—. Ayudándola a sentir.

—Gracias, Marcos.

—Permiso. Nos vemos mañana.

Saludó a ambas mujeres, dio un salto hacia su caballo y cabalgó veloz en

busca de los demás.

Norma contempló a la joven que tenía una expresión vacía en su rostro y

sintió lástima por ella. Si no estuviera de por medio aquel horrible secreto,

muchas cosas cambiarían.

—¿Quiere un café?

—No, gracias, quiero ir a acostarme.

—Debe comer algo.

Victoria lo sabía, pero no tenía

ganas. Solo quería dormir... y no volver a

despertar. De todos modos, Norma se ocupó de que la joven comiera algo

antes de irse a dormir. No aceptó sus protestas. Más tarde, una vez en el

cuarto, la joven se dejó caer en la cama, pensando en todo desde el principio,

desde que su madre le enseñó que estaban solas en el mundo porque

su padre

las había abandonado y que debía agradecer que ella no la hubiese dejado

también. De ahí en adelante fue un constante correr tras la zanahoria, buscando

la aprobación de su madre, cosa que, de más está decir, nunca logró.

Lloró con amargura. Su vida se estaba yendo a pique y no podía hacer nada

por evitarlo. No sabía qué iba a

hacer de ahí en adelante. No podía quedarse

en el fondo, nadie la quería allí por más que Rodrigo le asegurara que no había

problema. Y decidió irse. A pesar que hacía unas horas le había pedido volver

con él, fue una decisión tomada desde la frustración, la tristeza, no una tomada

con la cabeza fría. Pero ahora sí, ahora sabía que debía salir de allí

lo antes

posible.

Aquella noche no durmió. Se preparó para marcharse. Salió de su cuarto a

las cuatro y media, después que sintió al dueño de casa irse a trabajar.

Salió caminando hasta el enorme portón que le trajo recuerdos de su primer

día. Abrió y tiró la llave hacia adentro. Ya no la necesitaría, no

volvería a ese

lugar. Nunca más.

Capítulo 18

Victoria ya estaba cansada. Llevaba dos horas caminando y ningún

automóvil había pasado por allí. Lamentó haber perdido su auto, de otro

modo, en este momento estaría a medio camino de la capital, pero estaba

segura que todavía ni siquiera salía

de los terrenos de Rodrigo.

Tras ella, sintió el rugido de un motor que se acercaba a toda velocidad. Se

giró justo al tiempo que la enorme camioneta roja frenaba con violencia a su

lado.

—¿Qué crees que haces?

—interpeló Rodrigo a la joven, gritando a través

de la ventana del copiloto.

—Me voy del fondo —respondió ella de igual forma.

—Caminando —ironizó él.

—Pensaba hacer dedo.

—¿Estás loca o te haces? Por aquí no encontrarás a nadie. ¡Sube!

—¡No!

—Sube o te subo yo —amenazó.

—Inténtalo —lo retó ella.

El hombre bajó del enorme vehículo y se dio la vuelta para

llegar hasta

ella.

—Sube —volvió a ordenar.

—¿Me llevarás a la capital?

—Lo conversamos en la casa.

—Quiero irme.

—Sube y lo conversamos como dos adultos.

Ella resopló enojada.

—¿Tendré que subirte yo?

—insistió el hombre.

—No —se resignó, pero no se subió.

—Estoy esperando.

—Rodrigo... —suplicó ella con tristeza.

—Sube. —Mantuvo el hombre su postura.

Victoria cerró los ojos. No se quería subir, no quería volver. Reaccionó al

sentir los fuertes brazos de Rodrigo

tomándola en vilo. Por instinto, se abrazó

a su cuello y lo miró.

—¡Rodrigo!
sorprendida.

—exclamó

—Te lo advertí.

—Yo me iba a subir.

—Eternizaríamos esperándote.

—¿Estás enojado? —se atrevió a preguntar.

—Enojado, sí, y preocupado y

asustado. Ah, y también muy desilusionado.

—Lo siento.

—Si lo sintieras, estarías arriba de mi camioneta e iríamos de vuelta al fondo.

—Nadie quiere que yo esté allí

Los ojos de la muchacha se aguaron y una pena infinita la inundó. El

hombre la abrazó con más fuerza y ella apoyó su cabeza en el hueco entre su

cuello y hombro.

—Mi pequeña... —susurró él—. No es un buen momento para que tomes

decisiones drásticas, déjame apoyarte, déjame estar contigo.

—No quiero ser una carga.

—No lo eres ni lo serás para mí, ¿no puedes comprender eso?

—Tú no tienes ninguna obligación para conmigo.

—¿Crees que lo hago por

obligación?

Ella volvió a esconder su cabeza en el cuello masculino.

—Vamos a casa, pequeña. .

Sin esfuerzo, la subió al asiento del copiloto y abrochó su cinturón

—A tu abuela no le gustará mucho que me hayas venido a buscar.

—Ella fue la que me avisó que te habías ido. Te fue a buscar para desayunar y no estabas.

—Ella no me quiere cerca de ti.

—Una cosa no quita la otra. No quiere que seamos pareja, pero de igual

modo se preocupa de ti.

El hombre cerró la puerta y rodeó la camioneta para subir él. Giró en redondo el vehículo para volver a la finca.

—Soñé con mi mamá —habló ella de la nada.

—¿Qué soñaste? —preguntó

intentando no imprimir la molestia en su voz,

solo escuchar hablar de esa mujer, lo descomponía.

—Soñé que... No estoy segura, pero la soñaba junto a un hombre.

—¿Qué hombre?

—En el sueño era mi papá, pero no sé si sea él, nunca lo conocí ni por fotos.

—Después te puedo mostrar fotos. ¿Qué pasaba en el sueño?

—No estoy segura, era muy confuso, porque era como que se encontraban

en el medio de un desierto, o algo así, y peleaban. Mi papá le recriminaba

algo del pasado y de sus mentiras y ella le reprochaba que todo lo que había

vivido se lo merecía.

—Extraño sueño. ¿A ti te decían algo?

—No, era como si hubiera estado

viéndolos en una pantalla de cine,
yo

solo los veía, no participaba del
sueño.

—Tal vez fue una vista del más allá
que tuviste.

—No sé, en un minuto él le dijo que
si se la había llevado, había sido
para

que no siguiera haciendo más daño.
Ella le respondió que él no tenía
ese

poder y él le aseguró que tenía el

poder de llevarse a dos más con él.

—Guau, qué extraño sueño.

—Sí, tal vez también me lleve a mí.

A Rodrigo no le hubiese causado tanta impresión aquella oración si no la

hubiese escuchado entusiasmada con esa idea.

—No digas tonterías, fue solo un sueño.

—Sería lo mejor para todos.

—¡Lo mejor para nadie! Quítate esa idea de la cabeza y no vuelvas a

mencionar nada que ni remotamente se le parezca, ¿me oíste? —la regañó con

firmeza.

Victoria hizo un puchero, de esos que ponían a Rodrigo de rodillas ante

ella.

—Perdón, no quise ser duro —suavizó su voz y tomó su mano—, pero el

solo hecho de pensar en una cosa así me... No vuelvas a hacerlo, ¿sí?

—Dime la verdad, soy nada en este mundo.

—No puedes decir eso.

Victoria miró por la ventana hacia afuera.

—¡Ni mi mamá me quiso! Si me hubiese querido un poquito, no se hubiera

enojado conmigo en su último suspiro. Mi papá menos me quiso, hasta negó

que alguna vez me haya tenido. No, Rodrigo —dijo con tristeza y lo volvió a

mirar— hasta para ti soy solo una carga, un estorbo. Una ladrona que viene a

robarte todo lo que tienes.

—Victoria...

—¡Es la verdad! ¿Crees que a alguien realmente le importo?

—A mí me importas.

—Ni a ti ni a nadie. Soy una mierda

de persona.

Rodrigo, sin poder controlarse más, detuvo la camioneta, se quitó el

cinturón de seguridad con fiereza, tomó a la joven y la pegó a su cuerpo con

fuerza en un abrazo protector.

—No vuelvas a decir eso nunca más, Victoria, tú me importas y mucho.

Mal que mal, eres casi mi hermanita —dijo con un tono de diversión, para

aligerar el ambiente.

—Tú no quieres ser mi hermano.

—La verdad es que no —le dijo apartándola un poco para mirarla—. Yo

quisiera ser algo más, pero si tú solo quieres ser mi hermana, mi hermana

serás, pero jamás de los jamases vuelvas a decir lo que acabas de decir.

¿Prometido?

—No te lo puedo prometer
—sinceró.

—¿Lo intentarás?

—Sí.

—No se hable más.

La soltó, volvió a su lugar y siguió
rumbo a la casa donde los esperaba
una

preocupada Norma.

—¡Niña! ¿Cómo está? ¿Dónde la
encontró, Rodrigo?

—Iba llegando al fondo de don Fermín —respondió el nieto.

—Gracias por preocuparse —agradeció, sincera, la joven.

—Puede que no me haya comportado bien con usted, niña, y le pido

disculpas por eso, pero eso no quiere decir que no me preocupe, el motivo de

mi molestia es otro, en realidad es algo que me trajo muchas discusiones y

problemas con mi hija.

—¿Qué tengo que ver yo con eso?

Ni siquiera conocí a su hija

—replicó

Victoria.

—No es momento de pensar en eso

ahora. Tengo listo el desayuno.

Vamos a

la cocina —sentenció la abuela.

Los jóvenes siguieron a la anciana

con la mente llena de preguntas.

Ninguno

de los dos entendió la relación que tenía la madre de Rodrigo con el malestar

que sentía la abuela con Victoria. Pero Norma no hablaría, no por el momento,

quizás, más adelante, lo hiciera, pero sus labios se habían sellado para ese

tema.

Los días pasaron y Victoria no volvió a querer huir. La abuela se

comportaba mejor con ella, incluso,

escuchó los problemas de la joven
y

aliviaba su corazón con sus sabios
consejos. Rodrigo y Victoria no
volvieron

a hablar de su fallida e incipiente
relación y se trataban como dos
hermanos,

amigos que no tenían interés
romántico alguno, aunque aquello
era en lo

exterior, pues su interior gritaba
otra cosa.

Marcos se pasaba por allí casi todos los días a visitar a Victoria y a pesar

de que no intentaba acercamiento alguno con la muchacha, más que el

permitido como amigo, los celos carcomían a su patrón, quien no decía nada,

se tragaba su malestar para no incomodar a Victoria.

El abuelo de ella no apareció, No cumplió con la promesa de visita que

hizo el día del velorio de Ignacia Subercaseaux, Rodrigo llegó a pensar que, o

lo había olvidado o que le había mentado.

En el trabajo de la hacienda, Marcos y Hernán no cesaban de discutir. El

empleado cuestionaba a su capataz todas las decisiones y Rodrigo, en casi

todas las oportunidades, tenía que darle la razón a su peón, lo que lo

ponía en

una disyuntiva: como empleado estaba demostrando ser el mejor, pero estaba

enamorado de Victoria y no le permitiría que se la robara.

Una noche de sábado, en la cena, Rodrigo estaba especialmente callado.

—¿Pasa algo malo, hijo?

—consultó la abuela.

—Tengo un problema con Hernán

—contestó lacónico.

—¿Con Hernán? Pero si ese hombre lleva trabajando más de diez años aquí

y nunca habían tenido ningún problema.

—Sí, pero de un tiempo a esta parte, Marcos y él viven discutiendo, el

problema es que casi siempre Marcos tiene la razón. Hoy... Hoy Marcos me

dijo que Hernán tiene malas intenciones.

—¿Cómo así? ¿Malas intenciones de qué? —intervino Victoria.

—Marcos dice que nos está robando —respondió mirando.

—¿Es cierto?

—No lo sé, tendré que ver los informes contables, no quiero llamar a mi

contador, porque si él no se dio cuenta de esto, tal vez no esté haciendo bien su

trabajo.

—O están coludidos.

Rodrigo quedó en silencio. No había pensado en eso.

—Te puedo ayudar si quieres. Es mi especialidad —ofreció la joven.

—Te lo agradecería. Si Hernán está robando y el contador lo sabe, tal vez

esté sacando una parte también.

—De ahora en adelante, si quieres, puedo ayudarte con la contabilidad, de

algo que sirva lo poco que estudié.

Rodrigo sonrió con alivio.

—Claro que sí, serías de mucha ayuda.

Victoria sonrió, ya se estaba cansando de no hacer nada. Ayudaba con las

cosas de la casa, pero tenían dos señoras que hacían las labores, por lo que

había poco en que ayudar.

—¿Mañana van a ir conmigo al

cementerio? —le preguntó a las mujeres.

—Claro —respondieron ambas a coro.

—Quiero que vamos temprano y luego podríamos ir al río, ¿qué les parece?

—A mí me encantaría —aceptó Victoria.

—Es una excelente idea —reconoció la abuela.

—Perfecto. Le diré a Noemí que nos prepare almuerzo, así no nos

preocupamos de nada.

—¿Quién es Noemí? —consultó Victoria, no había oído hablar antes de esa

mujer.

—Es la dueña del restorán del pueblo —explicó la abuela—, uno le pide

almuerzos y ella los va a dejar donde le digan.

—Ah, que entretenido —dijo la joven con alegría.

—Sí, servirá para desestresarnos
—repuso Rodrigo.

—Con que no aparezca esa mujer
de nuevo —murmuró Victoria,
recordando la ocasión anterior.

—Estaré yo, niña, conmigo allí no
se atreverá a hacer un escándalo.

Victoria miró a la abuela
sorprendida. Ese era un cambio
drástico en ella

que hasta hace un tiempo defendía a
Teresa con uñas y dientes.

A pesar de los días y las veces que habían visitado a José Fernández en su

tumba, Victoria seguía preguntándose por qué la habían abandonado. Según las

historias de Norma, Rodrigo y Marcos, su padre era un buen hombre. Ninguno

de los tres se explicaba su incoherencia e irresponsabilidad.

Con un cierto grado de vergüenza, la hija de José se acercó por

primera vez

a la tumba de su padre para hablarle.

—Esta incertidumbre me está matando, papá, quiero entender,

comprender... ¿Por qué me dejaste? No entiendo, todos coinciden en que no

eras hombre de abandonar a sus hijos, ¿por qué lo hiciste conmigo? ¿Acaso mi

mamá tenía razón y no te gustó que naciera mujer, que preferías un

hombre

como tu primogénito? ¿Por eso es que después querías una niñita viviendo en

tu casa? Dame una señal, papá, ayúdame a encontrar las respuestas. Mi mamá

tampoco está y no puede decirme nada. Ayúdame a saber lo que está pasando.

Cada noche me duermo pensando en tantas cosas. Tú debes saber todo lo que

tengo en el corazón. Todo mi mundo se derrumbó de la noche a la mañana y

sabes que fue en todo sentido. No queda nada de la Victoria que vivía en la

capital, preocupada de su mamá, que no hacía más que trabajar y trabajar y

trabajar, porque esa era la única manera de sostener nuestra pequeña familia

con todos los gastos médicos que

provocaba un cáncer inexistente.
¡Ay, papá!

¿Por qué te moriste? Toda mi vida esperé que llegaras, que me dijeras que te

habías ido de viaje y que ya no te alejarías nunca más de mí, soñaba con ese

momento. —Su voz se quebró con el llanto—. Soñaba que llegabas con una

muñeca por cada cumpleaños que habías pasado lejos de mí. Pero

nunca

llegaste y ahora que apareciste...
Estás muerto y tengo miles de
interrogantes

que quedarán sin respuesta. ¡Tengo
tanta rabia! ¿Por qué tu abogado no
me

buscó antes? Aunque hubiera sido
para decirme que no querías saber
nada de

mí, que tu hacienda, mi herencia, la
ibas a dejar a tu verdadero hijo. Yo
solo

quería saber por qué no era digna de tu amor. Porque no era digna del amor de

mi mamá. También he pensado mucho en ello, en sus actitudes conmigo y ahora

sé que no me amaba y me da rabia haber sido tan tonta, haber dejado mi vida

por ella, por cuidarla, por retribuirle todo lo que había hecho por mí. ¿Por qué

nadie puede quererme, papá? ¿Qué

tengo de malo? Deberías haberme
llevado

contigo. Tú tenías ese poder. Ya no
tengo nada qué hacer aquí.

El llanto apenas la dejaba hablar y
el dolor, sostenerse. Se acostó
sobre la

tumba como si se acostara en los
brazos de su padre. Una suave brisa
la

arrulló, movió su cabello como si
una mano se lo arreglara en tiernas
caricias

y así se mantuvo durante varios segundos.

—Él te ama —habló Rodrigo, agachándose a su lado, tomando el lugar de

su padre.

—¿Y si resulta que no es así y que solo es una imaginación mía? Ya no quiero más desilusiones.

—Algo me dice que no será así, él te ama, ¿o no sentiste sus cariños?

—Sí. —Sonrió feliz y clavó su

mirada en la de Rodrigo—. ¿Tú lo viste?

—Claro que sí, era imposible no verlo. Él habría sido muy feliz si te hubiese tenido a su lado.

—Yo también.

—Todo sería tan distinto —lo dijo en un tono que se refería a ambos.

—Sí —aceptó con tristeza.

Él besó su frente, con deseos de besarla en los labios.

—¿Vamos? Ya hablaste con el papá, el río nos espera. Seguro que él nos

acompañará, le encantaba ir.

Los tres se despidieron del padre de familia y se dirigieron al sector de

baño del río. El hombre se fue pensando en si ella no querría ir a visitar a su

madre. Aunque por lo dicho en el cementerio, al parecer no tenía ni un poco de

ganas. Un día, él se lo propuso. Sonrió al recordar ese momento. Ella se puso

furiosa, no entendía cómo él no iba a saber que no quería verla, como si él

fuera adivino y no un huaso bruto al que tenían que decirle todas las cosas por

su nombre, pues de otro modo no entendía. Ahora ya ni se atrevía a preguntar.

Él sí le dejó claro que cuando ella

quisiera ir, se lo debía decir ella,
porque él

ya no volvería a ofrecerlo.

Fue una linda tarde en el río. Cerca
de las seis de la tarde, apareció
Marcos

y se llevó a Victoria a jugar en el
agua. Cualquiera que los viera,
diría que

solo eran amigos e incluso, verían
que él no mostraba interés
romántico por

ella, al contrario, parecía su

hermana o una amiga muy querida.
Claro que si se

le preguntaba a Rodrigo, diría que
ambos coqueteaban abiertamente,
que la

amistad pura entre un hombre y una
mujer no existía, mucho menos
entre ellos,

por lo menos para Marcos que
estaba completamente enamorado
de ella.

—Hacen bonita, pareja —comentó
la abuela sin más intención que

lograr

que su nieto se desencantara de Victoria.

—Sí, se ven bien juntos —admitió el hombre a regañadientes—. Ella se ve

muy feliz a su lado.

En ese preciso instante, las miradas de Victoria y Rodrigo se encontraron.

Ella mantuvo su sonrisa. Marcos le dijo algo y ella le dio un manotazo en el

pecho, riendo avergonzada. Ella volvió a mirar a Rodrigo y le regaló una

dulce sonrisa con sus mejillas teñidas de un rosa intenso. Éste se tuvo que

contener para no correr, abrazarla y besarla hasta robarle el aliento.

Definitivamente, la amaba. De eso ya no le cabía duda alguna y esperaba con

ansias el día que la culpa de Victoria la dejara estar con él,

porque en cuanto

naciera el hijo de Teresa le demostraría que él no era el padre de esa criatura

y que no era por rechazar un hijo, era porque esa mujer había mentido y había

usado métodos muy viles para lograr su propósito de cazarlo, pero él no se

dejaría, mucho menos por una mujer como ella, que andaba, no solo en la boca

de todos, también en su cama.

Tenerla tan cerca y a la vez tan lejos, lo tenía en una montaña rusa donde a

ratos, como esta, parecía que ella se sentía atraída a él, que en cualquier

momento volvería a refugiarse en sus brazos, donde pertenecía; como en otros,

donde se iba a pique cuando ella lo rechazaba, se enojaba y le aseguraba que

jamás en la vida estaría junto a un
alcohólico irresponsable, padre de
un hijo

del que no quiere hacerse cargo y,
encima, eran enemigos por una
estúpida

herencia. Así y todo, prefería que
se quedara allí, porque pensar en
no verla,

en no tenerla, lo volvía loco.
Prefería tenerla cerca pues estaba
seguro moriría

sin ella.

Capítulo 19

Las cosas en el campo no andaban muy bien, Hernán y Marcos discutían

acerca del mejor método para tratar a Diablo. Según su capataz, había que ser

duro con él, en cambio Marcos aducía que tratarlo mal sería mucho peor.

Diablo era un caballo salvaje que Rodrigo había adquirido en uno de sus

viajes a las montañas, pero el animal, aunque en algún minuto se mostró dócil,

cada vez era más obstinado, no dejaba que nadie se le acercara. Era un animal

muy especial para el dueño por el modo en el que lo encontró: llorando por su

pareja.

—Si lo maltratamos, se pondrá todavía más furioso, toma en cuenta que

hasta hace poco era un animal libre, hoy está aquí, encerrado, y si es golpeado,

menos va a querer “*darse*” con nosotros, debemos ganar su confianza —aludía

Marcos.

—¡Por favor, Marcos! No puedo creer que seas tan sentimental, esa mujer

te está volviendo un debilucho —adujo a sabiendas que ese era un tema

delicado para su jefe que estaba escuchando la conversación—. Diablo no es

ella, a este animal hay que enseñarle quién manda, quién tiene el poder.

—Pero ya vimos lo que pasó ayer, se escapó y apenas pudimos controlarlo.

Y no es la primera vez.

—Con mayor razón, debe recibir su merecido, un castigo por haberse escapado. Es más, como está este

animal, yo lo mataría. Significa gastos y ni

una retribución.

—Nadie va a hacer nada en contra de Diablo —intervino Rodrigo—. Es un

animal y como tal no va a entender eso de los castigos, es mejor como dice

Marcos, hay que darle la confianza que aquí estará bien.

A Hernán no le gustó que su patrón lo desautorizara, una vez más,

frente a

los demás peones, pero no dijo nada, solo su rostro demostró la molestia.

Rodrigo lo notó e hizo caso omiso, tenía demasiados problemas como para

preocuparse del orgullo de su capataz. Pues según los cálculos de Victoria,

efectivamente, su hombre de confianza estaba desfalcando la hacienda.

Luego de una mañana yendo de un lugar a otro para solucionar todos los

problemas Rodrigo volvió a la casa. Necesitaba ver a Victoria, ese solo hecho

le daba las fuerzas para lidiar con todo. Cada vez era más difícil sin su padre.

Le hacía demasiada falta.

Encontró a la joven en el despacho sacando cuentas, estaba haciendo una

auditoria de la hacienda para saber qué se estaba haciendo específicamente,

pues aunque ya sabían que Hernán y el contador estaban robando, no sabían

los detalles de cómo y cuánto. Y eso era lo que estaba buscando la joven.

—¿Algo nuevo? —preguntó él al llegar.

—Ya tengo las cantidades. Es mucho, te lo advierto desde ahora.

—¿Cuánto?

—Casi un diez por ciento de tus ganancias.

—Eso sería...

—Unos buenos millones. Y hay algo aquí que quiero saber. Hay una oferta

por un caballo, Diablo, se está ofreciendo a diez millones a un extranjero y yo

te dije que no había que hacer más transacciones que las necesarias y no creo

que vender un caballo sea imprescindible.

Rodrigo se quedó de piedra. ¿Qué era lo que pretendía Hernán? Por un lado, decía que había que matarlo y, por otro, lo estaba vendiendo sin su autorización.

—Yo no estoy vendiendo a ningún animal, mucho menos a Diablo. A él lo

encontré el día antes que llegaras aquí. Habíamos ido a la montaña y allí

estaba, al lado de su yegua que había muerto. Para mí fue algo especial esa

demostración de amor por parte de un potro que se supone salvaje y sin sentimientos.

—El que sea salvaje no significa que no tenga sentimientos —comentó ella,

clavando sus pupilas en las de él.

Estaban cerca, él se había parado al lado de ella en el escritorio donde

revisaba los documentos y bastó con que él se agachara un poco para llegar a

sus labios con cierto temor. Lo recibieron unos labios húmedos, calientes y

dispuestos. Fue un beso hambriento que despertó todos los sentidos en ambos.

—No, Rodrigo. —Victoria fue la primera en despertar del ensueño y se

apartó, levantándose del sillón.

—Lo siento —se disculpó él, un tanto frustrado.

—No, no, no es tu culpa. Perdón. Voy a seguir más tarde con esto.

Iba a salir, pero se enredó en unos cables y, para no caer, se afirmó de la

biblioteca, de la que cayó un álbum de fotografías que ella no había visto

antes. Se agachó a recogerlo y lo abrió.

—¿Y este? —preguntó extrañada.

—No sé. ¿A ver?

Se sentaron en el sofá. Era un álbum de fotos de su padre con una pequeña

bebé. Él se veía feliz con ella.

—¿Esta eres tú? —interrogó Rodrigo.

—No sé, tendría que comparar con las que tiene mi mamá.

—Esta está escrita —mencionó él y sacó la fotografía.

Leyó: “Hija mía, demasiado

temprano te fuiste de mi vida, no sé si pueda

seguir adelante sin ti, siento que estoy muriendo sin ti. Jamás te olvidaré, mi

pequeña princesa, te amo y por siempre te amaré.”.

—No soy yo, ella murió.

—¿Eso quiere decir que tuvo dos hijas? —inquirió confundido.

—No sé, no sé. Tú deberías saberlo mejor que yo, ¿no? Mal que mal,

viviste toda tu vida con él.

—No sabía siquiera que existías tú.

—Parece que tenía más secretos de los que creemos.

—¿Cómo los descubriremos?

En ese momento, el teléfono de la casa sonó, provocando un respingo en la

pareja. Rodrigo contestó y luego le entregó el teléfono a su invitada. Era el

abogado.

Mientras ella hablaba, él se puso a revisar de nuevo el álbum de fotografías

y encontró un certificado de defunción a nombre de María Victoria Fernández

Subercaseaux, quien estaría por cumplir 27 años. Cayó sentado en el sofá.

Ahora sí que no entendía nada.

La joven cortó el teléfono y se quedó mirando a Rodrigo, no entendía qué le

había sucedido. Él la miró con una expresión tan extraña que la hizo acercarse

para saber qué había pasado.

—Mira —le dijo entregándole el documento.

Ella lo leyó y se sentó al lado del hombre. Apoyó su cabeza en su hombro,

él pasó su brazo por detrás de ella y la apretó contra su pecho.

—Ahora quedamos peor que antes. ¿Se supone que estoy muerta?

—habló

ella con voz mustia.

—Encontraremos respuestas. Como sea.

Rodrigo soltó a la chica y se fue a un cuadro, el que sacó y en la pared estaba una caja fuerte.

—Esta caja era de él, siempre me prohibió que abriera esta y, para ser

franco, se me había olvidado. Acabo de recordarlo. Espero que la

clave que

tengo en la cabeza sea la de aquí.

Así fue. La caja abrió y dentro, un montón de documentos, fotografías y

cartas, llenaban el pequeño espacio.

—Ayúdame —le pidió él.

Entre ambos sacaron todo y lo dejaron en la pequeña mesita de centro.

Revisaron uno a uno cada papel.

—Mira, sí eres tú. —Rodrigo le enseñó una fotografía donde se veía igual,

pero pequeña, de unos cuantos meses.

—Él se ve feliz conmigo.

—Feliz es poco. Mira cómo te ve. Parece que estuviera contemplando un

ángel del cielo.

—Sí, ¿verdad? Me quiso en algún momento —respondió ella, llena de

emoción.

—Creo que no ha dejado de amarte, está entregándonos las respuestas, ¿no

lo ves?

—Pero ¿cómo es que estoy muerta? No entiendo.

—Eso tendremos que averiguarlo.

—Sí. ¿Tú nunca viste estas fotos?

—Jamás. Nunca *intruseaba* en sus cosas.

—¿Ni cuando se murió?

—¿Sabes? Yo no había vuelto a entrar aquí desde que él se fue hasta que tú

empezaste a trabajar, no era capaz.

—¿No? ¿Y eso?

—Este era su espacio, su rincón favorito, pasábamos muchas horas

hablando por las noches de todo y de nada. De niño, me gustaba venir a verlo

trabajar y él me explicaba todo con

paciencia. Al crecer, nuestras

conversaciones fueron cambiando, me hacía participar en todas las cosas,

pedía mi opinión y si no estaba de acuerdo en alguna decisión que yo tomara,

me exponía el por qué aquello estaba mal. Volver aquí y estar solo...

La voz se le quebró y un nudo se formó en su garganta. Como hombre que

era, no se permitía llorar y no lo había hecho desde que su papá había

fallecido.

—Lo querías mucho.

—Era mi compañero, mi amigo, mi confidente y mi consejero. Lo era todo

para mí.

Victoria sintió algo de envidia, no por él, sino por no poder decir lo mismo

de su relación con su madre, siempre le discutía todo y aunque supiera que

ella tenía la razón, su mamá nunca lo admitía. No eran amigas, ella no podía

contarle sus cosas, de hecho, si se enteró que Misael era su novio fue porque

ella iba a viajar y él se suponía que iba a estar pendiente de su suegra, por

nada más, pues Ignacia no permitía

que su hija tuviera pareja, su deber era

cuidarla como ella lo hizo cuando su hija era pequeña.

—Si esto te es doloroso... —La sacó Rodrigo de sus pensamientos.

—No, no, solo estaba recordando mi propia relación con mi mamá.

Victoria, en un acto reflejo y como impulsada por una fuerza sobrenatural,

se levantó y se sentó en el sillón de José Fernández, su padre, e intentó

abrir el

primer cajón.

—Ese siempre estuvo con llave, él decía que allí tenía documentos muy

importantes para él.

—¿No tienes la llave?

—¿Qué quieres ver?

—No sé —se sorprendió ante su propio accionar.

Rodrigo contempló a la joven

sentada en el asiento de su padre y se veía

pequeña en ese enorme sillón. No se parecía a él. En nada. O él no le quería

encontrar parecido alguno. Se acercó a un estante y tomó una llave, la que

entregó a la dueña de casa. Ella la tomó y dudó unos segundos entre abrirla o

no.

—¿Crees que se enoje?

—No sé, supongo que si sentiste el impulso de abrirla, por algo sería, quien sabe si él mismo te lo indicó.

—¿No quieres abrirlo tú? —sugirió algo nerviosa.

—¿Qué pasa? ¿Te da miedo?
—preguntó socarrón.

—Nooo —respondió divertida.

Él echó a reír y tomó la llave de la mano de la muchacha rozando sus dedos.

—Te aseguro que aunque estuviera aquí, no diría nada, si nunca lo abrí fue

por respeto, pero muy pocas veces lo vi enojado, tenía el don de la paciencia.

—De todas maneras, tú eras su hijo favorito así que mejor ábrelo tú, no quiero que me venga a tirar las “*patas*” esta noche.

Ella se iba a levantar, pero él se lo impidió poniendo la mano en su

hombro. Abrirlo y quedarse

pasmados fue una sola cosa.
Dentro, como

primera cosa, una fotografía del
hacendado con Victoria de
pequeña, de más o

menos un año, felices los dos,
parecía que jugaban.

—Esa soy yo —musitó ella.

—Estás feliz con él.

—Sí.

—Eras muy linda de bebé
—comentó fascinado por esa foto y

esa niña.

—La gente cambia —bromeó ella sin ganas.

—En tu caso para mejor, aunque a decir verdad, tu cara no cambia nada.

Ninguno de los dos se atrevía a tomar el retrato. Luego de unos minutos,

eternos minutos, Rodrigo la sacó del cajón.

—Está escrita —dijo mirando el reverso.

—¿Qué dice?

—”Enero de 1991. Esta foto fue tomada dos días antes de...”

El silencio brusco de Rodrigo, su expresión aturdida, el temblor de sus

manos, le hizo saber a Victoria que lo que seguía no era nada bueno.

—¿Qué dice, Rodrigo? Me pones nerviosa. ¿Eso fue antes que mi mamá se

fuera?

—No dice nada importante.

Intentó guardarla, pero ella se la arrebató antes de lograrlo.

“Esta foto fue tomada dos días antes de tu muerte, hijita, no sabes cuánto te

extraño, no hay día que no sufra por tu pérdida. Si tan solo lo hubiera sabido,

si tan solo hubiera podido impedirlo, si tan solo yo hubiese podido tomar tu

lugar. Perdóname. Te amo y te

amaré hasta que muera y si hay vida después,

después, por toda la eternidad.”.

La mujer se quedó con la boca abierta, sin saber qué decir, acudieron a sus

ojos miles de lágrimas. Su papá la amaba, pero de verdad creía que estaba

muerta. ¿Cómo era posible una cosa así? ¿Cómo era posible que su padre no

se diera cuenta que estaba viva?

¿Cómo se suponía que había muerto si ella se

veía sana en esa fotografía? Las preguntas rondaban la cabeza de Victoria

como un torbellino que va llevándose todo a su paso y destruyéndolo todo. Así

lo sentía, como que toda su vida se derrumbaba, todo lo que creía era mentira.

Su papá jamás la abandonó, su papá jamás la negó.

—Nunca me lo dijo.

—Era un recuerdo doloroso

—replicó ella, condescendiente.

—Sí. Él te amaba.

—Sí. —Sonrió entre lágrimas buscando la mirada masculina.

Él también sonrió y extendió sus brazos a ella, la que se refugió en su

pecho.

—¿Lo ves? Él te amaba, no sabía que existías, solo sabía que te amó

hasta... Todavía te ama, ¿no ves que él te mostró por qué tu mamá se fue con él

y te impulsó a abrir ese cajón en el que estaba la prueba de que tú eras su

niñita y te amaba a pesar que no estuvieras físicamente con él? Ahora que está

por aquí sabe que tú no estás muerta y que mereces saber la verdad y estoy

seguro que él nos ayudará a

encontrar todas las respuestas. O la mayoría, al

menos, para que puedas vivir tranquila.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro, él siempre luchó por la justicia y la verdad, así que dudo

mucho que ahora cambie. Se supone que ahora es un ángel. —Rio por lo bajo.

—Gracias —dijo ella mirándolo.

—¿Por qué?

—Porque tú te quedaste a mi lado incluso cuando yo te eché, hasta quise

pegarte.

—¿Y crees que me hubieras hecho daño? Hubo momentos en los que me

quería ir, pero pensaba en ti y en lo sola que estabas y no podía, era más fuerte

que yo. No podía dejarte. No puedo. Ni quiero —aclaró con

vehemencia.

—No creo merecer tanto.

—Lo mereces, créelo. Se te fue arrebatada una vida de dicha al lado de tu

padre, te robaron tu vida, tu pasado, ¡claro que mereces ahora toda la felicidad

del mundo!, solo que... quisiera que fuera a mi lado para compartirla contigo.

Ella se acercó con sus labios dispuestos a ser besados y él así lo

hizo.

Juntó sus labios a los de ella y la besó con dulzura, con ternura. Sus lágrimas

habían mojado sus labios y estaban salados, prueba de que su sufrimiento

había terminado, pues ahora que sabían la verdad, ella tendría todo lo que

siempre debió tener.

—¿Qué significa esto!? —La abuela de Rodrigo entró como un

torbellino

al despacho de su yerno, apartando a la pareja que se besaba.

—Abuela, ¿qué te pasa?

—¡Yo te dije que te alejaras de ella! —gritó—. Te lo dije, ¿o no?

—Pero abu...

—No digas nada. No pueden estar juntos, ¿no lo entienden? No pueden.

—¿Por qué? Nos gustamos, somos adultos, no veo cuál es el problema.

—El problema es que son hermanos.

—Abuela, no somos hermanos, el hecho que José me haya criado como su

hijo...

—No, Rodrigo, no, tú eres hijo de José, tu mamá nunca se lo quiso decir,

¡vaya Dios a saber por qué motivo!, pero tú eres hijo de sangre de José.

Rodrigo se echó hacia atrás y Victoria cayó sentada en el sillón.

¿Hermanos? ¿Ellos eran hermanos de sangre? No, eso no podía ser.

—Abuela, ¿qué estás diciendo? Eso no puede ser. Mi mamá dijo que mi papá estaba muy lejos y que...

—No, hijo, no, ella te trajo a vivir aquí porque José era tu padre, tu verdadero padre.

—Pero él, ¿cómo es que no lo supo nunca?

—Porque ella se lo negó hasta el final. Él lo quiso creer, pero nunca

tuvo

las pruebas suficientes.

Rodrigo miró a Victoria.

—O sea que... ¿de verdad somos hermanos?

Debió asquearse de haber besado a su hermana, pero no, quería volver a

hacerlo, quería hacerla su mujer, lo cual era imposible.

—Tal vez nunca fue gusto, dicen que la sangre ” *tira*” —susurró ella.

—La sangre tira, pero no para ser pareja.

—Puede que nos hayamos confundido.

—Yo no estoy confundido. Bueno, sí, estoy confundido con esto de que soy

hijo de sangre de mi papá adoptivo, pero no estoy confundido en lo que siento

por ti, Victoria, porque me vas a perdonar pero nunca, en ningún momento, te

he visto como mi hermana. Me gustaste desde que te vi subiendo a la reja para

tocar la antigua campana que ni suena ni sirve. Te iba a abrir y a recibir como

lo había planeado, pero verte, amarte y odiarte fue una sola cosa. Yo te dije

que despertabas en mí sentimientos animales que ni sabía tenía, porque te

deseaba con la fuerza de un toro,

quería domesticarte como a una yegua

salvaje y cuidarte como a un potrillo recién nacido. Discúlpame, pero esta es

mi forma de ver las cosas, he vivido toda mi vida entre animales y así es como

siento.

Victoria bajó la cabeza, ella tampoco lo había visto nunca como un

hermano, ese hombre le había

removido todo, en cuerpo y alma,
desde que lo

conoció. Ahora, ¿qué harían con
esto que sentían? No podían estar
juntos, pero

no por voluntad propia, sino porque
así lo había decidido el destino.

Por inercia, la joven metió la mano
al cajón abierto del escritorio y
sacó un

sobre de un laboratorio, lo abrió y
leyó en él.

—Él lo sabía —indicó.

—¿Qué?

—Mira.

Le extendió el sobre, un examen de ADN, realizado hacía poco más de dos

meses, confirmaba lo que había dicho la abuela: Rodrigo era su hermano, hijo

de José Fernández.

—¿Qué haremos? —consultó Victoria.

—Alejarse —respondió la

abuela—. Dejar de verse como un hombre y una

mujer y tratarse como hermanos. No pueden amarse, es una aberración.

—¿Crees que no lo sé, abuela? Pero dime, ¿cómo hago para sacar esto que

siento? ¿Cómo hago para ver a Victoria y no pensar en ella como la mujer que

me gusta?

—Apenas se conocen, no es amor lo que sienten, solo confundieron

SUS

sentimientos, dejen que pase el tiempo y verán que todo esto no fue más que un

lapsus en sus vidas, cada uno encontrará a alguien más y ustedes solo serán

hermanos, como siempre debió ser.

Victoria se levantó con gesto cansado.

—Voy a acostarme. Permiso.

—Son apenas las seis —replicó

Rodrigo.

—Estoy cansada. Buenas noches.

Observó con tristeza la partida de su “hermana” y luego, como un energúmeno, lanzó una patada a la caja de las fotografías.

—¿Por qué mierda mi papá no me lo dijo? ¿Por qué no me lo dijiste antes,

cuando ella recién llegó?

—Porque no creí que se enamorarían, hijo.

—¡Tú sabías que me gustaba!

—Yo te dije que te alejaras de ella.

—Pero no me dijiste el porqué. Por ahí debiste partir, abuela.

—No creí que... Se suponía que se odiaban.

—Parece que no tanto como querías

—espetó y salió de la habitación

rumbo a su propio cuarto.

Al pasar por fuera del dormitorio de Victoria, se quedó detenido un

momento, escuchando. La oyó sollozar. Su primer impulso fue entrar, tomarla

en sus brazos, consolarla y...

Avanzó hasta su puerta y de un tirón la abrió y de un portazo la cerró. Todo

su mundo se venía abajo y supuso que el de Victoria estaba hecho trizas. Lo

peor es que no podía hacer nada por ayudarla. ¿Podría ser tan altruista como

para ayudarla sin desearla? ¿Sería capaz de verla en otros brazos sin que los

celos lo carcomieran por dentro si apenas soportaba verla con Marcos que no

se comportaba más que como un amigo con ella?

Se tiró a la cama y cerró los ojos. Los abrió de inmediato. Los ojos, los

labios, el cuerpo de Victoria pegado al suyo esas dos noches que

durmieron

juntos se vinieron a su mente como ametralladoras que lanzaban dardos

mortíferos que lo destruían poco a poco. No. No iba a ser capaz de vivir sin

ella.

Victoria, por su parte, encogida en la cama, la que sentía enorme, lloraba

por todo lo que estaba viviendo. Su madre la engañó todo el tiempo,

haciéndole creer que su padre la había abandonado; su padre que la quería y

pensaba que estaba muerta; su abuelo... ¿Qué habría pasado con él? “Hay

cosas que tú no sabes”, le había dicho el abuelo. ¿Qué cosas eran esas? Esto,

¿sería parte de eso? Sintió los pasos de Rodrigo acercarse y detenerse frente a

su puerta, por un segundo sintió el

impulso de llamarlo, que se quedara con

ella, que la abrazara y le dijera que había sido una pesadilla. No podía

hacerlo. Él era su hermano, no podía sentirse atraída a su propio hermano,

sangre de su sangre. Lo sintió caminar hasta su cuarto y cerrar la puerta con

violencia. Él se sentía igual que ella de frustrado por la injusticia de la vida.

¿Por qué? ¿Qué mal había hecho para merecer eso? Recordó con claridad una

parte de ” *La vida es sueño*“: “¿Qué delito cometí contra vosotros naciendo?

Aunque si nací ya entiendo qué delito he cometido. Solo quisiera saber, para

apurar mis desvelos (dejando a una parte, cielos, el delito de nacer), ¿qué más

os pude ofender para castigarme

más? ¿No nacieron los demás? Pues si los

demás nacieron, ¿qué privilegios tuvieron que yo no gocé jamás?”.

—¿¡Es que yo no merezco la felicidad!? —preguntó, casi gritando, al cielo.

A Dios, a su padre, a su madre, a quien quisiera escucharla. Nunca en la vida

había disfrutado siquiera de un poco de alegría y ahora, que casi había

encontrado la felicidad, se truncaba por una idiotez, una crueldad del destino

que los puso juntos para luego separarlos.

En ese momento, Victoria tomó la decisión de irse, pero de verdad. No

podía quedarse allí viendo la cara de Rodrigo sin poder acercarse ni un

milímetro pues cada vez que lo veía solo quería abrazarlo y besarlo.

Eso

quedó demostrado hacía un rato, ella ya no quería seguir luchando con lo que

sentía. No podía. Ya nunca podría.

Se durmió con la seguridad de que marcharse era lo mejor para ambos.

Solo que ahora pediría la ayuda de Marcos, él tenía una moto en la que podía

llevarla, por lo menos hasta el pueblo o donde pudiera tomar un bus a la

capital.

Capítulo 20

Victoria se levantó en silencio, guardó sus cosas en su bolso y esperó. El

andar de Rodrigo hasta las escaleras no se hizo esperar. ¿Cómo lo iba a hacer

de entonces en adelante? No lo sabía, al menos tenía un poco de dinero, lo que

había reunido la Junta de Vecinos y de su trabajo. Podía volver a su

trabajo,

aún estaba dentro de los cinco días que legalmente le correspondían por duelo.

Al menos, ya no tendría los gastos que hasta hacía poco tenía con su mamá, lo

cual la hizo derramar un par de lágrimas, no supo bien si de dolor, tristeza o

rabia. ¿Por qué le dijo a su padre que ella había muerto? ¿Por qué le negó la

posibilidad de criarse con él o al menos de conocerlo?

Nunca lo sabría. Ya era muy tarde para saber o comprender la maldad de su

mamá.

Salió de la habitación y bajó hasta la sala. Allí vio la billetera de Rodrigo

y, por un momento, se sintió tentada a sacar un poco de dinero, pero fue solo

un segundo, aunque fue un segundo

que alcanzó para acercarse a la mesa y

tomarla, para dejarla de inmediato donde mismo. Se dio la vuelta para salir,

pero chocó con su “hermano” que la miraba demasiado serio.

—¿Qué pensabas hacer? —le preguntó con acento grave.

—Nada. Nada. Yo no...

—¿Dónde creías que te ibas?

¿Era eso?

—No puedo quedarme en esta casa, Rodrigo, no...

—¿Y tú crees que te voy a dejar ir, así como así? ¡Ni siquiera tienes dinero, Victoria!

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estuviste a punto de sacar dinero de mi billetera, pero eres demasiado honesta para hacerlo, aún en necesidad.

—No, yo no iba a... —Rodrigo puso sus dedos en sus labios.

—No digas nada, te vi, vi tu cara, tu expresión, estás desesperada,

pequeña, y no voy a dejar que te vayas. ¿A dónde? Estás sola, ¿o qué?

¿Quieres volver con Misael?

Ella negó con la cabeza.

—¿Entonces? Sola en tu casa, ¿qué harás?

Los gruesos dedos masculinos no habían salido de los delicados labios

femeninos. Ella puso su mano sobre ellos y los besó con los ojos cerrados,

luego hundió su cabeza en el pecho de Rodrigo. Él la recibió y la abrazó

acariciando su cabello.

—No es fácil esto que estamos viviendo, Victoria, y por lo mismo, no te

voy a dejar sola, no voy a permitir que vivas esto lejos de mí. Lo haremos

juntos, tal vez, a fuerza de toparnos
y saber que somos hermanos, nos
dejemos

de gustar.

—¿De verdad te gusté desde que
hice el peor ridículo de mi vida?

—interrogó ella buscando su
mirada.

Él sonrió.

—Claro que sí. En ese momento
que te vi, se me removi6 todo aquí
dentro.

—Se enseñó el pecho—. Y no quería, ¿sabes? Quería odiarte, quería... No sé

bien qué quería, pero no quería sentir eso que sentía adentro cada vez que te

miraba.

—¿Y qué haremos?

—No te preocupes tú, yo me voy temprano, antes que tú te levantes, no voy

a venir a almorzar, me quedaré en el rancho con mis hombres y por las

tardes,

me dejas fumar un cigarrillo en mi balancín y me duermo. No te molestaré.

—No es justo. Esta es tu casa, no la mía.

—Es nuestra. Además, la heredera legal aquí eres tú.

—La heredera legal, pero tú eres tanto o más hijo de nuestro padre que yo.

¿Por qué teníamos que ser hermanos? —preguntó la joven—.

Yo creo que el

destino no quiere que sea feliz.

—No digas eso.

—Es cierto, todas las cosas buenas me han sido negadas siempre y ahora

que estaba todo por cambiar para mejor... Se va todo a la cresta.

—Se te pasó rápido el miedo por esa palabra —se burló él con ternura.

—Pesado —dijo ella riendo—. No

me dio miedo esa palabra. Más
miedo

me dabas tú.

—¿Me tenías miedo? ¿De verdad?

—Sí y no. La verdad es que sentía
que no me harías nada, pero estabas
tan

enojado conmigo...

—Más lo estaba conmigo y mi
debilidad por ti.

Ella suspiró.

—No te vayas, por favor, y no pretendas huir cuando no te pueda ver, no me

obligues a poner un número de punto fijo para ti.

—¿A Marcos? —preguntó con sorna.

—A cualquiera menos a él —respondió lleno de celos.

Ella se rio con suavidad.

—No te enojés —le suplicó.

—Es algo a lo que deberé

acostumbrarme.

—Los dos nos tendremos que acostumbrar —aclaró ella.

—Nunca me han rodeado las mujeres, sería muy raro que comenzara ahora.

—Vas a tener un hijo, ¿lo olvidas?

—Sabes que no es mío.

—Pero ella jura que es tuyo.

—Ella puede decir lo que quiera.

—¿Y no hay otra por ahí que te

guste o le gustes?

—No, ya te dije que no soy precisamente un mujeriego. En cambio tú...

—¿Yo qué? Yo no soy una hombreriega.

—¿Hombreriega? —Se echó a reír—. No necesitas serlo, tu sola presencia

hace que cualquier hombre se rinda a tus pies.

—Mentiroso.

—¿Crees que no me di cuenta que mis hombres sí te miraban como si

vinieran saliendo de la cárcel? De otro modo te hubiera dejado trabajando

allí, obligada, pero no quería que nadie más te mirara como yo lo hacía.

Victoria se hundió un poco.

—Era mi rabia actuando contra ti
—confesó con vergüenza.

—Yo solo quería llegar a un acuerdo —murmuró ella.

—Lo sé, y no sabes cuánto me arrepiento de no haberte escuchado antes.

Apoyó su frente en la de ella y se quedó así un rato. Quería besarla, se

moría por besarla. Pero no podía, era su hermana.

—Por la mierda, no puedo con esto
—rezongó.

—Yo debería irme.

—¡No! Si alguien se tuviera que ir de esta casa, sería yo, no permitiré

que

te vayas sola a vivir no sé qué penurias. No, señor, si no podemos controlarnos, me iré yo.

—No, eso no es justo, esta es tu casa.

—No dejaré que te vayas, no te olvides que soy el macho protector y tú

eres mi hermanita pequeña.

—Rodrigo...

—Me tengo que ir a trabajar. Y no te muevas, estaré atento a cualquier movimiento extraño en la casa.

—No te preocupes, no me voy a ir, te lo prometo.

Rodrigo tomó su billetera, le dio un beso en la frente a Victoria y salió con

celeridad de la casa. La mujer miró la hora, las cinco y media. No se iría, se

lo prometió a Rodrigo. Se fue a la cocina y se preparó desayuno, el

que se

llevó a su cuarto. Se quedó dormida poco después de comer y no se despertó

sino hasta las ocho y media y sintió salir a Norma de su habitación. No quería

encontrarse con ella. ¿Qué haría? Quedarse encerrada todo el día allí no era

una opción, hacía calor y el sol parecía más ardiente ese día.

Salió afuera y se sentó en la silla

mecedora. Encendió un cigarrillo.
Ese

lugar daba hacia el oeste, por lo que el sol no llegaba allí sino hasta la tarde,

pasadas las cuatro o cinco, por lo que a esa hora, era muy fresco sentarse allí.

—Hola —la voz de Marcos la sacó de sus pensamientos.

—Hola —respondió ella algo confundida.

—Vine a verte. Recibí tu mensaje

pero no pude venir antes.

—¿Él sabe que estas aquí?

—Supongo, porque me pidió que me asegurara que estabas bien.

—No tiene por qué hacerlo —dijo de la boca hacia afuera, porque su interior gritaba otra cosa.

—Anda de muy mal genio, ¿tú sabes qué le pasó?

—Si no te lo dijo él, ¿cómo voy a decirlo yo?

—Entonces, lo sabes.

—No, no sé, y aunque supiera, no lo diría, sobre todo si es algo personal.

—¿Cómo sabes que es personal?

—Porque si fuera del fondo, tú lo sabrías.

Marcos bajó la cabeza.

—¿Está muy mal? —consultó interesada.

—Sí. Demasiado.

—¿Y no les dijo nada?

—Una sola cosa, una orden en realidad: que si te veíamos salir o

aproximarte a la salida del fundo, que te detuviéramos y que te avisáramos.

¿Pasó algo entre ustedes dos?

¿Están enojados?

—No, no estamos enojados, quizás, no sé, él pueda temer que yo quiera

volver a la ciudad.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Que allá estoy sola, no tengo más parientes.

—¿Estás segura que no tiene más parientes?

—Obvio, éramos solo mi mamá y yo.

—A lo mejor por ahí anda tu familia perdida, uno nunca sabe, nadie está

solo en el mundo.

—Bueno, pues si hubiera alguien más de mi familia por ahí, te aseguro que

no me importaría saberlo, a esta altura de mi vida, un familiar perdido es de

poca ayuda —replicó molesta.

—Eso es verdad. Una familia que no le aprecia a uno, es un cero a la izquierda.

—Es mejor ni tenerla. Y que no se aparezcan.

—Estás enojada.

—Han pasado cosas, Marcos, cosas que han puesto mi vida de

cabeza.

Imagínate que hasta hace un par de semanas no tenía idea que tenía un papá, un

hermano.

—Hermanastro —corrigió el empleado.

—Mi novio resultó ser peor que un patán —siguió sin hacer caso a su

comentario—, todo mi mundo se me puso patas arriba.

—El sábado tengo libre, podríamos

ir al lago —sugirió el joven.

—¿Crees que sea buena idea?

—Así te despejas, sales un rato y dejas de pensar.

—Tienes razón, quizá sea una buena idea.

Marcos sonrió, no le gustaba verla triste y una pequeña sonrisa de su parte,

era suficiente para él.

—Bueno, ya me tengo que ir, debo volver a trabajar.

—Claro, nos vemos el sábado.

—Nos veremos antes que eso

—respondió con la sonrisa de par en par.

Se dio la vuelta, pero volvió sobres sus pasos, de inmediato.

—No me dijiste lo que querías de mí.

—Ya no vale la pena.

—¿Qué era?

—Nada importante.

—¿Segura?

—Absolutamente.

—No te creo. Dime, ¿qué era?

Ella bajó la cabeza.

—Quería que me llevaras al pueblo para tomar un bus a la capital.

—¿Te querías ir?

—Sí.

—¿Y ahora ya no?

—No sé. La verdad es que no sé.

—¿El patrón qué dice?

—No quiere que me vaya.

—Ya te lo dije una vez. No sé qué pasó ahora entre ustedes, pero apóyate

en él, es un buen tipo que no te va a dejar sola, aunque él se esté muriendo por

dentro.

—Gracias.

—No me las des, no he hecho nada. Nos vemos.

Caminó hasta su caballo y se subió en él, Victoria consideró que se veía

muy imponente allí.

—¿Has andado en caballo alguna vez? —le consultó él.

—No, nunca.

—El sábado te vengo a buscar en caballo.

—Me da miedo.

—No te preocupes que vas andar conmigo, nada malo te va a pasar.

Victoria solo sonrió por respuesta.

—Nos vemos.

Le hizo un gesto con el sombrero y echó a andar su caballo a toda prisa.

Victoria lo observó hasta que desapareció entre los árboles frutales que

adornaban el lugar. Se dirigió hacia allá y tomó un durazno, lo limpió con su

ropa y le dio una mordida. Estaba jugoso, dulce y suave.

—¡Cómo quisiera ser esa fruta!
—comentó Rodrigo detrás de ella,
montado

en un magnífico caballo,
contemplándola con algo más que
cariño en sus ojos.

—Rodrigo, no te oí llegar.

—Porque estaba aquí desde antes
que tú llegaras.

—No te vi.

—Yo sí a ti. Y te vi con Marcos. Ya
sabía yo que él iba a venir a
buscarte

—expresó con amargura.

—Rodrigo...

—Es lo que corresponde, quién dice, quizás él sea el amor de tu vida.

—Rodrigo...

—Siempre se me dio todo fácil. Una familia, una casa, un hogar... Pero

nunca se me dio fácil lo del amor, ¿sabes? Nunca he tenido una mujer a mi

lado, nunca he amado, nunca.

—Ya llegará la mujer que sea para ti.

—Yo creí que eras tú, jamás sentí así con nadie. Te amé desde que te vi,

¿no lo entiendes? Y me niego a creer que somos hermanos. ¿Qué tal si ese

maldito examen de mierda se equivocó? Yo no puedo ser hijo de José, no

puedo, ¿sabes por qué? Porque él

estaba enamorado de tu mamá, él te tuvo a ti

primero, fuiste su primera hija, ¿no? Se suponía que el amor entre tu mamá y

José venía desde que eran niños, ¿qué cresta hacía mi mamá metiéndose

entremedio? La historia no pega ni junta, Victoria.

—No sabemos cómo fueron las cosas.

—Nosotros no, pero mi abuela sí y

tu abuelo con mayor razón. Ven.

—Extendió su mano hacia ella.

—Yo nunca he andado en caballo.

—No será con Marcos con quien lo hagas la primera vez. Primero yo.

Victoria lo entendió en un muy claro doble sentido, pero ¡qué más daba!

Cada cosa, todo, ella quería aprenderla con él primero. Se agarró fuerte de la

mano masculina, quien la aferró de

la muñeca y de un tirón la dejó sentada

detrás de él.

—Afirmate, porque antes de ir a la casa, daremos un paseo.

La joven obedeció. Se abrazó a él con todas sus fuerzas. El caballo le

parecía enorme, pero pronto se acostumbró al vaivén y a la altura, aun así, no

se soltó de Rodrigo.

El paraje al que la llevó era

hermoso. Estaban en lo alto de una colina y

desde allí se podía ver una gran extensión de tierra donde los animales

pastaban, los árboles enseñaban todo su esplendor, un lago que invitaba a

zambullirse en él y una brisa que acariciaba la cara.

Rodrigo se bajó y luego la tomó de la cintura para bajarla a ella y la dejó

delante de sí, abrazada de la cintura, mirando hacia el bajo.

—¿Te gusta? —le susurró en el oído.

—Me fascina.

—A mí también.

Y la besó en el cabello.

—Rodrigo...

—Shhh no digas nada, no haremos nada malo.

—Esto no está bien.

—No estamos haciendo nada malo.

—Pero es que...

—Calla un rato, ya he oído demasiado a mi conciencia toda la mañana, no

sigas tú.

—Rodrigo...

—No te haré nada, lo juro, solo quiero disfrutar de este paisaje junto a ti,

quiero contemplar las dos cosas más maravillosas que existen en el

planeta.

No me niegues ese favor.

—Hablas como si...

—Como si nada, pequeña, como alguien que ha vivido demasiado tiempo

en la soledad y cuando creyó haber encontrado a la persona perfecta, todo se

pudre. Así estoy hablando.

—Estás dolido.

—¿Y cómo no estarlo? Míranos. Yo te gusto, tú eres mucho más que un gusto, y no podemos estar juntos por una estupidez.

—Ser hermanos no es una estupidez.

—Lo es el enterarnos tarde.

—Y si lo hubieras sabido de antes, ¿qué hubiera pasado? ¿Te habría gustado?

—No sé, no puedo hablar sobre un supuesto, pero al menos lo habría

intentado evitar.

—Lo evitaste, recuerda que no querías que yo te gustara.

—Pero el ser mi hermana era un motivo más trascendental que el que fueras

mi enemiga. Del odio al amor hay un solo paso, dicen. Pero ¿hermanos?

Ella se volvió hacia él.

—¿Qué pecado estamos pagando con tanto dolor? —Fue una pregunta

retórica, y así él lo entendió.

—Ven, vamos a caminar. Yo quiero que conozcas tus tierras. Son vastas,

como puedes ver, y muy hermosas.

De la mano, como dos novios, descendieron la colina en dirección al lago.

—El sábado Marcos me va a traer al lago.

—Sí, lo escuché perfecto. No te bañarás conmigo, pero al menos seré el

primero con quien viniste.

—Quieres ser el primero en todo
—le reprochó sin enojo.

—Ya lo quisiera —respondió él
acariciando la mejilla de Victoria
antes de

seguir camino.

El paseo duró casi cuatro horas. A
ratos a caballo, a ratos caminando,
corriendo, jugando. Llorando por
dentro.

Antes de volver a la casa, él se

detuvo con ella, pasó su mano hacia atrás

en el caballo y envolviendo la cintura a la mujer, la tomó, haciendo que

quedara delante de él. Mirándolo.

Parecía que quería darle un beso. Pero no, él solo contemplaba su rostro

con ojos brillantes.

—Ya recorrimos casi todo el fundo, es tuyo, pequeña.

—Es muy grande.

—Sí, es verdad.

—Menos mal que no te fuiste, yo no habría sido capaz de mantenerlo, de...

—No te preocupes, que esa es labor de hombres y yo lo haré por ti.

—Eres bien machista —jugó ella.

—Sí, machista hasta el extremo, pero no de los machistas que creen que a

la mujer hay que tratarla con dureza, no, soy de los machistas que creen que la

mujer es una flor que hay que cuidar con todo el mimo posible.

Ella bajó la cara.

—No te voy a abandonar, no quiero que te vayas y que estés sola por ahí,

sin ayuda, sin nadie que te acompañe.

—No me voy a ir, te lo prometí.

—Pero también tienes que hacer tu vida.

—Debemos —aclaró ella—, los dos.

—Escucha, pequeña, quiero que me digas la verdad, ¿qué sientes por

Marcos?

—Rodrigo, no.

—¿Te gusta?

—No, lo sabes, pero no quiero que te tortures.

—Pero te es agradable.

—Por favor.

—Dímelo, necesito saberlo.

—Marcos es agradable. Sin alcohol
—bromeó.

Él se echó a reír.

—Entonces, dale una oportunidad,
tal vez, como te dije, él sea el amor
de

tu vida. Sé feliz. Ya quisiera estar
yo en su lugar, pero no se puede.

Ella subió sus manos y acarició su mejilla.

—Esto no debería estar pasando.

—Pero pasó, ya estamos en esto.

—Tú podrías encontrar alguna mujer que te ame —afirmó con un nudo en la

garganta.

—Ninguna será como tú.

—No puedes saberlo, apenas me conoces.

—No lo entiendes, ¿verdad?

—¿Qué debería entender?

—Tengo treinta y dos años, pequeña, y nunca había sentido algo igual a lo

que siento por ti.

—Puede que sea porque somos hermanos.

—Ni lo digas.

—Nunca has querido ser mi hermano, cuando te lo mencioné la primera

vez, me dijiste lo mismo.

—Nunca. Pero ahora seré tu hermano, tu guardián y pobre de Marcos si te

llega a poner una mano encima antes de que se comprometa contigo, tú no

serás su juego.

—Estás celoso.

—Hiervo por dentro —aceptó.

Ella quiso besarle, asegurarle que ella no sentía nada por Marcos,

pero no

podía hacerlo. Él era su hermano de sangre.

—Vamos a la casa, pequeña, desde ahora en adelante las cosas cambiarán,

tomarás el mando de la casa, del fundo me haré cargo yo, pero no te

preocupes, que ya no habrá más de esto que te pone tan mal.

—No he dicho nada.

—Tu mirada lo ha dicho por ti.

Cuídate, lo que necesites, no dudes en

pedírmelo, aquí estaré siempre para ti. Ojalá hubiera podido disfrutar más de

tu compañía, lo sentí como una verdadera sanación emocional.

Victoria se quedó en silencio, pero algo, muy dentro de sí, le dijo que

aquello que estaba haciendo Rodrigo no era una simple sanación de su alma o

un disfrute de su compañía, le sonó

a despedida, aunque por la noche,
cuando

ya estaba en su cuarto, repitió la
conversación en su mente y pensó
que estaba

paranoica, que él en ningún
momento habló como si se
estuviera despidiendo.

Decidió no pensar más en el asunto
y se durmió hasta la mañana
siguiente.

Capítulo 21

Solo la mañana siguiente, Victoria

se dio cuenta que no habían hablado con

la abuela como él había dicho que lo harían, para saber la verdad acerca de

los tiempos. Si Rodrigo tenía treinta y dos años, eso significaba que su papá lo

había tenido seis años antes que a ella. ¿Y su mamá en ese entonces? ¿No se

suponía que ellos habían sido amigos de toda la vida y cuando

crecieron se

enamoraron y de ahí todo fue mal porque su abuelo no quería de yerno a un

simple peón?

Miró su celular para ver la hora. Las diez en punto. ¡Era tardísimo! Bajó y

no halló a nadie. Ni la abuela de Rodrigo se encontraba por ahí. Se sirvió

desayuno y se sentó a comer, sola, pensando en todo lo ocurrido los

últimos

días. Unas cuantas semanas y todo su mundo se había vuelto de cabeza. Todo

en lo que creía se había desbaratado de un día para otro. ¿Y qué podía hacer?

Aceptar su realidad.

Recordó los primeros días en que se conocieron. Según él, ella le había

gustado desde que la vio. Y en una semana se había enamorado de ella.

Era

cierto que una semana no bastaba para amar a alguien, pero ¿y si fuera así?

Rodrigo se portó tan bien en la capital, fue un verdadero apoyo, un verdadero

amigo y un verdadero hombre. A pesar de toda la pesadez que ella demostró,

de toda su histeria, a pesar incluso de la presencia de Misael, él estuvo allí,

apoyándola; a pesar de su enojo...
A pesar de su mamá.

Y recordó la noche que ella quería
que le hiciera el amor. “Te voy a
tener

un día en mis brazos, en mi cama,
pero ese día llegará cuando te
quieras

entregar a mí porque lo quieres, no
para pagarme el hecho de estar
contigo

toda la noche haciéndote
compañía”. Ya no podría ella nunca

entregarse a él y

solo entonces lo pensó: ¿qué habría pasado si hubieran hecho el amor aquella

noche? ¿Si él hubiese sido otro y se hubiera aprovechado de la situación?

Sintió pasos en la sala y salió a mirar quién era. ¿Marcos allí?

—Hola, ¿cómo estás? —saludo el empleado.

—Hola, ¿y tú? —preguntó sorprendida.

—Me mandó el patrón a ver si necesitabas ayuda, como estás sola, quería

asegurarse que estés bien, que habías comido y que te hubieras lavado los

dientes y detrás de las orejas —bromeó el hombre.

—¿Eres mi niño otra vez?
—regañó ella con dulzura—. ¿Y la señora

Norma? ¿Él no vendrá a almorzar?

—No creo que él venga y la señora

salió temprano, dicen que no vuelve por aquí.

—¿Qué? —preguntó más sorprendida todavía.

—Eso dicen, que se fue.

—No lo creo, supongo que Rodrigo no la echó.

—No creo, si él adora a su abuela, no sé qué habrá pasado, pero las cosas

andan muy raras por aquí.

—Así veo.

—Bueno, yo venía a ver que estuvieras bien. Me voy a las viñas, estamos

cosechando la uva para el vino, ¿quiere venir? Así no se queda sola en esta

tremenda casa.

—No te preocupes, como tú dices, las cosas no andan bien por aquí y tengo

cosas que hacer. Ese hombre, Hernán Montes y el contador

estaban planeando

una estafa del tamaño de un buque.

—¡Ya lo sabía! Si ese tipo me daba mala espina. Menos mal que el patrón

abrió los ojos, aunque todavía no lo echa, no sé qué está esperando.

—Está esperando tener las pruebas necesarias, si no, se puede ir y luego no

tendremos dónde encontrarlo.

—Eso es verdad, también. Pero ¿te

cuento un secreto? Me carga verle la

cara de hipócrita todos los días.

—Me imagino, pero ten paciencia, falta poco para que todo se descubra y

no solo se vaya de aquí a la calle, que se vaya a la cárcel.

—Ojalá, ya no quiero volver a ver a ese imbécil.

—Tranquilo, Marcos, no te enojés.

—No me enojo, solo me da rabia.

Se largó a reír con una sonora carcajada. Ella lo siguió.

—¿Estás segura que no quieres ir a los viñedos’

—No, no quiero encontrarme con tu patrón ahora.

—No, si él está al otro lado, en los maizales, ya estuvo por las viñas, así

que no creo que vuelva por ahí.

—No, no te preocupes, gracias de todas maneras.

—Cuando gustes ir a dar una vuelta, me avisas y te vengo a buscar.

Ella solo asintió con la cabeza, él se despidió en su modo particular con un

gesto con el sombrero.

Victoria se quedó pensando en lo que había ocurrido, por qué se decía que

la señora Norma ya no volvería por allí, ¿acaso se había disgustado con su

nieto? Quizás éste le preguntó acerca de su madre y cómo fue que él nació

cuando se suponía que su padre estaba con la mamá de ella. Las cosas no

estaban para nada claras y al parecer nadie quería hablar, pues el día que la

visitó su abuelo en el funeral de su mamá, no dijo más que frases inconexas,

incoherentes, al menos para ella en

ese momento, pero que en realidad,
ni

ahora sabiendo lo que sabía, la
sacaban de dudas. Que su mamá era
una

mentirosa, sí, lo aceptaba, aunque
su abuelo no se lo dijo así, aquel
“tú no

sabes todo”, significaba para ella
que su mamá mentía, ¡y vaya que
mentía!;

por otro lado, también le dijo que si
él había desheredado a su hija no

fue por

un capricho ni porque se había quedado con el peón, no, había sido algo

mucho más turbio que eso, pero que no era el momento ni el lugar para

hablarlo, y, por último, estaba el hecho que él siempre supo de ella y hasta el

último estuvo pendiente de ella... Hasta el día de su muerte.

Las preguntas rondaban la mente de Victoria sin saber muy bien cuál era

la

verdad. ¿Por qué su mamá le había mentado a su papá acerca de la supuesta

muerte? Nadie más que ella pudo haber inventado una mentira así. Además,

¿por qué lo visitó tantos años y a ella siempre le dijo que no tenía idea de

dónde podía encontrarlo? ¿Cómo, si su papá no tenía idea de su existencia, lo

pudo saber un abogado que no tenía arte ni parte en todo eso? ¿Cómo es que la

abuela de Rodrigo, sabiendo que sí era hijo de José, permitió que le quitaran

todo? ¿Por qué no habló antes de ese asunto? ¿Qué haría ahora con su vida?

Suspiró y salió afuera, se sentó en el balancín y encendió un cigarrillo.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, parecía que le iba a

estallar en

cualquier momento. Quería, no, necesitaba saber qué estaba pasando en la

hacienda, dónde se había ido la abuela, dónde se había metido Rodrigo y por

qué había mandado precisamente a Marcos a verla. Se lo imaginó con los

celos a flor de piel, porque Rodrigo era muy, pero muy celoso, aunque no lo

quisiera admitir.

Mucho rato después, con su mente ya en blanco de tanto pensar, sintió la

insistente mirada de alguien. Abrió los ojos y vio a Rodrigo que la contemplaba con admiración.

—Hola, pequeña, ¿cómo te sientes?

—Parece que la cabeza me fuera a estallar en cualquier rato de tanto pensar, aparte de eso, bien. ¿Y tú?

—Yo. Aquí. Vine a verte.

—Hace poco vino Marcos.

—Lo sé, yo lo envié.

—¿Por qué a él?

—Porque a pesar de todo, confío en él, sé que no te lastimará.

—¿Y en los demás no?

—No sé, pero si te vieran sola, sin ayuda, y quisieran sobrepasarse, ¿quién

los podría detener?

—No confías en ellos.

—Son hombres.

—Marcos también lo es.

—Pero Marcos es un hombre justo, leal. Confío mucho en él.

—¿Y por qué no es tu capataz entonces?

—Porque estoy esperando desenmascarar a Hernán, en cuanto las tenga,

Marcos será mi mano derecha oficialmente, porque en sentido

práctico, ya lo

es.

—Ah.

—¿Qué te dijo Marcos?

—Me dijo que se comentaba que tu abuela no vuelve por aquí, que las cosas andan raras en la hacienda, que nadie sabe nada, etc., etc.

—Mi abuela se fue de la casa.

—¿La echaste? —interrogó entre sorprendida y molesta.

—No. Nos fuimos juntos.

—¿¡Qué!?! —casi gritó.

—Sí, nos fuimos, no puedo quedarme aquí, anoche lo pensé mucho y no

podemos vivir bajo el mismo techo.

—Yo te dije que me iba yo.

—Y yo te dije que no dejaré que te vayas sola.

—Y me dejas sola aquí, en este tremendo caserón.

—¿Te asusta?

—¡Claro que me asusta! No me quiero quedar sola aquí, debiste

preguntarme antes. Además, si no quieres que pase penurias en la ciudad,

puedes ayudarme rentando un departamento, no en la capital, pero en la ciudad

o en el pueblo, no es tan lejos de aquí. Pero sola aquí de noche, no, gracias.

Rodrigo entrecerró los ojos.

—¿De verdad te da miedo quedarte aquí?

—No estoy bromeando, Rodrigo.

—Le diré a mi abuela que vuelva.

—¿Y tú?

—¿Quieres que vuelva?

—Esta es tu casa, Rodrigo, no la mía.

—También es tuya.

—Es mitad y mitad. Yo vivo en mi mitad y tú en la tuya. Juro que no te

molestaré.

—Tú no molestas, pequeña.

—Mi presencia te altera, lo sé.

—No es tu culpa.

Ella no supo qué decir. El
hacendado tampoco supo continuar
la

conversación, de todos modos,
cuando se encontraba frente a ella
era poco lo

que podía decir.

—¿Hablaste con tu abuela sobre lo que conversamos ayer? —atinó a hablar

Victoria unos minutos más tarde.

—No. O sí. O sea, le pregunté, se fue con evasivas y al final me dijo que

ella no sabía, que después se enteró que José Fernández la había embarazado,

pero su hija le pidió que no le dijera nada, que él nunca se enteraría que tuvo

un hijo con ella, que solo fue un error. De hecho, ella apenas pasó el embarazo

con su hija, tres meses después de nacido, llegó a su casa conmigo y me dejó

ahí para que me cuidara. Pasaron los años y mi mamá volvió para llevarme.

Se vino con nuestro padre a pedirle asilo. Mi papá no era tonto y sacó

cálculos, pero ella siempre lo negó, siempre le dijo que yo no era su

hijo. Pero

dice que ella no sabe más.

—Entonces nuestro padre era un aprovechador.

—Así parece. Al menos desde ese momento se hizo cargo de mí y para él

fui su hijo.

—¿Qué edad tenías?

—Casi ocho.

—O sea que fue poco después que

yo supuestamente me morí.

—Así es. De hecho, él estaba muy deprimido, apenas hablaba, en ese

tiempo no era ni parecido al papá que conocí después, un hombre risueño, más

jovial, más alegre, aunque siempre con una sombra de tristeza en los ojos,

siempre supuse que era por mi madre, que iba y volvía a su antojo. Creo que

él no la amaba, simplemente la

quería por ser mi madre.

—Al menos la respetaba y la trataba bien, ¿o no?

—Sí, siempre la trató con mucho respeto, ella también, yo creía que

estaban enamorados, con los años, me he dado cuenta que no, que eran grandes

amigos y que mi papá siempre estuvo para ella cuando lo necesitaba y lo

mismo pasaba al revés, cada vez que tu mamá venía, ella consolaba a

mi papá.

—Como son las cosas. Uno de niño ve todo tan diferente a como son en realidad. Ve lo que quiere ver y se imagina lo que quiere, convirtiéndolo en su propia realidad.

—Preferiría seguir en esa vida de niño donde no tenía que lidiar con estos problemas que tengo ahora.

—Yo prefiero no volver a ser niña.

—¿Por qué?

—Fue mi peor época. Los niños me ignoraban porque yo era pobre, porque

no tenía papá y, además, mi mamá echaba a cualquier niño o niña que quisiera

acercarse a mí. Más grande, me molestaban, me golpeaban por nerd, me

trataban muy mal. Así que ni aunque tenga que pasar todo esto diez veces más,

lo prefiero, al menos sé que no me odias ni te soy indiferente.

—Ni lo uno ni lo otro, pequeña.

—Además, tenía que hacer todas las cosas de la casa porque mi mamá

vivía enferma. Aparte de mis tareas y trabajar para llevar dinero a casa.

—¿Y tu mamá no trabajaba?

—Trabajó fuera de casa cuando yo era chica, pero después ya no, para poder cuidarme, hacía trabajos

domésticos: iba a hacer aseo a una casa por

horas, planchaba por horas, hacía bastas y yo la ayudaba.

—¿Tú la viste hacer eso alguna vez?

—No, pero ella... —Victoria frenó su oración al darse cuenta del rumbo

que estaba tomando la conversación—. ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que me da la

impresión que, o tu papá la mantenía o lo

hacía tu abuelo, pero de lavados y planchados, niña, nadie vive.

—Una mentira más.

—No debí decir nada.

—Está bien, son cosas de las que no me había percatado.

—Tal vez no sean como yo las digo.

—Lo son. Ahora lo puedo ver claro. —Pausa—. Rodrigo, yo

quiero ir a mi

casa.

—¿Te quieres ir?

—No. No. Así como descubrimos cosas de nuestro papá aquí, tal vez en mi

casa encontremos algunas respuestas. Ya supe que todavía no la entregas, que

estabas esperando a que yo decidiera qué hacer.

—¿Cuándo quieres ir?

—Me da lo mismo, pero pronto, dentro de estos días.

—Mira, he dejado el fundo de lado, déjame arreglar algunas cosas y nos vamos.

—Ese tipo, Hernán Montes, debe estar fuera cuando vamos. Si se queda aquí...

—Sí es cierto.

—¿Crees que sea bueno que vamos los dos?

—No querrás ir sola.

Ella bajó la vista.

—No.

—Si quieres, podemos hacernos acompañar por Marcos —dijo entre broma y molestia.

Ella sonrió.

—Claro, tú estarías feliz.

—Y tú encantada, ¿no?

Se miraron. Se quedaron prendados

en sus miradas.

—Vuelvo a trabajar —balbuceó él.

—¿No vas a almorzar aquí?

—No, voy a enviar a una de las chicas para que prepare algo para ti.

—No hace falta, yo sé cocinar.

—¿Segura?

—Sí, segura. Eso me ayudará a mantenerme ocupada y a no pensar tanto.

—Bueno, nos vemos a la noche.

No supieron qué hacer. No sabían cómo despedirse. Finalmente, solo sonrieron y él emprendió camino hasta su caballo, se subió y galopó lento.

Antes de desaparecer por completo, se volvió, Victoria estaba de pie observándolo. Él giró por completo su caballo y se quedó así un momento.

Hizo una inclinación con su mano en el sombrero y se fue a toda

prisa, con el

corazón enrabiado, adolorido. ¿Por qué las cosas tenían que ser así?

¿Por qué

el amor siempre le había sido negado? Tuvo todo lo que una persona pudo

desear: dinero, comodidad, amor de familia, pero nunca tuvo amor de mujer,

hasta ahora, a sus treinta y dos años todavía no conocía lo que era amar y ser

amado por una mujer.

—Marcos, acompáñame —ordenó sin bajarse de su caballo.

El joven empleado subió a su propio animal y siguió a su patrón, confundido y un poco asustado. Llegaron a un claro lejos de todo y de todos.

—Quiero saber algo y quiero que me contestes con la verdad —dijo sin
más.

—Claro, patrón, usted dirá.

—¿Qué sientes por Victoria?

—¿Por la señorita Victoria?

—¿Conoces otra Victoria?

—repuso enfadado.

—La conozco hace poco tiempo, patrón, ¿qué se supone que sienta por

ella?

—No te hagas el tonto. Te gusta.

—¿A quién no? Es bonita,

agradable y por aquí no hay muchachas

refinadas, con educación, mujeres de la capital, usted entiende.

—Sí, claro que te entiendo.

—Si piensa que yo se la quiero quitar...

—Debes hacerlo —replicó con firmeza.

—¿Qué?

—Escucha, no preguntes nada, ya lo sabrás todo a su tiempo, pero esa

mujer no es para mí, está vedada para ser mía, en cambio tú...

—Patrón...

—Pero si la quieres para jugar con ella o aprovecharte, te las verás conmigo.

—Usted sabe que yo no soy así.

—Lo sé y por eso no puedo confiar a nadie más. Además, sé que te pasan

cosas con ella, de otro modo no irías a visitarla tan seguido, incluso

aprovechando mi ausencia.

El joven bajó la cabeza.

—También sé que la vas a llevar al río.

—Si ella le dijo porque no quiere ir, yo le juro...

—Ella no me lo dijo, yo lo escuché. Hazlo. El lunes me voy a ir con ella a

la capital de nuevo. No te lo aseguro, pero tal vez tengas que acompañarnos.

Hay algunos trámites que debemos hacer y necesitaré un hombre de confianza

con nosotros.

—¿Y Hernán?

—No, él... no.

—Como usted ordene, patrón

—aceptó el peón intrigado por las palabras

del hombre.

—Recuerda, Marcos, si tú solo quieres jugar con Victoria, ni te le

acerques.

—Claro, patrón, yo no quiero eso, ella no es mujer para jugar.

—No, no lo es —terminó con un dejo de amargura—. No le digas a nadie

lo que te acabo de decir.

—Seré una tumba.

—Bien. Sigue en las viñas, yo voy a los maizales...

—¡Patrón! —Detuvo el empleado a su jefe justo antes que este se

subiera a

su caballo.

—Dime. —Rodrigo bajó la pierna y se encaminó hasta el joven.

—Hay algo que me molesta y quería conversarlo con usted.

—Claro.

—Es Hernán, patrón.

—¿Qué pasa con él ahora?

—Ya le dije que esos días que usted estuvo fuera con la señorita

Victoria,

él se comportó muy raro, se creía el dueño y no por ser el capataz, sino porque

tomaba decisiones y daba órdenes que usted jamás hubiera dado. El escape

del Diablo fue precisamente por eso. Él lo dejó salir.

—¿¡Qué dices?!

—Yo creí que usted lo había mandado, pero cuando usted volvió y lo

devolvió a las caballerizas... Me quedó la duda. He seguido vigilando y él

tiene en su casa varias reses que son suyas, patrón, doblemente marcadas.

—¿Lo seguiste?

—No solo lo seguí, entré en su casa y busqué.

—Te arriesgaste mucho.

—No me importa. Y lo peor no es eso.

—Di todo de una vez —exigió impaciente.

—Hoy, antes de ir con la señorita

Victoria, pasé por la casa de su capataz.

—¿Y?

—Tenía esto.

Marcos sacó unos papeles del morral de su caballo y se los entregó a su

patrón, quien los analizó con rapidez.

—¿Tierras mías a nombre de él?

—Expresó con sorpresa.

—Le está robando, patrón, sin

ningún miramiento.

—Gracias, Marcos, no menciones nada a nadie.

—¿Hasta cuándo va a permitir esto?

—Falta poco, Marcos, falta muy poco, no te preocupes.

—Está bien, como diga.

Ahora sí, Rodrigo se subió a su caballo y salió a toda velocidad, Marcos le

imitó, pero se fue en dirección a las

viñas, pensando en las palabras de su

patrón acerca de Victoria. Esa mujer no pasaba desapercibida, era una chica

muy guapa, inteligente, dulce, una mujer con la que cualquier hombre se

sentiría encantado de vivir el resto de sus días junto a ella, sobre todo a

hombres como ellos, hombres duros de campo, que necesitaban una

mujer que

al volver los esperara con calidez,
dulzor y belleza. Era la mujer
perfecta para

su patrón.

Llegó a las viñas cuando los
hombres volvían del almuerzo. Dio
las

órdenes pertinentes para que el
trabajo se llevara a cabo con la
mayor rapidez

posible y del mejor modo para que
el vino fuera del mejor nivel, como

siempre lo había sido.

Al finalizar su trabajo, al caer el sol, se fue a su casa, donde vivía solo. Y

esa tarde se sintió más solo que nunca. Su madre había muerto hacía poco más

de diez años y desde ese entonces trabajaba en el fundo de José Fernández,

acuciado por la necesidad de salir del fundo donde se crio. Lamentablemente,

los secretos en esos lugares estaban a la orden del día y el peón de Rodrigo

también tenía un gran secreto que lo había vuelto casi loco cuando se enteró.

Él sabía que las pocas veces que se emborrachaba quería reprocharle a

Rodrigo algo de lo que su patrón no era culpable, pero no tenía cara para

decirle aquel secreto, mal que mal y a pesar de todo, lo apreciaba. ¿Y

cómo no

hacerlo? Lo peor, o mejor, es que ese aprecio era retribuido, sabía que su

patrón también lo estimaba y confiaba en él. Si se enterara de su secreto,

¿seguiría viéndolo de igual modo o lo echaría de patitas a la calle por algo

que ninguno de los dos tenía culpa alguna?

Capítulo 22

Victoria se despertó al tiempo que sintió a Rodrigo bajar las escaleras.

Quería hablar con él, la noche anterior habían llegado tarde y no lo vio.

—Buenos días —lo saludó entrando a la cocina mientras él tomaba

desayuno.

—¿Y tú? ¿Te caíste de la cama?

—bromeó él.

—Algo así.

—¿Necesitas algo?

—¿Pensaste en ir a mi casa?

—Claro. Iremos el lunes.

—Ya. Hoy voy a salir con Marcos, entonces.

—Claro, van a ir al lago.

—Sí.

—Pásenlo bien.

—¿No te molesta? —consultó preocupada.

—No sabes cuánto —respondió con ironía—, pero no puedo hacer nada, no

puedo negarte que hagas tu felicidad. Marcos es un buen tipo.

—¿Se conocen desde hace mucho?

—Hace diez años más o menos, cuando él llegó a trabajar aquí, aunque

claro, igual nos habíamos visto antes en las trillas o fiestas patronales, él vivía

en un fundo cerca de aquí, se vino

con nosotros cuando murió su mamá.

—Ah, por eso confías en él.

—Sí, bueno, en realidad fue como algo instantáneo, hubo afinidad de inmediato.

—Menos cuando se emborracha.

—La verdad es que son pocas las veces que lo ha hecho, él casi no bebe

alcohol, por lo que un poco que tome se le sube a la cabeza.

—Y siempre te reprocha algo que no sabes qué es.

—Así es.

—¿Qué edad tiene?

—La misma mía. —Sonrió con una expresión extraña—. Nacimos el mismo

día.

—Ufff... Eso sí es raro —expresó ella con sorpresa.

—Sí, tal vez por eso tengamos afinidad.

—Sí, puede ser.

—Y tal vez por eso, nos gusta la misma mujer.

Ella bajó la cara.

—No te sientas mal, es como debe ser, él es el hombre para ti.

—Pero a mí no me gusta.

—¿Nada, nada?

—Bueno, es atractivo, no se puede negar, pero no es lo mismo.

—Ya llegarás a amarlo, y si no, ya

aparecerá el correcto.

—Estás impaciente porque me enamore y me vaya con otro hombre
—le

reprochó ella.

—Sí, estoy impaciente por saber que eres de otro, solo así te sacaré de mi

mente y te mantendré alejada de mí. De otro modo, siempre estaré pensando en

ti como mujer.

—¡Soy tu hermana! ¿No debería ser eso más razón que ser la mujer de otro?

—No puedo verte como mi hermana, ¿no lo entiendes?, no puedo, para mí

eres la mujer, por eso necesito verte con otro, para que estés por completo

vedada para mí.

Victoria no supo qué decir. Él estaba desesperado y esto era prueba de ello.

Rodrigo se levantó y antes de salir de la cocina, se detuvo frente a la mujer y

puso sus manos en sus mejillas.

—Cada vez que te veo quiero tomarte en mis brazos y besarte hasta saciar

mi sed de ti, pero no puedo, sé que no puedo, pero no me basta.

Quisiera

odiarte, quisiera verte como mi hermana, pero me es imposible, por eso quiero

que estés con alguien más, porque si eres la mujer de otro, entonces...

—Entonces será lo mismo y tal vez peor, Rodrigo, ¿no lo entiendes? ¿De

verdad crees que hoy no pensarás que Marcos y yo estamos en el lago, solos y

que cualquier cosa pudiera pasar?

—No te entregarás a él hasta que no estén debidamente casados

—sentenció y ella sonrió.

—No me refería a eso, pero bien puede besarme.

Sus dedos se crisparon en las mejillas femeninas, apoyó la frente en la de

ella y resopló. Ella rodeó las muñecas de él con sus manos.

—¿Lo ves? No quieres verme con otro, Rodrigo, no lo quieres.

—No, no lo quiero, pero lo necesito.

Una solitaria lágrima cayó por la mejilla del hacendado, pero antes

que ella

pudiera secarla, él salió raudo. Los hombres no lloraban y no iba a empezar a

hacerlo ahora.

Victoria se preparó para esperar a Marcos, quien llegó poco antes de las

diez de la mañana en su caballo marrón con blanco.

—¿Lista? —Fue su saludo.

—Supongo que sí.

Marcos la hizo subir a ella primero y luego subió él delante de ella.

—Afírmate bien, no quiero que te caigas, niña.

—No corras.

—Correr es lo mejor, el viento en la cara, la sensación de volar, es

incomparable, pero eso ya lo sabes, para qué te lo voy a decir yo. Afírmate.

Victoria no supo muy bien a qué se refería, pero supuso que él la había

visto con Rodrigo la otra tarde cuando él la llevó a recorrer las tierras.

Se detuvieron frente al enorme espejo de agua que se veía muy tranquilo.

Marcos bajó una manta y la extendió en el suelo para que se sentara la joven.

Sacó también del morral del caballo unos vasos, una botella de vino, unas

frutas y unos picadillos.

—Pensaste en todo —comentó ella.

—Lógico, no todos los días uno viene con alguien tan bonita al lago.

—Gracias por el cumplido.

—Es la verdad.

—Aquí hay muchas chicas lindas.

—Sí, pero ninguna como tú.

—Hay chicas más lindas y jóvenes que yo.

—Hablas como si fueras una vieja.

—Tengo veintiséis.

—¿Viste? Eres seis años más joven que yo, no eres una vieja.

Ella sonrió agradecida. Marcos parecía un chiquillo de ojos sinceros,

juguetones; a pesar de ser marrones, un color bastante común, tenían algo de

especial, algo que era muy difícil de describir, incluso de identificar. Algo

parecido le pasaba con los ojos de

Rodrigo, también tenían ese mismo brillo

extraño, quizás los hombres del campo tenían los ojos con el brillo de la

naturaleza.

—Salud, porque este sea el primero de muchos paseos que hagamos juntos.

—Salud por eso —respondió ella alzando su copa y chocándola con la del

hombre.

Ella dio un sorbo.

—Está exquisito.

—Es del fondo.

—¿De verdad?

—Sí, este es el vino que hacemos aquí.

—Está genial, muy rico. —Se lo terminó de tomar.

—¿Más? —ofreció Marcos.

—No, no, gracias, con un vaso es suficiente.

—¿Quieres bañarte?

—Eso sí, pero me da vergüenza.

—¿Qué te da vergüenza? Ya nos hemos bañado antes.

—Que estamos los dos solos.

—¿Yo te doy vergüenza?

—Algo así.

—No seas tontita.

El hombre se quitó el pantalón, quedando en un traje de baño, y se sacó la

polera. Su cuerpo era firme, con músculos de un hombre trabajador, tostado

por el sol.

—Vamos, ánimo, hace calor y el agua es deliciosa.

—Ya, pero no me mires.

—No puedo prometer eso, Diosito y mis padres me dieron dos ojos para

mirar.

—¡Pesado!

—Tranquila, no te voy a mirar.

Ella se quitó el vestido rosa que llevaba puesto y quedó con un traje de

baño de una pieza, color negro, muy bonito y que se ajustaba a su cuerpo como

un guante, aun así, no era provocativo.

—Yo creí que vendrías con el del otro día, te ves bonita, no deberías avergonzarte.

—Es que no estoy acostumbrada, nunca iba a la piscina, menos a la playa.

No conocía ningún río.

—Mal hecho, la vida está para disfrutarla y el agua es un purificante del

alma, sobre todo cuando uno tiene problemas. Sabes nadar, supongo.

—Supones mal, ¿no te acuerdas que en el río no me soltaba de ti?

—contestó roja como un tomate.

—Es que el río es distinto, la corriente te lleva. ¿Quieres que te enseñe a

nadar?

Ella no respondió. Él la agarró de la mano y la tironeó para ir al lago

corriendo. Ella se reía y no podía evitar correr junto con Marcos. Al llegar al

agua, él se metió sin bajar la velocidad de la carrera y Victoria quiso

detenerse, pero él no se lo permitió.

La jaló fuerte hacia él y la abrazó cuando

llegaron casi a la mitad del lago y el agua les llegaba hasta el pecho.

—No me quiero ahogar —suplicó asustada.

—¿Crees que yo dejaría que te pasara algo malo? —replicó apretándola un

poco contra sí—. El patrón me mataría.

—Marcos...

—Te voy a enseñar a nadar.

La tomó en sus brazos y la dejó acostada de espaldas en el agua.

—Siente como flotas. Siéntela como una cama suave. Déjate llevar. ¿Te

gusta? —Fue hablando a medida que ella se iba relajando en sus brazos.

—Está genial, pero no me vayas a soltar.

—No lo haré. Cierra los ojos y disfruta, te juro que no te voy a

soltar.

Ella obedeció y en cosa de nada sintió que ella era parte del agua.

Él aflojó

un poco la mano es su espalda.

—No me sueltes —rogó ella.

—No, es para que puedas sentir mejor.

Ella se volvió a relajar y de pronto ya no sintió la mano de él, solo la de la

cabeza seguía allí, sujetándola. No

se asustó, al contrario, se sentía segura,

feliz, olvidó los problemas y sus miedos.

Ya había pasado un buen rato, cuando ella, ya tranquila, se abrazó al cuello

masculino y él la afirmó de la cintura para ayudarla a incorporarse.

—¿Qué pasó?

—Que me dio hambre y que ya estuvo bien.

—¿Segura?

—Es demasiado relajante.

—Sí, mucho.

—Vamos para que comas algo.

Salieron del agua tomados de la mano. Ella miró en dirección a la colina

donde Rodrigo la había llevado y lo vio allí, en la cima, montado en su

caballo, mirándola. Ella se sintió culpable y se soltó de la mano de

Marcos,

quien no dijo nada, porque también vio a su patrón vigilándolos.

Del morral sacó unos pocillos herméticos donde llevaba arroz con carne y

unas ensaladas.

—¡Qué rico! —comentó ella feliz.

—Espero que te guste como cocino.

—¿Tú lo hiciste?

—Sí, vivo solo, así que o cocino o

me muero de hambre.

Victoria probó el alimento y cerró los ojos con gusto.

—Está exquisito —halagó—. Muy rico.

Él sonrió un poco avergonzado y no supo qué decir.

—Cuéntame de ti, Marcos.

—De mí. No hay mucho qué decir. Nací y me crie aquí. Bueno, no aquí,

aquí; en otro fundo. Cuando murió

mi mamá, me vine a trabajar aquí.
Y desde

entonces soy el peón de Rodrigo
Montero.

—Lo dices como si te molestara.

Marcos se puso serio, no por enojo,
más bien como frustrado.

—¿Qué pasa, Marcos? ¿Por qué, si
aprecias a Rodrigo, a veces
pareciera

que lo odias?

El sujeto resopló con fuerza. Calló.

—Si no quieres decirme, bien. Vinimos aquí a disfrutar.

—Sí, pero él parece no querer que nos divirtamos demasiado, ¿no?

—No digas eso, está preocupado por mí, mal que mal, somos hermanastros.

Soy algo como su hermana menor y me cuida.

Marcos clavó una mirada de cuchilla sobre la joven

—Por favor, Victoria, el patrón te mira como cualquier cosa, menos

como a

su hermanita pequeña.

—Así es de la única forma en la que debe mirarme —sentenció ella.

—Si tú lo dices —resopló apartando la mirada.

—Somos hermanos —expresó con dificultad.

Volvió a atravesarla con la mirada.

—Él no te ve así.

—Es así.

—¿Qué dices? —inquirió interesado.

—Eso. Somos hermanos.

—No puede ser.

—Sí. Él es hijo de José Fernández. Igual que yo.

Marcos se echó hacia atrás, pálido como el papel, con la vista perdida y

con una expresión de desencanto, de dolor, que Victoria no se explicó.

—¿Qué pasa, Marcos?

—No puede ser.

—Nosotros tampoco queremos creerlo.

—Es que... Es imposible.

—Eso quisiera.

La volvió a mirar, pero esta vez con una emoción contenida en los ojos.

—Victoria... —Sonrió.

—Marcos, esto no es fácil para mí.

—Me lo imagino, para él tampoco.
Debe estar sufriendo mucho; su
corazón

dio un vuelco cuando te vio, pusiste
su vida de cabeza, niña, y ahora él
no

sabe qué hacer con lo que siente
—manifestó con verdadero pesar
por su

patrón—. Pero eso significa que tú
y yo...

—Marcos, no quiero que te hagas
falsas esperanzas, yo no te...

—¡No! No, no digas nada. Niña...
Ven aquí.

La abrazó de un modo fraternal, no tan diferente al abrazo en la laguna, pues a pesar de que la joven se sintiera algo incómoda, él en ningún momento

la apabulló con la intensidad de sus emociones. Al contrario, a pesar de la

condición en la que estaban, él fue muy respetuoso.

—Marcos.

—Hay cosas en la vida que nos sorprenden, pero esta, esta ha sobrepasado

todos los límites.

—¿Qué pasa, Marcos? Estás actuando extraño.

—Claro que sí, debes estar confundida, pero aún no es tiempo para hablar.

Ven, apenas si has comido y tenías hambre.

La soltó para dejar que comiera y él hizo lo mismo. Luego, abrió un

pocillo

con damascos.

—De verdad pensaste en todo.

—No en todo.

—¿Por qué no?

—Ven, guardemos todo, te llevaré a la hacienda donde me crie y después a

mi casa.

—Marcos.

—No tengas miedo, no te tocaré,
solo quiero que conozcas un poco
más de

mí.

Se subieron al caballo de la misma
forma en que lo habían hecho

anteriormente y cuando ella lo
abrazó, él colocó sus dos manos
sobre las de

ella.

—Niña... Mi niña —murmuró y
echó a andar el caballo a paso
lento.

Victoria no entendía lo que ocurría con Marcos, pero ya no volvió a preguntar. Esperaba que le hubiera quedado claro que ella no estaba interesada en él como hombre, más bien, lo veía como a un amigo, su primer niño. Sonrió para sus adentros.

La casa de Marcos era pequeña. Apenas tenía una sola habitación de madera, donde tenía una pequeña cama, una cocina a gas, un refrigerador, una

mesa diminuta para dos personas, un aparato de televisión antigua y nada más.

El baño estaba fuera, como casi todos en ese lugar. A pesar de lo chiquita, la

casa estaba limpia y ordenada.

—Ya ves como yo vivo, simple y pobre —le dijo al tiempo que le ofrecía

asiento en una de las dos únicas sillas del lugar.

—Es agradable y acogedora.

—Sí, lo es, me gusta vivir en un lugar limpio y ordenado, no recibo visitas,

tú eres la segunda persona que viene aquí.

—¿No tienes amigos?

—Se puede decir que no, tengo compañeros de trabajo, muy buenos

compañeros de trabajo, pero solo eso. Amigos, no.

—¿Y no te sientes solo?

—Muchas veces, ¿quién no? Pero

me sé llevar con la soledad,
¿sabes? Mi

mamá me decía que no es mala,
solo hay que saber apreciarla. ¿Tú
dejaste

muchos amigos en la capital?

—No. Yo no tenía ni siquiera
buenos compañeros de trabajo. Si
no querían

ligar conmigo, me tenían mala. Así
que no. A quienes más apreciaba,
era a mis

vecinas, pero eran eso, vecinas, la

mayoría de ellas pudieron haber sido mi

madre.

—Entonces no extrañas la ciudad.

—La verdad es que no.

—¿Quieres jugo?

—Ya —respondió la joven, observando a su anfitrión abrir el refrigerador

y sacar una botella de vidrio con jugo.

—Es jugo de ciruelas —indicó.

Ella lo probó.

—Está súper, gracias.

—Victoria, dime la verdad, ¿tú también te habías enamorado de Rodrigo?

Ella bajó la cabeza.

—Enamorada, no creo, pero sí me había gustado, para qué te lo voy a negar

si supongo que ya te habías dado cuenta.

—Él no se ha enamorado nunca y es una lástima que la mujer que ama, haya

resultado ser su hermana.

—¿De verdad lo sientes?

—Yo quiero a Rodrigo, lo quiero como si fuera mi hermano, tanto así que

siento, como muchos hermanos, que a él se le han dado cosas que a mí se me

negaron.

—¿Ese es tu problema con él?

Él no contestó.

—Marcos, dime la verdad, hay algo que tú ocultas con él, ¿qué es?

—Nada, Victoria, nada. Vamos, que se hace tarde.

—Son recién las cinco.

—Rodrigo estará impaciente esperando por su “hermana”

—cortó con

sequedad.

Victoria lo siguió, al parecer no le gustó su pregunta.

—¿Te enojaste conmigo?

—preguntó algo entristecida.

Marcos le sonrió y volvió a tener esa expresión extraña en su rostro.

—Claro que no, niña, no podría enojarme contigo aunque quisiera.

Le dio un beso en la frente y la llevó de vuelta a la casa grande, en

completo silencio y tranquilidad y al dejarla en el umbral, volvió a darle un

beso en la frente.

—Mañana puedes ir a las viñas si quieres, van a seguir con la recolección,

es una buena oportunidad de comer la mejor uva de la zona.

—Bueno. ¿Me vienes a buscar?

—Por supuesto. A las diez ¿te parece bien?

—Sí, te espero.

Otro beso en la frente de despedida.

Silencio.

Solo el galope del caballo daba señales de vida en ese momento.

Victoria

se sentó en el balancín y cerró los ojos tratando de buscar respuestas a la

actitud de Marcos. Tal como había dicho Rodrigo, se apreciaban, pero un

resquemor en Marcos lo hacía comportarse de un modo extraño. ¿Qué era

aquello?

—¿Te divertiste? —La voz de trueno de Rodrigo la sacó de sus cavilaciones.

Abrió los ojos y vio la misma mirada de cuchilla de Marcos, en Rodrigo.

—¿Estás enojado?

—Sí. Lo sabes bien.

—No debes estarlo. Al parecer, Marcos me ve como una niñita, cero

atracción siente por mí.

—¿Por qué lo dices?

—Porque es verdad. No insinuó nada, no buscó nada.

—¿No te quiso dar ni un beso?

—¡Sí me dio un beso! En la frente.

—Se apuntó el lugar con el índice.

—¿Qué?

—Eso. Y me dice “niña”.

—Eso es extraño, me pareció que quería iniciar una guerra conmigo

por ti.

—Bueno, ahora ya sabe que entre tú y yo no puede haber nada, quizás por

eso no le intereso como mujer. Ya no va a pelear contigo, que parece que eso

le encanta.

—No sé si alegrarme o enojarme.

—Rodrigo, ¿qué te parece si me cambio a la casita de atrás? Así podrías

vivir tranquilo aquí.

—¿Te irías a vivir allá?

—Sí, ¿por qué no?

—No sé. Creí que no querías vivir sola. No te quisiste quedar sola en esta.

—Esta casa tiene tres pisos, un millón de dormitorios, sala, biblioteca,

despacho, sala de juegos y un montón de piezas más. ¡Es gigante!

Él sonrió con ternura.

—Si quieres irte, bien, no me opondré porque estarás segura aquí, pero si

no te sientes cómoda, me lo dices, ¿estamos?

—Obvio. Si no me gusta, me vengo de vuelta como el perro arrepentido.

Rodrigo cerró los ojos y resopló.

—Cómo quisiera que las cosas fueran distintas.

—Y yo, pero así es como nos tocó. No hay nada qué hacer.

—El lunes vamos a la capital, a tu casa, quizás vaya Marcos con nosotros,

aunque no lo aseguro, Hernán creo que caerá antes de lo pensado.

—¿Y eso?

—Marcos. Él, mi “enemigo” —dijo haciendo el gesto de comillas— está

cuidando mis intereses, ¿puedes creerlo?

—Sí, puedo creerlo. Él te quiere como a un hermano. Hasta para

pelear lo

siente así.

Rodrigo sonrió. Así mismo lo sentía él. Por más extraño que sonara.

Capítulo 23

El domingo, Marcos la llevó a las viñas y se entretuvo mucho mirando y

recolectando uvas. También comiéndolas.

Rodrigo, por otro lado, la miraba

de lejos, la admiraba de lejos.
Montado

en su caballo, la buscaba para
verla. Sabía que no podía seguir
albergando

sentimientos por ella, pero nadie
tenía el control sobre su corazón y
cada día

lejos de ella, como mujer, sentía
que moría un poco.

A las ocho en punto del lunes en la
mañana, Marcos llegó hasta la casa
grande, Rodrigo le había pedido

que los acompañara, así, irían donde el

contador e iniciarían la demanda contra Hernán.

Viajando por la carretera, Rodrigo miró a Marcos por el retrovisor de la

camioneta en la que viajaban.

—¿Ya sabes que Victoria y yo somos hermanos? —preguntó.

—Sí, me lo dijo Victoria el sábado.

—Y debes saber que las cosas no

son tan simples.

—Al parecer nada es simple.

—No. El papá creía que su hija estaba muerta.

Marcos elevó las cejas, aturdido.

—Así se lo hizo creer la mamá de Victoria.

—Eso es una maldad tremenda

—replicó mirando a la joven, ésta sólo se

encogió de hombros.

—¿Y ahora? ¿Dónde van?

—Vamos a ir a su casa, tal vez su mamá tenga alguna respuesta entre sus

cosas.

—Y yo, ¿qué pinta tengo en esto?

—¿Quieres la verdad? —preguntó, casi divertido, Rodrigo.

—Por supuesto.

—Vienes de chaperón.

Marcos largó una risotada que

contagió a la pareja que iba en los
asientos

delanteros.

—¿Por qué te burlas?

—Porque ya está un poco
grandecito para necesitar un niñoero.

—Muy bien que te ofreciste para
ser niñoero de Victoria.

—Es distinto, ella es bonita y
todavía es pequeña.

—¡Hey! No soy tan pequeña
—protestó la aludida.

—Lo eres para nosotros
—contestaron los dos al mismo
tiempo.

Y volvió la risa. El viaje se hizo
ameno entre bromas y risas. Los
dos

molestaron a Victoria, la que
incitaba más a las bromas con sus
protestas y

pucheros.

Al llegar, fueron a casa de la
señora Hilda.

—Niña, aquí está la llave. Ayer fui

a hacer aseo. Todo está en orden.
No

entré a la pieza de la señora Ignacia. Me dio cosa.

—Muchas gracias, señora Hilda.

—No hay de qué. ¿Se va a quedar?

—No —se apresuró a contestar Rodrigo.

—Ah ya, si necesita que siga yendo a prender las luces y eso, usted me avisa, no más.

—Gracias.

Rodrigo abrió la reja y tuvo que empujar a Victoria para que entrara.

Marcos se quedó atrás y en silencio. En un momento, Victoria se dio la vuelta

y caminó hacia la calle, siendo interceptada por Marcos que la tomó de ambos

brazos con suavidad.

—Tranquila, niña, todo está bien, si no estás preparada, nadie te obligará a

hacerlo.

—Si no quieres, nos vamos
—habló Rodrigo.

—Sé que tengo que hacerlo, pero
tengo miedo a lo que me vaya a
encontrar

allí adentro.

—Vamos, estaremos contigo, no te
dejaremos sola. Si hay algo que no
seas

capaz de soportar, te sacaremos de
allí y volverás a casa —afirmó
Marcos.

Ella asintió. Marcos la giró y se la entregó a Rodrigo que lo miraba

extrañado. Aun así, agradeció con un gesto.

El dormitorio de Ignacia Subercaseaux estaba intacto. Nada había sido

movido, ni siquiera la cama estaba hecha. Victoria respiró hondo y se adentró

en la habitación. Abrió el ropero y miró dentro. Subió una mano para tomar

unas cajas que habían guardadas allí, pero no las alcanzó. En lo que ella

buscaba con la mirada algo para encaramarse, Rodrigo y Marcos se acercaron

y sacaron esas cajas. Las dejaron en la cama, donde Victoria se sentó para

revisarlas. Había montones de fotos. De ella. De su madre. De ambas. Ninguna

de su padre. En ninguna de las dos

cajas.

—Nada que no haya visto yo antes

—resopló frustrada.

—¿Hay algún otro lugar donde guardara cosas?

—No, ahí estaban las fotos.

Marcos hurgó un poco más atrás en el mueble y sacó otra pequeña caja.

—Esas son mis tarjetas

—explicó—. No las vean, porque más me van a

molestar.

Marcos la abrió de todos modos y vio varias tarjetas de Victoria para su

madre. Tarjetas hechas por ella. A ambos hombres les pareció encantador.

Todo rosa, con corazones y flores.

—Ya, búrlense.

—A mí me gustan —comentó Marcos.

—Son lindas —replicó Rodrigo.

—Todo porque les reclamé antes

—dijo infantil.

A Rodrigo le dieron unas ganas inmensas de besarla. Marcos lo notó y tomó

a Rodrigo de un brazo.

—Vamos a buscar algún otro lugar donde esta señora pudo haber guardado

más cosas.

Registraron cajones, muebles, entre la ropa, pero nada. De pronto, Rodrigo

miró la cama deshecha y se dio cuenta que el colchón tenía un cierre que lo

rodeaba. Marcos también lo notó.

—Sal de la cama, niña, que parece que tu mamá tenía un tesoro en el colchón.

Lo abrieron y ¡vaya sorpresa que se llevaron! La mujer tenía documentos,

cheques, fotos y mucho, mucho dinero.

Victoria chocó contra el ropero y los dos hombres se volvieron a mirarla.

Su palidez les inquietó y se acercaron presurosos a ella. Rodrigo le cedió el

lugar a Marcos para que se ocupara de ella.

—Tranquila, niña, ¿quieres salir de aquí?

—No, no, es solo que... me sorprendió.

—¿Te sientes bien? ¿Estás segura?

—interrogó Rodrigo.

—Sí, sí. Estoy bien, no se preocupen, vean qué más hay ahí

—ordenó

molesta.

—¿Por qué te enojas? —inquirió Marcos, ajeno a muchas cosas.

—Porque yo tenía que tapar un hoyo para llenar otro de deudas y mi mamá

tenía dinero de sobra para no tener que pasar las necesidades que pasábamos.

Con decirte que ni ropa tenía.

—Pero toma en cuenta que ahora todo ese dinero es tuyo.

—¿Y sacado de dónde?
—interrogó.

—Tal vez el papá se lo daba
—respondió Rodrigo sin pensar.

—Eso querría decir que la seguía manteniendo a pesar que yo ya no estaba.

Para él, al menos.

Los dos jóvenes se miraron. La

frustración estaba pintada en la cara de

Victoria y ellos podían entender que lo estuviera, su madre, recién fallecida,

había dejado una estela de secretos y misterios a su alrededor muy difíciles de

dilucidar.

Marcos tomó una carpeta que contenía recibos de bancos, depósitos a

plazo, pólizas de seguro, fondos

mutuos, la escritura de una casa en las

cercanías del fundo de José Fernández y un departamento en el centro de la

capital... a nombre de Ignacia Subercaseaux.

Rodrigo, en tanto, revisaba unos documentos que Victoria no alcanzaba a

ver de qué eran, por lo que se acercó y tomó el que él tenía en su mano, pero

él no permitió que se lo arrebatara de las manos.

—¿Qué es? —preguntó ella, recelosa por la reacción del hombre.

—Nada importante, documentos viejos e inservibles.

—No me mientas.

—Son documentos viejos que a nadie le sirven, ni siquiera a ti.

—Tal vez esas sean las respuestas.

—No, no hay nada que valga la

pena.

—Entonces, déjame verlos.

—Mira lo que encontré

—interrumpió Marcos—. Dos

cuentas de ahorro a

nombre tuyo.

Victoria se volvió hacia él y tomó las cuentas que éste le extendía,

olvidándose por un momento de su discusión con Rodrigo, quien guardó todo

lo que tenía de vuelta en la carpeta

y de allí a su bolso, en el que estaban

dejando todo lo importante que encontraban.

La joven hizo un gesto de rabia y su boca expelió un suspiro lleno de furia.

—¿Qué pasa? —se atrevió a consultar Rodrigo.

—Que yo... —Tomó mucho aire como intentando calmarse—. Me he

sacado la cresta todos estos años, no pude terminar de estudiar porque

no

había dinero para la universidad,
no podía salir porque nunca había
plata, ¡ni

para ropa! Toda la ropa que tengo
está en la casa de Rodrigo, cuando
me vine

por lo de mi mamá, tuve que usar
ropa de ella, porque yo no tengo
más que dos

jeans y tres blusas —terminó,
llorando.

—Cálmate, debiste decírmelo.

—Rodrigo la abrazó de los hombros—. Más

tarde vamos a comprar ropa.

—No se trata de eso, Rodrigo, se trata de que mi mamá me negó un montón

de cosas, siendo que era casi millonaria y yo tenía que aguantar a

pedófilos y tenía que vivir escondida o intentar no estar sola para que no

quisieran aprovecharse de mí. O a

jefes insufribles. ¡Ni siquiera tenía la

necesidad de trabajar!

Se escondió en el pecho de su hermano. Quería tirar todo lejos. Gritar hasta

romper su garganta. Romper todas y cada una de las cosas de esa casa que le

recordaban que su mamá había jugado con ella su vida entera.

Marcos se acercó por detrás y acarició su cabello.

—Será mejor que salgamos de aquí, no te hace bien esto. Después, más

tarde u otro día volvemos con Rodrigo. Vamos, pequeña.

Rodrigo, con inmensas ganas de besarla, de jurarle que nunca más nadie le

haría daño, la empujó con suavidad a Marcos, que la recibió en sus brazos y la

llevó a la salida de la casa mientras Rodrigo guardaba todos los

documentos y

dineros encontrados.

—Me llega a dar vergüenza que
hayas visto esto —murmuró la
joven.

—¿Por qué?

—Porque sí, porque era mi mamá y
mira las cosas que hizo. Y tú
apenas me

conoces.

—Rodrigo también apenas te
conoce.

—Sí, pero somos hermanos, él está tan metido en esto como yo.

—Bueno, yo también me considero parte de esto, fui tu niño por mucho

tiempo y para mí eres como la hermanita que nunca tuve.

Ella no pudo evitar reír.

—Dos veces fuiste mi niño. Y solo para llevarme de vuelta a la casa.

—Y ahora. Bien clarito me dijo Rodrigo que venía como chaperón,

soy

niñero de los dos.

—Gracias —dijo ella, mirándolo a los ojos.

—No tienes por qué —respondió él acariciando su mejilla para secar una

lágrima que corría solitaria.

—¿Vamos? —Los celos de Rodrigo se salían por sus poros.

—Vamos.

Marcos abrió la puerta del copiloto e hizo sentar allí a Victoria. Rodrigo

entrecerró los ojos, supuso que la pareja iría junta en el asiento trasero.

—¿A dónde? —preguntó el jefe.

—Yo creo que Victoria debe comer, es lo primero —respondió Marcos.

—¿Dónde quieres ir?

—Me da lo mismo.

—Decidiré yo en ese caso.

—Y después hay que ir a algún mall a comprar ropa —indicó el empleado.

—Claro que sí.

—No, no estoy de ánimo para ir de compras.

—Por lo mismo. Las mujeres cuando están deprimidas, van a comprarse

ropa —replicó Marcos.

—Y a los hombres les carga acompañar a las mujeres a comprar.

—Eso pasa cuando uno va solo con la chica. Ahora nos podemos

acompañar con el patrón y conversar mientras tú te pruebas las miles de

tenidas de las que no te va a gustar ninguna hasta que hayamos recorrido la

ciudad entera y te des cuenta que sí te gustó lo primero que te probaste —se

burló Marcos.

—¡Pesado! Yo no soy así.

—Ahora lo veremos —intervino Rodrigo.

—Ustedes son pesados conmigo —reclamó la joven, sin molestia.

—Ya, no te enojés —pidió Marcos—, si eres como una hermanita para

nosotros y los hermanos mayores siempre molestan a los más chicos, sobre

todo si son mujeres.

—Ya, solo por eso los voy a perdonar —aceptó Victoria.

Con ellos, con ambos, se sentía tranquila y segura a pesar de las cosas que

estaban sucediendo en su vida. No podía imaginar estar sola en una situación

como esa. ¿Qué hubiese pasado si ella hubiera obedecido a su mamá y sin

piEDAD hubiera echado a Rodrigo a la calle? Sacudió la cabeza ante tal imagen.

—¿Qué pasó? —preguntó Marcos.

—Nada.

—No mientas —repuso Rodrigo.

—Es que pensé... Yo no sé qué haría si estuviera sola ahora.

—Pero no lo estás.

—Pero podría. Si le hubiese hecho caso a mi mamá...

—Tú no eres como ella por lo que no ibas a hacerlo.

—Y pensar que me sentía tan culpable. —Sonrió frustrada.

—No pienses en eso —suplicó Rodrigo.

—Es que es verdad. Imagínate hubiera estado sola con Misael —largó con una risotada.

Rodrigo también rio.

—Si me dijeran de qué se ríen, se los agradecería —soltó Marcos.

—Misael es el ex de Victoria. Un cero a la izquierda vale más que él. La

dejó sola cuando más lo necesitaba, tenían que hacer los trámites del hospital

y él muy cara dura se fue a tomar desayuno.

—Conozco al tipo, tuve que sacarlo a patadas de la cama. No quería

levantarse y después casi se come todo lo de la despensa —recordó

Marcos—. Incluso, en un momento, no sé si pensó que su abuela era la

empleada porque le exigió que le sirviera más desayuno. Lo siento,

no se lo

dije, patrón, pero lo agarré de un brazo, lo saqué fuera de ahí y tiré su bolso al

lado de su auto. Ahí me quedé hasta que se fue.

—Bien hecho. Y debieron decirme que había tratado mal a mi abuela, eso

no se lo permito a nadie.

—Yo lo sé y creo que a ninguno de los que trabajamos con usted se nos

pasaría por la mente tratarla mal,
ella ha sido más que una madre
para muchos

de nosotros.

—Lo sé, Marcos. Ella te tiene
especial cariño.

—Sí, yo siento lo mismo por ella.

—Yo no puedo decir lo mismo
—replicó la joven—, a mí no me
quiere

nada.

—No digas eso. No es que no te

quiera, es que las cosas no se dieron como

debían. Pero ten por seguro que cuando esté segura que entre tú y yo no hay ni

habrá nada, volverá a la normalidad.

—Yo creo que algo debo haber hecho en otra vida que ahora estoy pagando.

Rodrigo estacionó el vehículo en un conocido restaurant de la capital.

—Escucha —le dijo apoyando su brazo en el respaldo del asiento de ella

para mirarla con más comodidad—, nada de lo que estás pasando es tu culpa;

tu madre, y perdona que te lo diga, fue una mujer tóxica, malvada, que regó

mentiras y tristeza por donde anduvo, pero no es tu culpa. Ella era así.

Victoria lo contempló, escaneando

su rostro, con ganas de acariciarlo, de

besarlo. Él también sintió lo mismo y, sin darse cuenta, se fueron acercando.

Marcos metió su cabeza entre ellos y los apartó.

—Me muero de hambre, ¿podemos ir a comer?

La pareja se distanció avergonzada. Bajaron del automóvil y Marcos tomó

de la mano a Victoria. Ambos

habían quedado muy afectados con la cercanía y

no era bueno que tuvieran más contacto del necesario. Sus sentimientos iban

más allá de un simple gusto, eso lo intuyó Marcos, que sabía que su patrón

nunca se había enamorado y, aunque decían que el hijo que esperaba Teresa

era de Rodrigo, él sabía que no era así. Estaba seguro de ello y rogaba

por no

equivocarse.

Durante el almuerzo, Marcos intentó monopolizar la conversación.

Necesitaba que ambos se concentraran, pues Victoria, por un lado, estaba muy

vulnerable con lo descubierto en su casa y Rodrigo quería consolarla... y algo

más.

—Lo bueno de haber venido hasta aquí es que estamos cerca del mall y

podemos ir caminando —comentó Marcos.

—Es verdad.

—Chicos, no es necesario.

—No se diga más, no puedes andar por la vida con solo la ropa puesta

—respondió Rodrigo—. El papá jamás lo permitiría.

—Bueno... —aceptó sin ganas la

joven.

Para suerte de los hombres, Victoria no era de las que *vitrineaba* horas y

horas, al contrario, era simple y sencilla para arreglarse, por lo que, en menos

de una hora, ya estaba lista con varias tenidas.

—¿Nos vamos al campo?
—preguntó.

—No. Acabo de hablar con el abogado que iniciará los trámites

en contra

de Hernán.

Ella hizo un gesto de desagrado.
Marcos la tomó del codo.

—¿Quieres un helado?

—No. Quiero irme de aquí

—contestó, caprichosa.

—Es mejor que quede todo listo, si
no, vamos a tener que volver y no
creo

que quieras eso —expuso Rodrigo.

—No —admitió de mala gana.

—No seas niña —le reprochó Marcos con dulzura—. Ya nos vamos a ir a

la casa.

—Me duele la cabeza y estoy cansada.

—Ya nos vamos a ir y te vas durmiendo si quieres.

—Soy odiosa, ¿cierto? —preguntó con cierta tristeza.

—Sí —contestaron ambos al

unísono.

Los tres se echaron a reír. Al menos, todavía conservaban algo de humor a

pesar de las circunstancias.

—A ustedes les encanta reírse de mí.

—Pero lo hacemos en buena, niña
—aseguró Marcos, abrazándola por los

hombros.

—Gracias por estar conmigo. Los

dos. Esto habría sido muy difícil sola.

—No tienes nada que agradecer —dijo Rodrigo.

—Absolutamente nada.

Ella les dedicó una dulce sonrisa.

—Vamos a ver eso del abogado para poder volver a casa —consintió por

fin—. Y después me invitan a un helado gigante. O mejor, yo los invito. Total,

ahora soy millonaria —presumió con tono infantil.

Los hombres sonrieron. Uno tuvo ganas de besarla y el otro... El otro no

podía demostrar sus verdaderos sentimientos.

Capítulo 24

Desde ese momento en adelante, Victoria se animó un poco más, lo que

alegró a los hombres. A ninguno de los dos les gustaba verla triste,

mucho

menos llorando, pues, en ese caso, ninguno de los dos sabía qué hacer.

—¿Vas a dormir? —preguntó Marcos a la joven, camino al vehículo.

—No. No tengo sueño.

—Pero sí tenías temprano.

—Sí, y a ustedes se les ocurrió darme dulce.

—O sea, te dormirás mañana en la mañana, porque te comiste un

helado

gigante con baño doble de chocolate —se burló Marcos.

—Y no te olvides de la crema —añadió Rodrigo.

—Que son pesados. Ustedes no me entienden.

—Te entendemos más de lo que crees —alegó Marcos deteniéndose ante el

coche.

—Me voy a dormir, así no me

molestan.

Se subió en el asiento trasero y se sentó con los brazos cruzados, amurrada.

Marcos y Rodrigo se miraron y se sonrieron. Sabían que Victoria estaba

vulnerable, que necesitaba mucha contención, por más que se mostrara

tranquila o intentara subir su ánimo, su mundo se había destruido de la noche a

la mañana sin que nadie pudiera evitarlo, sin siquiera avisar.

Se subieron al vehículo y ambos se voltearon a ver a la joven, que seguía

en la misma posición, con los ojos cerrados.

—Victoria —le habló Marcos.

Nada.

—Victoria —volvió a hablar.

Rodrigo extendió su brazo para remecerla.

—Victoria. Pequeña.

No hubo caso. Se había dormido.

—La ama mucho, ¿verdad?

—consultó Marcos a su patrón,
temiendo

parecer entrometido.

—No sabes cuánto, Marcos

—contestó con un nudo en la
garganta.

—Pero si apenas se conocen.

—Verla y enamorarme fue una sola
cosa. No sé, Marcos, nunca sentí

igual.

Jamás en la vida pensé que se pudiera amar de esta manera a alguien de quien

no sabes nada. O casi nada.

—Tal vez porque es su hermana y eso de que la sangre tira...

—La puedo querer de muchas maneras, pero ¿sabes?, nunca, nunca, nunca,

podría verla como una hermana.

—Sabe que se la tiene que sacar de

la cabeza.

—Sí, pero se me está haciendo demasiado difícil. ¿Sabes qué es lo peor de

todo? Que sé que debo dejarla hacer su vida, pero el solo hecho de pensar en

que esté con alguien más...

—Ella no quiere estar con nadie.

—Podrás conquistarla —aseguró con resquemor.

—¡Yo no quiero conquistarla!

—Creí que te gustaba.

—Para mí es... como mi hermanita pequeña. La hermana que nunca tuve. No

puedo verla de otro modo, por más linda que sea. Que lo es, y mucho.

—¿Qué hago yo ahora? —preguntó, exasperado.

—¿Qué hace de qué?

—Que si ella estuviera contigo, estaría vedada para mí, incluso si solo te

gustara, yo no intervendría, pero si para ti es tu hermana, ¿qué hago yo con lo

que siento? ¿Cómo dominarme si no es de alguien más?

—Patrón... No sé qué decirle, Victoria no es la mujer que yo quiero.

Quisiera poder ayudarlo, se lo juro,

—Lo sé, Marcos.

—Debe ser difícil estar tan cerca y no poder...

—No sabes cuánto. Cada día, cada hora que pasa, siento que muero un poco más por no poder estar con ella, por no poder besarla, amarla.

—Ella se siente igual.

—¿Te ha dicho algo?

—No mucho, pero es cosa de verla.

—El problema más grande es que no es algo pasajero. Jamás podremos

estar juntos.

Marcos puso su mano en el hombro de su patrón en señal de apoyo, ¿qué se

podía decir en una situación así? Nada. No existe consuelo para dos corazones

que se aman y que no pueden estar juntos.

Victoria se fue en estado zombi a su habitación. Le dio un beso en la mejilla

a Marcos, uno a Rodrigo y subió a su cuarto.

—Llévate la camioneta, es tarde para que te vayas caminando —ofreció

Rodrigo a su empleado y casi amigo.

—No hace falta.

—Llévatela, mañana me pasas a buscar temprano.

—Está bien, patrón.

—Gracias, Marcos —agradeció sincero.

—De nada, cuando se le ofrezca.

—Eres un buen amigo. Espero algún día saber lo que tienes en mi contra y

por qué me odias cuando te emborrachas —dijo medio en broma y medio en

serio.

—Tal vez algún día lo sepa, no es momento todavía.

—O sea que sí hay algo ahí.

—No tengo nada en su contra, patrón, mucho menos lo odio, simplemente

hay circunstancias que a uno le afectan, cosas que uno se las tiene que guardar

y que salen en los momentos más inapropiados.

—Espero ganarme tu confianza para que me digas lo que es y remediar ese

resentimiento que tienes hacia mí.

—Con tantos secretos descubiertos, ¿no teme lo que yo pueda decir?

—Con tantos secretos descubiertos, como tú dices, ya no le tengo miedo

a

nada.

—Mi mamá decía que una mentira era como hacer un hoyo; para tapar una

mentira, uno tenía que hacer otro hoyo, y otro hoyo, y otro hoyo. Nunca uno

puede estar seguro de qué tan profundo es ese hoyo, de hasta dónde pueden

llegar las mentiras, las intrigas, qué tan oscuras son las personas de las

que

nos rodeamos.

—Ahora sí me asustas, Marcos, y temo saber la verdad.

—¿Lo ve? Lo de Victoria, esos secretos que están saliendo a la luz son solo

el principio y yo podría contarle todo ahora, pero es mejor ir por paso,

asimilar bien un problema, un secreto, para luego seguir con otro y con otro

más. Paso a paso es lo mejor.

—Temo que tu secreto sea más grande que todos los descubiertos hasta

ahora.

—No sé qué tan grande sea para usted, pero creo que Victoria debe

procesar bien lo que le sucede a ella, con esto de tener un papá que suponía la

abandonó, que ahora resulta que no es así; luego el asunto de su mamá, que

ella no era como pensaba; que ustedes son hermanos y que su amor no podrá

concretarse nunca; la aparición del abuelo que nunca antes dio señales de

vida. Es todo, patrón, ella no está para seguir descubriendo secretos, por lo

menos, no por ahora.

—Pero yo no soy ella, Marcos, lo que dices me causa, por decir lo menos,

curiosidad, y quiero saber cuál es tu secreto, por qué, cada vez que te

emborrachas, me sacas en cara lo que yo tengo y tú no —exigió con voz de

mando.

—Ya le dije que no es el momento.

—Ya comenzaste. Ahora es el momento.

Marcos se encogió un poco. Había hablado de más y lo sabía, pero cada

vez le costaba más sostener el secreto que cargaba sobre sus hombros y que

necesitaba gritarlo. Desde que se enteró, su vida cambió por completo, por

eso entendía a Victoria, descubrir que la madre de uno no es lo que parece o lo

que uno cree...

—Dime, Marcos —ordenó Rodrigo.

El hombre tomó aire y tragó saliva

con dificultad.

—Bien, si usted quiere saberlo.

—Quiero.

—Usted y yo somos hermanos.
Mellizos para ser más preciso.

Rodrigo, que esperaba cualquier cosa, menos eso, se quedó en blanco.

—¿Qué estás diciendo? —logró articular al reaccionar.

—Eso. Que usted y yo somos hermanos. Su mamá me abandonó y

me dejó

en manos de la que siempre conocí
como mi mamá, la que me crio y
cuidó

como si fuera propio.

—Por eso me odiabas.

—No lo odiaba.

—Siempre que te emborrachabas
me sacabas en cara todo lo que yo
tenía y

que tú no.

—Yo no quiero nada de lo que usted tiene, patrón, lo que me dolía era que

mi mamá se hizo cargo de mí sin tener un peso, usted sabe lo pobre que

éramos, mi mamá se murió de una pulmonía porque no tuvimos dinero para los

remedios... Y usted lo tuvo todo —terminó, dejando caer una lágrima.

—Marcos... —Rodrigo no supo

qué decir.

—Me voy. —Dio unos pasos y se volvió—. Por eso no podría mirar a

Victoria como algo más que mi hermana. Porque lo somos.

—No te vayas, espera, Marcos. Conversemos —rogó el patrón con la voz

quebrada.

—No. Mañana hay que madrugar y estoy cansado. No me gusta la capital,

me estresa. Buenas noches.

Marcos se fue caminando con la cabeza gacha. Rodrigo, en tanto, se quedó

allí, parado, mirando hacia el lugar donde había desaparecido su hermano sin

ser capaz de hacer nada, ni siquiera de moverse.

Marcos lloró todo el camino de vuelta a su casa. No podía dejar de pensar

en el error que había cometido,

¿cómo se le había ocurrido largarle todo al

jefe, así como así? Aquello había sido lo más estúpido que había hecho en su

vida. Ahora, lo más probable, era que Rodrigo lo echara a la calle y bien

merecido se lo tenía. ¡Maldita su boca!

Se tiró a la cama y allí se quedó, mirando el techo, sin poder dormir.

¿Qué sería de su vida ahora? ¿A

dónde iría a pedir trabajo? Él era feliz

allí. Si Rodrigo lo expulsaba, nadie más lo recibiría, él era muy respetado en

la zona y si sabían que su patrón ya no lo quería en el fundo, le cerrarían las

puertas de todos los demás.

Intentó no pensar en ello ni en los infortunios que se le venían a la cabeza,

debía dormir; trabajara o no

trabajara al día siguiente, él estaría al pie del

cañón. No dejaría su trabajo sino hasta que su patrón se lo exigiera.

Patrón.

¡Cuánto le hubiese gustado llamarlo “hermano”! Lo eran de sangre, sí, pero

nada más. Rodrigo jamás lo aceptaría como su hermano, mal que mal, él se

crió como el hijo del patrón; en cambio Marcos no fue más que el

hijo de la

señora que lavaba ropa ajena para los hacendados y para los vecinos del

pueblo. Nada más, pues el día que su padre adoptivo falleció a causa de un

accidente en una estampida de animales, el dueño del fundo en el que

trabajaba los echó, a él y a su madre, a la calle, aduciendo que Marcos era

muy pequeño para tomar el puesto de su padre en el trabajo y que la mujer no

servía para nada. Marcos solo tenía nueve años cuando murió su padre. Su

madre adoptiva se fue hacía ya diez años y en ocasiones como esta, la extrañaba más que nunca.

Rodrigo, por otro lado, no pudo dormir en toda la noche. ¿Cómo era posible que su padre no se hubiera dado cuenta que su hija no había

muerto y

que él y Marcos eran sus hijos?
¿Qué clase de hombre era que
dejaba a

mujeres embarazadas o con hijos
como si de ropa sucia se tratara?
Porque así

había pasado, si él tenía la
sospecha de que él era su hijo, ¿por
qué no se hizo

un examen antes? ¿Por qué no se lo
dijo en cuanto se enteró? ¿Por qué
nunca

buscó la tumba de su hija? ¿Por qué creyó que había muerto si no hubo un

cuerpo que enterrar?

Cada día, cada momento, la imagen de su padre caía más ante él.

Marcos su hermano. Su mellizo.

No era posible.

Lo peor de todo es que sus padres murieron en horribles condiciones, el

padre por malas condiciones

laborales y su madre por las económicas. Claro

que él no lo sabía. En ese tiempo apenas se habían visto un par de veces y

cuando él se enteró de sus problemas y que podría tener el mismo fin que

Hugo Jara y, dándose ciertas circunstancias, lo llevó a trabajar a la hacienda.

Su padre en un principio no quería contratarlo. ¿Lo sabría? Ahora

dudaba que

no lo supiera. Quizás todo el tiempo lo supo y nunca quiso decirlo. Como un

cobarde dejó que dos de sus tres hijos (y quizás cuántos más) pasaran

necesidades, dolores y soledad.

El hacendado se levantó mucho antes de lo acostumbrado y se dirigió al

despacho de su padre. Vería cada documento, buscaría hasta debajo

del suelo

si era necesario, pero quería respuestas... ¡ya!

—¿Qué buscas? —Victoria había bajado por un vaso de agua y escuchó

ruidos en el escritorio y halló a Rodrigo revolviendo todo como un loco.

—Nada.

—No parece que buscaras “nada”.

—No busco nada especial ni nada

importante.

—¿Estás enojado?

—Mucho.

—¿Conmigo? —preguntó la joven con tristeza, ella se sabía una molestia

en esa casa y en la vida de su “hermano”.

—No, claro que no. —Caminó hasta donde se encontraba ella—. Estoy

enojado con los muertos que nos

dejaron con millones de interrogantes, que se

mostraron tal cual eran solo después que ya no podíamos preguntar nada.

—¿Qué pasó ahora?

—Nada importante.

—No me digas eso. Algo pasó y tú quieres respuestas. ¿De qué te

enteraste? ¿Había algo entre las cosas de mi mamá?

—No, esta vez no es tu mamá.

—¿Quién?

—Nadie. Vuelve a la cama, es muy temprano todavía.

—¿Qué me escondes, Rodrigo?

—Por favor, Victoria, me cuesta mucho contenerme contigo aquí, frente a

mí, en ese pequeño pijama.

—No es sexi, es de Minnie.

—Aun si estuvieras con traje de franela, me seducirías igual

—bromeó casi

en serio.

—¿Por qué no me quieres decir?

—Porque no es nada importante, ya te lo dije. Es solo un documento.

—Bueno. Me voy a la cama. Si no es nada importante...

—No lo es, quédate tranquila, nos vemos a la tarde.

—Bueno. Que les vaya bien.

—Gracias. Descansa.

La joven salió del despacho,

Rodrigo se tiró en el sillón y leyó el papel que

tenía en las manos, el último que había sacado del cajón de su padre.

Ahí

estaba la verdad, otro examen, con otra persona. Maldito su padre que había

conocido toda la verdad hacía unos meses al menos y no había dicho nada.

Quería gritar a los cuatro vientos que tenía un hermano, pero no era

lo

correcto, al menos no todavía.

Miró su reloj. Las cinco. Ya era hora de irse. Tomó su chaqueta y salió al

campo. Aunque no pudiera decir que eran hermanos, Marcos ya no sería un

peón más en la hacienda, tendría que tomar el lugar que le correspondía.

Hernán se lo hizo todo más fácil. Su capataz no esperaba que llegaran

tan

pronto de la capital y había tomado
decisiones que afectaban al fondo
de un

modo muy desfavorable, lo que
provocó su despido inmediato y el
ascenso de

Marcos a capataz y mano derecha
de Rodrigo, a quien presentó en el
mismo

instante ante todos, con la sonrisa
pintada en la cara.

—Patrón... —habló Marcos que se

había mantenido callado todo el tiempo

sin entender muy bien lo que pasaba.

—No, Marcos, no me digas más patrón, para ti soy Rodrigo, tu hermano

—susurró solo para él.

—No podemos decir eso ahora, además, ¿cómo está seguro? Aceptó mi

palabra sin dudas, quizás yo le mentí.

—¿Me mentiste? —interrogó
Rodrigo muy seguro de la
respuesta—. Dime,

¿me mentiste?

—No, patrón.

—Lo sé, estoy seguro que no lo
hiciste. Tengo pruebas de que eres
mi

hermano y mientras no podamos
decirlo y tomes el lugar que te
corresponde en

la hacienda, serás mi mano derecha,
pero no quiero que me vuelvas a

decir

“patrón”, ya te dije, para ti soy Rodrigo.

—Los demás...

—Los demás que se pudran, Marcos, si no les gusta, se pueden ir, pero no

creo que nadie diga nada. Excepto que te conseguiste el puesto por ser mi

cuñado. —Largó una amarga risotada, Marcos lo siguió.

Rodrigo puso una mano en el hombro de su hermano y con la otra le dio

algunos golpecitos en la cara.

—Ahora vamos a trabajar, que la hacienda no espera. Toma las decisiones

que creas conveniente, si tienes alguna duda, me preguntas. Y recuerda, que lo

que piensen los demás, te tenga sin cuidado, si alguno te falta el respeto, me lo

dices de inmediato.

—Gracias. Yo creí que me pondrías de patitas en la calle.

—¿A ti? Jamás. Si no lo hice cuando me dejaban en ridículo en público

cuando estabas borracho, ¿por qué lo voy a hacer ahora que sé que eres mi

hermano y me reprochabas con justa razón?

—Gracias.

—No me las des, espero devolverte algo al menos de lo que te fue quitado.

—Con que me aceptes como tu hermano, me siento más que dichoso. Ya no

estoy solo.

—No, y recuerda que tenemos una hermana a la que debemos cuidar.

Ninguno de los tres está solo ahora. Yo soy de la opinión de decírselo, quizás

así se sienta más en confianza

contigo sin temor a lastimarte. Ella debe creer

que tú sientes algo por ella.

—¿Cómo crees que se lo tome?

—No lo sé. A quien no le va a parecer nada bien, será a mi abuela.

—¿No le afectará saber algo así?

—No lo sé, pero tiene derecho a saber que tiene otro nieto, ¿no? Si es que

no lo sabe ya. Esta tarde, en cuanto termine el trabajo, iremos a tu casa

a

buscar tus cosas, te vendrás a la casa grande con nosotros.

—No quiero molestar.

—No molestas y yo no puedo permitir que sigas viviendo allí.

—¿Hay algún problema con mi casa?

—No, tampoco lo sé, no la conozco, pero supongo que es como las otras y

yo no quiero que sigas viviendo

allí, debes venir con nosotros, a la casa

patronal. Es tu casa también.

—¿Por qué me aceptaste tan rápido?

—Porque siempre te he querido, desde que te vi te sentí especial y te lo

dije. Claro, ahora lo entiendo y no quiero que sigamos separados, somos

hermanos y estamos solteros, si estuvieras casado, quizás te

ofrecería un

terreno si no quisieran irse con nosotros, pero eres solo.

—Acepto. Pero solo si Victoria y tu abuela me aceptan.

—No hay problema, estoy seguro que lo harán.

Cada uno se fue a sus labores. Rodrigo nunca se sintió tan seguro y confiado al dejar el trabajo en otras manos. Es que, pensó, no eran cualquier

mano, eran las de su hermano. Su gemelo.

Capítulo 25

La tarde pasó con mucho trabajo para deshacer las malas acciones de

Hernán. A las seis, con los animales ya guardados y todo en orden, Rodrigo

llegó en la camioneta a buscar a su hermano.

—Vamos por tus cosas, hermano.

—Yo te dije que me iría solo si ellas estaban de acuerdo. Que yo sepa,

todavía ni se enteran.

—Mira, ellas te aceptarán, estoy seguro de eso.

—¿Y si no?

—No te preocupes, lo harán.

La llegada de los dos hombres juntos fue algo extraño para la abuela.

—¿Y Victoria? —preguntó

Rodrigo.

—No ha bajado en todo el día.

—¿No ha comido nada?

—Sí, le pidió a María, cuando vino a hacer el aseo, que le subiera algo para comer.

—¿Por qué?

—No sé, quizás no quiere encontrarse conmigo.

A Rodrigo le pareció extraño, sin embargo, calló.

—La voy a buscar, necesitamos hablar con ustedes —dijo Rodrigo con gran

entusiasmo y se fue subiendo las escaleras de dos en dos en los peldaños.

Marcos, por su parte, miró a la abuela, su gesto no le pasó inadvertido,

supuso que ella ya sabía quién y qué era él. Hubo un silencio muy incómodo

entre los dos, los minutos que tardó

Rodrigo en volver, para su hermano fueron

años.

—Victoria ya viene —informó el dueño de casa.

—¿Qué es eso tan urgente que tienes que decirnos, Rodrigo?

El tono de voz de la mujer a su nieto le pareció extraño y, tal como Marcos,

él también se dio cuenta que ella sabía lo que él quería decir.

—Cuando esté Victoria se lo diremos a las dos juntas.

—Ha de ser algo importante, digo, para que esperes a tu hermana y no puedas hablar conmigo primero.

Norma estaba enojada. O peor que eso, a la defensiva. Rodrigo y Marcos

intercambiaron miradas de confirmación de sus suposiciones. Si era como

ellos pensaban, a Rodrigo le dolía por la mentira de su abuela y a

Marcos,

porque eso significaba que no lo aceptaba como nieto.

Victoria apareció y les sonrió a los chicos, pero al mirar a la abuela, su sonrisa se congeló.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tanto apuro y tanto misterio? —preguntó jovial.

—Vamos a la sala, quiero contarles algo que me puso muy contento y espero que a ustedes también.

Victoria los miró interrogante y al no recibir ni una señal de parte de ellos,

se volvió para salir de la cocina.

—Estás más relajada hoy —comentó Marcos.

—Sí. Será porque descansé. O estaba muy cansada o no sé, pero llevaba

mucho tiempo sin poder dormir bien o por lo menos una noche completa.

—Y un día —agregó la abuela de

mal modo.

—Hoy no quería salir de la pieza, me quedé y aproveché de ordenar mis

cosas, los papeles que encontramos ayer valen un fortuna, así que voy a ver

qué hago con eso. Y ordené un poco la ropa.

—No era mucha en todo caso —replicó Rodrigo—, apenas dejaste que te

comprara ropa.

—No necesitaba más.

—Si tú lo dices.

—Primera mujer que veo que no se vuelve loca con los zapatos o

comprándose la tienda completa

—repuso Marcos.

—Es verdad, cualquiera en su caso se hubiera aprovechado —admitió su

hermano.

—Bueno, ahora dejen de hablar de mí y digan qué es eso tan

importante y

que tan feliz te hizo, Rodrigo.

—Lo que pasa es que Marcos y yo... —titubeó.

—¿Qué? ¡Se hicieron pareja!

—bromeó Victoria ante el embarazoso

silencio de ellos.

—¡Loca! —dijeron ambos a la vez, echándose a reír.

—¿¿Qué!?! Digan pronto que me muero de la curiosidad.

—Él y yo somos hermanos.

Marcos miró a Victoria que se había quedado con la boca abierta.

Rodrigo

miró a su abuela esperando su reacción, no la tuvo, ella ya lo sabía, estaba con

la cabeza baja.

—¡No! ¿De verdad? Pero ¿cómo?

Victoria no podía salir de su asombro.

—Yo me enteré apenas anoche

—explicó Rodrigo—, me lo dijo y... Somos

gemelos.

—Claro, nacieron el mismo día —advirtió la hermana—, y se parecen bastante ahora que los veo bien.

—¿Tú crees? —preguntó Marcos—. Yo creo que soy más guapo que él, ¿o

no?

La joven sonrió con ternura.

—Los dos son guapos.

—Todo para quedar bien con los dos —ironizó Marcos, divertido.

—Eso no es verdad. Los dos son muy guapos y, sí, se parecen. Yo siempre

lo sospeché. Claro, cualquiera es general después de la guerra, ¿no?

—Río,

infantil.

—Y tú, abuela, ¿qué dices?

—Yo digo que cómo sabes eso,

cómo puedes estar seguro que es así y que

no te está mintiendo —apostilló la mujer.

—Tú debes saberlo mejor que nosotros, ¿o me equivoco?

—espetó

Rodrigo—. Mal que mal, fue tu hija la que tuvo los gemelos y se deshizo de

uno.

La quijada de la abuela se contrajo de manera notoria.

—Yo nunca supe de eso.

—Lo sabías antes que lo dijéramos.

—Estás equivocado.

Marcos se mantenía al margen de la discusión, él no quería causar

problemas entre su hermano y su abuela. Mal que mal, él supo, desde el primer

momento, que ella no lo aceptaba como de su familia.

—No me mientas, no a mí que conozco cada gesto de tu cara.

Crecí contigo,

¿lo olvidas? Te conozco y esto tú lo sabías desde antes. ¿Desde cuándo?

¿Desde siempre?

—No.

—Quiero saber, abuela.

—No creo que sea conveniente que tengamos esta discusión delante de extraños.

—No son extraño, Marcos es tu nieto y Victoria... Victoria es de la

familia,

lo quieras o no, es mi hermana y tan dueña como Marcos y yo de todo esto.

—Lo supe hace muy poco
—admitió.

—¿Cuándo?

—Unos días apenas, menos de una semana.

—¿Cómo te enteraste?

—De casualidad. Escuché a unas mujeres hablar del tema. Amigas de

la

mamá de Marcos, supongo.

Rodrigo no le creyó, pero no hubo más insistencia de su parte, ya hablaría

con ella en privado para aclarar esa y otras cosas.

—Bueno, está bien. Ahora, además de querer decirles que Marcos es mi

hermano, quería contarles que él se viene a vivir a esta casa, con nosotros.

—¿¡Qué!?! —gritó con alegría la joven.

—Eso. Digo que ahora los tres hermanos viviremos bajo el mismo techo,

en la casa del papá, como debe ser. Como siempre debió ser —decretó

Rodrigo.

Victoria dio un grito de júbilo y se colgó del cuello de su hermano. De su

nuevo hermano.

—Me alegro tanto que estés aquí. Aunque espera... —Retrocedió y miró a

ambos con los ojos entrecerrados—. Ahora que estarán aquí los dos, ¡me van

a hacer bullying todo el tiempo!

—Nos encanta molestarte, hermanita —expresó con profundo cariño—,

pero ten presente que siempre es con cariño.

—Lo sé.

Se volvió a abrazar de él. Rodrigo no sintió celos, al contrario, se alegró

que Victoria lo aceptara tan bien, después de tantas mentiras y tantos secretos

que estaban saliendo a la luz, al menos uno bueno es reconfortante.

—Vamos para que te instales y bajes a comer.

—¿Y si vamos al pueblo? —sugirió Victoria—. No es lejos de aquí y

aprovechamos de celebrar que

tengo un hermano.

—Dos —corrigió Rodrigo.

—Dos —aceptó ella poniéndose seria.

La abuela se excusó, le dio la bienvenida a Marcos y se retiró a su cuarto.

El pueblo quedaba a media hora del fundo. Llegaron a una fuente de soda

muy pintoresca. Pidieron unas cosas para picar y bebidas. Con eso ante ellos,

Victoria quiso saber todos los detalles de cómo se había enterado Rodrigo de

aquello y por qué Marcos nunca se lo dijo antes. Y, como había dicho ella,

siempre se es general después de la guerra, mirando hacia atrás, se entendían

las reacciones de Marcos, sobre todo cuando había bebido alcohol. Los dos

hombres le contaron toda la

historia.

—Yo no vine aquí para reclamar nada, solo quería estar cerca de mi

hermano. Era la única familia que me quedaba, aunque él no lo supiera. Mi

papá no me aceptaba, así que él no contaba.

—Yo siempre te tuve especial cariño.

—Claro, somos hermanos, gemelos. Dicen que uno está conectado al otro.

—Sí, así debe ser. ¿Te acuerdas cuando te caíste al río y casi te mueres?

—Sí, tú llegaste en mi rescate, de otro modo, no estaría hoy aquí.

—¿Qué pasó? —preguntó Victoria asustada.

—Mi caballo me botó al río y me golpeé la cabeza con una piedra. Perdí el

conocimiento. —Marcos le dio la palabra a su hermano para que continuara la

historia.

—Yo sentí que algo andaba mal, una opresión en el pecho. Fue de un

momento a otro y algo, yo no sé bien qué, me llevó al río y allí estaba, tirado y

sangrante. Lo saqué de inmediato, menos mal que el agua todavía no se lo

llevaba y que no tenía la cara completamente cubierta de agua. Igual estuvo

una semana en reposo por el golpe

en la cabeza y la neumonía que se ganó,

costó mucho hacer que se quedara quieto. Es peor que potra chúcará —se

burló.

—No puedo estarme quieto, toda la vida me he movido. Soy como los tiburones, si no me muevo, me muero.

—Era una semana no más, *alharaco*.

—Igual me aburría como ostra.

—Menos mal que tenías un gemelo

—agradeció ella poniendo sendas

manos sobre la de ellos.

—Sí. Imagínate, ahora tengo una hermanita, también.

—Espero que solo sea eso para ti.

—¿Te cuento un secreto?

—Dime.

—Nunca te vi como otra cosa. Sí, eres muy linda, eres una mujer

hermosa,

pero no podía verte más que como mi hermana o una amiga muy querida. Mi

corazón está en otra parte. Lo único que quería era sacarle celos a Rodrigo,

pero por una cuestión entre él y yo, no porque me gustaras realmente. Además,

yo nunca te gusté, tus ojos estaban en otro lado —dijo mirando de reojo a

Rodrigo.

La joven bajó la cabeza.

—Ojalá pudiera darles la solución a su problema. De verdad. No creo que

se merezcan estar pasando por esto.

—No hay nada que hacer —replicó ella con tristeza.

—Ojalá la hubiera, pero no. Las últimas muertes han dejado un reguero de

secretos que salieron a la luz en el

momento menos indicado.

—O en el momento justo. Peor hubiera sido que lo hubieran descubierto

cuando ustedes ya...

—Ni lo menciones —advirtió Rodrigo, recordando la noche en que pudo

haber sucedido algo más entre él y Victoria.

—Bueno, ya es tarde, mejor nos vamos —comentó la joven, incómoda por

la conversación.

—Sí, vamos —aceptó de inmediato Rodrigo.

Marcos se levantó, entendía a sus hermanos, la situación de ellos no era

fácil, estaban enamorados y su amor estaba prohibido.

Iban saliendo del local, en penoso silencio, cuando se toparon con el

abuelo de Victoria. Se quedaron quietos, unos frente al otro. Serios.

Perturbados.

—Buenas noches —saludó el anciano.

—Buenas noches —saludaron a coro.

—¿Cómo estás, hija?

—¿Cómo cree que puedo estar con tantos secretos a nuestro alrededor?

—Victoria lo miró con desdén.

—¿A qué te refieres?

—A que cada cosa de mi vida se ha

ido al fango al descubrir tantos
secretos.

Enrique Subercaseaux miró a
Rodrigo de un modo interrogante.

—Las cosas se han salido un poco
de control, me gustaría poder
hablar con

usted pronto.

—El sábado voy a tu fundo, antes
no puedo, mañana viajo a la capital
y me

quedaré tres días allá solucionando

algunos problemas.

—Lo espero el sábado sin falta.

El hombre asintió con la cabeza.

Los tres hermanos tomaron rumbo a la camioneta y Victoria se subió al

asiento trasero, dejando perplejos a los dos hombres.

—¿Quién era ese hombre?

—consultó Marcos.

—El abuelo de Victoria

—respondió Rodrigo.

—Ah. No parecías muy feliz de verlo —le habló a la joven mirando hacia

atrás.

Ella no contestó. Iba de brazos cruzados, amurrada.

Marcos miró a su hermano y este se encogió de hombros.

—Su abuelo nunca se ocupó de ella ni de su madre y tuvo el descaro de aparecer el día del velorio.

—Con razón quedó tan mal.

—Sí. Y con todo lo que se ha descubierto...

—Qué mal que todo esté así.

—Si para mí es difícil, no puedo imaginar lo que significa para ella.

No dijeron nada más hasta llegar a la casa. Victoria bajó del vehículo, se

despidió de un beso en la cara de Marcos y al despedirse de Rodrigo, dudó,

quería besarlo, él sentía lo mismo, pero los dos sabían que era

prohibido. La

mujer optó por darle un rápido beso en la mejilla y se fue directo a su

habitación, sin decir más nada.

—No sé cómo ayudarla, a veces parece que estuviera bien y otras...

—expresó Rodrigo con preocupación.

—Todo su mundo se vino abajo de la noche a la mañana, eso ya de por sí

destruye a cualquier persona. Más

encima, está enamorada de ti y no pueden

estar juntos.

—Eso es lo más difícil de todo para mí. Verla, tenerla tan cerca y no poder

tocarla, besarla... Me cuesta mucho, a veces siento que debería irme de aquí,

pero pensar en no verla, se me hace más difícil todavía.

—Créeme que ahora no te envidio nada.

—Te creo, hermano —replicó
sonriendo con amargura.

La noche pasó lenta para todos.
Nuevos descubrimientos, nuevos
secretos,

y una nueva vida se abría ante
ellos, ya nada volvería a ser igual.

Al amanecer, los hermanos se
despertaron a la misma hora. La
hermana lo

hizo unos minutos más tarde, aun
así, los alcanzó cuando estaban
tomando

desayuno.

—¿Y tú? Es demasiado temprano, deberías ir a dormir otro rato —le dijo

Marcos.

—No tengo sueño, dormí muy mal y no puedo seguir acostada —explicó.

—¿Quieres desayunar? —ofreció Rodrigo, levantándose.

—Sí, pero no te preocupes, yo me sirvo.

La joven se sirvió un café y se sentó con ellos a la mesa. Se la veía extraña.

—Quiero decirles algo. —Los hombres no contestaron, simplemente,

pusieron atención—. Me voy.

—¿¡Qué?! —gritaron ambos a la vez.

—Eso. No puedo seguir aquí. De verdad que no puedo.

Rodrigo y Marcos quedaron de piedra. ¿Qué podían hacer o decir

para

lograr que cambiara de idea?

Nada. Se fue. Así de simple y así de terrible.

Rodrigo quedó con un enorme vacío.

Marcos, por completo desilusionado.

Victoria se fue con el corazón destrozado.

Lo entendían. Sí. Pero no podían comprender cómo la vida podía ser

tan

cruel.

Victoria recordó las palabras de Marcos, justo antes de partir, él le rogó

que se quedara, que de alguna forma lo solucionarían.

—Marcos, tú no sabes lo difícil que es estar aquí para mí —le había dicho

ella ante su insistencia.

—Lo sé, porque mi hermano me lo

dice todo el tiempo, porque lo veo
en el

trabajo, sudando, matándose
trabajando para no pensar en ti,
para no correr a

tus brazos y olvidarse que son
hermanos. ¡Lo sé porque él está
muriendo sin ti!

Aquel exabrupto de parte del
hermano terminó con ambos
abrazados,

llorando.

—Pero él te ama demasiado y

prefiere sufrir contigo aquí, saber que estás

bien y no lejos, donde no vas a tener nuestro apoyo. Su apoyo —le reveló.

Pero ella no podía seguir allí. No podía tenerlo tan cerca y tan lejos. Cada

vez que lo miraba quería besarlo, abrazarlo, sentir su calidez. No. Ya no le era

posible y así se lo hizo entender a su hermano, quien la fue a dejar a la

capital

y la dejó instalada en un céntrico departamento.

—Cualquier cosa que necesites, a la hora que sea, llama, por favor, no te

guardes nada. Y llama para saber de ti —fue su despedida.

—No te preocupes, estaremos en contacto.

—Si necesitas más dinero, avisa. Recuerda que Rodrigo te dejó dinero en

tu tarjeta.

—Sí, lo sé, gracias.

En cuanto Marcos se fue, llegó un taxi a buscarla, metió todas sus cosas a él

y se fue donde ni Rodrigo ni Marcos pudieran encontrarla.

Capítulo 26

Los días pasaban lentos y tristes en la hacienda. La abuela de Rodrigo y

Marcos se había marchado sin decir adónde. No quería dar

explicaciones por

los actos de su hija, ya estaba harta de eso, según dijo, y se marchó. Y a

Victoria se la había tragado la tierra.

—¿Has sabido algo de ella? —le consultó, una vez más, Rodrigo a Marcos.

—No. Envié a unos hombres como me pediste, pero no saben nada, dicen

que se fue el mismo día que la dejé allá.

—Yo hablé con las ex vecinas de ella, tampoco saben nada. ¿Por qué hizo

eso? ¿Por qué se fue sin avisar?

—No sé, Rodrigo, y sinceramente me preocupa mucho, ella no estaba bien

cuando se fue.

—¿Crees que no lo sé? Yo sabía que no tenía que irse, pero cada vez, ante

cada problema, ella se quería ir y ahora lo logró, logró alejarse de

mí, logró

escapar. Quizás nunca más sepamos de ella. Quizás ya nunca la volvamos a

ver.

Ante sus propias palabras, las lágrimas corrieron sin control por las

mejillas masculinas. Marcos lo abrazó.

—Ella estará bien y pronto volverá a casa.

—No. Ella no volverá.

—Lo hará. Solo debe asimilar todo lo que está pasando.

—Ojalá así sea.

—Tranquilo, hermano.

Rodrigo asintió con la cabeza, pero no estaba tranquilo, claro que no,

¿cómo estarlo sin saber de Victoria? Cada día que pasaba sentía que moría un

poco más. Pero nadie, nadie se enteraría de eso.

El sábado siguiente, cerca de las cuatro de la tarde, Marcos llegó hasta el

sector donde se encontraba su hermano.

—Rodrigo, te buscan —le anunció.

—¿Quién?

—El abuelo de Victoria ya está aquí.

—Vamos.

—Te busca solo a ti.

—Somos hermanos y lo que tenga que decir nos incumbe a los dos, eso

quedó claro.

Marcos, a desgano, siguió a su hermano hasta la casa grande, donde

atendieron al anciano.

—Buenas tardes —saludaron los dos jóvenes a un tiempo al hombre, que

esperaba paciente.

—Buenas tardes, Rodrigo, esperaba hablar a solas contigo.

—Mi hermano Marcos puede escuchar lo que sea, todo lo que implique a

nuestro padre o a esta hacienda, incluso a nuestra hermana, le incumbe a él.

—No sabía que tenías un hermano.

—Yo tampoco lo sabía. Lo supe hace poco.

El anciano afirmó con la cabeza.

—Bueno, al punto, no tengo mucho tiempo —apuró Rodrigo, sentándose e

indicándole a los otros dos que hicieran lo mismo—. Usted dirá.

—Quiero hablar de mi hija y mi nieta.

—Escucho.

—Mi hija era manipuladora. Desde niña fue así. Al crecer, se volvió peor y

cuando se involucró con José...

—A usted no le gustó porque él era el peón de su hacienda, ¿no? —lo

interrumpió el dueño de casa.

—No es así —respondió sorprendido el hombre.

—¿Ah, no?

—No. José siempre fue como un hijo para mí y yo estaba feliz con que

ellos dos se casaran y formaran una familia. De hecho, por si no lo sabías, yo

le regalé los terrenos con los que
partió esta hacienda. Se los di a él
y a mi

hija, pero ella...

Esta vez no hubo interrupción,
Rodrigo dejó que el hombre
ordenara sus

ideas y se tranquilizara, pues se
notaba muy nervioso.

—Ella lo engañó, ¿saben? Me
avergüenza mucho admitirlo. Yo
mismo la

sorprendí. Al principio ella me

rogó que no le dijera nada a mi yerno, que

nunca más iba a volver a cometer una atrocidad así, sin embargo, no se quedó

tranquila, siguió con sus deslices y cuando quedó embarazada...

Rodrigo y Marcos se miraron esperando no equivocarse en interpretar las

palabras no dichas del abuelo de Victoria.

—Cuando quedó embarazada,

¿qué?

—Ni ella estaba segura de quién era el hijo que esperaba.

—¿Usted quiere decir que puede ser que Victoria no sea hija de José?

—No, no digo que puede que no sea hija de José, digo que no lo es.

—¿Cómo puede estar seguro?

El hombre bajó la cabeza, lo atormentaban los recuerdos.

—Cuando la niña cumplió el año,

mandé a hacerle un examen de ADN...

No era hija de José.

Rodrigo se levantó con brusquedad de su asiento y Marcos lo siguió.

—Eso significa... Significa...

—articuló el dueño de casa con dificultad.

—Ustedes no son hermanos

—terció Marcos.

—¿Qué dicen? —interrogó el abuelo con extrañeza.

—Lo que pasa es que yo soy hijo de José. Hijo de sangre de él.

El hombre alzó las cejas.

—Supongo que pensaron que no podían estar juntos por ser hermanos.

Ni Rodrigo ni Marcos dijeron nada. Justo ahora que Victoria se había ido,

descubrían esta verdad que les hubiera ahorrado mucho dolor.

—Tenemos que buscarla —dijo Rodrigo con celeridad.

—Un momento —retuvo el hombre—, ¿me quieren decir por qué ella se fue

de esta casa?

—Porque pensábamos que éramos hermanos —explicó Rodrigo— y estamos enamorados.

—¿Están seguros que ninguno de ustedes la lastimó de otro modo?

—Seguros, jamás le haríamos daño —intermedió Marcos.

—Ella no ha querido hablar

—comentó el hombre—. Se ha encerrado en un

mutismo total. Yo he tratado de hablar con ella, pero no puedo, no me deja

entrar.

—¿Sabe dónde está?

—Está en mi casa. Me llamó una noche, desesperada —contó el anciano—

y me pidió ayuda. Me dijo que necesitaba irse de aquí, pero que no la dejarían

hacerlo a no ser que tuviera un buen lugar donde irse. Pero ella no quería ser

encontrada por ustedes. Así que di la orden que la dejaran entrar a uno de mis

departamentos y una vez que estuviera “instalada” —explicó haciendo el gesto

de comillas—, ella se iba conmigo a mi finca, así ustedes no podrían buscarla.

No me dijo la razón, me pidió que

no le hiciera preguntas, por supuesto que

respeté su deseo, es mi nieta, pero tengo que volver a conocerla. Para ella sigo

siendo un extraño a pesar que somos de la misma sangre. De todos modos, mi

deber es cuidarla y eso estoy haciendo.

—Eso quiere decir que todo este tiempo ha estado con usted.

—Sí, ella está conmigo y está bien;

aparte de su estado de ánimo, claro está.

—Ella no sabe que no es hija de José.

—No, como les digo, no ha querido hablar conmigo más de lo necesario, es

mi nieta y yo respeto su decisión, cuando esté preparada, se lo diré.

—Gracias. He estado muy preocupado por ella y saber que está bien, me

deja mucho más tranquilo. Su mundo se derrumbó de un día para otro y todo lo

que ella creía, era mentira. Su madre la ocultó de todo y de todos. Pasó

muchas necesidades, hambre, frío, y una soledad que la hundió en una

amargura que solo se hizo más amarga con todos los secretos que luego

salieron a la luz.

—Mi hija causó mucho daño y lo

lamento mucho.

—Dígame algo, ¿por qué José pensó que su hija había muerto? ¿Cómo no

se dio cuenta que seguía viva?

—Yo mismo lo creí por muchos años, aunque siempre la duda taladró mis

sienes. Como les dije, descubrí que Victoria no era hija de José cuando la niña

tenía un año. Curiosamente, mi nieta falleció una semana después

que encaré a

mi hija. Pensé que era una forma de esconder a la niña, pero todo apuntaba a

que no, hasta que encontré a mi hija hace un par de meses y vi que mi nieta

estaba viva. Debí hablar enseguida, pero Ignacia me pidió que no lo hiciera,

que ella hablaría con su hija y con José, que necesitaba tiempo. Al final

murieron, no sé si mi hija alcanzó a hablar con José.

—Quizás sí, ella fue la última en ver a mi padre con vida. Ella estuvo aquí

ese día, cuando se fue, mi papá estaba muy mal. Antes de una hora estaba

muerto, un infarto le quitó la vida. Y ahora, con todo lo que sé, entiendo sus

palabras. Lo que no entiendo es cómo pudo engañarlos así. No

había cuerpo,

no había sepultura, no había nada.

—Mi nieta tiene su tumba. Es algo macabro, lo sé, pero año tras año, José y

yo nos encontrábamos cada tres de marzo para celebrar su cumpleaños.

Íbamos seguido, pero en su fecha de nacimiento y su aniversario de muerte,

nos encontrábamos en el cementerio. Nada nos hacía creer que ella seguía

viva. ¿A quién se le puede ocurrir “matar” a una criatura estando viva? Era

imposible imaginar semejante atrocidad.

—Me va a disculpar, pero su hija era un monstruo.

—Es cierto. No lo puedo negar. Si supiera cuántas cosas más hizo mi hija,

se aterraría.

—Me imagino, si fue capaz de una mentira de esa calaña, no quiero ni

pensar en qué más pudo haber hecho, el problema es que todo recayó en

Victoria.

—Lo sé, y lo lamento.

—Espero que le diga la verdad, es muy importante para nosotros, antes de

que sea tarde... Otra vez.

—Lo sé, debí hablar en el momento en el que lo supe. Dime algo, ¿qué cosas dijo tu papá antes de morir

que ahora entiendes?

—Dijo que las mujeres que él amó le arruinaron la vida con sus mentiras,

que si no hubiese sido un campesino bruto se habría dado cuenta de los

engaños, pero él siempre confió en la gente cercana y ahora se daba cuenta de

toda la mierda que lo rodeaba. Ahora entiendo que su hija debió decirle a él lo

de Victoria y, quizá, para castigarlo más, le reveló también que no era su hija.

Eso es una bomba para matar a cualquiera. Y en algún momento, se enteró que

Marcos también era su hijo y que mi madre lo abandonó porque no era capaz

de criar a dos hijos sola y cuando finalmente llegó aquí, no se atrevió a decir

que eran dos los hijos que había

tenido. Mi madre también hizo daño, con la

diferencia que mi padre siempre me protegió. Victoria no tuvo quien la contuviera.

El hombre afirmó con un gesto de culpa.

—La “muerte” de mi nieta me dejó devastado. Yo sabía que era posible que

no fuera hija de José, pero no me importaba. A él tampoco. La niña era un sol,

una princesa con todas sus letras. Era dulce, juguetona y nos amaba sin límites.

Nosotros, José y yo, la adorábamos. Aquel día, mi hija salió con ella a hacer

un trámite... Y ocurrió el maldito accidente. Un automóvil atropelló a mi nieta.

O eso creí hasta hace poco. Nos entregaron el cuerpecito deformado por los

golpes. ¿Cómo nos íbamos a

imaginar que esa niña que recibimos no era la

verdadera Victoria? Hasta el día de hoy, no sé quién era. Debo admitir que en

ese momento estaba enojado. Mi hija me dijo que prefería haberla matado a

que se enteraran que no era hija de José y la expulsé de mi casa... Nunca

supimos dónde estaba. De todos modos, ella volvió un año después

pidiendo

ayuda. Yo debo confesar que me hice a un lado, José no, desde ese momento tu

padre se hizo cargo de ella, le daba dinero para que no le faltara nada; en un

par de ocasiones quisimos seguirla con José, para saber dónde se encontraba,

sin embargo, ella era muy astuta y nunca dimos con ella, hasta, como te digo,

hace unos meses, en que la vi por casualidad y la seguí. Se encontró en la calle

con una joven muy hermosa que le dijo “mamá”, era imposible que hubiese

tenido otra hija, entonces caí en la cuenta que mi nieta seguía viva. Y si no me

morí en ese momento fue porque tenía que sacar fuerzas de cualquier lugar

para hacer que mi hija dijera la

verdad.

—¿Se la admitió?

—Sí, después de mucho batallar. Me confesó que lo había hecho porque no

quería compartir a su hija con nadie, que solo era suya y de nadie más.

—Pero eso es...

—De película, ¿no? Mi hija era un ser egoísta y tal vez por mi culpa, la

mimé demasiado, era mi única hija, era todo mi mundo.

—Su hija estaba enferma, señor, nadie actúa así por simple capricho.

—Puede ser y espero que ahora pueda compensar en parte el sufrimiento de

mi nieta. Al menos, en sentido material, no le faltará nada. No es hija de José,

no le corresponde de su herencia, pero sí será dueña de todo lo mío,

espero

que ustedes le ayuden, no me gustaría que quedara sola una vez que yo no esté.

—Ella ya no está sola, aunque no sea mi hermana de verdad, así la siento

—intervino Marcos—. Y mi hermano la ama como a nadie, él jamás la

abandonará.

—Me alegra oír eso, y estoy seguro que así será, ella los quiere mucho,

pero está sufriendo mucho, también.

—Pero ya no tendrá motivo, podemos estar juntos sin trabas

—repuso

Rodrigo emocionado hasta las lágrimas.

—De haber sabido que ese era el problema de ella, juro que se lo hubiera

dicho en el momento que pisó mi casa.

—Gracias.

—No me las des. Mi único afán es que mi nieta sea todo lo feliz que debió

ser y le fue negado.

—Lo mismo queremos nosotros
—contestó Marcos.

—Bueno, me voy, si quieren ir a mi casa, mi fundo es “El Terrano”, serán

bienvenidos y creo que a Victoria le hará bien verlos. Hablaré con ella hoy

mismo.

—Claro que iremos, no le quepa duda.

El hombre estrechó la mano de los jóvenes y se dispuso a partir, pero antes

de hacerlo, miró a Rodrigo.

—Contraté a un hombre que trabajaba para ti, Hernán Montes, dice que le

debes el finiquito, yo lo contraté de todos modos, ahora que venía para acá,

dijo que no tendrías problemas en

que me dieras referencias.

—¿¡Qué?! —Los dos hombres se alteraron notoriamente.

—¿Qué pasa? —inquirió el hombre con premura.

—Ese tipo es un estafador de primera. Quiso desfalcarnos.

—¿En serio?

—Sí. Yo lo denuncié y lo despedí, a última hora quiso matar a mi caballo

preferido. Y quiso hacerle daño a

Victoria cortando los frenos de su auto,

claro que no logró su cometido y ella no se enteró.

La puerta de la casa grande sonó con dos golpes muy fuertes. Marcos salió

a abrir.

—Diablo desapareció —avisó uno de los peones sobresaltado—. Creemos

que Hernán se lo llevó.

Rodrigo, que venía saliendo en ese momento con Enrique Subercaseaux,

intercambiaron miradas de miedo.

—¡Victoria! —gritaron los tres a un tiempo.

—Vamos —dijo el anciano—, si ese hombre quiere vengarse de ti en

Victoria, ella está en peligro.

Los tres se subieron raudos al auto de Enrique y a los pocos minutos

estaban en el fondo del anciano. No

notaron nada extraño. Entraron a la casa,

pero Victoria no estaba, según la señora del aseo, había salido a dar una

vuelta.

—¿Dónde pudo haber ido?

—interrogó Rodrigo.

—No lo sé, en estos días no había salido de su habitación.

—Y justo hoy se le ocurre salir.

—Ella sabía que yo iba a verte,

quizás por eso salió.

—Puede ser. Vamos a tener que separarnos para buscarla.

El característico relinchido de Diablo llamó la atención de Rodrigo. Corrió

hasta el lugar de donde provenía el sonido y, como lo esperaba, Victoria

estaba allí... y también Hernán.

—¡No le hará daño! —chilló la mujer abrazada al cuello del hermoso

corcel.

—¡Victoria! Ten cuidado, por favor
—alertó Rodrigo.

—Rodrigo, quiere matarlo. No lo
dejes.

—No lo hará, Victoria, pero sal de
ahí, pequeña, estás en peligro, ese
caballo se ha vuelto muy chúcaro.

Hernán quiso acercarse, pero el
animal se puso en dos patas,
soltándose de

la mujer y amenazando al hombre,

quien sacó un látigo para golpearlo, pero la

joven se interpuso y el azote le llegó a ella, que cayó desmayada al suelo.

—¡Victoria! —gritaron los hombres a una sola voz.

Hernán apuntó con un rifle, el caballo relinchó con Victoria entre sus patas.

—¡La va a matar! —exclamó, aterrado, Rodrigo.

—La está protegiendo —replicó

Marcos—, fíjate, está alejando a Hernán

de ella.

Rodrigo y Marcos se lanzaron contra Hernán, quien quiso escapar de ellos,

sin tener éxito. Rodrigo descargó todo su miedo y frustración golpeando con

furia a su ex capataz. Marcos lo dejó unos minutos, luego, lo sacó de encima

del hombre, no podía permitir que

su hermano tuviera problemas con la

justicia por ese tipo, ya le había dado su merecido. El caballo se tranquilizó,

dejando de todos modos a Victoria bajo él.

Rodrigo, inquieto y nervioso, se acercó lentamente.

—Tranquilo, tranquilo —habló en tono pausado con las manos al frente

para no alterar al poderoso

animal—. Todo está bien. Solo quiero verla.

Sabía que el caballo no entendía, o así lo pensó, hasta que el animal bajó su

cabeza y se salió de encima de la joven para permitir que su amo se acercara.

Rodrigo acarició el cuello del animal antes de agacharse a ver a Victoria.

Marcos también se acercó, pero al hermoso corcel, y lo acarició,

diciéndole también palabras tranquilizadoras y agradecidas por proteger a la

muchacha.

Rodrigo tomó en sus brazos a Victoria y así la llevó hasta la casa, le

depositó en un sofá y se agachó frente a ella.

—Mi amor, pequeña, despierta —susurró nervioso, estaba tan alterado que

tenía miedo a levantar demasiado la

voz y asustarla.

—Ya viene el médico en camino
—anunció el abuelo, entrando a la sala.

—No despierta —contestó el hombre—. Pequeña, ya pasó, despierta

—rogaba el hombre, desesperado—. Por favor, cariño, pequeña, despierta.

Se agachó y le dio un suave beso en los labios. La joven, poco a poco, abrió los ojos y se encontró con la

mirada de Rodrigo que expresaba miedo y

preocupación.

—Pequeña, mi pequeña, ya viene el doctor, todo estará bien. ¿Cómo te sientes?

—¿Y el caballo?

—Está bien, Marcos lo llevó a casa. Salvaste a Diablo.

—¿Él es Diablo?

—Sí. Al parecer, Hernán quería

castigarme a mí con las dos cosas
que más

amo.

—No lo logró, supongo.

—En cierto modo, sí. Terminaste
herida.

—Esto es nada.

—Si tú lo dices. —Sonrió el
hombre con dulzura—. Aunque el
susto que

me diste, no me lo quita nadie.

—Disculpa, no quería asustarte.

—Me asustaste todos estos días, pequeña —la regañó con dulzura.

—No podía seguir en la casa. No puedo seguir viéndote, Rodrigo, por

favor, entiéndeme, yo sé que a ti te pasa lo mismo, pero tú y yo somos

diferentes, tú puedes verme y aguantar, yo me moría cada vez que te veía.

—Y yo me estaba muriendo sin ti.

Capítulo 27

Rodrigo volvió a rozar sus labios con los de ella.

—Rodrigo, no...

—Sí, pequeña, podemos estar juntos, no hay impedimento alguno, mi amor.

—¿Qué dices?

—Eso, mi amor, que no somos hermanos de sangre.

—Pero... Pero... ¿Cómo?

El doctor apareció en aquel momento y el hombre tuvo que ceder su lugar

para que el profesional la revisara.

—Hay que llevarla a una cama. Necesito hacer una curación

—indicó el

médico.

—Claro, yo la llevo —ofreció Rodrigo con la mujer en sus brazos—. Don

Enrique, ¿me enseña su cuarto por favor?

—Sí, sí, ven, por aquí es su dormitorio.

La casa era de un solo piso, muy amplia y bien cuidada. Al final del pasillo

del lado norte, se encontraba la habitación de la nieta, era un cuarto precioso,

muy femenino, en el que Victoria se debía sentir muy a gusto. Entraba mucha

luz y la vista daba a unos rosales y un poco más lejos se veía unos

naranjos

que, en lugar de las rosas, en invierno debían dar color al paisaje, por lo que

supuso que invierno y verano, el campo se mostraba fructífero desde ese

ventanal.

El doctor solicitó a los dos hombres que acompañaban a su paciente, que

esperaran afuera, a lo que obedecieron a regañadientes.

—Estará bien, no te preocupes —lo tranquilizó el abuelo.

—Lo sé.

Silencio.

—Está muy bonita su casa, el cuarto de Victoria es hermoso —halagó

Rodrigo.

—Gracias. Lo mandé a decorar especialmente para ella.

—¿Cómo?

—Cuando me enteré que mi nieta estaba viva, pensé que en algún minuto

iba a venir a vivir aquí o al menos que vendría de vacaciones, unos días...

¡Qué sé yo! Quería tenerla aquí conmigo aunque fuera unos días. Y aquí está.

—La tendrá aquí hasta que se case conmigo.

El hombre sonrió.

—Creí que te la querrías llevar

contigo ahora mismo.

—Qué más quisiera, pero yo la respeto y usted sabe cómo son las cosas

aquí en el campo, no quiero que nadie se llene la boca con la que será mi

esposa.

—¿Y Teresa? Disculpa que te pregunte, pero...

—No se preocupe, ella se ha encargado de regar una mentira. Si ese hijo

fuera mío, le aseguro que yo me haría cargo de él, incluso, si ella necesitara

mi ayuda, lo haría, pero después de todo lo que ella ha hecho, no solo para

desprestigiarme, también para lastimar a Victoria, no, señor; ese hijo no es

mío y apenas nazca, le haré un examen de ADN para comprobarlo, no voy a

esperar a que pasen los años para

buscar la verdad.

—No quiero que mi nieta salga más herida de lo que ya está.

—Le prometo que haré todo lo que esté a mi alcance para que su nieta no

vuelva a sufrir.

—Gracias, Rodrigo.

Silencio.

El médico salió de la habitación, preocupado.

—¿Pasa algo malo, doctor?

—No. Su herida está bien, fue algo superficial, pero está con una depresión

muy grande, no quiso hablar, pero tiene todos los síntomas. ¿Tiene algún

problema?

—¿Alguno? Su madre murió hace como un mes; su padre, hace dos; todo lo

que creía se derrumbó, y, encima, se enamoró de quien cree es su

hermano.

¿Necesita alguna razón más?
—explicó Rodrigo con algo de
impaciencia.

El hombre abrió mucho los ojos,
sorprendido.

—Ha vivido cosas muy fuertes,
deben llevarla a un psicólogo para
que

pueda lidiar con lo que está
viviendo, está muy mal. Su
desmayo no fue tanto

por el golpe, más bien fue por el

estrés que lleva a cuestras. Eso le puede

acarrear muchos problemas a futuro.

—Nos haremos cargo, doctor.

—Vamos, Guillermo —dijo Enrique—, tómate un vaso de vino conmigo y

después te vas. Gracias por venir tan rápido a atender a mi nieta.

—Creí que había escuchado mal cuando me llamaste tan desesperado, ¿no

se suponía que tu nieta estaba muerta?

—Es una historia larga, amigo.

—Justo hoy no tengo pacientes.

—Sonrió el profesional.

Rodrigo entró a ver a su amada.

—Hola, pequeña —la saludó con una sonrisa tranquila.

—Hola.

—¿Cómo te sientes?

—Adormilada. El doctor me dio

algo que dijo que me iba a relajar,
pero

quiero dormir.

—Duerme.

—No, quiero que me expliques eso
que me dijiste que no somos
hermanos.

—Descansa, no es momento para
hablar, solo debes saber que no hay
impedimento para estar juntos.

—¿Y Teresa?

—Esa mujer no puede ser impedimento para que estemos juntos y ya debe

estar por tener al bebé, así que pronto saldremos de dudas.

—Está bien, si tú lo dices.

—Yo lo digo y lo juro, ese hijo no es mío.

Ella sonrió.

—Te creo.

—Y no soy un alcohólico irresponsable.

—Lo sé.

—Y te amo más que a nada en el mundo.

—Y yo a ti. No eres mi bastón al que busco solo cuando lo necesito.

—Lo sé y no me molestaría serlo.

Rodrigo se sentó en la cama y acarició la mejilla femenina con delicadeza.

—Quiero besarte.

—Estoy sucia.

—Estás hermosa.

Se agachó y la besó con dulzura, lentamente, ya nada les impediría estar

juntos.

&&&

El control de Victoria, una semana más tarde, coincidió con el parto de

Teresa. Se encontraron en el único hospital del pueblo. Mientras atendían a

Victoria, Rodrigo fue a hablar a

Maternidad.

—Necesito que al hijo de Teresa González le hagan un examen de ADN,

necesito saber si ese hijo es mío o no.

—Claro, señor, le pediremos la autorización a la madre.

—Ella dijo estar de acuerdo, espero que siga manteniendo esa postura —le

indicó.

—Hablaré con ella.

Rodrigo aguardó afuera en espera de la respuesta.

—La señora dice que si puede hablar con usted antes.

El hombre aceptó a regañadientes.

—Teresa —fue su escueto saludo.

—Rodrigo...

—Dime, ¿qué pasa? ¿Te arrepentiste del examen?

La mujer bajó la cabeza.

—No quiero someter a mi bebé a eso, míralo, es tan pequeño.

Rodrigo miró a la cuna y sí, se veía pequeño e indefenso. El corazón le dio

un vuelco, pero no porque fuera su hijo, más bien, porque la historia se estaba

repitiendo. Las mujeres tenían el poder de hacer que los hombres se

convirtieran en simples espectadores de la maternidad, podían mentir, engañar

a su antojo, un hombre nunca podría estar seguro de si el hijo que criaban era

suyo o no, solo podían estarlo de quien no era su hijo, y ese, seguro estaba de

eso, no era su hijo.

—¿Qué quieres que haga, Teresa? Ese niño no es mío.

—No puedes estar seguro.

—Entonces quiero un examen de ADN antes de reconocerlo.

—Siempre has dudado de mi palabra.

—Sí.

—Bien, si así quieres las cosas... Al menos podrías acercarte, ¿no?

—¿Acercarme? ¿Para qué? Desde aquí lo veo muy bien.

—Ven.

—No, ¿crees que soy tonto? Si me acerco, me quitas un cabello y se lo

entregas a la enfermera como del niño y ¿qué pasa? Terminó siendo

el padre

del niño. No, gracias, aquí estoy bien.

—¿Me crees capaz de hacer algo así?

—Créeme que he visto cosas peores.

La mujer resopló.

—Señorita, por favor, hágase cargo

—le ordenó Rodrigo a la enfermera

antes de salir.

El resultado, entregado una semana más tarde, arrojó ochenta por ciento de

relación con el bebé de Teresa.

—¿Eso qué significa? —preguntó Victoria—. ¿Es o no tu hijo?

—No sé, creo que en este caso, tendremos que acudir a un médico

—contestó Rodrigo confundido.

—Eso significa que ese hijo es mío —indicó Marcos, que estaba parado en

la puerta con un papel en la mano.

—¿Qué quieres decir? —consultó su hermano.

—Aproveché y me hice un examen yo también, tenía mis dudas. Ahora

estoy convencido —dijo enseñando el resultado de su propio ADN.

—¿Qué vas a hacer?

—Teresa no quiere saber nada de mí, no soy yo de quien está enamorada.

—¿Estás enamorado de ella?

—Ella tiene a mi hijo.

—Debes hablar con ella, no te puede negar la paternidad, además tú puedes

ayudarla en lo que necesite.

—Sí, creo que debo ir a hablar con ella.

—¿Quieres que vaya contigo? Así matamos dos pájaros de un tiro.

—Vamos.

Los hombres se fueron a casa de Teresa. Ella vivía sola, no tenía

familia,

había llegado de fuera hacía algunos años, nadie conocía de su vida pasada,

solo de la actual, en la que vivía en una pequeña pieza a la orilla del río y su

único fin era perseguir a Rodrigo. Llamaron a la puerta y no abrió nadie.

Volvieron a golpear. Nada. Se iban a ir cuando escucharon el llanto ahogado

del bebé. Se miraron. Sin decir palabra, ambos empujaron contra la puerta

para abrirla. Esta cedió y vieron un espectáculo que no quisieran haber presenciado.

Camilito estaba en su cuna, llorando, con la manta en la cara, casi a punto

de ahogarse. Marcos corrió a auxiliarlo. Rodrigo se acercó a la mujer que

estaba tirada en el piso, en un

charco de sangre.

—Rodrigo...

—¿Qué pasó?

—Me caí y se me abrió la herida de la cesárea. Me duele —articuló con dificultad.

—Tranquila, te llevaremos al hospital.

—No tienes que hacerlo.

—No te preocupes por eso.

—Mi bebé, cuídalo.

—Tranquilo, Marcos está con él.

—Marcos...

—Sí, Marcos.

Rodrigo la tomó en sus brazos.
Marcos sacó una bolsa de basura y
unas

mantas y las colocó en el asiento
trasero para poner allí a Teresa.

—Mi bebé...

—Aquí está nuestro hijo, no te

preocupes, yo lo cuidaré mientras no estés

—le aseguró Marcos con ternura.

—Gracias.

—Vamos.

En el hospital la pasaron de inmediato a pabellón. Los hombres quedaron

afuera esperando. En pocos minutos, llegó Victoria con su abuelo.

—Hay que alimentarlo y cambiarlo

—expuso con un tono de censura.

—Nosotros nunca habíamos tenido un niño. Estamos esperando que venga

la pediatra, está ocupada, para que nos dé las indicaciones de cuidado de

Camilito.

—Mientras lo vamos a cambiar. Le traje ropa y pañales.

—¿De dónde le sacaste?

—Pasé por la casa de Teresa antes

de venir. La puerta estaba abierta y me

traje lo necesario para el niño.

La joven lo tomó y se lo llevó al baño para mudarle.

Al salir, era otro niño. La pediatra conversaba con los hombres. Les dio las

indicaciones de alimentación artificial, lo más seguro es que Teresa no pudiera

amamantar al niño.

Poco rato después, salió una enfermera que llamó a un familiar de Teresa.

Marcos se ofreció a ir él, mal que mal, él era el padre del hijo de ella.

—Está muy mal, realizamos una transfusión de sangre, pero no ha

respondido, tiene una infección generalizada, está muy débil, creo que no se

alimentaba bien durante el embarazo, además, no deja de llorar. Se dio por

vencida. Si quiere verla antes de...
No durará mucho tiempo.

A Marcos se le llenaron los ojos de
lágrimas, pero cuando vio a la
madre

de su hijo, no evitó el llanto.

—Teresa... —Le tomó la mano y
acarició su rostro.

—Marcos, ¿qué haces aquí?

—¿Por qué me hiciste esto, cariño?
Te pedí tanto que me dieras una

oportunidad... Te quise ayudar,

estaba dispuesto a olvidar que te
habías

acostado...

—No me acosté con nadie más que
contigo, pero creí que estaba

enamorada de Rodrigo... Y la
cagué.

—No digas eso.

—Cuida a nuestro bebé, el doctor
ya dijo que no me queda... mucho.

—Lucha, Teresa, lucha por tu vida,
por nuestro hijo, por nosotros. No

me

dejes solo.

—¿Quieres estar conmigo a pesar de lo que hice?

—Creo que soy quien más te conozco y todo lo que has sufrido te hizo

hacer esto, pero sé que conmigo olvidarás tu pasado y seremos felices con

nuestra pequeña familia.

—Marcos...

—Lucha, cariño, no te des por vencida. Camilito te necesita. Yo te necesito.

—Gracias —dijo ella con una débil sonrisa y cerró los ojos.

Marcos salió del cuarto a instancias de la enfermera. Lloraba. Rodrigo y

Victoria se acercaron de inmediato a él. Marcos tomó a su hijo y se sentó a

esperar. Si Teresa se daba por vencida, si no luchaba... Malditas las mentiras,

los engaños y los secretos que lo único que hacían era destruir todo a su paso.

Victoria y Rodrigo no sabían qué hacer. Nunca habían visto a Marcos así,

al contrario, siempre él era quien daba el ánimo y la risa en momentos tristes y

ahora estaba desolado, parecía un niño perdido con su hijo en brazos.

—Me lo voy a llevar a la casa —le dijo Victoria a su cuñado—, este

ambiente no le hace bien, está recién nacido, necesita estar en su cuna, en su

casa, no entre gente enferma.

—Claro, claro. ¿Puedes hacerlo tú o lo llevo yo? —preguntó como un zombi.

—Yo lo llevo, no te preocupes, cualquier cosa que sepan, me avisan.

—¿Te acompaño? —ofreció Rodrigo.

—No, no, yo me voy con mi abuelo, estaré en su casa. Quédate con Marcos.

—Bueno.

La muchacha se fue. Los hermanos se quedaron. Rodrigo se sentó al lado de

Marcos y le puso la mano en el hombro en señal de apoyo.

—¿Qué pasó?

—Está mal, perdió mucha sangre, tiene una infección generalizada y lo peor

es que no quiere luchar. No quiere vivir. —Volvió a llorar.

—Tranquilo, hermano, ¿la amas?

—Sí. Sí, ¿Y sabes qué me dijo? Que no se había acostado con nadie más

que conmigo.

—¿Le crees?

—Ella por fuera era un erizo, lleno de espinas y veneno, pero por dentro...

Por dentro, hermano, era un dulce.

A ella le tocó sufrir demasiado, por eso

escapó, ella huyó de los hombres que la utilizaban para sus fines, que la

maltrataban.

—Quizás por eso no quiere seguir viviendo.

—Yo sé que puedo ayudarla.

—Ella no quiere ayuda, nunca la quiso, ¿no lo entiendes?

—Porque estaba cegada contigo.

Rodrigo no dijo nada. Si era como su hermano decía, lo apoyaría, pero si

iba a andar por la vida lastimando a los demás por todo su sufrimiento

pasado... No valía la pena. Era mejor que se fuera en paz consigo misma.

—Rodrigo Montero —llamaron en altavoz.

El hombre fue presto. Teresa quería hablar con él. El hombre entró a la

habitación

—Perdóname, sé que te hice daño, manché tu imagen, eres un hombre

diferente, Rodrigo, perdóname, por favor.

—Tranquila, todo está bien, no te preocupes de eso ahora.

—No, tengo que preocuparme. No puedo irme con este peso en la conciencia.

—Escúchame, el daño no me lo hiciste a mí, se lo hiciste a mi hermano. A

él es a quien tienes que pedirle perdón, no a mí.

—También lo haré con él, pero quería hablar contigo también y que le

dijeras a Victoria que eres un buen hombre, íntegro y leal. Les hice mucho

daño.

—Por mí, no te preocupes.

—Gracias.

—Si amas a mi hermano o crees

que puedes hacerlo, lucha por tu vida; si

no...

Ella asintió con la cabeza. Rodrigo salió.

Casi enseguida, Marcos fue el que entró.

—¿Cómo estás?

—Ven.

Extendió su mano y él la tomó.

—El niño se parece a ti —comentó

ella.

—Sí, lo noté, pero tiene tus ojos.

—Perdóname.

—No digas eso.

—Sí. Fui una tonta.

—Estabas perdida, cariño.

—Di que me perdonas.

—Siempre —le aseguró y le regaló un dulce beso en los labios.

—Te amo —susurró ella con los

ojos cerrados.

—Y yo a ti.

—No le digas a mi hijo lo mala que fui.

—Le diré cuánto nos amábamos y cuánto lo amaste a él.

—Eres tan lindo, eres el mejor hombre que pude conocer y agradezco a la

vida por eso.

—No digas eso, te pondrás bien y...

—No, no... Quiero despedirme bien.

—Teresa...

—Te amé, Marcos, solo que no sabía amar y me aterraba entregar mi

corazón, sentía que en cualquier momento lo despedazarías y quedaría peor

que antes. Prefería lo conocido, un hombre que me maltratara, que me

humillara...

—Rodrigo no te maltrataba, ¿o sí?

—No, pero me echaba de su lado cada vez que podía, en cambio tú... tú me

buscabas, me apoyabas, me dabas todo sin pedir nada a cambio.

—Porque te amo.

—Es extraño...

—¿Qué es lo extraño?

—Amar sin miedo. Ya no tengo miedo a que me lastimes.

—Nunca lo hubiera hecho.

—Lo sé. Ahora lo sé.

—Teresa...

—Adiós, Marcos, espero que seas muy feliz. Dale a nuestro hijo una buena

madre.

—No digas eso, por favor

—suplicó el hombre sin impedir que las

lágrimas cayeran a raudales por sus mejillas.

—Fíjate que lo ame, si no es así...
Que él no sufra, mi amor, por favor,
prométeme que él no sufrirá con
alguien que no lo ame.

—Te lo juro, amor, antes que una
mujer quiera estar conmigo, tendrá
que

amar a mi hijo, aunque eso no
pasará, para mí no habrá otra mujer.

—Sí, eres joven, mereces una
mujer que te ame de verdad.

—No me digas eso —rogó con
infinita tristeza.

—Te amo.

Aquellas fueron sus últimas palabras y así se fue Teresa de este mundo, en

paz consigo misma. En paz con los demás.

Marcos quedó desolado. Al igual que a su hermano, una sola mujer había

removido su piso. Y ahora ya no estaba y no volvería. Al menos le había

dejado un hijo. Su hijo. Camilo. A

quien dedicaría su vida desde ese momento

en adelante.

Epílogo

La boda de Rodrigo y Victoria fue, lejos, el evento más esperado de la

zona. Todo el pueblo había sido invitado. Sin excepción. El abuelo y Rodrigo,

no escatimaron recursos para organizar la fiesta la más linda de todos los

tiempos en el predio de Enrique.

Una semana completa de celebraciones que no pararían ni de día ni de

noche. El vino, la comida y la música no faltarían en esos siete días de dicha y

felicidad.

Los novios, la primera noche de celebración, se escaparon al fondo de

Rodrigo para tener su luna de miel. Ya demasiado habían esperado para

seguir

esperando siete días más.

—No sabes cuánto deseé tenerte en mis brazos, hacerte mi mujer —expresó

con emoción el hombre.

—Yo también anhelaba esto —confesó ella sin pudor.

Sin decir más, él la besó, pasional y dulce. Comenzó a desnudarla, poco a

poco. Ella desabrochó la camisa de

su esposo sin dificultad, a pesar de que

sus manos temblaban. Se acostaron en la cama, mientras ambos se prodigaban

caricias, algunas lascivas, otras tiernas, pero siempre llenas de su amor por el

otro. Solo cuando llegó el momento y él entró en ella, se dio cuenta y se salió,

apresurado.

—¿Eres virgen? —interrogó

sorprendido.

—¿Qué pensabas?

—Es que tienes veintisiete años, eres de la capital...

—Recuerda que no podía tener ni amigos, a mi mamá no le gustaba

compartirme. Misael fue mi primer pololo.

Él, por respuesta, la besó con profundidad y amor.

—¿Aun pensando que no era virgen me hiciste esperar a casarnos para

estar juntos? —le recriminó ella, al rato.

—Sí, una cosa no quita la otra. Siempre te lo digo. Una cosa es lo que tú

hacías en la capital y otra la que hacemos aquí. Yo te quiero bien, no podía

faltarte antes del matrimonio, aunque ganas no me faltaban. Y fue bueno,

¿viste? Si esto hubiera pasado antes, no me lo hubiera perdonado.

—Eres muy anticuado, ¿lo sabías?

—Anticuado no, caballero. Las mujeres se quejan que faltamos, pero se van

con el primero que se topan en la calle, con los que las ven solo como un

juguete sexual. Yo, que te respeté, soy anticuado para ti. No hay como entenderlas.

—Eso fue machista.

—Machista o no, me amas igual.

—Sí, te amo —respondió.

Enlazó sus brazos alrededor del cuello masculino y se besaron profundamente.

—A lo que vinimos —murmuró él—. Te amo, pequeña, no lo olvides nunca.

Y le hizo el amor con delicadeza, cariño y mucho, pero mucho amor.

Marcos, por su parte, paseaba a su hijo que se encontraba un poco

incómodo con la bulla de la gente. Tomó una decisión. Se subió a su auto con

el pequeño y salió del rancho rumbo al cementerio.

—Hola, cariño —saludó el padre a la tumba de la mujer—, mira quien está

aquí.

Colocó al niño en el pasto, sobre una manta.

—Ayer en la tarde se casó Rodrigo con Victoria, es una fiesta a todo

dar,

serán al menos siete días de parranda. Camilito estaba incómodo entre tanta

bullá y nos vinimos a verte. Aquí se está muy bien, ¿sabes? Es una forma de

verte, de tenerte. —Lloró el hombre—. Si tan solo te hubieras entregado a mí,

a mi amor, podríamos estar celebrando nuestro matrimonio... Mi amor...

Todavía te extraño. Me duele tu partida, siento que tengo una herida en el

corazón que no se cura si no te tengo, mi amor. Quiero volverte a tener,

fundirme en tu fuego, pero ya no te tengo, ya no te siento... Teresa...

El llanto apenas dejaba hablar al hombre. El niño dormía relajado. El

padre acarició su carita. Luego pasó su mano por la lápida de su

mujer donde

estaba grabada su foto. Los
sollozos se pudieron escuchar a los
lejos, sollozos

que remecían el silencio del
camposanto

—Perdóname por venir a llorar a tu
tumba, cariño, pero yo estoy...

Muriendo sin ti...

FIN

De la autora

Mi verdadero nombre es Yasna Sánchez, casada, tres hijos. Nací en

Santiago de Chile, un 15 de mayo. Mis padres tenían muchos libros en casa, lo

que despertó en mí el deseo de leer, aunque, ya más grande, mis libros

favoritos eran las novelas de Corín Tellado, soñando ser como ella.

De pequeña comencé a escribir mis primeras novelas, aunque nunca las

hice públicas por la timidez que me caracteriza, además, que desde niña

escribí en cuadernos y, como no me gusta guardar cosas que no uso, todas

fueron a dar a la basura.

Tengo trece novelas publicadas en Amazon: Vendida como una Mercancía;

Acusada; Extraño Destino; Una tarde especial; Las lunas de Abril; la serie

Posesión, con Tú eres mía, Por siempre tuyo y Solo mía; El precio de tu amor

que es romance histórico; Terror,
brujos en Chiloé; Siete Años;
Busco

encontrarte y Quiero estar contigo.

Participé en un concurso Club de
las Escritoras con Equivocada para
la

Antología “Pasión y amor”.
También en antologías solidarias
como: “Todos

con Idaira, Cuentos por la vida”,
con La oruga más bella de todas;
“Cuentos

para Beatriz”, con El colegio de Daniela; en la antología “Diversa” para

ayudar al Orfanato El Girasol, con No soy mujer para ti y algunas otras para

antologías solidarias y de grupos a los que pertenezco que hemos realizado

para fechas especiales, como San Valentín, Navidad, Halloween, etc. Gané el

tercer lugar en el concurso

“Navidad Sangrienta” organizada por

Wattvampiros, con el relato
Conjuro.

Escribir es mi pasión, no concibo la vida sin escribir. Aunque solo sea para mí.

Novelas publicadas

1.- Acusada

Cuando sus padres fallecieron en un terrible accidente, Sarah quedó

sola. Miguel Vicuña, de acuerdo a un

pacto hecho con el padre de Sarah, en el que se acordaba que cualquiera de ellos que falleciera, el otro se

haría cargo de su familia como si fuera propia, decide ayudarla económicamente. Al no aceptar la joven la

ayuda desinteresada de Miguel, la contrata como su secretaria personal.

De eso, siete años.

Hoy es el funeral de Miguel Vicuña, a primera vista es un suicidio, pero tanto su familia como la misma

Sarah no creen en esa teoría. Sebastián el hijo de Miguel está convencido que fue la misma Sarah quien lo

asesinó por celos, ya que él supone que ella y su padre eran amantes y hará todo lo posible por buscar las

pruebas que la incriminen a pesar de la inocencia que declara la

joven.

Sebastián siente una mezcla de amor-odio por Sarah y tanto un día la acusa sin contemplaciones, al

siguiente quiere protegerla y esconder todas las pruebas que la incriminan. Sarah no sabe qué hacer con

él, ya que desde hace muchos años su corazón está completamente enamorado de ese hombre que le hace

tanto daño.

Mientras tanto Sarah conoce a Álvaro, un abogado dedicado a casos de violencia de género; éste se hace

cargo de su caso, defendiéndola a pesar de que todas las pruebas la acusan, y no deja que pase ni una sola

noche en la cárcel como es el deseo de Sebastián. Y contrario a este, aún con todo en contra, cree en la inocencia de ella.

¿Será condenada Sarah por un

crimen que no cometió? ¿Sebastián creará en ella lo suficiente para amarla

con todo lo que ella es? ¿Podrá Álvaro demostrar su inocencia? ¿Quién, finalmente, es el verdadero asesino?

Es una historia de amor e intriga donde cualquiera o ninguno puede ser culpable.

2.-Vendida como una mercancía

Lucía tiene un padre adicto y un novio ególatra. El mismo día que se

entera que su padre la vendió,
conoce

a un hombre del que se enamora
inmediatamente. Cuando su novio
intenta abusarla, este hombre
aparece,

ayudándola. Es tan diferente a los
hombres que ha conocido y cuando
se entera que es a él a quien su

padre la vendió, no sabe si enojarse
o alegrarse. Él cambiará su vida.
Con su amor y ternura apasionada,

le enseña nuevos mundos,

desconocidos para ella. Y como no todo puede ser tan perfecto... no faltarán los

problemas.

3.- Las lunas de Abril

Una mujer, seis vampiros... ¿Qué posibilidad de sobrevivir tiene Abril frente a estos seis depredadores que

la tienen secuestrada en medio de la nada? ¿Qué tiene ella que ver en una guerra que ellos esperan desde

hace más de quinientos años? ¿Qué

influencia tiene la Luna en su vida?

Una historia llena de misterio y romance, donde vampiros y brujas se unen para dar una gran batalla...

5.- Una tarde especial

Rebeca conoce a Poseidón, el dios del mar, el primer día de verano cuando va al Muelle del Mall de

Antofagasta. Después de regalarle un collar con el que se pueden comunicar, él le promete volver el primer día de invierno.

Con algunos sueños especiales, Rebeca se da cuenta que ella y él se han unido en otras vidas, siendo esta

la última oportunidad para vivir eternamente juntos. Pero no están solos en esto. Que Rebeca reencarne

vida tras vida se debe a una maldición que debe ser cortada.

Una historia diferente, un amor distinto que no deja indiferente.

6.- El precio de tu amor

Thomas Wright, ansioso de conseguir un título nobiliario, compra a Mary Anne Kennington, sin saber que

ella no es la frívola y engreída mujer que se imagina, sino una chica inocente y lastimada.

El precio de tu amor, novela de Regencia y romance, donde el amor será puesto a prueba hasta el final

7.- Terror: brujos en Chiloé

A pesar de su nombre, esta es una historia de amor que se mezclan

con las leyendas que abundan en

Chiloé, las que hablan de una bruja poderosa que se enfrentó al gran Moraleda, navegante español que al

perder con ella en la magia, le ofreció su amistad y conocimientos. Esto dio inicio a “La recta provincia”,

“La Mayoría”, una organización de brujos que sojuzgaba la isla.

Chilpilla, la gran hechicera, fue traicionada por su propia gente y, durante el Juicio a los Brujos en

1880,

obligada a abandonar su tierra, sacada de allí por el mismísimo Diablo.

Después de vagar por el mundo por más de cien años, buscando aprender, volvió a la isla para vengarse

de todos los que la traicionaron. Pero se encuentra con un escollo: Junier, un ser que la odia y que hará de

su vida una miseria.

De vuelta en la isla, solo un brujo tiene el poder de detenerla y destruirla, ¿logrará hacerlo antes que en la

isla reine el terror como en 1880?

Una novela donde se mezcla la historia, el amor y las leyendas de un modo diferente a lo conocido.

El Caleuche, brujos, fantasmas y demonios se darán cita en este libro donde buenos y malos se confunden

y nada es lo que parece.

8.- Serie Posesión:

Tú eres mía:

Cristóbal Medero no se detiene ante nada y no tiene tapujos en conseguir lo que quiere a cualquier precio.

Y ahora quiere a Nicole Zúñiga, una mujer atormentada por un pasado que no quiere recordar. Entonces

aparecen dos personas en su vida. Un niño que le roba el corazón. Y un hombre, Esteban Arriagada, con el que tiene encuentros nada

agradables y que resulta ser el nuevo dueño de la empresa donde trabaja.

Una historia de amor-odio que saca a la luz secretos, intrigas y mucho dolor.

Un pasado que vuelve, una mujer no dispuesta a dejarse pisotear, un hombre que no quiere amar y otro al

que no le importa el amor.

Cuando nada es suficiente, siempre se quiere más. Y el costo a pagar,

será muy caro...

Por siempre tuyo:

Han pasado tres meses desde que Esteban volvió del extranjero y hoy es el cumpleaños de Nicole, por lo

cual le regala un viaje a Grecia y el anillo de compromiso.

Un viaje que promete ser de completa felicidad, se transforma en una pesadilla.

En tanto Cristóbal y Verónica tienen cada vez más problemas por los irracionales cambios de carácter de

ella.

¿Alcanza el amor para soportarlo todo?

Solo mía:

Llega al final esta historia de Nicole, Esteban y Cristóbal.

Cuando al fin parecía que Cristóbal sí había encontrado el amor y la futura felicidad con Nicole, un hecho

dramático echa por tierra sus planes. Todo cambiará con la muerte de Eloísa.

En esta entrega todo debe quedar saldado....

Es el final.

9.- Siete años

La empresa de Macarena Véliz está al borde de la quiebra y Carlos Saravia le ofrece una salida: casarse

con su hijo Vicente y permanecer en ese estado por largos siete años.

Vicente es un hombre mujeriego que vive de la farándula y los escándalos televisivos, en cambio,

Macarena es una joven de bajo perfil, a quien no le interesan esos temas, jamás ve televisión, por lo que

cuando le proponen este trato, no sabe quién es su futuro esposo.

Las cosas se complican cuando ella descubre que el hermano de su prometido es su mejor amigo y que

todo lo que hay en su pasado no es casualidad, que todo en su vida, hasta ahora, es una mentira.

10.- Busco encontrarte

Miranda es una mujer que, después de diez años de sufrir maltrato por parte de su pareja, Lorenzo, decide abandonarlo. Se muda a una nueva casa, busca un nuevo trabajo y decide que su corazón nunca más va a

ser dañado. Ella llega a trabajar con Roberto Cedeño, hermano mellizo de José Miguel, pero las cosas no

le resultan tan fáciles, pues Lorenzo no la dejará en paz y José Miguel tampoco, que está enamorado de

ella y quiere sanar sus heridas, pero ella no se lo hará fácil.

Una historia que te hará llorar, pensar, replantear tu vida y, por supuesto, enamorarte.

11.- La mujer del teatro

Eva Pardo, La Mujer del Teatro, es una mujer que no tiene escrúpulos, por lo que es una leyenda en sí misma por la fama que se ha hecho a través de los años.

Guido Barker es un joven que el mismo día que muere su madre se

entera que fue adoptado y comienza a

buscar a la mujer que no solo lo regaló, también lo vendió. Y no la busca para encontrar amor o

respuestas, lo que busca es venganza.

Una historia diferente de maldad, intrigas y mentiras con un final sorprendente.

12.- Quiero estar contigo

Reseña hecha por Textualmente Activas

En la vida hay distintos tipos de vidas... Existen oportunidades en las que toca luchar por tus sueños y proyectos, y otras, donde está todo ya formado y sólo toca mantener el legado...

Sebastián Beltrán, es un hombre nacido en cuna de oro, quien desde siempre lo ha tenido todo. Pero eso no significa que no haya tenido que luchar por mantener su estatus, y por sobre todo, sacar adelante su

vida luego de la más cruel decepción amorosa, y aun así sigue

creyendo en el amor. En el fondo es un

romántico que sueña con enamorar a la mujer que le roba los sueños desde que la conoció hace 2 años, no

se puede decir que es algo fácil, pero él siempre es perseverante, esperando a que algo pueda cambiar.

Monserrat Aliaga, es una mujer luchadora que emprende su propio negocio con gran éxito. Nada en la

vida se le ha dado de manera fácil. Desde sentir humillación, abandono por quienes deberían ser sus

aliados más incondicionales, aun así sigue adelante con una coraza ocultando hasta el más mínimo

sentimiento, sin saber que la vida le enseñará que existen afectos que van más allá de todo.

Esta es una historia que todos deberíamos conocer y apreciar. Donde se nos enseña que a pesar de las

adversidades de la vida, siempre hay un sol que nos puede derretir ese hielo donde escondemos nuestros

miedos. También nos demuestra que en la vida es más que sólo tenerlo todo en cuanto a lo material y que

a veces el pasado muchas veces nos alcanza y podemos sentir que nos debilita, buscando causarnos todo

el daño que sea posible. Pero si nos sorprende tomados de la mano con la persona correcta, nada nos

dejará caer.

Nadie puede ser superior o inferior a alguien, sino iguales... Si te atreves, te asombrarás con esta bella

historia, que nos cuenta lo dulce y agraz de la vida...

Document Outline

- [Agradecimientos](#)
- [Freya Asgard](#)
- [Prólogo](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)

- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Capítulo 26](#)
- [Capítulo 27](#)
- [Epílogo](#)

- De la autora
- Novelas publicadas